

Edición íntegra y literal
según los manuscritos originales del autor

Obras completas
de
León Tolstoi

de conformidad con la traducción directa del ruso
hecha por
J. W. Bienstock
revisada y corregida
por
P. Birukov

III

La invasión-Polikuchka
Otras narraciones cortas

Nueva versión castellana
ilustrada

Carbonell y Esteva-Editores
Barcelona-1905

Imprenta de Carbonell
y Esteva, Rambla de
Cataluña, 118.-Barna.

En días de renovación como los actuales, creemos que viene á tiempo esta nueva publicación que ofrecemos al público, debiendo hacer notar que la denominamos Obras completas de León Tolstoi en el doble sentido de que ha de comprender todos los trabajos literarios del insigne escritor ruso, y también porque en ella será fiel y devotamente respetado el pensamiento del autor, resurgiendo íntegros el carácter y el valor que estas obras geniales tuvieron un momento en su cerebro creatriz.

La traducción directa del ruso—que sirve de base á la nuestra—ha sido concienzudamente hecha por Mr. J. W. Bienstock, sobre los textos revisados y comparados por Mr. Birukov con los manuscritos originales de Tolstoi que conserva en su poder Mr. Tchertkov, expulsado de Rusia por su amor inmenso á la causa de los humildes.—Los Editores.



La invasión

1852

I

El capitán Padrenka

EL 12 de Julio se presentó á la puerta de mi cabaña el capitán Kalopov con sable y charreteras, uniforme que yo nunca le había visto todavía.

—Vengo de casa del coronel y mañana sale nuestro batallón, —dijo en respuesta á la mirada interrogadora que le dirigí al recibirle.

—Y dónde va el batallón?—pregunté.

—A N. N... Allí está ordenada la concentración de tropas.

—Probablemente saldréis luego de operaciones?

—Con seguridad.

—Y dónde será eso?

—No sé; os comunico cuanto sé sobre el particular. Ayer llegó un tártaro enviado por el general con la orden de ponernos en marcha con provisiones para dos días... Que á dónde, ni por qué? Eso, amigo, no se pregunta. Nos mandan salir y obedecer es la ley.

—Sin embargo, el hecho de que la tropa no se provea más que para dos días, indica que no os harán andar más tiempo.

—Oh! Eso nada significa...

—Cómo que no?—pregunté extrañado.

—Cuando fuímos á Darghui no teníamos provisiones más que para una semana y estuvimos allá casi un mes.

—Podría yo acompañaros?—pregunté tras un corto silencio.

—Podéis venir; pero yo os aconsejaría quedaros. Para qué exponerse...

—No; permitidme que no siga vuestros consejos. Hace un mes que estoy aquí esperando la ocasión que se me presenta ahora, y queréis que la deje escapar?

—Bueno, como queráis; pero creo que haríais mejor en quedaros. Vos nos esperáis aquí entregado á esas excursiones cinegéticas que tanto os entusiasman, mientras nosotros, con la ayuda de Dios, nos vamos á la guerra. Eso será lo mejor,—dijo con aire de convencimiento que no pudo menos de satisfacerme. Sin embargo, le contesté resueltamente que no rendía mi voluntad á ningún precio.

—Y qué veréis allá?—prosiguió el capitán pretendiendo aun convencerme.—Si queréis conocer los modos de combate que existen, estudiad *Las descripciones de la guerra,* de Mikhailovski-Danilevski, hermoso libro en el cual se pintan al detalle la posición de los diferentes cuerpos y formas de batalla.

—Pero, eso es precisamente lo que no me interesa,—repuse.

—Entonces, qué pretendéis? Ver solamente cómo se matan los hombres? Mirad, el año 32 teníamos un voluntario, de origen español, si mal no recuerdo, que, con su gran capa azul al hombro, hizo con nosotros dos largas campañas. Por fin murió, el pobre, en uno de los combates. En esto no tiene la suerte miramientos...

Apesar de la vergüenza que me causó la mala interpretación que el capitán daba á mis deseos, no quise disuadirle de ella siquiera.

—Y era valiente el muchacho?—pregunté.

—Válgame Dios!... Era siempre de los primeros en atacar al enemigo, y se le hallaba siempre donde se combatía con más violencia.

—Era un héroe,—añadí.

—No; no, señor. No es héroe quien se pone en peligro sin necesidad.

—Entonces, á quién concedéis tan hermoso calificativo?

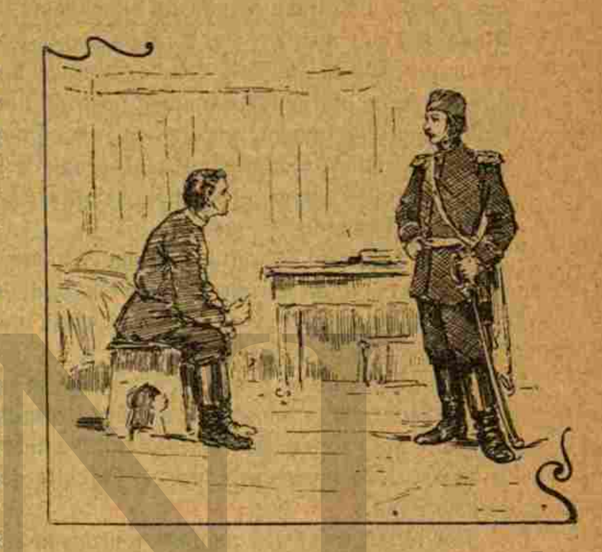
—Héroe! Héroe!—repetía el capitán como un hombre á quien se presenta por vez primera tan difícil problema.—*Héroe es aquel que obra siempre como más conviene,*—dijo tras breve reflexión.

Luego recordé que Platón ha definido la bravura diciendo que es: *Conocimiento de lo que hay que temer y de lo que no se debe temer,* y no obstante lo vulgar de la definición del capitán, pensé que no se diferenciaban quizás la una de la otra tanto como á simple vista parece, y que hasta la definición del capitán era más

precisa que la del filósofo griego; pues de haberse podido explicar con la facilidad de Platón, seguramente la hubiera expresado diciendo: Es héroe aquel que teme *lo que hay que temer* y no teme *lo que no se debe temer.*

Yo quise explicar mi pensamiento al capitán.

—Sí,—le dije,—me parece que hasta en el peligro existe el derecho de elección. Y cuando, por ejemplo, se elige el camino del peligro llevado por un sentimiento de deber, es bravura; pero cuando se hace bajo la influencia de un sentimiento inferior, es comodidad. De ahí que no pueda llamarse valiente al hombre que por ambición, curiosidad ó avaricia pone su vida en peligro y, por el contrario, no es cobarde aquel que se aleja del peligro influído por un sentimiento honrado, como lo es el deber para con su familia ó bien la propia conservación.



Mientras hablaba, mirábame el capitán con expresión extraña.

—Oh! ya sé que me es imposible discutir con vos,—dijo cargando la pipa.—Pero en mi regimiento hay un alférez que gusta de filosofar y con ese podríais tratar del asunto. Hasta escribe versos!

. . . .

Había conocido yo al capitán en el mismo Cáucaso, aunque ya habíanme contado en Rusia muchas cosas de él. Su madre, María Ivanovna Kalopova, tenía una propiedad situada á dos *verstas* de la mía y en ella habitaba.

Antes de partir para el Cáucaso, fuí á visitarla. La anciana llenóse de contento al pensar que yo podría ver á su Padrenka, como llamaban al capitán de cabello canoso, y que podría darle noticias de su modo de vivir, de su estado de salud, y hasta entregarle un paquetito.

Después de obsequiarme con *pâté de foie de volailles*, María Ivanovna entró en su alcóba, de donde salió luego con un hermoso reliquiario, grande, negro y colgando de una cinta de seda del mismo color.

—He ahí á nuestra Madre amorosa,—dijo besando la cruz y la imagen de la madre de Dios, mientras me lo ponía en las manos.—Tened la bondad, *padrecito*, de entregarle esto. Cuando marchó al Cáucaso hice un acto de acción de gracias, prometiendo que si salía con bien mandaría hacer esta imagen de la excelsa Madona. Hace ya diez y ocho años que la Protectora y los Santos miran por él y ni una sola vez ha sido herido, no obstante los reñidos combates en que ha tomado parte. Cuando me lo contó Mikhailov que le acompañó en algunos, creed que los pelos se me pusieron de punta. Cuántas noticias tengo de él, me son dadas por gente extraña, porque él no quiere contarme sus campañas, mi palomito!... Teme que me asuste.

En el Cáucaso me enteré, aunque no por el mismo capitán, de que había recibido heridas de gravedad en cuatro encuentros diferentes; pero, como era muy natural, nada quería decir á su madre de sus heridas ni de sus campañas.

—Decidle que se ponga en el pecho esa reliquia sagrada,—continuó,—con ella le bendigo. La santa Protectora le guardará. Encargadle que sobre todo no la olvide cuando entre en batalla. Se lo diréis... No es cierto, *padre?* Decidle que es su madre quien se lo ordena.

Por mi parte ofrecí cumplir rigurosamente la misión.

—Tengo la convicción de que os agradará el carácter de mi Padrenka,—añadió.—Es tan bueno! No pasa un año sin que me envíe dinero. También ayuda mucho á mi hija mayor, y todo eso con sus cortos haberes!—Y con los ojos bañados en lágrimas, dijo: —A todas horas doy gracias á Dios por un hijo tan bueno como me ha dado.

—Le escribe á usted con frecuencia?—le pregunté.

—Raramente; puede que una vez al año. Cuando me envía el regalo siempre añade cuatro letras: «Mamá, si no le escribo es porque estoy bien y Dios me guarda del peligro. Caso de ocurrirme algo ya escribirían sin mi permiso...»

Cuando entregué al capitán el regalo de su madre estábamos en mi casa, y pidiéndome un pedazo de papel envolvió en él cuidadosamente el reliquiario y lo guardó. Contéle con todo género de detalles la vida de su madre; el capitán escuchábame en silencio. Al terminar mi habladuría, fuése á un rincón donde permaneció bastante rato arreglando su pipa.

—Ah, sí, viejecita mía, Dios permitirá que volvamos á vernos! —murmuró desde el rincón con voz entrecortada.

En estas sencillas palabras se encerraba todo su amor y toda su inmensa tristeza.

—Por qué hacéis aquí vuestro servicio?—le pregunté.

—Porque estoy obligado de todos modos á seguir en filas... y para los pobres un salario doble es cosa de importancia,—contestó.

El capitán vivía con mucha economía. Ni jugaba á las cartas, ni bebía más que de tarde en tarde, ni, aunque fumador, gastaba mucho en tabaco, que siempre compraba de la peor calidad.

El capitán no era uno de esos hombres que se hacen simpáticos al primer momento, aunque su fisonomía era alegre y tranquila, de esas que agradan al observador para estudiarlas con detenimiento; pero, después de nuestra primera conversación, experimenté por él un verdadero sentimiento de admiración y de profundo respeto.





II

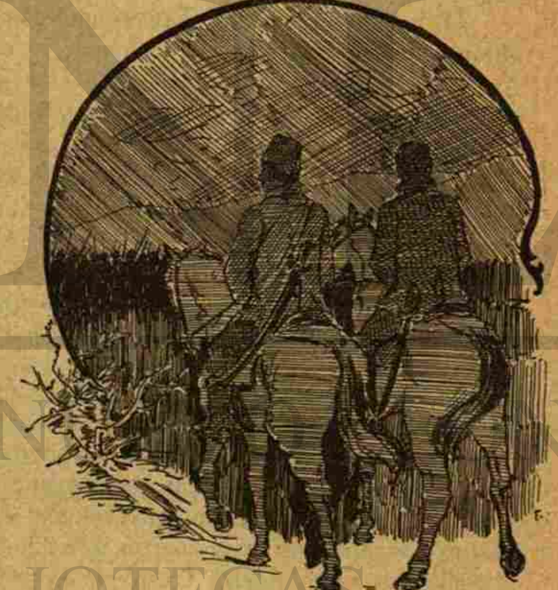
Una causa de alegría

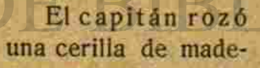
A las cuatro de la mañana del día siguiente vino á buscarme el capitán. Llevaba una americana de corte antiguo y muy usada, sin charreteras, pantalón largo y ancho, gorro alto, blanco, de paño y ya muy sucio. El sable asiático, que llevaba colgado á la espalda, estaba bastante mal conservado. Montaba un caballo blanco que, cuando iba al trote, bajaba la cabeza y agitaba sin cesar la corta cola. No obstante ser poco marcial el gesto y la figura del capitán á caballo, expresaba también tal indiferencia por cuanto le rodeaba que no podía menos de causar un involuntario respeto.

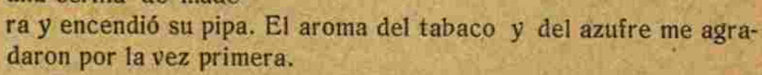
No le hice esperar. De un salto subí sobre mi caballo y juntos franqueamos la puerta fortificada de la población.

El batallón estaba á distancia de unas doscientas *sagenas* y parecía una gran masa negra, compacta y movible. Adivinábase que era la infantería la que estaba en marcha, por el brillo de las bayonetas, las canciones que entonaban los soldados, cuyo eco llegaba de vez en cuando á nuestros oídos, el ruído del tambor y la soberbia voz de tenor del maestro de coro de la sexta compañía, que miles de ratos deliciosos me había hecho pasar cuando estaban en la fortaleza. El camino se abría á través de una garganta ancha y profunda por la orilla del río, que por allá corría, ó mejor, se desbordaba caudalosamente. Al rededor revoloteaban en bandadas los

palomos silvestres, ya deteniéndose en los peñascos que formaban la orilla del río, ó perdiéndose de vista después de trazar en el aire anchos círculos. El sol no había despuntado aun, pero del otro lado de la garganta comenzaban á apagarse los astros. Las piedras grises y blancas, el musgo de un amarillo verdoso, la maleza que crecía por todas partes estaba cubierta de rocío; todo, en fin, resaltaba con extraordinaria precisión ante la luz que transparentaba la neblina de la mañana. El efecto era contrario si se dirigía la vista al lado opuesto, donde el fondo cubierto por un tupido velo de densa neblina aparentaba á intervalos la humareda de un monte en combustión, y el ramaje humedecido por el rocío proyectaba sombras iluminadas por extraña irización de colores: lila pálido, casi negro; verde oscuro, blanco y otros sin fin que le daban variedad y extraordinaria belleza. Allá lejos, frente á nosotros, sobre el azul oscuro del horizonte, veíase destacarse perfectamente con sus más insignificantes detalles, el conjunto de la naturaleza al amanecer y las montañas coronadas de nieve con sus manchas oscuras, elegantes, esbeltas... Los grillos, moscardones y millares de insectos corrían por entre la hierba llenando el aire con la estridencia de sus continuos cantos. Hubiérase dicho que un sin fin de campanillas sonaban al oído. El aire estaba impregnado de olores de toda clase... en una palabra, notábase en todo la belleza de una mañana de verano.

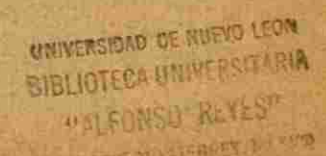






El capitán rozó una cerilla de madera y encendió su pipa. El aroma del tabaco y del azufre me agradaron por la vez primera.

Cabalgamos al trote á lo largo del camino para unirnos cuanto



antes á la infantería. El capitán parecía más pensativo que de ordinario; apretaba con los dientes el extremo de la pipa y fustigaba al caballo que, balanceándose gallardo, dejaba un rastro apenas perceptible sobre la hierba alta y húmeda. De sus mismos pies salió un faisán, y con ese grito singular y el fuerte aleteo que hace extremecer involuntariamente al cazador experto, se remontó por los aires, suave y dulcemente. El capitán no le hizo caso.

Habíamos ya casi alcanzado al batallón, cuando oímos aproximarse á nosotros el galope de un caballo. De pronto, se nos presentó delante un gallardo mancebo, muy joven, vestido de oficial y cubierta la cabeza con gorro blanco. Poniéndose junto á nosotros, sonrió, hizo al capitán el saludo de ordenanza y picó espuelas... Yo no tuve más que el tiempo indispensable para ver que se sentaba en la silla y llevaba las riendas de la cabalgadura con un particular donaire; tenía hermosos ojos negros, nariz pequeña, muy fina, y bigote naciente. Lo que más me gustó en él fué su sonrisa al observar que le mirábamos. Por sólo ese detalle, se podía asegurar que era muy joven.

—Dónde va ese ahora?—se preguntó con aire enfadado el capitán, sin separar la pipa de la boca.

—Quién es ese?—pregunté.

—El sub-teniente Olenín, un oficial subalterno de mi compañía. El mes pasado salió de la Academia.

—Entonces, es la primera vez que sale de operaciones,—contesté.

—He ahí la causa de su contento!—dijo el capitán moviendo la cabeza como en señal de lástima.—Qué cosa es la juventud!

—Y por qué no ha de alegrarse? Creo que ha de ser esto muy interesante para un oficial joven.

El capitán calló algunos momentos.

—Es lo que me admira en la juventud!—dijo en voz baja.—Por qué alegrarse de una cosa que se desconoce? Cuando se ha tomado parte en muchas acciones de guerra, entonces ya no gusta salir para hacer frente al enemigo. Hoy, por ejemplo, somos veinte los oficiales que tomamos parte en la expedición y con seguridad varios de entre nosotros seremos muertos ó heridos. Hoy yo, mañana él, al día siguiente un tercero. Y esto puede ser causa de alegría?

III

El valeroso Rosenkrantz

El sol brillante salía de entre las montañas y comenzaba á iluminar la pradera por entre la cual marchábamos; dispersábanse las ondulantes nubes de neblina, y comenzaba á calentar el sol. Los soldados marchaban despacio por el camino lleno de polvo, con el fusil y el saco á la espalda. En las filas no se oía más que de vez en cuando las conversaciones picarescas y las risas de los soldados. Algunos de los viejos, oficiales en su mayoría, vestidos con blancas túnicas caminaban con la pipa en la boca por el borde del camino y hablaban de cosas serias. Las carretas enormemente cargadas, deslizábanse arrastradas por tres hermosos caballos, que avanzando suavemente levantaban una espesa nube de polvo. Los jefes cabalgaban en primer término; algunos de ellos *djiguitaban*, como dicen en el Cáucaso, esto es, que incitando al animal, le hacían saltar cuatro veces seguidas para luego parar en seco vueltos de cara al regimiento; otros ocupábanse de música y á pesar de empezar á ser asfixiante la temperatura, entonaban canciones que se sucedían sin cesar.

A cien *sagenas* de la infantería, sobre un hermoso caballo blanco, iba al frente de la caballería tártara, un oficial gallardo y arrogante en traje asiático. Conocíasele en el regimiento como hombre de un valor extraordinario, *capaz de cantar las cuarenta*

al hijo del sol. Llevaba un dolmán negro guarnecido de bordados de oro, botas bordadas, pantalones nuevos y ajustados que ceñían sus piernas, una *tcherkeska* amarilla, gorra alta echada hacia atrás y el pecho y espalda llenos de bordados de plata; por delante le pendía la caja de pólvora y en la espalda llevaba colocadas dos pistolas; en el cinto llevaba encerrado, en un estuche de plata, otra pistola y un puñal; en el costado izquierdo un hermoso sable y colgado á la espalda el fusil enfundado en un estuche negro. Por sus vestidos, su compostura, en general por todos sus movimientos, veíase que deseaba parecer un verdadero tártaro. Hasta hablaba á los tártaros que iban á su lado, en un idioma para mí desconocido. Pero las miradas alegres y burlonas que sus acompañantes cambiaban entre sí, parecíanme significar que no le comprendían. Era uno de los nuevos oficiales, valeroso *djiguita* instruído con arreglo á las fórmulas de Marlinski y Sermontov. Esos hombres no veían el Cáucaso más que á través del prisma de *Los héroes de nuestro tiempo* de Mulla-Nuz, y en todos sus actos se conducían por su propio criterio sugestionados por sus modelos.

Así, por ejemplo, gustaba el teniente de frecuentar la relación de señores aristocráticos, de hombres importantes, generales, coroneles, mariscales y estoy seguro de que hacía esto por la ambición que le dominaba hasta el más alto grado; y aún considerando como su deber dispensar protección á todos esos personajes, jamás caía en grosería extrema. Cuando llegaba á sus oídos que en el pueblucho donde iba de destacamento había alguna señorita, rondaba su casa acompañado de amigos y lanzaba en voz alta todo género de imprecaciones é injurias para que le miraran las gentes reparando en sus bellas formas y porte distinguido, siempre con su camisa roja, y los pies desnudos en sus botas ricamente bordadas.

Algunas veces, acompañado de dos ó tres *honrados* tártaros, se pasaba la noche en las montañas y ponía guardia en los caminos para insultar á los transeuntes más sosegados, sin escuchar la protesta de su corazón que le decía no haber en ello la menor prueba de valentía; pero estimaba necesario hacer sufrir á todos aquellos seres que le desagradaban ó que prometía odiar y perseguir.

Jamás se separaba del puñal que llevaba oculto entre la camisa y del cual no se desprendía ni aun para dormir, ni de la imagen que colgaba de su cuello. Sabía con certeza que multitud de enemigos le acechaban. Su mayor satisfacción la cifraba en averiguar si tenía que vengarse de alguien ó lavar con sangre algún ataque á su caballerosidad. Profesaba la convicción de que todo sentimiento

de ira, de venganza, de desprecio al género humano, eran los más nobles, los más poéticos sentimientos que pueden albergarse en el alma de un sér superior á todos los otros; pero su amante, una circasiana que conocí más tarde, aseguraba que el teniente era el hombre mejor y más dulce de la tierra, que todas las tardes trasladaba al papel sus Memorias, echaba sus cuentas sobre papel rayado y puesto luego de rodillas imploraba la bendición de Dios. Y qué de sufrimientos no le atormentaban sólo por presentarse á sí mismo tal como quería ser, al ver que sus compañeros y hasta los mismos soldados no querían comprenderle!... Una noche, en una de sus acostumbradas excursiones á orillas del camino con sus *kunak*, acaeció que cayó herido un pacífico thetchenze á consecuencia de una bala que le atravesó una pierna y además quedó hecho prisionero. Siete semanas después el herido fué trasladado á casa del teniente y éste le cuidó y le veló como si se tratase de su mejor amigo.

Una vez curado el enfermo, lo puso en libertad después de colmarle de regalos. Otra vez en una expedición, cuando el teniente rodeado de sus soldados retrocedía defendiéndose del enemigo, oyó que uno de éstos pronunciaba su nombre y que salía del grupo contrario el jefe que acababa de ser herido, haciéndole señas de aproximarse. El teniente, llegándose á donde estaba su contrario, le estrechó la mano. Los abreks permanecían alejados y sin disparar, pero apenas hubo vuelto el caballo cuando hicieron una descarga y una bala le hirió en la espalda. También otra vez, en un destacamento, hubo un incendio que dos compañías de soldados trataban en vano de apagar. De pronto por



entre el gentío apareció la gigantesca figura de un hombre á caballo iluminado por el reflejo del incendio. Cuando estuvo cerca del lugar del siniestro, picó espuelas al caballo y desapareció con él por entre el edificio en llamas. Minutos después salía con el pelo y los codos quemados, aprisionando en su pecho dos palomos á los cuales había salvado del fuego.

Llamábase Rosenkrantz, pero con frecuencia hablaba de su origen, que hacía remontar hasta la época de los Variag, asegurando que sus abuelos eran verdaderos rusos.

IV

Un alto en el camino

El sol había hecho la mitad de su carrera y, á través del aire caliente, lanzaba sobre la tierra seca sus abrasadores rayos. El cielo, de un azul oscuro, aparecía límpido, y sólo por encima de las montañas nevadas comenzaban á formarse algunas nubecillas de un color blanco lila. El ambiente apacible parecía poblarse de polvo transparente. El calor hacíase insoportable. Llegadas á un pequeño arroyo que cruzaba el camino, las tropas hicieron alto. Los soldados, puestos los fusiles en bandolera, arrojáronse al agua pareciendo que querían secar el riachuelo. El comandante del batallón sentado á la sombra, sobre un tambor, expresando su semblante la autoridad propia del mando que ejercía, dispúsose en unión de algunos oficiales á devorar una torta. El capitán se tendió sobre la hierba á la sombra que proyectaba el carro de la compañía. El valiente oficial Rosenkrantz y algunos tenientes novatos instaláronse sobre los capotes tendidos en tierra y prepararon una gran fiesta, como podía verse ya por las botellas y frascos colocados á su alrededor y por la animación particular de los cantadores, que formando un círculo y acompañados de ligeros silbidos entonaban una danza caucasiana, la melodía de *Sezguinka*.

Camilo se quiso sublevar,
Hace de esto algunos años;
Tra la la, tra la la,
Hace de esto algunos años...

Entre estos oficiales hallábase también el joven sub-teniente que nos había saludado por la mañana. Estaba muy contento; brillaban sus ojos, trabábasele la lengua, quería abrazar á todo el mundo, demostrar su cariño...

Pobre muchacho! No sabía aun cuán ridícula resulta esa franqueza, esa libertad que con todos demostraba, atribuída por los demás no á la afección y al querer, como él pretendía, sino á la burla y al desprecio. Tampoco sabía, en cambio, que cuando loco de contento se arrojaba sobre el capote y, apoyando la mano en el suelo echaba atrás su larga cabellera negra, estaba extraordinariamente hermoso...

Dos oficiales, sentados en una banqueta, jugaban á las cartas sobre una mesa que habían improvisado con el toldo de una carreta y algunos palos. Escuché con curiosidad la conversación de oficiales y soldados, siguiendo con el mayor interés la expresión de sus semblantes. Pero en ninguno hallaba ni siquiera sombra de la inquietud que á mí me atormentaba. Bromas, risas, cuentecillos picarescos, todo era bulla y algazara, como expresión de la indiferencia hacia el peligro próximo, como si nadie quisiera pensar en que tal vez algunos ya no pisarían más aquel camino.

V

Mis primeras impresiones

A las siete de la tarde, llenos de polvo y fatigados, penetramos por las enormes puertas que guardaban la fortaleza de N... El sol se ocultaba, arrojando sus oblícuos rayos de un color rosa sobre el castillo y las baterías, sobre los pueblos que rodeaban el fuerte, sobre los campos cultivados y amarillentos, y aún sobre las blancas nubes que envolvían las montañas cubiertas de nieve, imitándolas y formando una cadena no menos pintoresca y sorprendente.

En el pueblucho situado junto á las puertas de la fortaleza, un tártaro subido sobre el tejado de una capilla llamaba á los fieles á la oración. Los coristas cantaban ya con su acento duro y enérgico.

Después de descansar algunos momentos y arreglada mi *toilette*, fuí á casa de un ayudante de campo amigo mío para pedirle que explicara al general la intención que me animaba. Al pararme en las afueras del fuerte, ví lo que no esperaba... Un precioso coche de dos asientos en que se divisaba un gran sombrero á la moda y en el que se oía una conversación en francés, pasó veloz por delante de mí. Por la ventana abierta de la casa del comandante llegaban hasta mí los acordes de una *Lisenka* ó *Katenka-Polka* ejecutada en un desafinado piano. En la tienda de un vendedor de vino por delante de la cual pasaba, algunos empleados estaban sentados teniendo delante unos vasos de vino y oí que uno de ellos decía á

Camilo se quiso sublevar,
Hace de esto algunos años;
Tra la la, tra la la,
Hace de esto algunos años...

Entre estos oficiales hallábase también el joven sub-teniente que nos había saludado por la mañana. Estaba muy contento; brillaban sus ojos, trabábasele la lengua, quería abrazar á todo el mundo, demostrar su cariño...

Pobre muchacho! No sabía aun cuán ridícula resulta esa franqueza, esa libertad que con todos demostraba, atribuída por los demás no á la afección y al querer, como él pretendía, sino á la burla y al desprecio. Tampoco sabía, en cambio, que cuando loco de contento se arrojaba sobre el capote y, apoyando la mano en el suelo echaba atrás su larga cabellera negra, estaba extraordinariamente hermoso...

Dos oficiales, sentados en una banqueta, jugaban á las cartas sobre una mesa que habían improvisado con el toldo de una carreta y algunos palos. Escuché con curiosidad la conversación de oficiales y soldados, siguiendo con el mayor interés la expresión de sus semblantes. Pero en ninguno hallaba ni siquiera sombra de la inquietud que á mí me atormentaba. Bromas, risas, cuentecillos picarescos, todo era bulla y algazara, como expresión de la indiferencia hacia el peligro próximo, como si nadie quisiera pensar en que tal vez algunos ya no pisarían más aquel camino.

V

Mis primeras impresiones

A las siete de la tarde, llenos de polvo y fatigados, penetramos por las enormes puertas que guardaban la fortaleza de N... El sol se ocultaba, arrojando sus oblícuos rayos de un color rosa sobre el castillo y las baterías, sobre los pueblos que rodeaban el fuerte, sobre los campos cultivados y amarillentos, y aún sobre las blancas nubes que envolvían las montañas cubiertas de nieve, imitándolas y formando una cadena no menos pintoresca y sorprendente.

En el pueblucho situado junto á las puertas de la fortaleza, un tártaro subido sobre el tejado de una capilla llamaba á los fieles á la oración. Los coristas cantaban ya con su acento duro y enérgico.

Después de descansar algunos momentos y arreglada mi *toilette*, fuí á casa de un ayudante de campo amigo mío para pedirle que explicara al general la intención que me animaba. Al pararme en las afueras del fuerte, ví lo que no esperaba... Un precioso coche de dos asientos en que se divisaba un gran sombrero á la moda y en el que se oía una conversación en francés, pasó veloz por delante de mí. Por la ventana abierta de la casa del comandante llegaban hasta mí los acordes de una *Lisenka* ó *Katenka-Polka* ejecutada en un desafinado piano. En la tienda de un vendedor de vino por delante de la cual pasaba, algunos empleados estaban sentados teniendo delante unos vasos de vino y oí que uno de ellos decía á

otro: «Si me lo permitís, os diré que, en cuanto á la política, María Gregorievna es la primera mujer de nuestra tierra». Un judío encorvado, de cara repugnante, cubierto el cuerpo con un abrigo viejo, arrastraba un organillo deshecho y quejumbroso que llenaba con su desagradable ruído aquellos alrededores tocando el final de *Lucia*. Dos mujeres de crugientes faldas, chales de seda y elegantes sombrillas claras en la mano, marchaban con paso menudo por las aceras entarugadas. Dos muchachas, la una vestida de rosa y la otra de azul, estaban en el umbral de una casita coquetona riendo desaforadamente con el propósito de llamar la atención de los oficiales que pasaban. Los militares, con chaqueta nueva, guantes blancos y brillantes espuelas, transitaban alegres por calles y paseos.



En el piso bajo de la casa habitada por el general encontré el amigo á quien buscaba. Tan pronto como le hube explicado mis deseos, que él creyó fáciles de cumplir, salimos á la ventana, y en aquel punto pasó el coche que yo había visto al entrar en la población. Abrióse la portezuela del vehículo y dió paso á un gran señor, alto, elegante; vestía uniforme de infantería con hombreras de Estado Mayor, y pasó á las habitaciones del general.

—Ya me perdonaréis si os dejo,—dijo el ayudante de campo; —pero debo anunciar una visita al general.

—Quién es?—le pregunté.

—La condesa,—contestó. Y abrochándose la bata corrió precipitadamente escalera arriba.

Minutos después ví en el portal á un hombre de estatura regular, guapo; vestía de americana, sin más insignias que una cinta blanca en el ojal de la solapa. Tras él salieron el Mayor, el ayudante de campo y dos oficiales. La actitud, la voz, los movimientos todos del general mostraban á un hombre que tiene conciencia de su elevado cargo.

—Buenas tardes, señora condesa,—dijo tendiendo la mano por la portezuela del coche.

Una mano pequeña, enguantada, estrechó la que le ofrecían y una cabecita fina y hermosa, con sombrero amarillo, asomó á la ventanilla.

De toda la conversación, que duró algunos minutos, no oí más que la despedida del general al alejarse.

—Ya sabéis que he hecho voto de perseguir á los *infieles;* cuidado con ser uno de ellos.

Del coche salió una carcajada.

—Adiós, querido general.

—No, sino hasta luego,—dijo el general. Y subiendo ya la escalera añadió.—No olvidéis que me invito para la *soirée* de mañana.

El coche se alejó.

«He ahí un hombre, pensaba al dirigirme á mi casa, que tiene todo cuanto ambicionan los rusos: Graduación elevada, riquezas, nobleza... y este hombre, en vísperas de un combate, que sabe Dios el resultado que tendrá, ríese con una mujer á cuya casa promete ir á tomar el té al día siguiente, como si él fuese el encargado de la dirección del baile».

En la misma casa del ayudante encontré á un hombre cuya presencia no dejó de extrañarme; era un sub-teniente del regimiento de K..., conocido por su carácter tímido, casi afeminado. Estaba en casa del ayudante de campo manifestando su despecho, su indignación contra aquellas gentes que, según él, se valían de la intriga para evitar que le enviasen á combatir. Decía que era cobarde tal manera de proceder, calificábalo de falta de compañerismo y aseguraba que se acordarían de él. Fijéme en la expresión de su rostro, sin olvidar las inflexiones de su voz, pero me fué imposible percibir en él el menor rasgo sospechoso, convenciéndome de que estaba realmente enfadado y entristecido porque no le dejaban ir á luchar contra los circasianos... Estaba tan triste como un chiquillo injustamente castigado... Me quedé sin comprenderlo.



VI

En plena oscuridad

Las tropas debían salir á las diez de la noche. A las ocho y media monté á caballo y fuí á casa del general. Pero suponiendo que éste y su ayudante estarían ocupados, me quedé en la calle. Até el caballo á una reja y esperé, sentado en un margen que formaba la calle, la salida del general y su Estado Mayor para unirme á ellos.

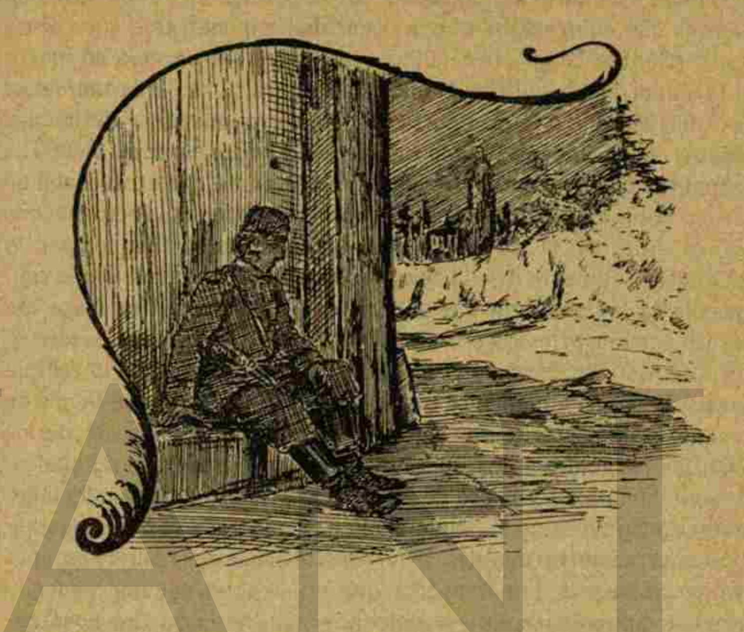
El calor y la claridad del sol habían dejado paso al fresco de la noche y á la luz indecisa de la luna nueva que, rodeada de un círculo mate, se mostraba á la ventana del cielo azul oscuro tachonado de estrellas. En los balcones de las casas brillaban grandes luces, que iluminaban la elegante entrada de los jardines. A lo lejos las blancas chozas, con sus techos de cañas iluminados por la luna, parecían más hermosas y también menos blancas.

Las largas sombras de las casas, de los árboles y de las cercas, caían graciosamente sobre el camino claro, polvoriento... En la orilla del río las ranas cantaban (1) sin interrupción. En las calles se oía ora el paso acelerado ó la animada conversación de los transeuntes ó el galopar de un caballo. De las afueras llegaba el eco

(1) Las ranas del Cáucaso emiten sonidos que no tienen nada de común con el producido por las ranas de Rusia.—*N. del A.*

del destemplado organillo tocando *El soplo de los vientos* ó *Aurora Walser*.

No diré cuáles eran mis pensamientos; primeramente porque me daría vergüenza confesar las negras ideas que aguijoneaban mi alma ante el contraste de satisfacción y contento que parecía des-



prenderse de cuanto me rodeaba; y segundo, porque no hace al caso para el relato de mi historia. Estaba tan absorto en mi meditación que no me fijé en que el reloj había dado ya las once y que el general y su séquito habían pasado por delante de mí hacía muy largo rato...

Todavía se hallaba la retaguardia en la puerta del fuerte, sobre el puente, y era imposible abrirse paso por entre los cañones, carros y carretas de las compañías que se agrupaban y cuyos oficiales corrían dando órdenes en todas direcciones; cuando hube franqueado las puertas, conduje mi caballo al trote por entre la larga hilera de soldados que avanzaban en silencio en medio de la oscuridad y apenas los hube dejado atrás me uní al general, que con su Estado Mayor marchaba á la cabeza de los expedicionarios. Al pasar junto á la artillería con sus cañones alineados, y por entre los oficiales que cabalgaban junto á las piezas, oí una voz alemana de entonación agradable, gritando con una armonía dulce y grave. Esta

voz decía: «Demonio... dadme fuego!» Y un soldado repuso en voz alta: «Chertchenko! el teniente pide fuego».

El cielo comenzaba á cubrirse á grandes trechos de nubes de un gris oscuro, entre las cuales brillaban algunas estrellas pálidas... La luna ocultábase en el horizonte tras las negras montañas que se percibían á la derecha, lanzando sobre la cima una débil luz temblorosa que contrastaba con la oscuridad impenetrable que cubría sus vertientes. El aire era cálido y tan suave que parecía no mover ni la menor hierbecilla ni la nube más ligera, y se hacía tan densa la oscuridad que á la más corta distancia era imposible definir los objetos. A los lados del camino no se veía más que enormes peñascos y sombras extravagantes y si me daba cuenta de que atravesaba un arroyo era por su dulce murmullo y por el frescor del rocío que nos cubría. Ante mí, ví de pronto como una negra cortina compacta, vacilante, y enfrente de ella se agitaban algunas sombras; era la vanguardia de la caballería y el general con su séquito. Una masa tan oscura como la primera, pero más baja, que se movía ante nosotros, era la infantería. Dominaba en el destacamento un silencio tal que se percibían perfectamente todos los sonidos de la noche llenos de encanto y de misterio. Los ahullidos lejanos y quejumbrosos de los chacales parecidos á desesperados gemidos ó groseras carcajadas; el canto monótono y triste de los grillos y ranas, un murmullo indefinible cuya causa no me pude explicar y que cada vez se escuchaba más próximo; en una palabra, todos los rumores nocturnos, apenas percibidos, de la naturaleza que no se pueden comprender ni definir, confundíanse en una melodía grave, hermosa, que nosotros llamamos la calma de la noche. Aquel silencio interrumpíase ó mejor se confundía con el ruído sordo de los zapatos y el crugido de la hierba producido por el destacamento en su lenta marcha.

En filas casi no se notaba ni el ruído de los grandes cañones, ni el sonido de las bayonetas al entrechocarse, ni las conversaciones en voz baja, ni el relinchar de los caballos.

La naturaleza respiraba belleza y fuerza íntimamente combinadas.

Es poco para los hombres vivir en un mundo tan bello, bajo este inconmensurable cielo estrellado? No basta el encanto de la naturaleza, que es preciso poner en el alma del hombre los sentimientos de perversión, de venganza, de deseos de destruir á su semejante?

Todo cuanto hay detestable en el corazón humano debería desaparecer al simple contacto de la naturaleza, expresión la más exacta de lo bello y de lo justo.



VII

Nace el día y suenan los primeros tiros

LLEVÁBAMOS dos horas de marcha y ya comenzaba yo á estar inquieto y adormecido. Entre las sombras se dibujaban siempre los mismos objetos indefinidos. A la misma distancia siempre las montañas y las nubes; cerca de mí la grupa de un caballo blanco que con la cola levantada y las patas traseras esparramadas sostenía á un hombre á quien tuve siempre de espaldas; vestía el traje blanco del *therkes*, sobre el cual llevaba un fusil enfundado dejando ver también el blanco mango de una pistola cubierta por una bordada funda; el fuego del pitillo alumbraba sus rubios bigotes y las manos con guantes de piel de ciervo se arreglaban con frecuencia el limpio cuello. Me acomodé sobre mi caballo, cerré los ojos y permanecí así algunos instantes, hasta que el rumor de algo conocido y ciertos movimientos suaves tornáronme á la realidad. Miré alrededor y me pareció que estaba parado y que la oscura masa que me precedía dirigía sus pasos hacia mí y quise ocultarme. Entonces percibí un continuado rumorcillo, cuya causa no me pude explicar de momento... y era la corriente del agua. Entramos en una garganta profunda y nos aproximamos al riachuelo, entonces desbordado, que arrastraba el agua de las montañas.

El ruído aumentaba, la hierba humedecida era más alta y

espesa, más frecuentes los arroyos, el cielo se cerraba con más rapidez. De vez en cuando iluminábase el fondo negro de las montañas por ligeras lucecillas que desaparecían de súbito.

—Harías el favor de decirme qué significan esas luces?—pregunté á un tártaro que caminaba á mi lado.

—No lo sabéis?—respondió.

—No.

—Son los habitantes de las montañas que atan paja á un madero y después de encendida la agitan en el aire.

—Y para qué hacen eso?

—Para que todos sepan que han llegado los rusos. En este momento están sufriendo horriblemente en el pueblo,—añadió sonriendo.—No saben dónde ocultar sus riquezas.

—Se sabe ya en la montaña que está próximo á llegar el destacamento?—pregunté.

—Cómo no? Lo saben todo... Así son los nuestros.

—Entonces, Chamil se hallará ya dispuesto á la resistencia?

—No,—dijo moviendo la cabeza.—Chamil no se presentará en el sitio de la contienda; enviará á sus subalternos y él con su anteojo presenciará el espectáculo desde la más elevada cima.

—Habita muy lejos de aquí?

—No. Ahí mismo, á la izquierda, á unas diez *verstas*.

—Cómo sabes todo eso?—le pregunté.—Acaso has estado allí?

—Sí. Todos nosotros somos de la montaña.

—Y has conocido á Chamil?

—Los soldados no le ven nunca. Está rodeado de cien, de trescientos, de mil hombres que forman su Estado Mayor. Chamil queda siempre en el centro,—dijo con expresión de respeto.

Dirigiendo la vista á lo alto podía verse como el cielo se iluminaba con un tinte blanquecino hacia el Este, mientras la Osa menor descendía en el horizonte. Sin embargo, el sitio por el cual marchábamos estaba muy húmedo y muy oscuro todavía. De pronto, á algunos pasos delante de nosotros, el brillo de antorchas y el silbido de las balas vinieron á romper el silencio de la monótona tranquilidad de la noche; á ésto sucedió un gran vocerío. Era el piquete de la vanguardia enemiga. Los tártaros al oir la señal, prorrumpieron en terribles gritos, dispararon al aire y emprendieron la fuga...

Todo quedó en calma. El general llamó al intérprete. Un tártaro con túnica blanca se acercó á él y ambos hablaron durante largo rato en voz baja y con muchos gestos.

—Coronel Khassanov, dad la orden de que avancen los tiradores,—dijo el general con voz entrecortada y lenta, pero firme.

El destacamento llegó hasta la ribera. La enorme garganta de las montañas negras quedaba ya atrás. El día comenzaba á despuntar. El horizonte, en el cual brillaban aun algunas estrellas apenas visibles, parecía elevarse. En Oriente, una luminosa ráfaga llena de vibrante color brilló un momento; un airecillo suave, fresco y oloroso, sopló por el Oeste y la niebla, ligera como un vapor, empezó á elevarse sobre la húmeda ribera.



VIII

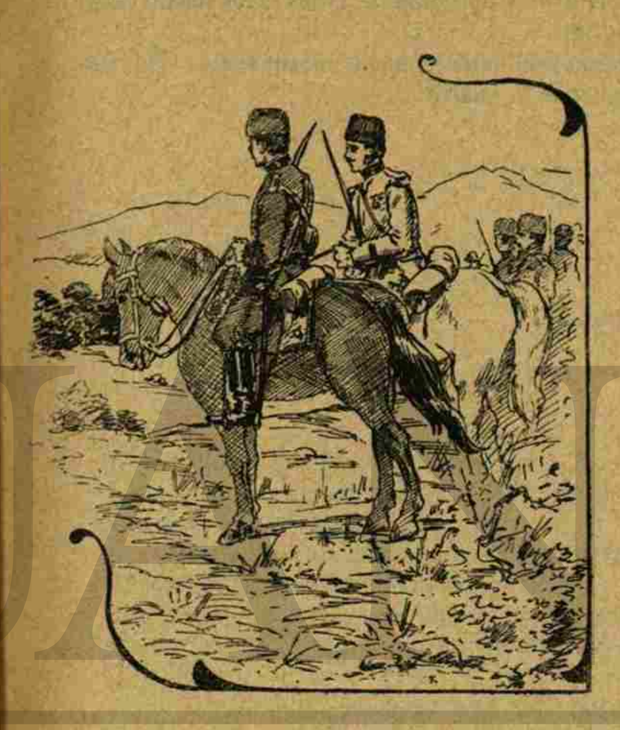
Comienza la batalla

El guía indicó el camino á la vanguardia de caballería, luego el general y su séquito comenzaron á atravesar el río. El agua llegaba al vientre de los caballos, que chocaban contra las blancas peñas que se elevaban en algunos puntos, y formaba entorno de las patas de los caballos rizadas abrazaderas de espuma. Las bestias, aturdidas por el ruído del agua, levantaban la cabeza con las orejas altas, marchando á pasos acompasados y prudentes por entre la amenazadora corriente. Los jinetes recogían las armas y encogían los pies. La infantería, en camisa, llevaba en un paquete sobre la espalda los vestidos y fusiles, cogíanse por la mano unos á otros en filas de veinte y con esfuerzo que se pintaba en su semblante procuraban vencer la corriente. La artillería, lanzaba á grandes gritos los caballos, que chapoteaban en el agua. Los cañones y carros de municiones, bajo los cuales serpenteaba el río, crugían sobre el lecho de piedras. Por fin, los valientes caballos con la cola y las crines mojadas, salieron del agua y ganaron la opuesta orilla.

Cuando las tropas hubieron atravesado el río, el rostro del general adquirió una expresión pensativa y grave. Volvió su caballo y uniéndose á la caballería salió al galope por la inmensa pradera rodeada de bosques que se abría ante nosotros. Los cosacos dispersáronse por los más escondidos senderos.

En el bosque vimos á un hombre á pie, en traje circasiano y gorra del país; luego un segundo, y un tercero... Un teniente murmuró: «Esos son tártaros».

A través de los árboles se levantó una nubecilla de humo... un tiro... otro... Nuestros repetidos disparos ahogaban los del enemigo. Pero las balas con su prolongado silbido, semejante al vuelo de una abeja, corriendo hacia nosotros, demostraban que no todos los tiros salían de nuestro bando. Marcha la infantería precipitadamente... La artillería al trote se extiende en línea de combate. El estampido del cañón, el sonido metálico de las granadas, el ruído de los disparos, el traqueteo de los fusiles al recibir la carga, todo se oye en horrible confusión. Caballería, infantería, artillería extiéndense á los lados en una gran esplanada. El humo de los cañones, de las ametralladoras, de los fusiles, se confunde con la verdura toda cubierta de rocío y con la húmeda neblina.



El coronel Khassanov corre al galope en busca del general.

—Excelencia,—dice llevándose la mano á la gorra.—Ordenad el avance de la caballería; se divisan *señales* (1).

Y con la mano extendida designaba algunos tártaros á caballo delante de los cuales dos hombres cabalgaban sobre blancas mon-

(1) Las *señales* tienen para los montañeses casi la importancia de una bandera, con la sola diferencia de que cada *djiguita* puede fabricarse una señal especial y enarbolarla.—*N. del A.*

turas, ostentando dos palos en cuya punta dos trozos de tela, roja y blanca, servían de juguete al viento que producía su veloz carrera.

—Con la protección de Dios! Ivan Mikhailovitch...—dijo el general.

El coronel hizo dar media vuelta á su corcel y esgrimiendo la espada gritó: Hurra!

—Hurra! Hurra! Hurra!—repitieron de todos lados mientras la caballería volaba tras él.

Todos contemplaron con interés aquel movimiento... He ahí otro banderín... dos... tres... cuatro...



IX

Termina la batalla

El enemigo, sin esperar un nuevo ataque, desapareció entre el bosque y desde allí comenzó el fuego de fusilería. Las balas silbaban sin interrupción.

—Qué admirable golpe de vista!—dijo el general montando á la inglesa sobre su caballo de finas patas.

—Encantador!—repuso el Mayor, y achuchando á la bestia se colocó al lado del general.—Es hermosa una batalla en un país tan bello!

—Y sobre todo cuando se está bien acompañado,—repuso el general con amable sonrisa.

En aquel mismo instante una bala enemiga cortó los aires con su silbido rápido y fué á chocar contra algún cuerpo. Detrás nuestro se oyeron los gemidos de un hombre herido... Me impresionaron hondamente aquellos ayes y para mí perdió todo su encanto el espectáculo guerrero que ante nosotros se desarrollaba. Mas, al parecer, nadie se dió cuenta del hecho. El Mayor parecía reir aun con más satisfacción; un oficial continuaba indiferente su charla; el general miraba hacia el lado opuesto y sonriendo tranquilamente pronunció algunas palabras en francés.

—Dais permiso para contestar á sus disparos?—dijo agitándose sobre su caballo el jefe de la artillería.

—Sí, dadles un buen susto,—contestó impasible el general, encendiendo un cigarro.

Avanzaron las baterías y comenzaron el bombardeo. La tierra se extremecía á cada disparo, el fuego brillaba sin cesar y el humo que ocultaba las piezas y los artilleros nos cegaba por completo.

Terminado el bombardeo del pueblucho, el coronel Khassanov pide nueva licencia al general y se lanza al asalto. Grandes gritos de guerra atruenan el espacio y la caballería desaparece entre la nube de polvo que levanta.

El espectáculo era verdaderamente grandioso. Mas para mí, que ni intervenía en la acción ni estaba acostumbrado á ello, había en la batalla un *algo* muy reprochable, contra la opinión general: la alegría y los gritos que lanzaban los soldados me parecían cosa superflua.

Involuntariamente los comparaba á un hombre que, esgrimiendo un hacha, pretendiera cortar el aire.

X

La entrada triunfal

Las tropas habían ya conseguido apoderarse del pueblucho; pero los enemigos no estaban ya en él cuando el general, con su acompañamiento entre el cual figuraba yo, se posesionaba del lugar conquistado.

Las casas altas, limpias, con sus tejados cubiertos de musgo y sus esbeltas chimeneas, habían sido construídas sobre un terreno pedregoso y desigual por el que atravesaba un riachuelo. De un lado se veían los huertos iluminados por la luz del sol con sus enormes perales y ciruelos. Del otro, dos cosas extraordinarias: unos muy elevados peñascos que sirven de límite al cementerio, y unas largas astas de madera con banderas y banderines acribillados, que dan sombra á los restos de los *djiguitas* muertos.

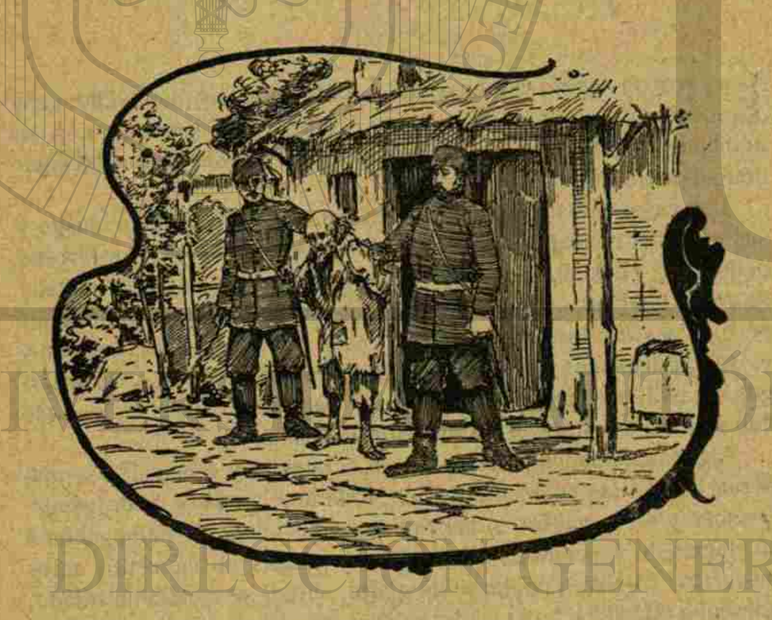
Algunos soldados alineáronse en el portal, y enseguida se dispersaron, por las calles del pueblo, toda una bandada de dragones, cosacos y otros militares que radiantes de júbilo se entregaban á su alegría de vencedores. Las calles y plazas un momento antes desiertas, volvían á poblarse de gente... Aquí se hundía un tejado, golpeaba allá el hacha la madera resistente y una puerta caía hecha pedazos por la fuerza del hombre. Más lejos las llamas devoraban un granero repleto de heno, un pajar, una choza y columnas de humo envenenaban el aire. Acullá, un soldado arrastraba un saco de

harina y una alfombra; otro, de cara alegre, llevaba al hombro un cubo de latón y un paño. Este, con los brazos abiertos, procuraba coger dos gallinas que cacareando huían. Aquel había encontrado en un rincón una enorme vasija de leche y después de beber cuanta quiso arrojaba el pote al suelo prorrumpiendo en estridentes carcajadas.

También se encontraba en el pueblo el batallón con el cual había yo abandonado la fortaleza de N... El capitán, sentado en medio de una plazoleta, echaba bocanadas de humo de su pipa repleta de tabaco de la peor especie, con un aire tan indiferente que al verlo se olvidaba uno de que estaba en un pueblo enemigo, creyendo hallarse en su propio país.

—También estáis vos aquí?—exclamó al verme.

La gallarda figura del teniente Rosenkrantz se dejaba ver en todas partes, recorriendo sin cesar el pueblo. Sin detenerse, daba órdenes, con el aspecto de un hombre muy ocupado. Como César triunfante, salió de una casa seguido de dos soldados que conducían maniatado á un enemigo anciano. El tártaro, que por toda vestidura llevaba una camisa harapienta y un pantalón lleno de remiendos, se hallaba en un estado tal de debilidad que sus delgaduchos brazos sujetos á la espalda parecían romperse y las piernas arqueadas y desnudas apenas si podían sostenerle. Su cara y parte de la cabeza que llevaba afeitados dejábanle al descubierto profundas cicatrices; la boca era deforme, desdentada, rodeada de blancos y recortados bigotes y luenga barba; sus mandíbulas agitábanse sin cesar como si comiera algo. Mas en sus ojos enrojecidos, desprovistos de pestañas, brillaba una luz singular que demostraba su indiferencia por una vida que otros tanto apreciaban.



Rosenkrantz preguntábale, por medio del intérprete, por qué no había huído con sus compañeros.

—Dónde ir?—dijo con aspecto tranquilo.

—Dónde estén los otros,—objetó alguien.

—Los *djiguitas* salieron á batirse con los rusos, pero yo soy muy viejo.

—No tienes miedo á los rusos?

—Qué me harán? Soy muy viejo,—dijo, dirigiendo la vista con tranquilidad al círculo que se formaba alrededor suyo.

XI

La gran victoria

Después de la retreta, observé como aquel viejo, con la cabeza aun desnuda y las manos atadas, tembloteaba atado á la silla de un cosaco y miraba entorno suyo con la misma expresión indiferente. Era preciso retenerlo para el canje de prisioneros.

Subí á la plaza y me senté junto al capitán.

—Me parece que los enemigos no eran muy numerosos,—dije con el propósito de conocer su opinión sobre el asunto.

—Los enemigos!—exclamó extrañado.—Pero, si no los hay! A esos llaman enemigos?... Ah! ya veréis esta tarde cuando nos vayamos, como todos nos acompañan y salen á despedirnos,—añadió designando con la pipa los bosques que habíamos atravesado aquella misma mañana.

—Qué ocurre allá abajo?—pregunté con curiosidad interrumpiendo al capitán y señalándole un grupo de cosacos que no lejos de nosotros formaban círculo entorno de alguna cosa.

Desde donde estábamos nosotros se oían gritos parecidos al sollozo de un niño y las palabras:

—Eh! no pegues... Espera... Van á descubrirnos... Tienes un cuchillo? Evstigneitch, dame un cuchillo!

—Se reparten algo esos bandidos,—dijo tranquilamente el capitán.

Pero en el mismo momento, con la cara llena de espanto, se presentó el guapo sub-teniente que nos había saludado por la mañana y moviendo desaforadamente las manos se lanzó entre los cosacos.

—No le toquéis! No le peguéis!—gritaba con su voz infantil.

Al oir la voz del oficial, los cosacos escaparon dejando caer de sus manos un cabritillo blanco. El joven sub-teniente, emocionado, balbuceó algunas palabras y todo confuso se quedó inmóvil ante el animalito.

Al vernos al capitán y á mí, aumentó su rabia y, corriendo hacia nosotros, nos dijo con voz entrecortada:

—Creí que mataban á un chiquillo,—y se sonrió tímidamente.



XII

En marcha otra vez

El general marchó delante con la caballería. El batallón con el cual había yo dejado la fortaleza de N... quedaba á retaguardia. Las compañías del capitán Khalopov y del teniente Rosenkrantz se pusieron juntas.

La predicción del capitán fué confirmada. Apenas habíamos entrado en los estrechos senderos del bosque que él me había indicado, cuando de todas partes salieron montañeses á pie ó á caballo y se situaron tan cerca de nosotros que distinguíamos perfectamente como algunos de ellos, encorvados y con el fusil á la espalda, corrían de un árbol á otro.

El capitán se descubrió y devotamente hizo la señal de la cruz. Algunos soldados viejos le imitaron. Por el bosque se oían aullidos y gritos de: »Eh! á los rusos! Que están ahí, corramos!» Los tiros secos, sordos, de fusil, se sucedían y las balas silbaban por todos lados. Los nuestros contestaban, en silencio, con un fuego alternado. En las filas más cercanas sólo se oía de vez en cuando alguna reflexión de este género: «Desde dónde tiran *ellos?* (1). Tienen ventaja de que se ocultan en el bosque...» etc.

Los cañones se pusieron en línea, y tras algunos cañonazos, el

(1) *Ellos* es la palabra generalmente empleada por los soldados del Cáucaso para designar al enemigo.—*N. del A.*

enemigo pareció alejarse, sin perjuicio de que momentos después y á cada paso que avanzaban las tropas, los disparos de fusil, los gritos y las exclamaciones aumentasen hasta el más alto grado.

Estábamos ya á la distancia de unas trescientas *sagenas* del pueblo, cuando comenzaron á volar sobre nosotros los proyectiles enemigos. Ví como un soldado caía muerto por una granada... Pero, á qué pintar al detalle este horrible cuadro, cuando yo mismo pagaría su olvido á cualquier precio?

El teniente Rosenkrantz disparaba su fusil sin descansar un momento. Con voz ronca estimulaba á los soldados, corriendo de un lado á otro de las filas. Estaba pálido y esto daba más vigorosa expresión á su rostro sudoroso.

El guapo sub-teniente estaba encantador. Sus hermosos ojos negros brillaban de ira; la boca marcaba una ligera sonrisa y se aproximaba sin cesar al capitán, pidiéndole con impaciencia permiso para atacar á la bayoneta.

—Los rechazaremos!—decía al capitán con pleno convencimiento.—Los rechazaremos!

—No hace falta,—respondía tranquilamente el capitán.—Debemos retirarnos...





XIII

Cómo no tener miedo?

La compañía que mandaba el capitán ocupaba la orilla del bosque, y á largos intervalos hacía fuego contra el enemigo. Vestido con la vieja guerrera y el gorro apabullado sujetaba las riendas del pequeño caballo blanco, y con las piernas cruzadas permanecía inmóvil y silencioso. Los soldados conocían tan bien su obligación que para nada necesitaban órdenes. Algunas veces levantaba la voz para reñir á los que volvían atrás la cabeza. El aspecto del capitán era poco arrogante; pero denotaba tanta franqueza y sencillez que me impresionó sobremanera. He ahí «en qué consiste el verdadero valor»,—pensé bien á pesar mío.

Estaba *como le había conocido siempre:* los mismos movimientos tranquilos, la misma voz igual, la misma franca expresión atrevida y tosca. Era en su mirada donde únicamente se podía advertir la atención que un hombre sensato dedica á sus cosas.

No eran todos *exactamente como siempre,* pues, muchas alternativas había observado en los demás. El uno quiere aparentar mayor serenidad que de costumbre, el otro desea estar más severo, un tercero más alegre que de ordinario. Sin embargo, en la misma cara del capitán se veía que él mismo no podía darse cuenta de por qué había de aparentar lo que no era.

El francés que dijo en Waterloo: *La guardia perece, pero no*

se rinde, y los demás, héroes franceses en su mayoría, que hicieron frases igualmente famosas, en efecto eran valientes y esas frases reflejan su estado de ánimo en medio de la lucha; pero entre el valor de aquellos y el del capitán hay, á mi juicio, una gran diferencia: que aún suponiendo que estas palabras surgieran en la mente del capitán, él no las pronunciaría. Primero, porque al emitir tan sublimes pensamientos temería disminuir la sublimidad de su acto; y segundo, porque cuando el hombre siente en sí la necesidad de ejecutar una gran acción, no necesita de palabras. Para mí es un rasgo particular muy notable del pueblo ruso. Y qué pesar no inundará nuestro corazón de rusos, cuando oímos en boca de los militares jóvenes frases banales con que pretenden recordar la antigua caballería francesa?

De improviso y por el lado donde se encontraba el guapo subteniente con su sección, oyóse en voz no muy fuerte un *hurra!* de entusiasmo. Volvíme hacia el sitio de donde había salido el grito y ví como unos treinta soldados que, con el fusil en la mano y la mochila en la espalda, corrían con gran dificultad por entre los húmedos campos. Resistía el enemigo, pero ellos sin embargo avanzaban y gritaban... Delante de todos galopaba el joven oficial sable en mano.

Todos desaparecieron en el bosque.

Al cabo de algunos minutos, ayes profundos, mezclados con el ruído de las detonaciones y temblores de la tierra, hirieron mis oídos. Un caballo desbocado huía á través del bosque, arrastrando al caído jinete, y por la orilla del camino pasaban soldados que conducían muertos y heridos. Entre estos últimos se hallaba el joven sub-teniente. Dos soldados le sostenían por los brazos. Estaba blanco como la espuma y su hermosa cabecita, que ya no reflejaba ningún destello del espíritu belicoso que le animaba momentos antes, hundíase entre los hombros y se inclinaba hacia el pecho. Bajo el chaleco desabrochado se distinguía sobre su camisa blanca una pequeña mancha de sangre.

—Ah! Qué desgracia!—dije, volviendo la espalda inconscientemente á semejante cuadro.

—En verdad que da lástima!—dijo un viejo soldado que, con aire sombrío, apoyado en su fusil, se hallaba á mi lado.—No tenía miedo de nada! Cómo era posible?...—añadió, dirigiendo la mirada al sub-teniente herido.—Fué muy tonto y ahora lo paga.

—Y tú, tienes miedo?—le pregunté.

—Cómo no tenerlo?



XIV

La muerte de un valiente

CUATRO soldados se llevaban al sub-teniente en una camilla. Tras ellos otro soldado conducía un caballo flacucho y enfermo que llevaba el botiquín. Oíase la voz del doctor y de los compañeros que reanimaban y trataban de consolar al herido.

—Amigo Olenín, no bailaremos mañana al són de las cucharas, —dijo sonriendo el teniente Rosenkrantz.

Suponía sin duda que sus palabras animarían al guapo sub-teniente; pero en la expresión fría y triste de la mirada de este último podía comprenderse que no producían el efecto apetecido.

También se aproximó el capitán al lecho del herido. Miróle fijamente, y su cara, siempre indiferente y fría, expresaba en aquellos momentos verdadera compasión.

—Qué tal, Anatoli Ivanitch?—le dijo con voz tierna y llena de una piedad que yo no esperaba.—He aquí la voluntad de Dios!

El herido volvió la cabeza y su rostro pálido se animó con una triste sonrisa.

—Sí, no os hice caso!

—Decid mejor que Dios lo ha querido,—repetía el capitán.

El médico tomó los instrumentos que le había preparado el practicante, y arreglando las vendas, sondas y otros aparatos recogióse las mangas de la camisa, y, pretendiendo animar al enfermo con una sonrisa:

—También á vos os han hecho un agujero donde no lo teníais, —dijo con voz alegre y en tono de guasa.—Vamos á ver qué es eso.

El sub-teniente obedeció; pero la mirada que dirigió al alegre doctor, expresaba una extrañeza y un reproche que aquél no advirtió.

Comenzaron á sondar la herida; el doctor la examinó por todos lados; pero el joven, que ya perdía la paciencia, rechazó la mano del médico, dejando escapar un sordo gemido....

—Dejadme,—dijo con voz entrecortada;—de todos modos me he de morir!

Al pronunciar estas palabras dejó caer la cabeza sobre la almohada, y cinco minutos después, cuando al aproximarme al grupo que se formaba entorno suyo pregunté á un soldado: «Cómo está el sub-teniente?», me contestaron: «Ha muerto!»



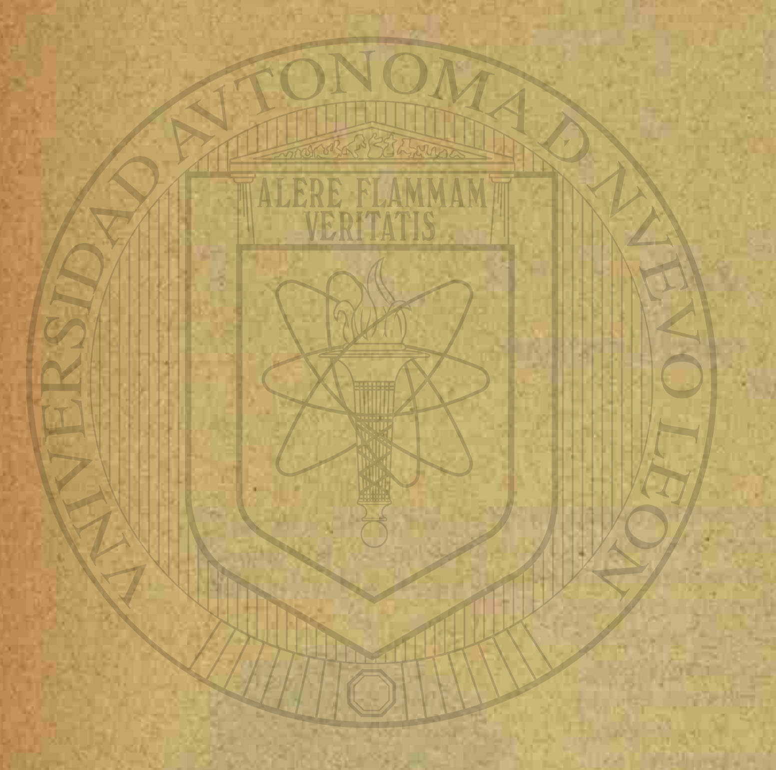
XV

Nuestro regreso y la llegada de la noche

Era ya tarde cuando el destacamento en masa, formado en gran columna, se aproximaba cantando á la fortaleza. El sol se ocultaba tras la cadena de montañas cubiertas de nieve y lanzaba sus últimos y rojizos rayos sobre las nubes alargadas y estrechas que parecían detener su curso sobre un horizonte claro y transparente.

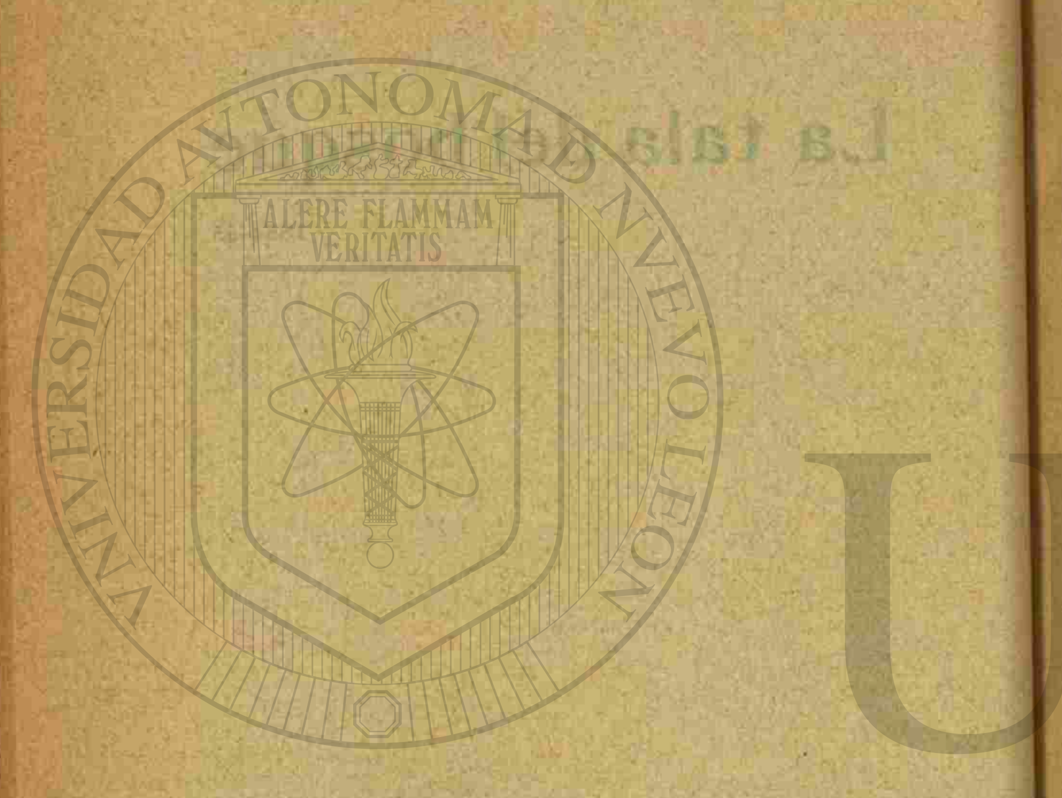


Las montañas cubiertas de nieve comenzaban á desaparecer tras una niebla de color violeta, dibujándose su cúspide con claridad transparente sobre la luz purpúrea del sol al ponerse. La luna, que con extraordinaria coquetería mostraba su cara de alegre trasnochadora, pintábase de blanco en el cielo azul oscuro. El verdor de la hierba y de los árboles se oscurecía al cubrirse de rocío. Las tropas avanzaban en compacta y oscura masa marchando por entre los magníficos campos. De todos lados se oían los atabales, tambores y clarines, y los alegres cánticos de los soldados. La voz del jefe de coros de la sexta compañía vibraba con toda su fuerza en sus notas altas de tenor, llenas de sentimiento y vigorosas, para perderse melancólicas en el aire transparente de la noche.



La tala del bosque

1854-55





I

Una marcha entre tinieblas

A mediados del invierno de 185... una división de nuestra batería formó parte de un destacamento mandado á la gran Thetchnia. Al tener conocimiento, en la tarde del 14 de febrero, de que el destacamento que yo mandaba en ausencia del oficial, era designado para formar parte de la columna que al día siguiente había de arrasar el bosque, transmití las órdenes necesarias y me fuí á mi tienda de campaña antes que de ordinario, abandonando la mala costumbre de calentarla con carbón. Sin desnudarme me metí en la cama, tendida sobre el santo suelo. Me encasqueté el gorro hasta los ojos, me envolví en el capote de pieles y me quedé dormido con ese sueño particular, fuerte y pesado, que se tiene en los momentos de turbulencia ó de inquietud ante el peligro. La expedición del día siguiente me tenía sobresaltado.

Todavía estaba muy oscuro, eran las tres de la madrugada, cuando me quitaron de encima el *tulupe* (1) caliente; el resplandor rojo de una candela hirió desagradablemente mis ojos aun adormecidos.

—Queréis levantaros?—dijo una voz.

Cerré los ojos é inconscientemente extendí de nuevo sobre mi cuerpo la *tulupe* y volví á dormirme.

(1) Capote corto de piel de cordero.

—Os levantáis, si ó no?—repitió Dmitri, sacudiéndome sin piedad por la espalda.—La infantería se pone ya en camino.

De pronto recordé la realidad. Me extremecí y salté á tierra. A toda prisa bebí un vaso de té, me lavé con el agua helada y salí de la tienda para dirigirme al parque de artillería. Estaba oscuro, y hacía mucho frío. El fuego de las hogueras nocturnas que ardían en varios sitios del campamento iluminando las caras de los soldados adormecidos, acostados alrededor de ellas, aumentaba la oscuridad, con su claridad suave de un rojo oscuro. Muy cerca se oía un ronquido regular y tranquilo; más lejos, el movimiento, las conversaciones y el chis-chas de las armas de la infantería, que se preparaba á partir. Un olor de humo, de estiércol, de leña y de neblina se esparcía por doquier. El escalofrío matinal entumecía los miembros; los dientes castañeteaban unos con otros. Sólo el resoplido y pataleo de los caballos dejaban adivinar, entre esa oscuridad impenetrable, dónde se hallaban los arrastres y los arcones enganchados. Por las puntas brillantes de las mechas se podía distinguir el sitio de los cañones... Con las palabras «Con Dios!» la primera pieza se puso en marcha. Quitándonos el gorro todos hicimos el signo de la cruz.

Llegó la infantería mientras tanto; el destacamento se detuvo, esperando durante un cuarto de hora la reunión de toda la columna y la llegada del jefe.

—Nos falta un soldado, Nicolai Petrovitch!—dijo acercándose á mí una figura negra que conocí por la voz; era el polvorista Maximov.

—Quién es?—pregunté.

—Valentchuk. Le he visto cuando enganchábamos y ahora no está aquí.

Como creímos que la columna no podría marchar enseguida, decidimos enviar al cabo Antonov en busca de Valentchuk.

Poco después, por delante de nosotros, entre la oscuridad, pasaron al trote unos jinetes; eran el jefe y su séquito De pronto la cabeza de la columna se puso en movimiento. Antonov y Valentchuk aun no estaban allí, pero apenas habíamos andado cien pasos cuando los dos soldados se nos reunieron.

—Dónde estabais?—pregunté á Valentchuk.

—Durmiendo en el parque.

—Cómo! Estabais borracho?

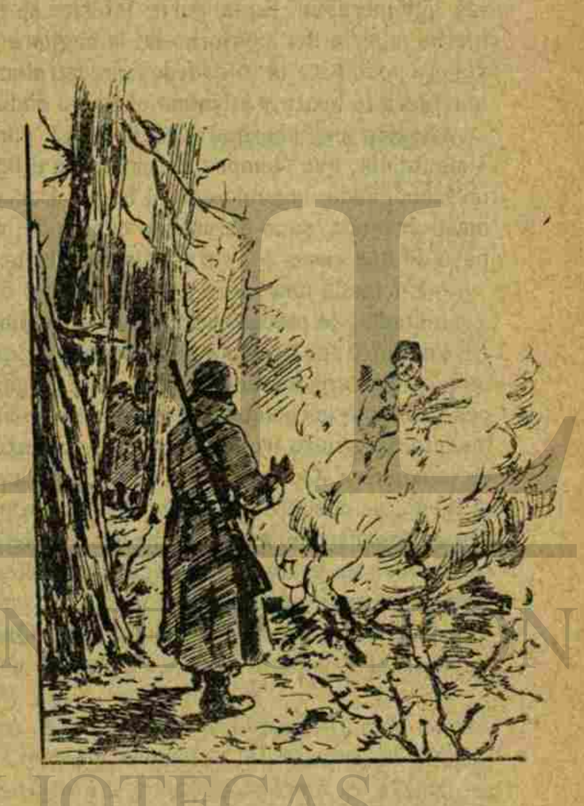
—No, señor.

—Entonces, cómo os habéis dormido?

—No lo sé.

Durante tres horas avanzamos lentamente, en silencio, en medio de la oscuridad, á través de los campos incultos y por encima de la nieve y los espinares achaparrados que crujían bajo las ruedas de los arcones.

Después de haber pasado un riachuelo poco profundo, pero rápido, nos detuvimos. En la vanguardia se oyeron bruscamente algunos tiros. Como siempre, su silbido excitaba á los soldados; el destacamento parecía despertar. En las filas se oían conversaciones, gran movimiento y risas. Los soldados, unos luchaban con sus camaradas; otros saltaban con un pie sobre el otro; otros para pasar el tiempo comían galleta ó se ejercitaban en presentar y rendir el arma. La niebla comenzaba á despejarse hacia el Oriente; la humedad se hacía más sensible y de las tinieblas se destacaban poco á poco los objetos más cercanos. Ya distinguía las cureñas verdes, los armazones y el cobre de los cañones cubiertos de rocío. Observé involuntariamente el más insignificante detalle: las caras de los soldados, los caballos bayos, las filas de la infantería con sus bayonetas relucientes, las bolsas, los utensilios y las marmitas que llevaban todos para el rancho...



Avanzamos de nuevo y cuando hubimos recorrido unos cien pasos, nos indicaron el *sitio*. A la derecha se veía la orilla escarpada del río sinuoso y las altas estacas del cementerio tártaro. A la izquierda y hacia nuestro frente se percibía una línea negra á través de la niebla. El destacamento bajó de los arcones.

La octava compañía, que servía de encubierta, puso sus fusiles en pabellón; los batallones de soldados con hachas y fusiles se internaron en el bosque.

Cinco minutos no habían transcurrido, cuando por todos lados se encendían y humeaban las hogueras. Los soldados se ayudaban unos á otros, atizaban el fuego con los pies y las manos, arrastraban ramas y troncos, resonando sin interrupción el golpear de cientos de hachas y el rumor de los árboles que se abatían.

Los artilleros, rivalizando con los infantes, encendían hogueras, hasta que no podían acercarse á dos pasos de ellas. Una espesa humareda se escapaba por entre las ramas heladas, cuyas gotas de rocío se evaporaban hirvientes sobre la llama en que los hombres las aglomeraban. En la parte inferior se formaba el carbón y la hierba muerta del contorno de la hoguera se ponía blanca. Todavía era poco para la soldadesca; arrastraban troncos enteros, echaban fuera la broza y atizaban el fuego cada vez más.

Cuando me acerqué á la hoguera para encender un cigarro, Valentchuk, que siempre se mostraba diligente, se exponía como un condenado jugando con el fuego. Por exceso de celo, con la mano desnuda, sacó del mismo centro de la hoguera un carbón, lo pasó de una mano á la otra y finalmente lo dejó caer al suelo.

—Enciende una rama y dámela,—dijo uno.

—Dadme la mecha, hermanos,—exclamó otro.

Por fin y sin la ayuda de Valentchuk, que aun intentaba coger otro carbón con los dedos, encendí el cigarro. Valentchuk entonces se limpió las manos en el faldón de su abrigo y, por hacer algo, levantó un grueso tronco de arce y lo lanzó con todas sus fuerzas en la hoguera. Cuando juzgó que podía ya descansar, se aproximó al fuego, se desabrochó el abrigo y se lo puso á guisa de capote; separó las piernas, extendió hacia delante sus brazos rudos y morenos, hizo un gesto con la boca y pestañeando varias veces y sin dirigirse á nadie, exclamó:

—Ah! eh! A qué he olvidado mi pipa? Qué desgracia, hermanos!

II

Las tres clases de soldados que hay

En Rusia hay tres tipos diferentes de soldados, en los cuales pueden comprenderse todos los demás: tropas del Cáucaso, de línea, de la guardia, de infantería, de caballería, de artillería, etc.

Estos tipos, con sus diversos matices son:

1.° Los sumisos.

2.° Los autoritarios.

3.° Los calaveras.

Los sumisos se dividen: en sumisos negligentes y sumisos diligentes.

Los autoritarios comprenden: los autoritarios bruscos y los autoritarios diplomáticos.

Y los calaveras se diferencian: en calaveras divertidos y en calaveras depravados.

El tipo más frecuente, más seductor y simpático y que comunmente reune las mejores virtudes cristianas, de dulzura, de piedad, de paciencia y de resignación á la voluntad de Dios, es el tipo del sumiso. El rasgo característico del sumiso de sangre fría es: una calma que nada conmueve y el menosprecio de las adversidades que la suerte le reserva.

El rasgo esencial del sumiso que bebe es: una tendencia dulce,

poética y sentimental, que le diferencia del sumiso diligente, el cual es conocido por su pobreza intelectual, unida á un amor al trabajo sin límites, y por su gran fervor.

El tipo de los autoritarios se encuentra principalmente en una clase más elevada de soldados, cabos, subalternos, etc.; en la primera división, la de los autoritarios bruscos, existe un tipo muy noble, enérgico, puramente militar, dotado de gran calor poético. A esta categoría pertenecía el cabo Antonov, que luego presentaré á mis lectores.

La segunda división, la de los autoritarios diplomáticos, hace tiempo que se extiende bastante. Este es elocuente, ilustrado, lleva camisa color rosa, no come rancho, fuma á veces tabaco de Monsatov, se tiene por mucho más que un simple soldado. Sin embargo, difícilmente son mejores soldados que los autoritarios de la primera clase.

El tipo del calavera, como el tipo del autoritario, es bueno en su primera categoría. Los rasgos especiales de los calaveras divertidos son: alegría constante, gran capacidad para todo, resueltos y de naturaleza magnánima. Este tipo es muy peligroso en su segunda escala. Sin embargo, hay que decir en honor del ejército ruso, que los calaveras depravados son muy raros y, si los hay, viven abandonados por sus mismos compañeros. La incredulidad y cierta fanfarronada en el vicio, son los rasgos principales que distinguen á esta categoría.

Valentchuk pertenecía á los sumisos diligentes. Era de origen ruso y servía en el ejército hacía quince años; era un soldado ordinario y poco hábil, pero ingenuo, bueno, fervoroso, intempestivo en su celo y sumamente honrado; digo «sumamente honrado», porque el año anterior lo había demostrado claramente. Hay que notar que cada soldado tiene su oficio; el más corriente es el de sastre ó zapatero. Valentchuk conocía el primero de estos oficios, que había aprendido por sí solo. He ahí por qué el sargento mayor Mikhail Dorofeitch, le confió la confección de sus trajes, habiendo alcanzado ya alguna perfección en su delicado arte.

El año anterior, Valentchuk se encargó en el mismo campamento de hacer un capote de paño fino á Mikhail Dorofeitch; y aquella misma noche, después de cortar el paño é hilvanar el forro, lo metió en su tienda debajo de la almohada, y ocurrió un muy grave percance. A la mañana siguiente, el paño, que costaba siete rublos, había desaparecido.

Valentchuk, llorando, con los labios descoloridos y temblorosos, con sollozos reprimidos declaró al sargento mayor su desgracia.

Mikhail Dorofeitch en el primer momento de despecho se enfadó y llegó á amenazarle; pero enseguida, como hombre bueno que era, abandonó el asunto, sin exigirle la devolución del dinero. Apesar de la pena de Valentchuk, de su actividad y del llanto que vertía contando su desgracia, el ladrón no pareció. Las sospechas se inclinaban hacia un terrible libertino; el soldado Tchemov, que dormía con él en la misma tienda. Pero no había contra él ninguna prueba. El diplomático autoritario Mikhail Dorofeitch, como hombre de poderes que se pasa el tiempo en provechosos manejos con el vigilante del arsenal y el jefe de la administración y con los aristócratas de la batería, bien pronto olvidó esa pérdida. Valentchuk, al contrario, no la olvidaba. Los soldados temieron en aquel entonces que se suicidase ó huyese al monte. De tal manera su infortunio le había impresionado. No comía ni bebía y no podía trabajar; lloraba sin tregua. Pocos días después fué á buscar á Mikhail Dorofeitch. Pálido y con mano temblorosa sacó de su boca-manga una moneda de oro y se la tendió. «Os juro que es cuánto poseo, Mikhail Dorofeitch, y aun lo he pedido prestado á Idanov, dijo sollozando de nuevo, y os juro también que los dos rublos que faltan os los devolveré en cuanto pueda. *El,*—quién fuese *él* ni el mismo Valentchuk lo sabía,—me ha hecho pasar ante vuestros ojos por un ladrón; *él,* que el diablo cargue con su maldita alma, ha robado á su hermano hasta el último *kopek*. Yo, que sirvo hace quince años...»

En honor de Mikhail Dorofeitch hay que decir que no aceptó los dos rublos restantes, cuando algunos meses después Valentchuk se los iba á entregar.

III

Alrededor de una hoguera

Además de Valentchuk, se calentaban alrededor del fuego cinco soldados de mi pelotón.

En el mejor sitio y garantido del viento, estaba sentado sobre una barrica, fumando su pipa, el polvorista Maximov. Sin decir nada de la barrica, sobre la que estaba sentado, que en los altos era el signo del poder, y sin hablar de su capote forrado de nanquin, la actitud, la mirada y los ademanes de este hombre descubrían en él hábitos de mando y la conciencia de su propio valer.

Cuando me aproximé á él, volvió la cabeza hacia mí; pero sus ojos permanecieron fijos en el fuego y hasta mucho después no los fijó en mi semblante.

Maximov era de familia de labradores y tenía algún dinero. En la escuela de la brigada había obtenido una distinción y adquirido ciertos conocimientos de humanidades. Los soldados le creían muy rico y erudito. Recuerdo que una vez en un ejercicio práctico de tiro, explicaba, con el cuadrante en la mano, á los soldados que se agrupaban á su alrededor, que el nivel no es más que el resultado del movimiento atmosférico del mercurio. En realidad, Maximov no era tonto y conocía su obligación; sin embargo, tenía una pasión dominante: la de hablar en forma que nadie pudiera comprenderle, y estoy convencido de que él mismo no conocía el

alcance de sus palabras. Le gustaba sobre todo emplear las expresiones «resulta de esto» ó «prosiguiendo»; y cuando decía: «De esto resulta» ó «prosiguiendo», ya sabía yo que no comprendería nada de lo que siguiese. A los soldados, como pude observar, les agradaba oir sus «resulta de esto», suponiendo en estas palabras un sentido profundo, aunque, como yo, no comprendían nada. Pero ellos atribuían esta incomprensibilidad á su propia ignorancia y por lo tanto respetaban á Feodor Maximitch. En una palabra, Maximov era un autoritario diplomático.

Un segundo soldado, delante de la hoguera, probaba de meter sus botas en sus pies fibrosos y encarnados; era Antonov, el mismo artillero que en 1837 permaneció dos horas junto á un cañón sin



protector... Con dos heridas en el muslo, continuaba cargando y disparando contra el enemigo victorioso. «Haría mucho tiempo que sería polvorista, si tuviese otro carácter», decían de él los soldados. Y era verdaderamente un carácter raro. Cuando no estaba ebrio, no había hombre más tranquilo, dulce y exacto; pero cuando empezaba á beber era otro: no reconocía autoridad, se pegaba á sí mismo, alborotaba y era un soldado inservible. Una semana antes, durante el carnaval, se puso á beber, y á pesar de las amenazas y

exhortaciones y de haberle atado al cañón, bebió y luego se batió hasta el primer lunes de cuaresma. Sin embargo, durante este tiempo, aunque el destacamento tenía permiso para no observar el ayuno, él se alimentaba solamente de galleta, y la primera semana no tomó su porción de aguardiente. Por otro lado, había que ver su persona; no muy alto, de fuerte complexión, con las piernas arqueadas, los ojos brillantes, grandes bigotes; cuando, un poco alegre, cogía entre sus manos musculosas la *balalaika* (1), y echando á su alrededor una mirada negligente empezaba á tocar alguna canción favorita, ó cuando iba por la calle con su capote lleno de condecoraciones en el pecho y las manos en los bolsillos del pantalón de nanquin azul, se dibujaba en su fisonomía la expresión de su orgullo de artillero y el desprecio á todo lo que no fuese *militar*. Había que comprender por su gesto cuán difícil le era en aquellos momentos no pegarse con un limpiabotas, ó con quien le saliese al camino, bien fuese cosaco, infantón, emigrante ú otro que no perteneciera á la artillería. Se pegaba con todo el mundo y buscaba querella, ya por mantener el espíritu soldadesco, del cual parecía genuíno representante, ó ya por el placer que experimentaba en toda lucha.

El tercer soldado sentado en el talud, alrededor de la hoguera, tenía una boca hasta las orejas, el bigote pequeño y erizado, la cara de un pájaro y sostenía entre sus dientes una pipa de porcelana. Era el conductor Tchikin. Este buen Tchikin, como le llamaban los soldados, era un bromista. A veces con un frío terrible, con barro hasta la rodilla, sin haber comido nada durante dos días, por estar de expedición, revista ó ejercicio, el bueno del hombre conservaba su buen humor, haciendo gestos y piruetas con los pies, ó discurriendo bromas, que el pelotón celebraba con estruendosas carcajadas. En las paradas ó en el campamento, un grupo de soldados jóvenes se reunía siempre alrededor de Tchikin que jugaba con ellos una partida de *fitka* (2), ó les contaba la historia de «un soldado astuto y el milord inglés», ó imitaba á un tártaro, ó un alemán, ó bien hacía reflexiones capaces de hacer morir de risa á todo el auditorio. La verdad es que su reputación de hombre bufo estaba tan consolidada en la batería, que no hacía más que abrir la boca ó cerrar los ojos, para suscitar una carcajada general. Realmente, poseía el secreto de lo cómico y burlesco. En cada objeto veía algo extravagante, algo que nadie había notado;

(1) Instrumento de música muy común en el Cáucaso.
(2) Juego de naipes muy preferido por los soldados.

pero lo más sorprendente era la facilidad con que hallaba el lado ridículo de las cosas.

El cuarto soldado no ofrecía nada de particular; era un recluta del año anterior y que salía por primera vez formando parte de una expedición. Estaba sentado al lado mismo del humo y tan cerca del fuego que parecía iba á arder su capote de pieles, no obstante llevar los faldones recogidos; su fisonomía tranquila, satisfecha, sus gruesas pantorrillas demostraban el contento que inundaba su espíritu.

En fin, el quinto, que se hallaba alejado de la hoguera y que preparaba una baqueta, era el viejo Idanov. Soldado el más antiguo de servicio en la batería. Conoció á los demás como reclutas y por eso le llamaban ya de antiguo el *abuelito*. Según las crónicas, jamás bebió, ni fumó, ni jugó á las cartas, ni profirió juramentos. Todo el tiempo que le quedada libre fuera de servicio, empleábalo en la zapatería. En los días de fiesta, á serle posible, iba á la iglesia, compraba un cirio de un *kopek*, que ponía en un candelero, y luego hojeaba los *Himnos*, único libro legible para él. Hablaba poco con los soldados; era frío y respetuoso con los de grado superior, aunque fuesen más jóvenes que él; como no bebía, no tenía ocasión de frecuentar á sus iguales; sin embargo, gustaba de los nuevos reclutas y de los soldados jóvenes; protegíalos siempre que podía; dábales consejos y muchas veces incluso les ayudaba. En la batería creíanle capitalista por contar con veinticinco rublos, que prestaba al soldado que tenía necesidad verdadera de tal suma. Hasta el mismo Maximov, que ya era polvorista, me contaba que diez años atrás, cuando él entró en filas y los soldados viejos, entregados al mosto, se habían *bebido* su dinero, Idanov, conocedor de su situación precaria, le llamó, le recriminó severamente y llegó hasta á pegarle, dándole consejos para vivir en el regimiento; después le regaló una camisa—Maximov ya no tenía—y cincuenta *kopeks* de plata.

Hablando de él, decía Maximov con respeto y agradecimiento: «Ha hecho de mí un hombre». Fué él quien acudió en auxilio de Valentchuk, al que había protegido, cuando éste tuvo la desgracia de perder el capote. Había socorrido á muchos durante sus veinticinco años de servicio.

No se podía encontrar un hombre que conociese mejor su obligación, que fuese más trabajador y más puntual; pero, en cambio, era demasiado dulce y carecía de *apariencia* para ser promovido á polvorista, á pesar de su cargo de bombardero desde hacía quince años. El único placer, casi la pasión de Idanov, era oir cantar;

tenía especial preferencia por ciertas canciones. Entre los soldados jóvenes, reunía un grupo de cantores, y aunque él no pudiese cantar, permanecía con ellos, las manos en los bolsillos del capote, los ojos cerrados, expresando su contento con los movimientos de su cabeza y las contracciones de su rostro. No sé cómo lograba dar á sus movimientos regulares de los músculos de la oreja, que sólo ví en él, una expresión infinita. Su cabeza blanca como la nieve, el bigote sedoso y negro y la cara morena y rugosa, le daban á la primera impresión un aspecto severo y duro; pero vistos de cerca sus grandes ojos, redondos al reir—no reía con los labios—tenían algo extraordinariamente dulce, casi infantil, que sorprendía.

IV

Charla de soldados

¿Qué desdicha! He olvidado mi pipa. Es una desgracia, hermanos,—repitió Valentchuk.

—Mejor sería fumar cigarrillos, compañero,—dijo Tchikin, gesticulando con la boca y guiñando los ojos.—En casa yo siempre fumaba cigarrillos; son más suaves.

Como era natural, todos soltaron una carcajada.

—Así es; ha olvidado su pipa,—interrumpió Maximov, sin fijarse en la risa general. Y con tono autoritario, golpeando con prosopopeya la pipa en la palma de su mano izquierda, prosiguió:—Dónde te habías escondido, eh! Valentchuk?

Valentchuk dió media vuelta hacia él, se llevó la mano al gorro y después la bajó.

—No has dormido bastante desde ayer? Te estás durmiendo de pie; no me hace mucha gracia.

—Que me trituren ahora mismo, Feodor Maximov, si he probado una gota. Yo no sé qué me ha sucedido,—respondió Valentchuk.—Con motivo de qué me habría emborrachado?—murmuró.

—Está bien! Respondemos de tí ante los jefes... Pero has de saber que eso no me gusta!—terminó Maximov con tono más tranquilizador.

—He aquí un milagro, hermanos míos,—prosiguió Valentchuk,

después de un momento de silencio, rascándose el bigote y dirigiéndose al grupo,—un verdadero milagro. Hace dieciséis años que estoy en el servicio y nunca me había pasado cosa análoga. Cuando se dió la orden de formación, me preparé sin sentir nada; de pronto me hallé en el parque y... me eché al suelo; eso fué todo. Cómo me dormí? No lo sé. Probablemente fuí víctima de un accidente...

—Es verdad, mucho me costó despertarte,—dijo Antonov poniéndose una bota.—Te empujaba, te arrastraba y... cómo un tronco!

—Oh! Estaría bebido...—observó el propio Valentchuk.

—Ya lo creo! En nuestro país,—dijo Tchikin,—había una mujer que durante dos años padeció continuos letargos. Una vez se pusieron á despertarla creyendo que dormía... y había muerto. Como siempre la cogía el sueño...

—Tchikin, cuéntanos cómo estando de licencia diste una gran broma,—dijo Maximov sonriendo y mirándome como diciendo: «Queréis oir á un imbécil?»

—Qué clase de broma, Feodor Maximov?—dijo Tchikin, echándome una mirada rápida.—Ya la sabéis, ya he contado otras veces lo que es el Cáucaso.

—Sí, sí, eso es! Qué esperas?... Dinos cómo lo hiciste.

—Ya lo sabéis. Alguien ha preguntado la manera cómo vivimos, —comenzó Tchikin con el aire y la volubilidad del que ha contado muchas veces una misma cosa.—He contestado diciendo que vivimos bien y recibimos víveres en gran cantidad. Mañana y tarde cada soldado tiene una taza de chocolate y sopa de cebada descascarillada y, en vez de aguardiente, recibimos una copa de Madera que vale, sin contar la botella, cuarenta y dos *kopeks*.

—Un buen Madera,—repuso Valentchuk lanzando una carcajada que dominó todas las demás.—He aquí un buen Madera.

—Pero, y qué nos cuentas de los asiáticos?—interrumpió Maximov, cuando la risa general se hubo calmado.

Tchikin se inclinó hacia la hoguera, sacó un carbón y valiéndose de una varilla lo aplicó á su pipa. Sin abrir la boca, como si no notase la curiosidad silenciosa y excitada del auditorio, encendió calmosamente el tabaco. Cuando tuvo bastante fuego, arrojó la brasa, inclinó su gorro hacia atrás, hizo una mueca y sonriendo ligeramente, continuó:

—Me preguntaron: Qué tal hombre es el *therkess?* Os baten los turcos en el Cáucaso?» Yo respondí: En mi país, buen hombre, no hay un *therkess* solo, hay muchos. Hay mocetones que viven en los montes pedregosos, que comen piedras en vez de pan. Son altos como los árboles, tienen un ojo en mitad de la frente y llevan unos gorros rojos como la llama... Parecidos al tuyo, buen hombre, —añadió dirigiéndose á un joven recluta que llevaba un gorro negro, encarnado por encima.

A este apóstrofe inesperado, el recluta se sentó en el suelo, se golpeó las rodillas, soltó una risotada y tosió de tal forma que apenas pudo pronunciar con voz sofocada: «Son campesinos».

—Después, hay los *mumri*,—continuó Tchikin echándose el gorro á la frente con un movimiento de cabeza.—Los demás son hermanos gemelos. Siempre van de dos en dos. Cogidos de la mano, corren tanto que no se les puede alcanzar á caballo. Cómo nacen, pues, estos *mumris*, cogidos de la mano? Pues sí, buen hombre, nacen así. Si se les separan las manos, entonces corre la sangre. «Ah! Cuenta cómo guerrean». Bien sencillamente, dije. Si te cogen, te abren el vientre en canal y te cuelgan al brazo los intestinos. Mientras te los enrollan, tú ríes tanto que el alma se te sale...

—Te han creído todos, Tchikin!—dijo Maximov sonriendo, mientras los demás se reían á más no poder.

—Es un pueblo verdaderamente chusco, Feodor Maximov. En todo cree. Yo les he hablado de la montaña Karbek, sobre la cual la nieve permanece todo el verano; pues se han reído á mis barbas. «Qué nos cuentas, buen hombre?» me han dicho. Nunca se ha visto eso; un monte en el cual no se derrita la nieve! En mi país, hijo mío, hay una colina donde se derrite la nieve muy aprisa y tan sólo queda alguna en las grietas y hendiduras... Vamos!—terminó Tchikin guiñando los ojos.





V

El primer cañonazo

El claro disco solar que se percibía á través de la blanca neblina se alzaba ya á bastante altura. El horizonte gris violado se ensanchaba poco á poco. A lo lejos estaba limitado por la blanquecina niebla, como si fuese una engañosa pared.

Ante nosotros, más allá del bosque talado, se abría una inmensa llanura. Por todos lados llenaba el espacio el humo de las hogueras, ya negro, ya blanco, ya lila; y el blanco tul de la niebla se levantaba también al espacio formando figuras estrambóticas. Más lejos, se veían aparecer de vez en cuando grupos de tártaros. Por intervalos se oían los disparos de las carabinas y del cañón.

Era un juego más bien que un combate, como decía el capitán Kalopov.

El comandante de la novena compañía de cazadores que formaba parte de nuestra encubierta, se aproximó á los cañones y designó á tres tártaros que pasaban á caballo en aquel momento por la falda del monte, á una distancia de seiscientas *sagenas*, y, con esa afición que generalmente tienen los oficiales de infantería al fuego de artillería, me pidió permiso para enviarles una bala de cañón ó un obús.

—Veis,—dijo con su sonrisa bonachona y persuasiva, extendiendo la mano por encima de mi hombro.—Veis aquellos dos

grandes árboles? Delante hay un tártaro sobre un caballo blanco, con la *therkeska* negra, detrás hay dos más. No se les podría mandar... si quisieseis?...

—Ved tres más que pasan por el otro lado,—añadió Antonov, que tenía un buen ojo, acercándose y escondiendo la pipa que fumaba detrás de su espalda.—Y el que va delante ha sacado la carabina de la funda; se ve muy bien, Su Señoría...



—Toma! Ha disparado. Ved el humo,—dijo Valentchuk que se hallaba entre un grupo de soldados, cerca de nosotros.

—El gran pillo apunta hacia aquí,—observó otro.

—Mirad, los que han salido del bosque estudian el terreno, quieren ocupar este sitio, plantar aquí el cañón,—añadió un tercero.—Si se les mandase un obús, como se refrescarían...

—Pero, crees tú que el obús llegaría?—preguntó Tchikin.

—Debe haber de quinientas á quinientas veinte *sagenas*,—dijo hablando para sí el oficial, pero dejando ver sus ganas de probar el tiro.—Si tiramos con el cañón de cuarenta y cinco, sin duda que haremos blanco.

—Si en este momento hiciésemos fuego, de seguro que alguno caería. Mirad, ahora se han agrupado; os suplico que tiréis enseguida,—continuaba el jefe de la novena compañía.

—Me permitís encarar la pieza?—preguntó de pronto Antonov con voz entrecortada y ademán de cólera.

Confieso que yo mismo lo deseaba. Dí orden de apuntar el segundo cañón. Aun no había acabado de hablar, cuando la espoleta del obús estaba colocada, introducido el obús y Antonov echado sobre el punto de mira y fijando sus dos gruesos dedos en la culata del cañón miraba á derecha é izquierda.

—Un poco á la izquierda!... ligeramente á derecha... un poco más, todavía... Así... Bien está,—exclamó con orgullo, apartándose del cañón.

El oficial de infantería, Maximov y yo fijamos la vista en el punto de mira y cada uno dió un parecer distinto.

—Juro que irá demasiado lejos,—observó Valentchuk, chasqueando la lengua, después que hubo mirado por encima del hombro de Antonov, no teniendo por lo tanto razón fundada para decir tal cosa.—Juro por Dios que caerá muy lejos; en donde está aquel árbol, hermanos míos.

—Fuego!—ordené.

Los sirvientes del cañón se separaron, Antonov se puso á un lado para ver el vuelo del obús. El tubo se inflamó; resonó el bronce. Al mismo tiempo fuímos todos envueltos por el humo de la pólvora. En medio del retumbar del cañón se percibió un sonido metálico que siguiendo el volar del obús se alejó con la rapidez del rayo, perdiéndose en lontananza en medio del silencio general.

Un poco más allá del grupo enemigo se distinguió una blanca humareda. Los tártaros se dispersaron. Oímos la explosión del proyectil.

—Ved, bien está! Cómo se han largado! Ah! Esos diablos son poco aficionados á estas bromas.

La animación y la burla circulaba en las filas de los soldados de artillería y de infantería.

—Si se hubiese tirado un poco más bajo, cae en el centro del grupo,—observó Valentchuk.—Dije que caería junto al árbol y tal ha sido. Ha ido demasiado á la derecha.

VI

La frase del capitán Bolkhov

Dejando á los soldados hablando de cómo se habían largado los tártaros, para qué habían ido allí y si habría otros en el bosque, me alejé algunos pasos con el comandante de la novena compañía y me senté en un tronco, esperando las chuletas asadas que había encargado.

El jefe de la compañía, Bolkhov, era uno de estos oficiales que en los regimientos llaman *buena estrella*. Tenía dinero, había hecho su servicio en la guardia, hablaba bien el francés, los compañeros le apreciaban. Era bastante inteligente y tenía buen gusto para vestir al estilo de San Petersburgo, dar una excelente comida y hablar el francés sin zaherir á los oficiales que le rodeaban. Hablando del tiempo, de los incidentes militares, de los oficiales, de sus relaciones... con arreglo á las preguntas y respuestas que convenían á nuestras ideas, caímos involuntariamente en charlas íntimas. Además, en el Cáucaso, cuando se encuentran dos hombres del gran mundo, aunque no se exprese, se presume la pregunta: Por qué estáis aquí? Y á esta mi muda interrogación parecióme que mi interlocutor quería contestarme.

—Cuándo terminará la expedición?—me dijo en tono asaz indiferente.—Es un fastidio!...

—Yo no me aburro,—le contesté.—En el Estado Mayor se está peor todavía.

—Ah! En el Estado Mayor es diez mil veces más soso,—dijo con rabia.—No!... Cuándo acabaremos de una vez?

—Qué, deseáis terminar?—le pregunté.

—Todo, absolutamente todo!... Pero, esas chuletas no están, Nikolaiev?—gritó.

—Por qué habéis aceptado servir en el Cáucaso, si os desagrada?

—No lo sabéis?—respondió con resuelta franqueza.—Por tradición. En Rusia se cree que el Cáucaso es la tierra prometida para los desgraciados.

—Sí, es la verdad. La mayor parte de nosotros...

—Pero lo mejor del caso,—interrumpió,—es que todos los que venimos al Cáucaso por rutina, nos equivocamos horriblemente en nuestros cálculos. No comprendo por qué un amor infortunado ó el fracaso de un negocio, ha de obligarnos á servir en el Cáucaso, mejor que ir á Kazan ó á Kalonga. En Rusia todos se representan este país como una cosa magnífica, con hielos eternos, torrentes impetuosos, mujeres con pelo negrísimo y circasianos con enormes puñales... En todo esto hay algo realmente terrible; en realidad nada hay halagador. Si supieran que nunca vamos á los hielos vírgenes, que no es nada alegre vivir aquí y que el Cáucaso divide las provincias de Stavropol, Tiflis, etc...

—Ah! sí,—dije sonriendo.—En Rusia consideramos el Cáucaso muy diferente de lo que es. Bien os habrá ocurrido esto: Cuando se leen versos en una lengua que se conoce poco, uno se los imagina mucho mejores de lo que en realidad son.

—En verdad, no sé; pero el Cáucaso me disgusta.

—A mí el Cáucaso me parece bueno por ahora, de lo contrario...

—Puede que sea bueno,—prosiguió con cierta displicencia.—Yo lo que sé es que no estoy bien en el Cáucaso.

—Y eso, por qué?—pregunté por decir algo.

—Primero, porque me ha engañado. Según la tradición, yo vine aquí para distraerme y si bien lo he conseguido es con la diferencia de que antes me divertía en una escala grande y ahora en una escala mezquina... y sucia además, hallando en cada peldaño millones de molestias, de ruindades y de ofensas. Segundo, cada día me siento descender moralmente más abajo... y principalmente, me siento incapaz para este servicio. No puedo soportar los peligros... sencillamente, no soy valiente...

Se detuvo y me miró con seriedad.

Aunque esta confesión espontánea me sorprendió mucho, no le contradije como él deseaba; esperé que él mismo hiciera la objeción á sus palabras, como ocurre en semejantes ocasiones.

—Ya sabéis que es ésta la primera expedición y la primera acción militar en que me encuentro,—continuó;—y no puede usted figurarse lo que me ocurrió ayer. Cuando el subalterno me llevó la orden de que mi compañía era designada á formar parte de la columna, me puse blanco como una sábana; la emoción no me dejaba hablar. Si supierais la noche que he pasado! Si es verdad que el cabello se blanquea por el miedo, yo debía tenerlo hoy todo blanco, porque seguramente ningún condenado á muerte sufre tanto en una noche como yo he sufrido desde que estamos aquí. Ahora mismo, aunque me siento algo mejor que esta noche, ved como estoy,—añadió levantando la mano que le temblaba horrorosamente.—Y lo más terrible es que el drama se desarrolla por dentro, y hay que comer chuletas asadas con cebolla y decir luego que se está muy satisfecho... Hay vino, Nikolaiev?

—*El* es, hermanos míos!—gritó en aquel instante la voz emocionada de un soldado. Todos los ojos se volvieron hacia el límite del lejano bosque.

A lo lejos, llevada por el viento, se levantaba una creciente nube de humo azulado. Cuando me dí cuenta de que era un disparo del enemigo dirigido contra nosotros, todo lo que tenía ante mis ojos tomó de repente un aspecto nuevo, imponente. Los manojos de fusiles, el humo de las hogueras, el cielo azul, la hierba verde y la cara bronceada y vellosa de Nikolaiev, todo me decía claramente que el obús, que había surgido de aquella azulada nubecilla, volaba por el espacio y se dirigía probablemente derecho á mi corazón.

—Dónde habéis hallado ese vino?—pregunté con entonación negligente á Bolkhov, mientras en el interior de mi alma dos voces hablaban con la misma claridad; la una decía: «Señor, recibe mi alma en paz»; la otra: «Espero no agacharme y sonreir, cuando vuele por encima de nuestras cabezas el obús».

En aquel preciso momento pasó silbando por los aires algo sumamente desagradable. A dos pasos de nosotros estalló el proyectil.

—He ahí, si yo fuese un Napoleón ó un Federico, diría ciertamente alguna gran frase,—dijo en aquel momento Bolkhov, volviéndose hacia mí con mucha calma.

—Acabáis de decirla...—le respondí, procurando ocultar con esfuerzo la turbación producida en mí por el peligro pasado.

—Pero, qué importaría lo que yo dijese? Nadie lo traspasaría á las futuras edades.

—Yo, yo lo haré.

—Si vos lo hacéis será para criticarlo, como dice Mistchenkov, —añadió sonriendo.

—Loco maldito!—exclamó en este momento detrás de nosotros Antonov, escupiendo al suelo con gran coraje.—Poco ha faltado para que me cayese á los pies.

Todos nuestros esfuerzos para aparecer indiferentes, todas nuestras frases bien aderezadas me parecieron insoportables, huecas, horriblemente grotescas, después de esta ingenua exclamación.

VII

El primer herido

El enemigo, en efecto, había colocado dos cañones en el sitio donde los tártaros se habían agrupado, y lanzaban, con intervalos de veinte á treinta minutos, un cañonazo sobre nuestros cortadores de árboles. Mi sección fué mandada llanura adelante y se le dió orden de contestar al enemigo. La humareda aparecía en la raya del bosque, se oía una detonación, un silbido y la bala caía delante ó detrás de nosotros. A pesar del continuo fuego del enemigo, sus proyectiles no hacían blanco jamás.

Los artilleros, como siempre, se portaban admirablemente. Cargaban con rapidez, apuntaban con cuidado por entre el humo y bromeaban entre ellos. La encubierta de infantería, inactiva, silenciosa, cerca de nosotros, esperaba su turno. Los cortadores de leña continuaban su faena, las hachas resonaban en el bosque cada vez más rápidas, pero cuando se oía el silbido de los proyectiles, todo quedaba un momento tranquilo. En medio del silencio de muerte, se oyó una voz ligeramente emocionada: «Tened cuidado, muchachos!» Todas las miradas se fijaron en la bala que había chocado con unos troncos y ramas cortadas.

La niebla ya estaba bastante alta y tomando la forma de las

nubes desaparecía poco á poco en el cielo de un azul oscuro. El sol brillaba con claridad y arrancaba alegres reflejos del acero de las bayonetas, del cobre de los cañones, de la tierra humedecida y del hielo blanquecino. En el aire se sentía la frescura del aura matinal y juntamente el calor de un sol de primavera. Millares de sombras y colores se combinaban en las secas hojas del bosque y se veían muy bien sobre la carretera llana y brillante las huellas de las ruedas y de las herraduras de los caballos.

Entre los soldados la agitación se hacía mayor y más sensible. De todas partes, el humo azulado de los disparos era más frecuente. Los dragones con sus brillantes lanzas marcharon adelante. En las compañías de infantería se oían canciones; el convoy de la leña comenzó á instalarse en la retaguardia. Un general se acercó á nuestra sección y dió orden de prepararse para la retirada. El enemigo situado en un breñal, frente á nuestro flanco izquierda, empezaba á inquietarnos seriamente con sus descargas. Del lado del bosque silbó una bala y vino á caer sobre la batería. Después una segunda... una tercera... La encubierta de infantería, que estaba cerca de nosotros, se levantó con gran ruido, tomó los fusiles y ocupó la línea. Los tiros aumentaban y las balas se multiplicaban cada vez más. La retirada comenzó y, como sucede siempre en el Cáucaso, entonces dió principio la verdadera batalla.

Se veía bien claramente que así como á los artilleros no les hacían gracia las balas de fusil, á los infantes no les chocaban los obuses. Antonov fruncía las cejas. Tchikin imitaba el silbido de los proyectiles, aunque tenía miedo de ellos. De unos decía: «Como corre!» de otros: «Ah!... ah!... la ovejita!» de otros: «Mira la huérfana!» refiriéndose á una bala que parecía revolotear por encima de nosotros. Estas palabras provocaron siempre risas generales.

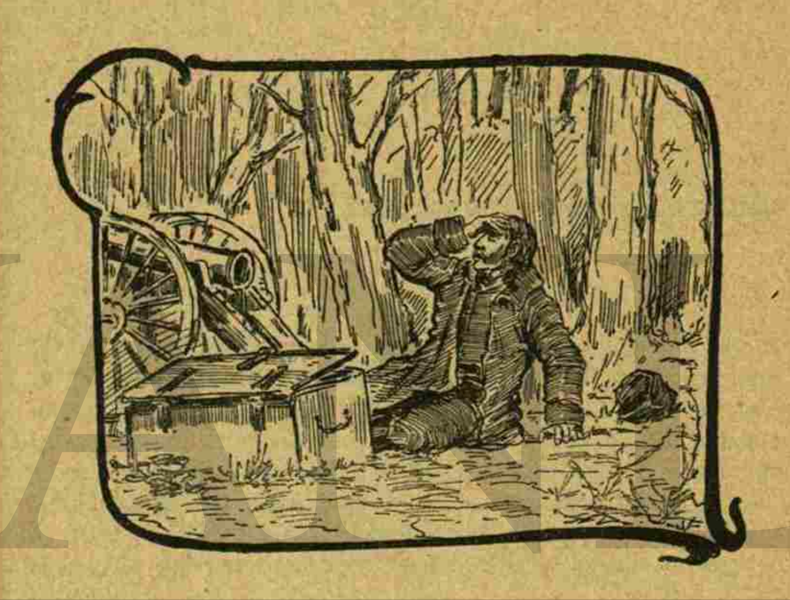
La falta de costumbre hizo que las bromas se reprodujeran, inclinando la cabeza y preservando el cuerpo á cada bala que asomaba contra nosotros. También esto divertía á los soldados: «Qué, saludas á tu novia?» decían. Aún Valentchuk, siempre indiferente ante el peligro, hallábase turbado. Manifestaba claramente su estado de irritación al ver que no se respondía con metralla á los disparos del enemigo. Muchas veces decía con voz descompasada: «Por qué permitimos esas salvas inútiles? Si contestáramos con metralla se tranquilizarían bien pronto».

En efecto; había llegado el momento crítico. Dí orden de disparar el último obús y de cargar con metralla.

—Metralla!—gritó Antonov rodeado de humo y aproximándose

al cañón con la escobilla en la mano, cuando hubimos hecho la primera descarga.

En aquel mismo instante oí detrás de mí el rumor rápido y seco de una bala que acababa de chocar probablemente contra algún cuerpo. Se me oprimió el corazón. «Alguno de los nuestros está herido», pensé, con miedo de volverme, bajo la influencia de vagos presentimientos. Así fué; á continuación del sonido, notóse la caída de un cuerpo pesado y el sollozo lastimero de un herido. «Ay, ay, ay... hermanos, me han herido!» decía con visible esfuerzo una

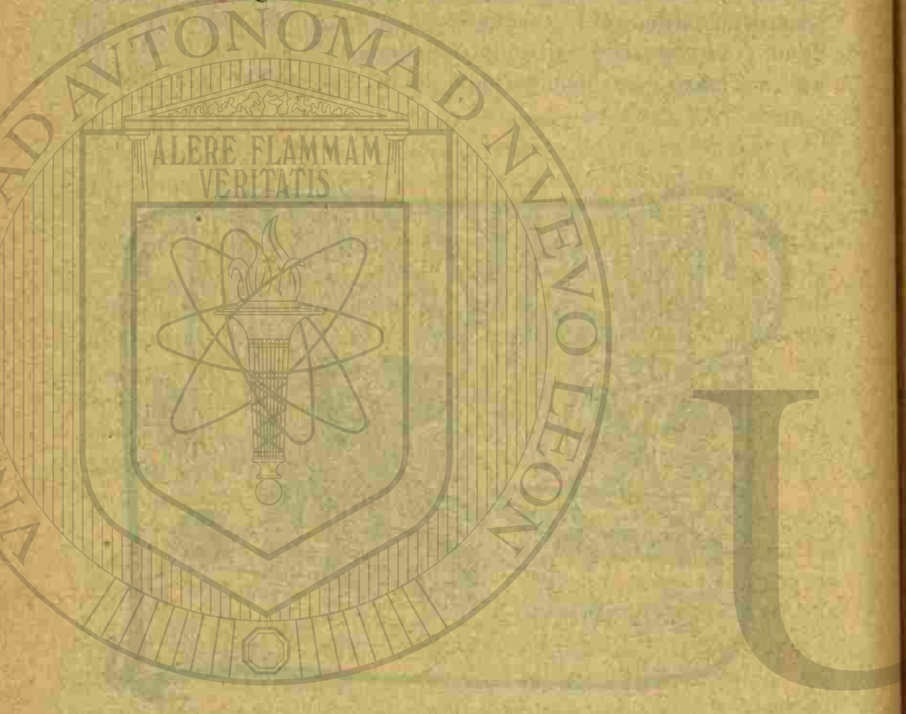


voz que bien pronto reconocí. Era Valentchuk. Había caído de espaldas entre el cañón y las ruedas. A un lado yacía el saco que llevaba. Su frente estaba bañada en sangre y del ojo derecho y de la nariz salíanle unos hilillos rojos. Había recibido una herida en el vientre, pero al caer se dió un golpe en la cabeza produciéndose otras lesiones. Todo esto lo supe más tarde. De momento no acerté á ver más que una cosa muy horrible y al parecer una extraordinaria cantidad de sangre.

Ninguno de los soldados que cargaban el cañón pronunció una palabra; sólo después, cuando se propaló la noticia, murmuró alguien esta frase: «De las heridas le mana mucha sangre». Antonov,

frunciendo el ceño, gruñó de cólera mientras se veía bien que la sombra de la muerte invadía el alma de cada uno de nosotros.

Con la mayor actividad pusieron todos manos á la obra. El cañón fué cargado en muy poco tiempo y el polvorista al dejar la metralla dió media vuelta, dirigiéndose á donde, llorando y gimiendo todavía, se agitaba el herido.



VIII

El testamento de Valentchuk

Todos cuantos tomaban parte en el combate hallábanse bajo la influencia de ese extraño sentimiento de horror, no lógico, pero fuerte, que produce el sitio donde un hombre ha caído muerto ó herido. Al primer impulso, mis soldados obedecieron visiblemente á ese sentimiento, cuando llegó el momento de coger á Valentchuk y transportarlo al coche de la ambulancia que avanzaba ya.

Muy descontento iba Idanov al aproximarse al herido, pero apesar de sus ensordecedores gritos cogiólo en sus brazos y lo levantó.

—Qué esperáis? Cogedlo,—dijo; é inmediatamente vióse el herido rodeado de diez hombres que, en su mayor número, nada habían de hacer.

Apenas fué levantado Valentchuk, cuando comenzó á chillar desaforadamente, pretendiendo soltarse.

—Por qué chillas como una liebre?—le dijo brutalmente Antonov sujetándolo por una pierna.—Si no callas, te dejamos.

Calló el herido y solamente de vez en cuando dejaba escapar algún gemido: «Ay! hermanos, ha llegado mi hora!»

Cuando se halló instalado en el coche acabó su lamentarse y le oí pronunciar algunas palabras que dirigía á los compañeros, probablemente un «adiós!», en voz baja y entrecortada.

Durante el combate nadie debía ocuparse de los heridos, é instintivamente, al alejarme presuroso de ese espectáculo, ordené que se le transportara enseguida á la ambulancia, aproximándome otra vez al cañón. Pero al cabo de algunos minutos me dijeron que Valentchuk me llamaba y fuí á verle.

En el fondo del barracón, acostado, con las manos tendidas á



los lados, hallábase el enfermo. Su cara sana y larga habíase transformado en pocos minutos. Parecía más delgado y como si hubiera envejecido de muchos años. Sus labios estaban pálidos, agrietados y se contraían con esfuerzo visible. La expresión bonachona de su semblante trocóse en un momento en la de una serena calma, y en la frente y en el ojo ensangrentados parecía descubrirse la huella de la muerte.

A pesar de que el menor movimiento le causaba insoportables dolores, pidió que le quitase el *tcheresok* (1) que con el dinero llevaba en la pierna izquierda.

La vista de su pierna blanca y sana me produjo una impresión verdaderamente triste al soltarle la bota para coger el *tcheresok*.

—Hay tres piezas de oro y cincuenta *kopeks*,—dijo, mientras abría yo el bolsillo.—Vos los guardaréis.

Después de un corto silencio, continuó el enfermo:

—He hecho un capote para el teniente Sulimonski; me entregó dos piezas, compré dos rublos y medio de botones y hay cincuenta *kopeks* en el saco con ellos. Entregádselos.

—Bien, bien,—le dije.—Ahora á cuidarse y sanar pronto.

No me contestó; salí de la caseta y el herido reanudó sus gemidos y ayes con expresión de dolor tan intenso que llegaba al alma. Hubiérase dicho que después de arregladas las cosas de este mundo no hallaba motivos para contenerse y dejar de permitirse esa expansión.

—A dónde vas? Vuelve!... A dónde vas?—pregunté al recluta que, con la mecha de reserva debajo del brazo y la baqueta en la mano, se disponía á seguir hasta la ambulancia en donde estaba el herido.

Mas el recluta se limitó á mirarme con aire receloso, murmuró algunas palabras y continuó andando, teniendo que enviar á un soldado en su busca. Quitóse el gorro rojo que le cubría y sonriendo con cierta seriedad se quedó mirándome.

—A dónde ibas?—le pregunté.

—Allá!—contestó.

—A qué hacer?

—Cómo!... Han herido á Valentchuk,—dijo sonriendo de nuevo.

—Pero, eso no te importa, tú debes quedarte aquí.

Me miró extrañado, volvióse con lentitud, colocóse el gorro en la cabeza y se marchó á su puesto.

(1) *Tcheresok* diminutivo de *Kheress*, es una bolsita en forma de cintura que los soldados llevan generalmente debajo de la rodilla.—*N. del A.*

IX

La retirada

El combate en general había sido satisfactorio; decíase que los cosacos habían hecho un brillante ataque. Tres tártaros quedaron prisioneros. La infantería había hecho grandes provisiones de leña, sin más bajas que seis hombres entre muertos y heridos. En las filas de artillería solamente faltaba un hombre, Valentchuk, y tres caballos. En cambio se había cortado leña en una extensión de tres *verstas*, de modo que el lugar ya no era fácil reconocerlo. En vez del compacto laberinto que formaba antes el bosque, abríase ahora una gran esplanada cubierta de humeantes hogueras y ocupada casi en su totalidad por la caballería y la infantería que avanzaban en dirección á la campiña. A pesar de que el enemigo no cesó de perseguirnos con su fuego de artillería y de fusiles hasta el riachuelo próximo, tocaron á retirada cerca del cementerio que ya habíamos atravesado por la mañana. Comenzaba yo á pensar ya en el *stchi* (1), la pierna de carnero y el pan tierno que me esperaban en el campo, cuando llegó la noticia de que el general ordenaba plantar las tiendas de campaña en la ribera del río y que permaneciese allí hasta el siguiente día el tercer batallón del regimiento de K... y una sección de la cuarta batería. Los carros cargados de maderas

(1) Una especie de sopa de col y carne.

y de heridos, los cosacos, la artillería y la infantería, con fusiles y maderas á la espalda, todos cantando y en tropel pasaron por delante de nosotros. En el rostro de todos ellos se reflejaba el placer que les producía el sentimiento del peligro ya pasado y la esperanza de reposo. Nosotros, en unión del tercer batallón, éramos los únicos que debíamos guardar esa satisfacción para el día siguiente.



X

Una taza de té oportuna

Mientras nosotros, los artilleros, estábamos ocupados con los cañones disponiendo su colocación, así como la de los carros y cajas de municiones, la infantería había ya colocado los fusiles en pabellón, encendido hogueras, amontonado ramas de árboles, paja de maíz y preparado el rancho.

Comenzaba á oscurecer. Nubes de un blanco azulado corrían por el cielo. La niebla, que se transformaba en vapor húmedo, se enfriaba mojando los capotes de los soldados; el horizonte se hacía más estrecho y los alrededores adquirían un tinte oscuro. La humedad que penetraba por mis botas me enfriaba todo el cuerpo y tras el anterior incesante movimiento, la conversación, en la cual yo no intervenía, el fango espeso donde se hundían los pies y el estómago vacío tras un día de cansancio físico y moral, pusiéronme en la más negra situación de ánimo. Valentchuk no salía de mi cabeza. La sencilla historia de toda su vida de soldado presentábase á mi imaginación con dudosa oportunidad. Sus últimos momentos fueron luminosos y tan puros como toda su vida. Vivió con excesiva honradez y demasiado simplemente para que su fe inmensa en una vida celestial futura pudiera quebrarse en el momento crítico.

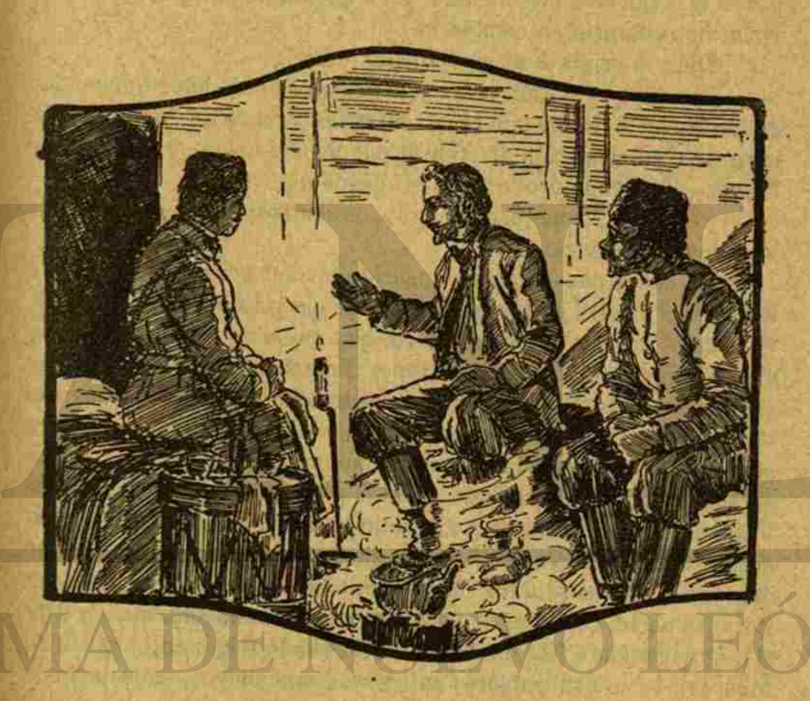
—Señor,—díjome Nikolaiev aproximándose.—Venid á la tienda del capitán. Os invita á tomar el té.

Siguiendo á Nikolaiev, aunque con mucha dificultad, pasé por entre los haces de leña y las hogueras y llegué á la tienda de Bolkhov, pensando con regocijo en el vaso de té caliente y alegre conversación que disiparían mis negros pensamientos.

—Qué, le has encontrado?—oí que decía la voz de Bolkhov desde el fondo de su choza construída de maíz y dentro de la cual brillaba una luz.

—Sí, aquí traigo al señor,—dijo Nikolaiev en voz baja.

Bolkhov estaba sentado en la choza, sobre *burka* seca, des-



abrochado y sin gorro. Cerca de él brillaba el samovar y algunas flores adornaban un tambor.

La bayoneta, en el mango de la cual ardía una bujía, estaba clavada en tierra.

—Qué os parece?—dijo con aire de satisfacción dirigiendo una mirada sobre su instalación íntima.

En efecto, se estaba tan bien cerca del fuego, que olvidé por

completo la humedad, la oscuridad y la herida de Valentchuk. Hablamos de Moscova y de cosas que por ningún lado tenían relación con la guerra ni con el Cáucaso.

Después de un momento de silencio, que siempre se produce alguno hasta en la conversación más animada, Bolkhov me miró y dejó escapar una sonrisa.

—Me parece que la conversación de esta mañana os ha extrañado muchísimo,—dijo.

—No. Por qué? Solamente os he hallado muy franco. Hay cosas que todos sabemos, pero que nunca deben decirse.

—Por qué? Si hubiera alguna posibilidad de cambiar esta vida por la más pobre é insulsa vida, pero exenta de peligros y de servicio, no repararía en cambiarla...

—Qué, no iríais á servir á Rusia?—dije.

—Por qué?—repitió.—Lo tengo pensado desde hace tiempo. No puedo volver á Rusia sin tener antes las cruces de Ana y Valdimiro; la condecoración de Ana alrededor del cuello y el grado de Mayor... Lo tengo proyectado así desde que vine.

—Pero... Si, como habéis dicho, os sentís incapaz de continuar aquí vuestro servicio...

—Sí, desde que estoy aquí me es todavía más imposible volver á Rusia! Esa es otra de las tradiciones de nuestro país y que Passek, Glieptzov y otros han confirmado; hay que estar en el Cáucaso y haber adquirido grandes distinciones. Todos esperan y hasta exigen eso de nosotros. Y yo estoy aquí desde hace dos años; he tomado parte en dos expediciones y todavía no he conseguido nada. Pero poseo un amor propio tan grande, que por nada del mundo saldré de aquí sin haber conseguido antes el grado de Mayor y la cruz de Valdimiro y sin ostentar en el cuello la de Santa Ana. De tal manera estoy aferrado á ello, que me siento humillado cuando veo que dan una recompensa á un Gunilkichkin sin que se acuerden de mí. Por otra parte, cómo he de presentarme en Rusia ante mi *starosta* (1), el negociante Kotelnikov á quien vendo trigo, ante mi tía de Moscova y, en una palabra, ante todos mis amigos, si después de dos años de estar en el Cáucaso vuelvo sin ninguna recompensa? Cierto que todos esos amigos me disgustan y que probablemente se preocupan poco de mí, pero el hombre está así hecho; no quiero humillarme ante ellos y por su culpa voy perdiendo mi mejor edad, el bienestar de mi vida, todo mi porvenir.

(1) El jefe de la población.

XI

Reunión y charla de oficiales

En aquel momento se oyó fuera la voz del jefe del batallón. «Con quién estáis, Nikolaiev Fedorovitch?» Bolkhov dió mi nombre. Inmediatamente entraron en la choza tres oficiales: El mayor Kirsanov, un ayudante de campo y el jefe de la novena compañía Trocenko.

Kirsanov no era muy alto, grueso, de pequeño bigote negro, de cara roja, ojos pequeños, pero muy expresivos; los ojos eran lo más llamativo de su fisonomía. Cuando reía no mostraba más que unas estrellitas humedecidas, y esas estrellitas, con los labios y el cuello bastante gruesos, adquirían á lo mejor una expresión extraña y sorprendente.

En el regimiento, Kirsanov conducíase y se portaba mejor que sus compañeros. No le injuriaban sus subordinados y los jefes le querían, aunque según la opinión general no era muy inteligente. Conocía bien el servicio, era exacto y celoso, disponía siempre de dinero, coche, cocinero y sabía con mucha naturalidad fingir una bravura que no tenía.

—De qué hablabais, Nikolaiev Fedorovitch?—dijo al entrar.

—De nada; de lo agradable que resulta el servicio en el Cáucaso.

En este momento me vió Kirsanov, y como yo era alférez, pre-

guntó, mirando al tambor, como si no hubiera oído la respuesta de Bolkhov, á fin de demostrarme su superioridad.

—Qué, estáis muy cansado, Nikolai Fedorovitch?

—No; nosotros...—quiso decir Bolkhov, pero la dignidad de jefe del batallón exigía sin duda una nueva interrupción y aun otra pregunta.

—Es buen cuento el de hoy?

El ayudante del batallón era un teniente muy joven que hacía poco era aun alférez; un muchacho modesto y agradable, de aspecto tímido, inteligente y dulce. Habíale yo encontrado antes en casa de Bolkhov; el joven era tal que entraba, saludaba, é iba á sentarse en un rincón donde se estaba callado durante muchas horas. Hacía algunos pitillos, los fumaba y luego, puesto en pie, saludaba y ganaba la puerta. Era el tipo de los pobres gentiles hombres rusos que eligen la carrera militar como la única compatible con su instrucción y creen que es la más elevada distinción del mundo un grado de oficial. Un tipo inteligente y simpático, no obstante su manera de ser singularmente ridícula; tenía la costumbre de llevar consigo un cepillito para los bigotes, y con el cepillo en la mano teníamos por costumbre representárnoslo. En el regimiento se contaba que él, que se las echaba de justo, era muy severo para con su cepillo, y decía: «Yo castigo poco; pero cuando me obligan á ello soy muy duro». Una vez que su ordenanza, estando borracho, le robó y hasta le injurió gravemente, el teniente lo llevó á la prevención y ordenó que instruyesen sumaria para castigarle; pero al ver los preparativos quedó tan confuso que no le pudo decir sino «Bueno, ves? ahora podría...» y todo azorado se marchó á su casa. Desde este momento tuvo miedo de mirar de frente al ordenanza.

Sus compañeros no le dejaban tranquilo, asediándole con ese cuento y hasta he oído al astuto muchacho defenderse más de una vez, enrojecido hasta las orejas, y afirmar que sus acusaciones eran falsas.

El tercero, el capitán Trocenko, caucasiano, era un viejo en toda la extensión de la palabra. Para éste la compañía que mandaba era su familia; la patria, el castillo donde se encerraba de guarnición, y los coristas el único placer de su vida; era hombre á quien todo aquello que no fuese caucasiano merecía desprecio, y además lo del Cáucaso dividíalo en dos partes: lo nuestro y lo que no pertenecía á nosotros. Adoraba lo primero y menospreciaba lo segundo con todas las fuerzas de su alma. Por fin, y ante todo, era hombre de valor constante, tranquilo, extraordinariamente bueno para con

sus compañeros é inferiores, excesivamente recto y un tanto audaz para con los ayudantes y gente *chic*, que detestaba sin saber por qué. Al entrar en la choza, creí que iba á levantar el techo con la cabeza, pero se inclinó y sentóse en tierra.

—Qué hay?—dijo, y echando una rápida mirada en mi fisonomía para él desconocida, se interrumpió.

—De qué hablabais?—preguntó el Mayor sacando el reloj del bolsillo y mirando la hora, no sin estar plenamente convencido de que no tenía necesidad de ello.

—Me preguntaba por qué estoy aquí.

—Sin duda, Nikolai Fedorovitch quiere distinguirse mucho, para volverse pronto á su casa.

—Y vos, Abraham Ilitch, decidnos á qué obedece que sirváis en el Cáucaso.

—Pues, primeramente, porque, como vos sabéis, todos estamos obligados á servir aquí. Qué cómo es eso?... Ayer recibí una carta de Rusia, Nikolai Fedorovitch,—continuó con manifiestos deseos de cambiar de conversación;—y me decían... Hacíanme preguntas tan extrañas...

—Qué preguntas eran?—preguntó Bolkhov.

Su interlocutor sonrióse.

—Preguntas muy particulares... Por ejemplo, se me preguntaba si puede haber celos sin amor. Qué os parece?—dijo volviendo la vista entorno suyo.

—Muy bien!—repuso Bolkhov sonriendo.

—Sí, en Rusia se puede servir,—continuó como si sus palabras se sucediesen naturalmente una á otra.—Estando yo en Tombov, hacia el año 52, recibíanme en todas partes como ayudante de campo del Emperador. Lo creeríais? Una vez que fuí á un baile que daba en su casa el gobernador de la provincia entonces... pues, me recibieron muy bien. La esposa del gobernador me hablaba con mucho cariño, preguntándome por el Cáucaso; todos hacían lo mismo... Yo no sabía... Contemplaban mi sable dorado con una curiosidad... Me preguntaban por qué tenía el sable, por qué la cruz de Ana, por qué la de Valdimiro y yo se lo explicaba todo... He ahí para lo que sirve el Cáucaso, Nikolai Fedorovitch,—añadió sin esperar que nadie le contestase.—Allá quieren mucho á nuestros compañeros de aquí. Un joven oficial de Estado Mayor con sus condecoraciones de Ana y de Valdimiro, es muy bien visto en Rusia. No os parece?

—Exajeráis un poco, Abraham Ilitch,—dijo Bolkhov.

—Ah! Es preciso, sabéis?—repuso cómo distraído.—Y durante aquellos dos meses comí muy bien.

—Se está bien en Rusia?—preguntó Trocenko como si se refiriera á la China ó al Japón.

—Sí. Y cuánto *champagne* bebimos en esos dos meses! Es espantoso.

—Tomaríais también limonada. Si fuese yo allá verían cómo beben los caucasianos. Nuestra reputación quedaría bien sentada... Verdad, Bolkhov?—añadió.

—Sí, pero tú llevas ya diez años en el Cáucaso,—dijo Bolkhov.

—Y no olvides lo que dice Ermolov. Abraham Ilitch, yo hace nada más que seis...

—Cómo seis! Diez y seis, bien pronto.

—Bolkhov, haz que nos traigan el *brevaje*. Qué humedad! eh? —añadió sonriendo.—Mayor, bebamos algo.

Pero el Mayor estaba descontento al ver que el capitán no le había dirigido la palabra todavía, y refunfuñando pedía socorro á su propia dignidad. Tarareó una canción y miró nuevamente el reloj.



—Yo no iré nunca, —dijo Trocenko sin reparar en que el Mayor fruncía el ceño. —Ya he perdido la costumbre de pensar y hasta de hablar de Rusia. Preguntarían: Quién es ese monstruo que ha llegado como quien dice de Asia? Verdad, Nikolai Fedorovitch? Y qué puede significar Rusia para mí? Qué importa si el día menos pensado me matan? Preguntarán: dónde está Trocenko? Pues, le han muerto. Y entonces, qué haríais con la novena compañía?—preguntó dirigiéndose siempre al Mayor.

—Enviad la orden de servicio al batallón,—dijo Kirsanov, sin contestar al capitán, no obstante saber él mismo que no tenía que dar orden alguna.

—Me parece que estáis muy contento, joven, desde que percibís doble salario,—dijo el Mayor tras algunos minutos de silencio, dirigiéndose al ayudante del batallón.

—En verdad, lo estoy.

—Encuentro que nuestros sueldos son excesivos, Nikolai Fedorovitch,—continuó.—Un joven puede vivir muy bien permitiéndose aun ciertos excesos...

—No, en verdad, Abram Ilitch,—dijo tímidamente el ayudante. —Aunque la paga es crecida, debemos también tener un caballo.

—Qué me contáis, joven? He sido subteniente y sé que con orden se puede pasar admirablemente. Hagamos la cuenta,—dijo cerrando el meñique de la mano izquierda.

—Cobramos adelantado y esa es la causa de nuestros apuros— dijo Trocenko apurando una copa de aguardiente.

—Qué tenéis que añadir?

—Yo!...

En la puerta de la cabaña se asomó una cabeza blanca y nariz achatada, mientras una voz dura pronunciaba con marcado acento alemán:

—Estáis ahí, Abram Ilitch? El oficial de servicio os busca!

—Adelante, Kraff,—dijo Bolkhov.

Y penetró en la estancia un hombre alto con uniforme de Estado Mayor, que con mucha atención se puso á dar la mano á los concurrentes.

—Ah! Querido capitán, también vos?—dijo refiriéndose á Trocenko.

El nuevo huésped, á pesar de la oscuridad, llegóse hasta él y me pareció que, con gran extrañeza y descontento del capitán, lo besaba en los labios.

«Es un alemán que promete ser buen compañero», pensé.



XII

La toma de las trincheras

Mis sospechas quedaron bien pronto confirmadas. El capitán Kraff pidió aguardiente, al que llamó *gorilka* (1). Tosió fuertemente y echó atrás la cabeza al apurar el vaso.

—Con que nos ha tocado hoy correr por los campos de la gran Thetchnia?—dijo. Pero al ver al oficial de servicio se calló, para dejar al Mayor que diera la orden.

—Habéis recorrido la línea?

—Sí, señor.

—La contraseña está dada?

—Sí.

—Entonces os encargo que recomendéis á los jefes de las compañías la mayor prudencia.

—Está bien.

El Mayor bajó los ojos y permaneció pensativo.

—Decid á los soldados que preparen el rancho.

—Está cociendo.

—Bien, podéis retiraros.

—Vamos ahora á calcular las necesidades de un oficial,—prosiguió el Mayor dirigiéndose á nosotros con una sonrisa indulgente. —Veamos...

(1) Diminutivo que en Rusia se aplica al aguardiente.

—Necesita guerrera y pantalón... no es cierto?

—Sí.

—Para ello pongamos cincuenta rublos en dos años, esto es, veinticinco rublos al año para el uniforme. Luego, para comer basta con dos *abas* (1) por día... Verdad?

—Sí, y hasta es mucho.

—No importa. Ahora, para el caballo, equipo y reparaciones treinta rublos. Y eso es todo. Veinticinco, ciento veinte y treinta, total: ciento setenta y cinco. Quedan para lujos, té, azúcar y tabaco, unos veinte rublos. Ya veis... Justo, Nikolai Fedorovitch.

—No, permitidme, Abram Ilitch,—objetó tímidamente el ayudante.—No quedará nada para té y azúcar. Ponéis unos pantalones en dos años, pero aquí en el campo no hay bastante con dos pantalones; y en cuanto á botas, yo gasto un par al mes. Luego sábanas, camisas, toallas, calcetines; todo eso es necesario y si se incluye en la cuenta no queda nada. Es exacto.

—Sí, es bueno llevar calcetines,—dijo Kraff después de unos momentos de silencio, y recalcando bien la palabra «calcetines» al pronunciarla.—Es muy sencilla la vida rusa!

—Diré yo,—intervino Trocenko,—que de cualquier punto de vista desde el cual se hagan los cálculos, encontraremos siempre que el militar ha de quedarse con los dientes acerados; porque en realidad todos bebemos té, aguardiente, fumamos y queremos llevar buena vida. Cuando se lleva en el servicio tanto tiempo como yo llevo,—continuó dirigiéndose al teniente,—se aprende á vivir. Sabéis lo que hace éste con su cepillo?

Y Trocenko, soltando la risa, nos contó la historia del subteniente con su cepillo famoso, no obstante haberla oído mil veces.

—Por qué tomas el color de la amapola?—continuó dirigiéndose al subteniente que, todo sonrojado, sonreía con una cara que daba pena.—Eso no le hace, querido; también yo he sido como tú y ahora soy un valiente. Traedme no importa qué muchacho de Rusia y sentirá pasmos, reumatismos... y yo estoy aquí asentado, aquí habito, aquí duermo y aquí vivo.

Tras estas palabras apuró un vaso de aguardiente.

—Qué tal?—añadió mirando con fijeza á Kraff.

—Muy bien; yo os respeto. Es propio de un verdadero caucasiano. Dadme la mano,—y Kraff, abriéndose paso por en medio de nosotros, llegó hasta Trocenko y cogiéndole la mano se la sacudió con una expresión particular, no acostumbrada.

(1) Moneda persa equivalente á 0'55.



—Sí, podemos asegurar que todos hemos pasado por ello,—continuó.—El año 45... Estabais allí, capitán, recordad la noche del 12 al 13, metidos en un lodazal con barro hasta la rodilla... al siguiente día fuímos á las trincheras. Estaba yo con el general en jefe y tomamos quince trincheras en un solo día. Os acordáis, capitán?

Trocenko hizo un gesto afirmativo y alargando un poco el labio inferior, cerró los ojos.

—Ya veis...—prosiguió Kraff dirigiéndose al Mayor profundamente emocionado y haciendo gestos intempestivos.

Pero el Mayor, que seguramente había oído mil veces la misma historia, miró á su interlocutor con aire tan indiferente que Kraff se volvió á nosotros mirándonos de arriba abajo. En adelante, ya no volvió á dirigir su vista á Trocenko.

—Cuando estábamos ya dispuestos á salir por la mañana, el general en jefe me dijo: «Kraff, hay que tomar más trincheras». Ya conocéis lo que es el servicio: obedecer sin discusión con la mano en la visera. «Está bien, Excelencia» y me marché. Al aproximarnos á la primera trinchera me volví y dije á los soldados: «Hijos míos, adelante, no tengáis miedo! Mirad siempre adelante! Yo mismo esgrimiré el sable contra los que se queden atrás!» A los soldados rusos hay que hablarles así, simple y duramente. De pronto una granada... Cae un soldado, otro, un tercero, luego cruzan el aire balas en todas direcciones. «Soldados, adelante, seguidme!» dije. Con esto nos acercamos y ví... cómo se llama...

Y movía la mano como buscando la palabra.

—Un camino pedregoso,—repuso Bolkhov.

—No... Cómo se llama?... Dios!... Ah, sí!—dijo rápidamente.—Un camino pedregoso. «Paso de carga... Hurra!...» Ni un solo enemigo. Quedamos admirados. Muy bien! Y marchamos adelante hacia la segunda trinchera. Aquello era otra cosa. El corazón nos latía fuertemente. Nos vamos acercando y vemos ya la segunda trinchera. No se podía avanzar. Aquí... Diablo, cómo se llama!... cómo es eso... cómo...

—Otro pedregal,—dije.

—No hombre, no,—repuso enfadado.—Cómo le llaman á eso... —Y con la mano hizo un gesto vago.—Dios! Cómo es?

Parecía tan atormentado que excitaba el deseo de apuntarle.

—Sería un río?—dijo Bolkhov.

—No, un simple pedregal. Pero en cuanto llegamos, podéis creerlo, un fuego horroroso, un infierno...

En aquel momento llamaron por la parte trasera de la cabaña; era Maximov. Como después de echarme al coleto esa variada historia de las dos trincheras, me quedaban todavía trece, aproveché la ocasión para volverme á mi sección. Trocenko salió conmigo. «No dice una palabra de verdad, no estuvo nunca en esas trincheras».

Y Trocenko se echó á reir con tan buena gana como yo mismo.



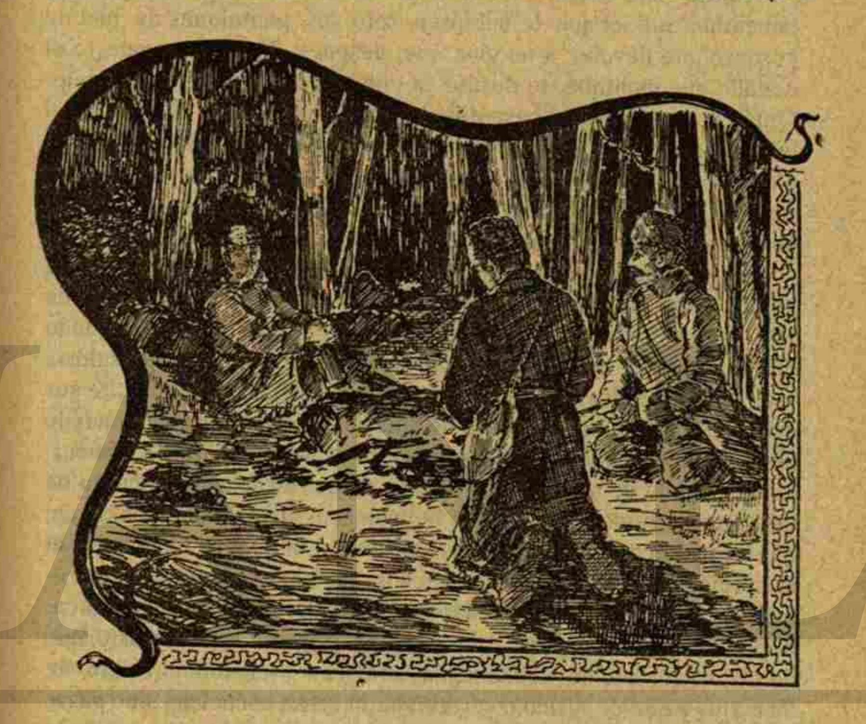
XIII

El verdadero soldado de Rusia

Comenzaba á oscurecer y sólo las hogueras iluminaban el campo, cuando terminada la faena me aproximé á los soldados. Una gran tea que ardía sin llama yacía bajo los carbones. Al rededor de la hoguera tres hombres solamente permanecían sentados. Antonov, que ponía sobre el fuego la pequeña marmita en la cual cocían bizcochos y grasa. Idanov, que, tan soñador como siempre, removía las cenizas con una varita, y á su lado Tchikin con su pipa siempre apagada. Los demás se preparaban ya al descanso, unos bajo los armones, otros sobre el heno, otros, en fin, al lado de la hoguera. A la débil luz que producían los carbones, distinguí espaldas, piernas, caras conocidas. Al lado de la hoguera se hallaba la marmita que, no obstante el fuego, parecía dormida. Antonov hízome sitio, sentéme á su lado y encendí un pitillo. El olor del humo y la niebla del bosque esparcíanse en el ambiente, picando los ojos, mientras la humedad caía del oscuro cielo. Cerca de nosotros se oían ronquidos regulares y el crugido de las ramas en el fuego; conversaciones en voz baja y de vez en cuando el *cli-cla* de las armas de la infantería. Por todas partes estaban encendidas hogueras, rodeadas por la sombra negra de los soldados. En las más próximas se veía con claridad á los soldados que, medio desnudos y junto á las llamas, se preparaban para dormir.

En el espacio de unas quince *sagenas* á la redonda, los hombres que no dormían holgaban y charlaban. Pero todo aquel movimiento parecía como aquietado por el misterioso silencio de la noche oscura. Parecía como si todos, conscientes de aquel sublime efecto, temieran romper su tranquila armonía.

Cuando comencé á hablar observé que mi voz tenía otro timbre; la misma impresión se leía en el semblante de los soldados que



rodeaban el fuego. Creí que antes de mi llegada hablaban del compañero herido, pero no era así. Tchikin describía la recepción de víveres en Tiflis, echándose de ver el tacto especial de los soldados en general, pero muy especialmente los del Cáucaso, que tienen de callar ante el peligro y evitar cuanto pueda causar mal efecto en el ánimo de los compañeros.

El pueblo ruso no se deja impulsar por el entusiasmo como ocurre en los países meridionales que con igual rapidez arden ó se enfrían. Es tan difícil inflamar al pueblo ruso como hacerle perder su valor. No necesita de grandes efectos, ni de discursos, ni de gritos guerreros, ni de canciones, ni nada; exige por el contrario,

mucha tranquilidad, orden y abstenerse de toda excitación. En el verdadero soldado ruso no se encuentra el tipo petulante ó fanfarrón, orgulloso, con el deseo temerario de exponerse y de luchar ante el peligro, sino más bien la modestia, la simplicidad y el miedo de hallar en la exposición otra cosa que el peligro mismo; éstos son los caracteres que le distinguen.

Yo he visto á un soldado herido en la pierna, que lo que más lamentaba fué el que le hubiesen roto los pantalones de piel de cordero que llevaba; á un guía que, después de haberle muerto el caballo que montaba, le desató la cincha para guardar el aparejo. Quién no recuerda el caso del sitio de Guerguebel, cuando en el laboratorio se inflamó el tubo de una bomba cargada? El oficial dió orden á dos soldados que cogieran la bomba y corriesen á tirarla á un barranco, pero no la dejaron en el sitio más próximo porque allí estaba la tienda del coronel y leváronla más lejos, por no despertar á los jefes que dormían; entre tanto estalló la bomba y los dos fueron hechos pedazos. Todavía recuerdo que en 1852 hallándome en el destacamento, no sé por qué, un soldado dijo durante el combate que parecíale que la sección no saldría viva de él, y todos se le echaron encima sufriendo las iras de sus compañeros por una frase que no querían oir. Ahora mismo, cuando en el alma de cada uno debía hallarse el pensamiento de Valentchuk, cuando de un momento á otro podía llegar una descarga de los tártaros, todos escuchaban la grotesca historia de Tchikin sin que nadie recordase el combate último, ni el peligro inminente, ni el herido, como si todos esos hechos hubiesen acontecido en remotos tiempos, Dios sabe cuándo, ó no hubiesen ocurrido nunca. Sin embargo, me pareció que su semblante era más sombrío que de ordinario, que no escuchaban con gran atención el relato de Tchikin, y que él mismo no pretendía hacerse escuchar, sino pasar el tiempo. Maximov se aproximó á la hoguera y sentóse cerca de mí. Tchikin le hizo puesto, calló y quedó extasiado contemplando el humo de su pipa.



XIV

El campamento se duerme...

HABÉIS enviado los ordenanzas al campo para que nos traigan aguardiente?—preguntó Maximov tras un largo silencio.—El sub-teniente dice haber visto al nuestro...

—¿Qué! Vive todavía?—preguntó Antonov revolviendo la marmita.

—No, ha muerto.

El recluta levantó su cabecita blanca con gorro rojo y mirando rápidamente unas veces á Maximov y otras veces á mí, bajó nuevamente la cabeza y se envolvió en su manta.

—Por algo le buscaba la muerte cuando esta mañana le desperté en el parque,—dijo Antonov.

—Son tontadas!—dijo Idanov volviendo de lado un gran tarugo que despedía tufo. Todos callaron.

En medio del silencio general oyóse un disparo detrás de nosotros en dirección al campo. Nuestros tambores hicieron la señal y tocaron retreta. Cuando hubo cesado el último redoble, Idanov se levantó de un salto y quitóse el gorro. Todos le imitamos.

En medio del silencio profundo de la noche oyóse un coro armonioso de fuertes voces que decía:

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos el tu reino; no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amen».

mucha tranquilidad, orden y abstenerse de toda excitación. En el verdadero soldado ruso no se encuentra el tipo petulante ó fanfarrón, orgulloso, con el deseo temerario de exponerse y de luchar ante el peligro, sino más bien la modestia, la simplicidad y el miedo de hallar en la exposición otra cosa que el peligro mismo; éstos son los caracteres que le distinguen.

Yo he visto á un soldado herido en la pierna, que lo que más lamentaba fué el que le hubiesen roto los pantalones de piel de cordero que llevaba; á un guía que, después de haberle muerto el caballo que montaba, le desató la cincha para guardar el aparejo. Quién no recuerda el caso del sitio de Guerguebel, cuando en el laboratorio se inflamó el tubo de una bomba cargada? El oficial dió orden á dos soldados que cogieran la bomba y corriesen á tirarla á un barranco, pero no la dejaron en el sitio más próximo porque allí estaba la tienda del coronel y lleváronla más lejos, por no despertar á los jefes que dormían; entre tanto estalló la bomba y los dos fueron hechos pedazos. Todavía recuerdo que en 1852 hallándome en el destacamento, no sé por qué, un soldado dijo durante el combate que parecíale que la sección no saldría viva de él, y todos se le echaron encima sufriendo las iras de sus compañeros por una frase que no querían oir. Ahora mismo, cuando en el alma de cada uno debía hallarse el pensamiento de Valentchuk, cuando de un momento á otro podía llegar una descarga de los tártaros, todos escuchaban la grotesca historia de Tchikin sin que nadie recordase el combate último, ni el peligro inminente, ni el herido, como si todos esos hechos hubiesen acontecido en remotos tiempos, Dios sabe cuándo, ó no hubiesen ocurrido nunca. Sin embargo, me pareció que su semblante era más sombrío que de ordinario, que no escuchaban con gran atención el relato de Tchikin, y que él mismo no pretendía hacerse escuchar, sino pasar el tiempo. Maximov se aproximó á la hoguera y sentóse cerca de mí. Tchikin le hizo puesto, calló y quedó extasiado contemplando el humo de su pipa.



XIV

El campamento se duerme...

—Habéis enviado los ordenanzas al campo para que nos traigan aguardiente?—preguntó Maximov tras un largo silencio.—El sub-teniente dice haber visto al nuestro...

—¿Qué! Vive todavía?—preguntó Antonov revolviendo la marmita.

—No, ha muerto.

El recluta levantó su cabecita blanca con gorro rojo y mirando rápidamente unas veces á Maximov y otras veces á mí, bajó nuevamente la cabeza y se envolvió en su manta.

—Por algo le buscaba la muerte cuando esta mañana le desperté en el parque,—dijo Antonov.

—Son tontadas!—dijo Idanov volviendo de lado un gran tarugo que despedía tufo. Todos callaron.

En medio del silencio general oyóse un disparo detrás de nosotros en dirección al campo. Nuestros tambores hicieron la señal y tocaron retreta. Cuando hubo cesado el último redoble, Idanov se levantó de un salto y quitóse el gorro. Todos le imitamos.

En medio del silencio profundo de la noche oyóse un coro armonioso de fuertes voces que decía:

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos el tu reino; no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amen».

—Es cierto. Hacia el año 45, uno de los nuestros fué muerto en mi pueblo del mismo modo que éste,—dijo Antonov cuando nos hubimos puesto el gorro y sentado nuevamente alrededor del fuego. —Lo llevamos dos días con nuestro cañón... Te acuerdas de Chevchenka, Idanov? Luego lo dejamos cabe el tronco de un árbol.

En esto vimos á un soldado de infantería, con grandes bigotes, que con su fusil y cartuchera se aproximó á nosotros.

—Quién quiere hacer el favor de darme fuego para encender mi pipa?—dijo.

—Enciende, que ahí tienes fuego,—dijo Tchikin.

—Seguramente estabais hablando, paisano, de Darglim?—preguntó á Antonov el de infantería.

—Sí; del año 45... de Darglim...—repuso Antonov.

El infante hizo un gesto con los hombros, guiñó los ojos y se sentó sobre los talones cerca del grupo.

—Sí, allí había de todo,—dijo.

—Pues, por qué lo abandonasteis?—pregunté á Antonov.

—Padecía del vientre el pobre Chevchenka. Cuando estábamos parados divinamente, pero en cuanto comenzaba una marcha, daba gritos desgarradores. Pedía por Dios que lo dejasen. Daba lástima... Y ya comenzaba á inquietarnos visiblemente. Imposible pensar que pudiese gobernar el cañón. Tenía barro en el vientre!...

—Lo peor es que el barro estaba en la montaña Inchiskaia,—observó un soldado.

—Sí, y solamente allá se sentía enfermo. Celebramos consejo con Anachenko, que era un artillero viejo. Aseguró que, en efecto, no viviría mucho tiempo... y él suplicaba que le dejásemos allí. Y así lo hicimos. Allí cerca crecía un frondoso árbol. Pusimos á su lado algunos bizcochos mojados que Idanov tenía porque se los habíamos dado. Apoyámosle contra el árbol, pusímosle camisa limpia, y, después de despedirnos de él como convenía, le dejamos...

—Y era un buen soldado?

—No malo,—contestó Idanov.

—Y qué fué de él?

—Sólo Dios lo sabe,—continuó Antonov.—Muchos de nuestros hermanos murieron allí.

—En Darglim?—preguntó el infante levantándose y sacudiendo la pipa. Luego cerró otra vez los ojos y movió la cabeza.—Me parece que hace más de un año que estoy ausente.

—Y tú, también has tenido licencia alguna vez?—pregunté á Idanov.

—No,—respondió con enfado.

—Va bien eso de tomar vacaciones,—dijo Antonov;—cuando se pertenece á una familia rica, cuando se tienen fuerzas para trabajar, sí que resulta agradable ir alguna vez á casa... y allí están contentos de ver á uno.

—Pero cuando no se tiene sino un hermano, para qué ir de vacaciones?—añadió Idanov.—Ya tiene bastante consigo mismo y no se va á ocupar del hermano soldado. Somos malos de mantener después de haber servido durante veinticinco años.

—Y vive?

—Quién lo sabe?

—No le escribes?—pregunté.

—Cómo no? Le envié dos cartas, pero no me contesta. O se ha muerto ó no me escribe por hallarse en la miseria. Para qué ir, entonces?



—Hace mucho tiempo que le has escrito?

—La última carta fué á mi regreso de Darglim.

—Haréis bien en mandar que cante «La bolita». Es la canción predilecta de Idanov,—me dijo Tchikin al oído tirándome del capote.—Algunas veces cuando la canta Felipe Antonitch, casi llora.

Al principio Idanov estaba sentado y casi inmóvil, con los ojos fijos en los carbones, el rostro iluminado por un resplandor rojo que le hacía parecer extraordinariamente sombrío. Luego sus mejillas comenzaron á moverse en violento temblor; por fin se levantó y tendiendo su capote en el suelo se acostó en la sombra. Sea que volviéndose tosiera al acostarse, sea que la muerte de Valentchuk en momento tan triste le emocionara, lo cierto es que al parecer las lágrimas brotaban de sus ojos.

La parte inferior del tarugo que se carbonizaba inflamábase de cuando en cuando iluminando la cara de Antonov con sus bigotes

grises, su cara roja y las condecoraciones que adornaban su capote tendido en el suelo; también iluminaba botas, cabezas, bustos y espaldas. Del cielo caía una grande oscuridad y el aire estaba impregnado de un fuerte olor de humo... Alrededor veíase la claridad rojiza de las hogueras que se apagaban, oyéndose en medio del silencio general el eco de los cantos melancólicos de Antonov. Cuando callaba, se oían tan sólo los suaves rumores de la noche en el campo, los ronquidos de los soldados dormidos, el *cli-cla* de las armas de los centinelas y las conversaciones en voz baja, con fuertes voces de Maximov:

—Segundo relevo! Makatuk y Idanov!

Antonov de pronto cesó de cantar. Idanov se levantó, suspiró varias veces con fuerza y dirigióse lentamente hacia el cañón.

Polikuchka

1860

grises, su cara roja y las condecoraciones que adornaban su capote tendido en el suelo; también iluminaba botas, cabezas, bustos y espaldas. Del cielo caía una grande oscuridad y el aire estaba impregnado de un fuerte olor de humo... Alrededor veíase la claridad rojiza de las hogueras que se apagaban, oyéndose en medio del silencio general el eco de los cantos melancólicos de Antonov. Cuando callaba, se oían tan sólo los suaves rumores de la noche en el campo, los ronquidos de los soldados dormidos, el *cli-cla* de las armas de los centinelas y las conversaciones en voz baja, con fuertes voces de Maximov:

—Segundo relevo! Makatuk y Idanov!

Antonov de pronto cesó de cantar. Idanov se levantó, suspiró varias veces con fuerza y dirigióse lentamente hacia el cañón.

Polikuchka

1860



I

Las obediencias del intendente

Cómo quiera la señora!... Pero, son muy dignos de lástima los Dutlov. Todos ellos son buena gente!... Y si no mandamos ahora al cuartel á uno cualquiera de los *dvorovoi* (1), muy cierto es que deberá ir alguno de ellos,—decía el intendente.—La verdad es que todo el mundo lo entiende ya así. No obstante, si es tal vuestra voluntad...

Y puso otra vez la mano derecha sobre la mano izquierda, colocándose luego las dos juntas sobre el vientre; después, inclinando á un lado la cabeza apretó sus delgadísimos labios hasta hacerlos chasquear casi, levantó los ojos al cielo y se calló, con la intención evidente de estarse callado mucho tiempo, escuchando, sin contradecirlas, todas las innumerables tonterías que no dejaría sin duda de decirle la señora.

Era este intendente un antiguo siervo de la casa. Afeitado, con un largo casacón, del corte especial adoptado por los intendentes, estaba dando cuenta á su señora, al caer de una tarde de otoño, de los más importantes asuntos de la casa. Según el parecer de la señora, esto había de consistir en rendir las cuentas de lo refe-

(1) Siervos de la última categoría, de los cuales disponían los señores como si fuesen *cosas*.

rente á la explotación de la casa y en recibir órdenes para la resolución de los asuntos futuros. Pero según el parecer del intendente Egor Mikhailovitch no era nada de esto, no era más que la obligación de estarse un par de horas en pie, firme sobre sus patas, en un rincón de la estancia, vuelta la cabeza hacia el diván, escuchando silencioso el charloteo de la señora sobre toda clase de asuntos siempre ajenos á la explotación de la finca, y, por los medios más diversos, lograr que al fin acabe por decir impaciente la señora: «Bien, bien, cómo quieras!» á todas las proposiciones del intendente. En esa ocasión tratábase del reclutamiento de soldados. La hacienda de Pokrovskoie había de enviar tres reclutas al servicio, dos de los cuales estaban claramente designados por la suerte, debido á que reunían todas las necesarias condiciones familiares, morales y económicas, de tal suerte que acerca de ellos no podía haber duda ó vacilación ni por la parte del *mir* (1), ni por la parte de la señora, ni por la parte de la opinión pública.

En cambio, la designación del tercer recluta era muy discutible. El intendente quería proteger á los tres Dutlov y mandar al cuartel al siervo Polikuchka, padre de familia, hombre de muy mala reputación y á quien se había sorprendido varias veces robando sacos vacíos, arreos de los caballos y hasta grandes cantidades de heno.

La señora, que muchas veces se detenía á acariciar á los andrajosos niños de Polikuchka, y que, por medio de parábolas sacadas de los Evangelios, trataba de volverle al buen camino, no venía muy bien á que se le alistase. Por otra parte, tampoco quería mal á los Dutlov, á quienes ni conocía, ni siquiera les había visto jamás. Pero es el caso que, no se sabe cómo, no había modo de hacérselo entender, y el intendente no se decidía á explicarle con toda claridad que si no iba Polikei al servicio, uno de los Dutlov sería alistado. «Pero es que yo no quiero mal ninguno á los Dutlov!» decía con toda su alma. «Entonces, con trescientos rublos para comprar un hombre!...» Eso era, ni más ni menos, lo que se debía contestar á la señora, pero el respeto debido á los amos no lo consentía, y el intendente se calló.

Egor Mikhailovitch entonces se colocó lo más cómodamente que pudo, hasta se apoyó en la pared y dando á su rostro una expresión de fina obsequiosidad, se puso á observar el tembloteo de los labios de la señora, los vaivenes de las lazadas de su cofia

(1) Asamblea de los jefes de familia, en los pueblos rurales, que rige los asuntos interiores de la población.

cuya sombra se proyectaba ora en la pared, ora en los cuadros y muebles de la estancia, según bajaba ó levantaba la cabeza. Pero no hallaba que fuese necesario tratar de entender lo que decía la señora, la cual hablaba mucho aunque muy despacio.

De pronto, sintióse el intendente detrás de las orejas las contracciones nerviosas que produce el deseo de bostezar, lo cual disimuló muy hábilmente llevándose la mano á la boca como si tuviese un acceso de tos.

Recuerdo haber visto no há mucho á lord Palmerston estarse así tranquilamente, con el sombrero puesto, escuchando como los diputados de la oposición dirigían aplastantes ataques al Ministerio, y luego levantarse y con un discurso que duró tres horas contestar, una por una, á todas las objeciones de sus adversarios. Esto he visto y no me extrañó lo más mínimo, pues millares de veces había ya visto algo semejante entre el intendente Egor Mikhailovitch y su señora. Fuese que sintiera dormirse ó que le pareciese que su señora había hablado ya bastante, empezó á remover



su cuerpo, ora apoyándose sobre el pie izquierdo, ora sobre el pie derecho, y rompió, como siempre, con su frase sacramental:

—Cómo quiera la señora!... Pero... pero la asamblea se halla

precisamente ahora reunida en mi casa, en mi despacho, y es preciso acabar de una vez. En la orden recibida, se nos dice que es necesario llevar los reclutas á la ciudad antes de la Asunción, y los ancianos del pueblo designan todos á los Dutlov, pues realmente no hay otros. El *mir* no tiene en cuenta vuestros intereses, como le es también indiferente que arruinemos á los Dutlov; yo sé muy bien que no se preocupa de eso. Pero conozco también los grandes esfuerzos que esta familia ha hecho, y, á lo menos desde que soy administrador, puedo afirmar que han vivido pobremente. El pobre viejo á duras penas ha podido aguardar á que su nieto, el pequeño, se encargase de la familia... y ahora les arruinaríamos! En cuánto á mí, podéis creer que cuido tanto de vuestros intereses como de los míos. Es lamentable, señora... pero, se hará lo que ordenéis. Al fin y al cabo ni son mis padres ni mis hermanos, y nada he recibido de ellos!...

—No lo dudo siquiera, Egor,—exclamó interrumpiéndole la señora, y al punto mismo se le ocurrió la idea de que en realidad bien podía su intendente haber sido sobornado por los Dutlov.

—Son dueños de los mejores corrales de Pokrovskoie; son gente que teme á Dios y muy trabajadora; el viejo ha sido durante treinta años mayordomo; no bebe vino, no blasfema jamás y asiste á los divinos oficios,—se ve que el intendente conocía el punto sensible de la señora,—y lo más importante es que no tiene sino dos hijos, pues todos los demás son sus nietos. El *mir* los ha indicado ya, aunque, á decir verdad, los que tienen en su casa dos trabajadores son los que deberían entrar en suerte... Los demás, aún los que tienen tres hijos, se han separado de la familia, y ahora naturalmente tienen razón para no ir al servicio... y á esos les tocará ahora sufrir, por su misma virtud...

En este punto, la señora no comprendió ya nada. No entendió lo que quería decir su intendente con aquello de «los tres únicos hijos» y «los separados de la familia» y «la virtud»... No oía sino rumor de palabras, que no se esforzaba en comprender, mientras contemplaba distraída los botones de *nankin* del casacón del intendente. El botón superior, que sin duda utilizaba pocas veces, se mantenía muy fuerte, pero los demás bailaban ya y hacía tiempo que reclamaban ser recosidos. Pero todo el mundo sabe que en las conversaciones, sobre todo en las conversaciones de negocios, no es absolutamente necesario entender lo que se nos dice, sino que basta con recordar bien lo que nosotros queremos decir. Esta es la práctica que seguía la señora.

—Por qué no quieres comprenderme, Egor?—decía.—Yo no deseo de ningún modo que Dutlov sea soldado. Paréceme que me conoces ya bastante para saber que hago lo posible para favorecer mis campesinos y que no quiero el mal de ninguno de ellos. Ya sabes que estoy dispuesta á sacrificarlo todo para evitarme una vez siquiera tan triste necesidad, y que mi deseo es no tener que entregar ni á Dutlov ni á Khoruchkin.—Ignoro si al intendente se le ocurriría que para librarse de «tan triste necesidad» no era preciso sacrificarlo *todo*, sino sencillamente trescientos rublos para la compra de un sustituto; si no pensó en ello, podía muy bien haber pensado.—Unicamente una cosa te diré, y es que á ningún precio quiero que vaya Polikei... Cuando después de aquel asunto del reloj, que él mismo me confesó á mí, me juró llorando el pobre hombre que se corregiría... he hablado varias veces con él y he visto que se mostraba muy agradecido y arrepentido sinceramente...

«Ah! ya empieza su canción», pensó Egor Mikhailovitch, y se puso á contemplar el jarabe que tenía puesto la señora en un vaso de agua, tratando de averiguar si sería á la naranja ó al limón, ocurriéndosele la idea de que de todos modos estaría muy amargo. La señora continuó:

—Desde hace más de siete meses que no se ha emborrachado una sola vez, conduciéndose muy bien todo ese tiempo. Su mujer me ha dicho que se había vuelto otro hombre. Cómo quieres que yo le castigue ahora, cuando él se ha enmendado? No es una cosa horrible que se mande al servicio á un hombre que tiene cinco hijos y de los cuales es el único sostén? No, no me hables más de ello; será mucho mejor...

Y la dama bebió despacio algunos sorbos.

Egor Mikhailovitch, después que hubo observado el paso del líquido por la garganta de la señora, hizo, con la mayor indiferencia, esta sola objeción:

—Entonces, la señora ordena que se aliste á Dutlov!

Pero la señora dió con sus manos algunas palmadas, como para demostrar su impaciencia.

—Pero, por qué no has de poder comprenderme? Deseo yo acaso la desdicha de los Dutlov? Tengo de ellos siquiera el menor resentimiento? Dios es mi testigo de que estoy dispuesta á hacer por ellos todo lo posible,—al decir esto dirigió la señora su mirada al cuadro que tenía enfrente, pero luego advirtió que no contenía precisamente la imagen de Dios, y mentalmente se dijo: «No le hace, para el caso es lo mismo». Lo extraño era que tampoco esta vez atinaba en los trescientos rublos del intendente.—Pero,

cómo arreglarlo? Qué hacer, y cómo?... Ya conoces tú que yo no lo puedo saber... Pues bien, en tí confío enteramente; tú sabes ya lo que deseo. Haz de modo que todos queden satisfechos, y sobre todo que lo que hagas sea justo y bueno... Cómo arreglarlo? No serán ellos solos, ciertamente... todos tenemos en la vida momentos penosos. Pero ten en cuenta que de ningún modo, de ningún modo puede ir Polikuchka. Sería para mí una cosa verdaderamente terrible!

Hubiera seguido hablando todavía, pues se hallaba animada para hacerlo un par de horas más, si en aquel momento no hubiese entrado la criada.

—Qué hay, Duniacha?

—Acaba de llegar un campesino, y quiere preguntar á Egor Mikhailovitch si es que se puede levantar la asamblea ó si aguarda... —y mientras decía, Duniacha contemplaba con rabia al intendente, pensando: «Vaya un diablo de hombre! Habrá hecho enfadar á la señora, y lo que es hoy no me deja dormir, como si lo viera, hasta las tres de la madrugada».

—Entonces, anda, Egor, y haz de manera que queden todos satisfechos.

—Obedezco...—el intendente renunciaba ya á hablar de Dutlov. —Y quien ordenáis que vaya á buscar los cuartos del jardinero?

—Petrucha no ha vuelto todavía de la ciudad?

—No.

—Nicolás no podrá ir?

—Mi padre está en cama, le duelen mucho los riñones,—dijo Duniacha, que era por lo visto hija del tal Nicolás.

—Queréis acaso que vaya yo mismo, mañana muy de mañana? —preguntó el intendente.

—No, te necesitamos aquí, Egor,—y la señora reflexionó un momento.—Es mucho el dinero?

—Cuatro cientos sesenta y dos rublos.

—Pues... envía á Polikei,—dijo la señora, mirando fijamente al rostro del intendente.

Egor Mikhailovitch, sin despegar los dientes, contrajo los labios como si fuese á reirse, pero no se notó en su fisonomía ningún otro movimiento, y dijo esta única palabra:

—Obedezco...

—Antes, ordénale que venga á verme.

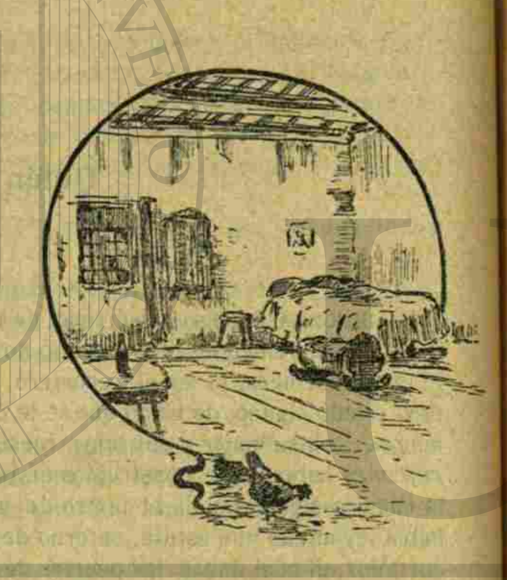
Y con esto, Egor Mikhailovitch fué á reunirse con sus compadres.

II

Quién era el pobre Polikei

Polikuchka, hombre misérrimo, de mala fama, y, lo que es peor todavía, venido de otro pueblo, no halló amparo ni protección ni en la cocinera, ni en el repostero, ni en el mayordomo, ni en otro criado alguno, de modo que se le dió el peor *rincón* de todos, aunque, con su mujer y sus hijos, fuesen ya siete personas. Estos *rincones* habían sido construídos en tiempos del difunto señor de la manera siguiente: En el centro de una izba de mampostería se había levantado una estufa, entorno de la cual se dejó un estrecho corredor, al cual daban las puertas de las cuatro habitaciones en que quedaba dividida la estancia, por medio de unos sencillos tabiques de madera. Las habitaciones eran muy pequeñas, sobre todo la de Polikuchka, que se hallaba situada junto á la puerta de entrada; no había en ella más que el lecho nupcial con un delgado cubrecamas y dos almohadas de trapo, una pequeña cama, una mesa de tres pies, sobre la que iban á parar toda clase de objetos propios de la familia y en la cual trabajaba el mismo Polikuchka y arreglaba todo lo concerniente á los caballos de que cuidaba; con esto y con los cubos para el agua, la ropa de todos los individuos de la familia, las gallinas y un pequeño becerro de que aquella era propietaria, ni siquiera hubiera sido posible moverse en tan reducido espacio á no disponer de la cuarta parte de la común estufa y

á no ser posible salir alguna que otra vez al paso de la puerta. A decir verdad, no era cómodo salir, en invierno sobre todo, pues hacía fuera un frío horrible, y respecto á abrigos no había más que una sola *tulupe* para los siete individuos de la familia; en cambio, era cosa fácil calentarse: los niños corriendo y saltando, los grandes trabajando de firme; unos y otros de vez en cuando subíanse á la estufa calentada á más de cuarenta grados. Parece imposible que se pueda vivir en condiciones semejantes, mas para aquella pobre gente eso no era nada, ya estaban acostumbrados. Akulina lavaba y cosía para su marido y sus hijos y trabajaba además en todo lo que convenía; preparaba la comida para todos en la estufa común, y se disputaba y aún se pegaba con sus vecinas. Las provisiones del mes bastaban no tan sólo para toda la familia, sino que había también algo para la vaca, que les había dado un hermoso becerro; la leña y el alimento del ganado lo daba la señora, y á veces daba también alguna cantidad de heno. La familia disponía al propio tiempo de un pedazo de huerta, y además criaba gallinas. Polikei tenía cuidado de los caballos del establo, sangraba cuando convenía á los caballos y al ganado, limpiaba sus herraduras, les administraba si estaban enfermos mixturas que él mismo se inventaba, y alguna vez recibía en recompensa de sus servicios dinero y víveres. A veces también le quedaba para él una parte de la avena destinada á la alimentación de los animales propios de la hacienda. En el pueblo había un campesino que regularmente le daba cada mes diez libras de carnero á cambio de dos medidas de avena. La vida hubiera sido todavía soportable si no hubiese habido un gran infortunio que pesaba atrozmente sobre toda la familia. En su juventud, Polikei había vivido muchos años en otro pueblo donde estaba empleado en una gran cría de caballos. El palafrenero que estaba con él era un grandísimo ladrón, como que acabó por ser



deportado. Polikuchka hizo con él su aprendizaje, y desde niño se había de tal modo acostumbrado á hurtar lo que caía bajo sus manos que, después, á pesar de su laudable intención de corregirse, fué incapaz de lograrlo nunca... Era un pobre niño, débil, sin padre ni madre y sin nadie que le pudiese corregir y guiar!...

A Polikei le gustaba mucho beber, y además era hombre que, donde fuera que se hallase, no podía sufrir que nada estuviese mal guardado: la cuerda, los arreos, la llave y todo otro objeto de más valor aun que hallase descuidado no cabía duda que había de hallar sitio en casa de Polikei Ilitch. En todas partes hay siempre gente que necesita alguno de esos objetos y que los paga con vino ó con dinero. Estas son las ganancias más fáciles, dice el pueblo; no exigen estudios de ninguna clase, ni gran trabajo, nada, y, cuando una vez se ha probado, ya no se quiere hacer ningún otro oficio. No hay más que un solo inconveniente en esta clase de negocios: los objetos se encuentran á buen precio y con facilidad, y con ello la vida resulta agradable; pero de pronto, á causa de la malevolencia de las gentes, la industria deja de producir y ha de pagar uno por todo á la vez, acabándose para siempre toda felicidad...

Es lo que le había sucedido á Polikei.

Polikei un día se casó, y Dios le bendijo; su mujer, la hija del guardador de bueyes, era fuerte é inteligente y muy trabajadora, y le dió pronto una larga serie de hijos, si hermosos los unos, más los otros todavía. Polikei iba haciendo su comercio y todo marchaba bien. Pero, de pronto, el infortunio se abatió sobre su casa; un día de mala suerte fué cogido con las manos en la masa, y fué cogido por nada: no había robado más que las riendas á un campesino. Le cogieron preso, y, no contentos con apalearle brutalmente, fué denunciado á la señora... Desde aquel punto fué estrechamente vigilado, siendo cogido en negocios no muy limpios una segunda vez y luego una tercera. Las gentes comenzaron á injuriarle; el intendente le amenazó con el servicio militar, la señora le hizo infinitos sermones... Su mujer se puso á llorar, cada vez más triste, y todo fué de mal en peor. Era un buen hombre, solamente un poco débil y amante del beber y que no podía de ninguna manera corregir su mala inclinación. Algunas veces su misma mujer le insultaba y hasta le pegaba cuando volvía á casa borracho... y él no hacía sino llorar.

«Desdichado de mí! Quédeme ciego ahora mismo!... No lo haré más, no lo haré más».

Pero, oh! desdicha; un mes después desaparece de pronto de

su casa, se emborracha como un mal hombre, y no vuelve á ella hasta pasados dos días. «Pero, es necesario que halle dinero en alguna parte para sus borracheras», decían las gentes. Su último *negocio* fué el del reloj de la oficina ó despacho, un reloj muy antiguo que estaba parado hacía tiempo. Un día entró por casualidad en el despacho, hallándolo abierto; tentóle el reloj, lo tomó en sus manos y fué á venderlo á la ciudad próxima. Por su desgracia, el comerciante que se lo compró resultó pariente de una de las criadas de la casa, y cuando por las fiestas fué á pasar algunos días en el pueblo, habló de la compra que había hecho poco antes. Entróse en sospechas, y se empezó á hacer investigaciones, como si esto hubiese de ser útil á alguien. El intendente, sobre todo, no quería mucho bien á Polikei, y al fin el culpable fué hallado. Se informó á la señora del asunto y ésta llamóle á presencia suya. El pobre hombre cayó á sus pies de rodillas y lo confesó todo de una manera asaz conmovedora, como le enseñó su mujer que hiciera.



La cosa dió magnífico resultado. La señora empezó por hacerle un sermón, y después habló, habló todavía, invocando á Dios, á la virtud, á la vida futura, á su mujer y á sus hijos, hasta hacerle saltar las lágrimas al infeliz. Entonces le dijo la señora:

—Te perdono, pero has de prometerme que no volverás á hacer nunca jamás una cosa semejante.

—No, no la haré jamás! Antes morir, ó que me arranquen las entrañas!—dijo Polikei, y siguió llorando lamentablemente.

Una vez vuelto á su casa Polikei, se pasó todo el día gimoteando, y apenas si se meneó de encima de la estufa. Desde ese punto, ya nada se le pudo reprochar, pero en verdad que tampoco su vida tenía nada de alegre. Las gentes continuaban considerándole como un ladrón, y cuando vino la época de la recluta todo el mundo le señaló como el más indicado para el alistamiento.

Polikei, según hemos dicho ya, tenía á su cuidado los caballos. De qué modo se hubiese convertido de la noche á la mañana en un veterinario, nadie lo sabía, ni siquiera él mismo. Mientras trabajó en la yeguada del palafrenero aquel que le enseñó á robar, nunca desempeñó otras funciones que las de limpiar el establo, y alguna que otra vez aplicaba cataplasmas á los caballos y hasta les llevaba á beber. No sería, pues, allí donde aprendiera la veterinaria. Después fué tejedor, más tarde jardinero; luego, en calidad de castigo, fué dedicado á la fabricación de ladrillos, y finalmente llenó las funciones de portero en casa de un comerciante. En ninguno de estos sitios, pues, pudo tampoco hacer práctica de veterinaria. Y sin embargo, durante esos últimos tiempos, no se sabe cómo, empezó á correr la voz de que era extraordinariamente hábil en medicina veterinaria. Practicó una sangría, luego otra, y otras más; luego hizo tender en el suelo á un caballo y estuvo un buen rato rascándole no sé qué en el muslo; después de eso ordenó que se atase fuertemente el caballo y le hizo un tremendo corte en una de las patas hasta hacerle salir abundancia de sangre, explicando luego que á esto se llamaba: «Extraer la sangre de debajo de la herradura», y enseguida dijo que «para facilitar la curación» se había de practicar una sangría en dos venas á la vez, para lo cual empezó á dar grandes golpes de martillo sobre la mellada lanceta, hecho lo cual pasó por debajo del vientre del animal una especie de venda fabricada con un velillo de su mujer. Desde aquel día continuó cuidando todas las enfermedades de los caballos y del ganado, aplicando en todos los casos que se le ofrecía sales de vitriolo humedecidas en el líquido que guardaba en una botella, y dándoles para beber á todo pasto lo primero que le pasaba por la cabeza. Y cuánto más hacía padecer á los caballos, y cuantos más caballos mataba, más creía en su ciencia la gente y con mayor frecuencia iban á buscarle.

Comprendo muy bien, sin embargo, que no podemos nosotros,

los de arriba, burlarnos del miserable Polikei. Los procedimientos que él empleaba para inspirar confianza en los demás, eran los mismos exactamente que tuvieron influencia sobre nuestros padres, que la tienen sobre nosotros y que la tendrán sobre nuestros hijos. El campesino que apoya su vientre contra la cabeza de su jumento, su riqueza única y un miembro casi de su familia, y que con expresión en que se mezclan la fe y el terror, contempla el rostro de Polikuchka fruncidas gravemente las cejas, mientras que con sus finas manos, las mangas de la camisa recogidas, aprieta con sabia precisión el punto dolorido y raja atrevidamente la carne viva, mientras dice tal vez para su capote: «Bah! puede que así y todo cure», fingiendo saber con exactitud donde está la sangre mala, y dónde la materia, y dónde, en fin, la causa de la enfermedad, teniendo cogido con los dientes el trapo humedecido en algún líquido maravilloso, ó bien la botellita de los grandes milagros; ese campesino, iba yo diciendo, no puede creer que Polikei ha levantado la mano para cortar la carne viva por donde primero se le antoje, pues siente dentro de sí mismo que él no lo podría hacer; y una vez practicado el corte, no se culpará ciertamente de haber hecho operar en vano tan cruenta cura. No sé si mis lectores habrán experimentado este sentimiento; mas yo sí puedo decir que lo he experimentado ante el doctor que, á instancias mías, ha atormentado cruelmente á personas mny queridas de mí corazón. La lanceta y la misteriosa botella con el líquido curativo y las palabras *rotura, sangría, materia...* son en el fondo lo mismo exactamente que esas otras palabras: *nervios, reumatismos, orgasmos...*

Sin duda alguna que el verso:

Ten el valor de engañarte y de soñar,

más que á los poetas, ha de referirse á los médicos y á los veterinarios.

III

La gran pipa de Polikei

La misma noche en que la asamblea popular encargada de escoger y nombrar á los reclutas, discutía á gritos en el despacho del intendente, llenando la atmósfera la fría niebla de octubre, Polikuchka se hallaba sentado al borde del lecho y encima de la mesa trituraba con ayuda de una botella un ingrediente que él mismo desconocía y que destinaba á un caballo enfermo. Había allí sublimado, azufre, sal de Glauber y ciertas hierbas que el mismo Polikei cogía. Una vez se imaginó el pobre que esas hierbas eran buenas para ciertas erupciones, y desde entonces ya no halló dificultad para administrarlas en toda otra clase de circunstancias. Los niños estaban ya todos acostados: dos sobre la estufa, dos en el lecho, y uno en la cunita, cerca del cual estaba sentada Akulina recosiendo la ropa. Un cabo de bujía, tomado quizás por el propio Polikei de casa de la señora, habiéndolo hallado mal guardado, estaba puesto en el borde de la ventana en un candelero de madera, y á fin de que su marido no se distrajera de la delicadísima operación que estaba ejecutando, la misma Akulina se levantaba para despabilar la mecha de la candela con sus propios dedos. Algunos espíritus fuertes consideraban á Polikuchka como un veterinario ignorante y un cerebro vacío. Otros, la mayoría, considerábanle como un mal hombre, pero muy ducho en su arte de

los de arriba, burlarnos del miserable Polikei. Los procedimientos que él empleaba para inspirar confianza en los demás, eran los mismos exactamente que tuvieron influencia sobre nuestros padres, que la tienen sobre nosotros y que la tendrán sobre nuestros hijos. El campesino que apoya su vientre contra la cabeza de su jumento, su riqueza única y un miembro casi de su familia, y que con expresión en que se mezclan la fe y el terror, contempla el rostro de Polikuchka fruncidas gravemente las cejas, mientras que con sus finas manos, las mangas de la camisa recogidas, aprieta con sabia precisión el punto dolorido y raja atrevidamente la carne viva, mientras dice tal vez para su capote: «Bah! puede que así y todo cure», fingiendo saber con exactitud donde está la sangre mala, y dónde la materia, y dónde, en fin, la causa de la enfermedad, teniendo cogido con los dientes el trapo humedecido en algún líquido maravilloso, ó bien la botellita de los grandes milagros; ese campesino, iba yo diciendo, no puede creer que Polikei ha levantado la mano para cortar la carne viva por donde primero se le antoje, pues siente dentro de sí mismo que él no lo podría hacer; y una vez practicado el corte, no se culpará ciertamente de haber hecho operar en vano tan cruenta cura. No sé si mis lectores habrán experimentado este sentimiento; mas yo sí puedo decir que lo he experimentado ante el doctor que, á instancias mías, ha atormentado cruelmente á personas mny queridas de mí corazón. La lanceta y la misteriosa botella con el líquido curativo y las palabras *rotura, sangría, materia*... son en el fondo lo mismo exactamente que esas otras palabras: *nervios, reumatismos, orgasmos*...

Sin duda alguna que el verso:

Ten el valor de engañarte y de soñar,

más que á los poetas, ha de referirse á los médicos y á los veterinarios.

III

La gran pipa de Polikei

La misma noche en que la asamblea popular encargada de escoger y nombrar á los reclutas, discutía á gritos en el despacho del intendente, llenando la atmósfera la fría niebla de octubre, Polikuchka se hallaba sentado al borde del lecho y encima de la mesa trituraba con ayuda de una botella un ingrediente que él mismo desconocía y que destinaba á un caballo enfermo. Había allí sublimado, azufre, sal de Glauber y ciertas hierbas que el mismo Polikei cogía. Una vez se imaginó el pobre que esas hierbas eran buenas para ciertas erupciones, y desde entonces ya no halló dificultad para administrarlas en toda otra clase de circunstancias. Los niños estaban ya todos acostados: dos sobre la estufa, dos en el lecho, y uno en la cunita, cerca del cual estaba sentada Akulina recosiendo la ropa. Un cabo de bujía, tomado quizás por el propio Polikei de casa de la señora, habiéndolo hallado mal guardado, estaba puesto en el borde de la ventana en un candelero de madera, y á fin de que su marido no se distrajera de la delicadísima operación que estaba ejecutando, la misma Akulina se levantaba para despabilar la mecha de la candela con sus propios dedos. Algunos espíritus fuertes consideraban á Polikuchka como un veterinario ignorante y un cerebro vacío. Otros, la mayoría, considerábanle como un mal hombre, pero muy ducho en su arte de

curar animales, y Akulina, aunque injuriaba con frecuencia á su marido y hasta, si era necesario, le pegaba, considerábale como el mejor veterinario del mundo y el hombre de mayores *capacidades*. Polikei se puso en el hoyo de la mano una parte del ingrediente que había molido, bien que mal; no empleaba balanzas jamás y hablaba con ironía de los farmacéuticos alemanes que se servían de ellas, diciendo: «No estamos aquí en una farmacia». Polikei, pues, consideró un momento la cantidad de ingrediente que tenía en la mano, halló que no había bastante, y echó todavía diez veces más, murmurando: «Se lo daré todo y así se pondrá bien más aprisa».

Akulina se volvió rápidamente al oir la voz de su señor, aguardando órdenes; pero al observar que no se dirigía á ella, con movimiento de indiferencia levantó los hombros, diciendo para sí misma: «En verdad que es un hombre extraordinario! De dónde habrá sacado todo eso?...» y volvió á su labor. En esto se cayó de la mesa el papel que había envuelto los maravillosos ingredientes, y Akulina entonces gritó:

—Anutka! Algo se le ha caído á tu padre... cógelo!

Anutka sacó de debajo la manta las delgadísimas y heladas piernas, como un gatito se metió por debajo de la mesa, cogió el papel y se lo tendió á Polikei.

—Toma, padrecito;—y sus delgadísimas y heladas piernecitas desaparecieron de nuevo debajo de la manta que la cubría.

—Por qué te meneas así?—gimió la pequeña de las niñas con voz ceceante y medio durmiendo.

—Queréis callar?...—hizo Akulina, y las dos cabecitas desaparecieron á un tiempo dentro del lecho.

—Si me da tres rublos,—exclamó Polikei, mientras tapaba la botella,—cierto que le curaré el caballo... y es todavía muy barato.—Luego añadió:—Para eso se rompe uno la cabeza!... Akulina, ve á pedir un poco de tabaco á Nikita; mañana se lo devolveré.

Y Polikuchka sacó de uno de los bolsillos de su pantalón una vieja pipa de madera de tilo, hermosamente pintada en otro tiempo, y se puso á prepararla para fumar.

Akulina se levantó y salió, sin topar con nada ni con nadie, lo que era bastante difícil. Polikei mientras tanto abrió un pequeño armario y puso en él la poción que acababa de preparar, y tomó una botella de aguardiente que acercó á sus labios, pero frunció siniestramente las cejas al ver que no quedaba en el fondo de ella ni una sola gota de la deliciosa *agua de vida*... Sin embargo, cuando hubo llenado la pipa con el tabaco que le trajo su mujer y

se puso á fumarla sentado al borde del lecho, su rostro se iluminó con la alegría orgullosa de un hombre que ha dado feliz remate á su trabajo cotidiano. Quizás estaba pensando en cómo se las arreglaría para tirar mañana de la lengua al caballo enfermo y hacerle engurgitar la mixtura maravillosa que acababa de componer; ó pensaba tal vez en que se encuentra siempre un buen hombre cuando se tiene necesidad de él, y que, fuese como fuese, lo cierto es que Nikita le había dado tabaco. La verdad es que en aquellos momentos el ínclito Polikuchka se sentía feliz. Pero, de pronto, la puerta, que se sostenía por un solo gozne, se abrió de par en par y apareció en el dintel una doncella de *arriba*, no la primera, ni la segunda, sino la tercera, la menor, la destinada á los más bajos oficios; todo el mundo sabe que *arriba* quiere decir «la casa de los señores», hasta cuando, en vez de arriba, está abajo... Axutka, así llamaban á la tal doncella, corría siempre con la rapidez de una flecha, no doblaba los brazos al marchar, sino que los movía á la manera de un balancín, y no á lo largo del cuerpo como todo el mundo, sino hacia adelante, con una cadencia que seguía la velocidad de su andar. Sus mejillas estaban siempre más encarnadas que su encarnado corpiño, y su lengua se movía siempre con igual velocidad que sus piernas. Se metió de un salto en medio de la estancia, agarrándose con fuerza en la mesa, y empezó un balanceo horrible de todo el cuerpo; luego, como si tuviese el deseo de no decir más que tres palabras de una sola vez, empezó á hablar así, dirigiéndose á Akulina:

—La señora manda á Polikei Ilitch que suba inmediatamente *arriba*, y manda...—se detuvo para respirar profundamente.—Egor Mikhailovitch estaba con la señora, hablando de reclutas... se ha pronunciado el nombre de Polikei Ilitch... Audotia Mikhailovna ha ordenado que se venga enseguida... La señora ha ordenado,—de nuevo se detuvo para respirar—que se venga inmediatamente...

Más de medio minuto se quedó Axutka contemplando á Polikei y luego á su mujer y á los niños, que sacaban la cabecita de debajo de las sábanas, tomó una cáscara de nuez que halló sobre la estufa, la tiró al rostro de Anutka, exclamó otra vez todavía: «Que se venga inmediatamente...» y salió de la estancia como llevada por un vendaval, viéndose como sus brazos se balanceaban al compás de su precipitada carrera.

Akulina se levantó y dió las botas á su marido, unas botas de soldado, ya estropeadas por mil partes; tomó luego el caftán que

estaba sobre la estufa y se lo presentó sin mirarle de frente, tratando de esquivar los ojos de Polikei.

—Ilitch, quieres cambiarte la camisa?—dijo la pobre mujer.

—No.

Akulina ni una sola vez miró á su esposo, mientras éste se calzaba las botas y se ponía silenciosamente el abrigo.

Y en verdad que hizo bien, pues Polikei estaba blanco como la cera, su labio inferior tembloteaba y sus ojos habían tomado esa expresión de tímido gimoteo, de profunda desesperanza que vemos solamente en los hombres buenos, débiles y culpables. Se arregló un poco el cabello y se dispuso á partir... pero su mujer le detuvo un momento, le arregló los pliegues de la camisa que caían sobre su chaquetón y le puso el gorro en la cabeza...



—Qué hay... Polikei Ilitch? Dicen que la señora os manda llamar,—oyóse que gritaba desde su *rincón* la mujer del carpintero.

Aquella misma mañana la mujer del carpintero se había disputado gordo con Akulina, pues una de las chicuelas de ésta había derribado en su casa un cubo de legía, y, al menos en los primeros momentos, le fué cosa agradable entender que Polikei había sido llamado por la señora, pues no sería probablemente para nada bueno. Era, además, una de esas mujeres mordaces, que saben con una palabra sola mortificar á una persona, era una mala mujer... al menos tal creía ella de sí misma.

—Sin duda quieren enviaros á la ciudad para compras...—continuó diciendo la carpintera.—Buscan, sin duda, un hombre de toda confianza, seguro... y nadie mejor que vos. En este caso, compradme un cuarterón de té, Polikei Ilitch.

Akulina hacía esfuerzos para contener sus lágrimas y sus labios se crispaban horriblemente... Le venían, sin duda, intenciones de

ahogarle la voz en la garganta á esa mala mujer, de arrancarle el moño al menos. Pero, cuando contempló á sus hijos y le vino la idea de que iban á quedar huérfanos y que ella sería pronto la mujer de un soldado, olvidó las burlas y las ironías de aquella mujer, escondió su rostro entre las manos, se sentó sobre el lecho y su cabeza cayó pesadamente sobre la almohada.

—Madrecita, me aplastas...—balbuceó la niña pequeña, con su media voz, procurando subirse hasta las orejas el abrigo de la cama que había quedado cogido bajo el codo de su madre.

—Al menos hubieseis muerto todos!... Sólo para desdicha vuestra os he puesto en el mundo!—exclamó llorando Akulina. Y sus sollozos llenaron la estancia, con no poca alegría de la mujer del carpintero, que no había olvidado aun la legía de la mañana.



IV

Polikuchka es el último de los hombres...

TRANSCURRIÓ así una media hora... El más pequeño empezó á llorar horriblemente; Akulina se levantó y dióle el pecho. La pobre mujer ya no lloraba; pero, apoyando en la palma de la mano su rostro flacucho y hermoso todavía, contemplaba con fijeza la llama de la candela que se estaba acabando ya, y he aquí las ideas que giraban incesantemente en su cabeza: Por qué me casé? Por qué se necesitan tantos soldados? Cómo podré vengarme de esa mala mujer?...

De pronto oyó los pasos de su marido. Se enjugó las lágrimas y se levantó para dejarle libre el paso. Polikei entró en su *rincón* con el mismo orgullo que entrara en un palacio; tiró el gorro sobre la cama, respiró profundamente y con sosiego empezó á quitarse el cinturón.

—Bien... y qué? Por qué te ha mandado llamar?

—Bah! Ya es sabido! Polikuchka es el último de los hombres; pero cuando hay algo importante que hacer, él es el llamado, Polikuchka!

—Qué dices?

Polikei no se daba prisa en contestar. Encendió su pipa, y escupió dos ó tres veces.

—Me ha ordenado ir á casa de un comerciante para cobrar algún dinero.

—Cobrar dinero?—exclamó casi asustada Akulina.

Polikei sonrióse y meneó á un lado y otro la cabeza, exclamando al fin:

—Ah! y lo bien que habla la señora!... Ha dicho: Tú eres considerado un hombre poco seguro; pero yo tengo más confianza en tí que en ningún otro.—Polikei hablaba en voz alta para ser oído de sus vecinos.—Tú me has prometido corregirte; ahora bien, he aquí la primera de las pruebas que de tí necesito para creerte del todo. Irás á casa del comerciante *tal*, en la ciudad, tomarás el dinero y me lo traerás... Yo dije entonces: Señora, todos vuestros siervos han de serviros como Dios manda. Es por esto que yo entiendo que puedo hacerlo todo en servicio vuestro y no rehuso trabajo ninguno, por penoso que sea. Haré todo lo que me ordenéis, pues soy vuestro esclavo...—y al pronunciar estas palabras sonrió de nuevo, con aquella sonrisa singular del hombre débil, bueno y culpable.—Entonces, ella dijo: De modo que puedo contar contigo? Comprende que tu porvenir depende de esto... Y yo dije: Cómo no he de comprender que soy capaz de hacer esto y todo lo que me ordenéis? Si os han dicho mal de mí, también puede decirse de todos los demás; en cuanto á mí, no creo haber pensado una sola vez cosa contraria á vuestra dicha... En una palabra, he sabido decir tan buenas cosas que la señora ha quedado encantada y ha sido muy amable conmigo... Tú serás, me ha dicho finalmente, mi hombre de confianza.—Aquí se calló Polikei, y de nuevo aquella misma sonrisa singular iluminó su rostro.—Ya sé yo cómo se ha de hablar con ellos... Cuando estaba en la esclavitud, llegaba á veces el amo irritadísimo, gritando... Pues yo no hacía más que decirle



algunas palabras y enseguida se calmaba, poniéndose más suave que el terciopelo.

—Se trata de mucho dinero?—preguntó Akulina.

—Tres veces medio millar de rublos,—contestó displiscentemente Polikei, mientras su mujer movía con desconfianza la cabeza.

—Cuándo has de partir?

—La señora ha dicho: Mañana tomas el caballo que más te guste, te presentas en la oficina, y después que Dios te acompañe.

—Alabado sea Dios!—exclamó Akulina levantándose y santiguándose.—Que Dios te ayude, Ilitch,—murmuró en voz baja para no ser oída por la mujer del carpintero, y, cogiéndole por la manga de la camisa, continuó así:—Ilitch, óyeme bien; te lo suplico en nombre de Cristo: Cuando partas besa fervientemente la cruz, jurando que no beberás en todo el camino una vez siquiera...

—Pudiste pensar que bebería llevando encima tanto dinero!... Escucha, alguien allá *arriba* toca el piano... Es bueno eso!—Y añadió sonriendo, después de un corto silencio.—Sin duda es la señorita. Yo estaba de pie delante de la señora, en la misma puerta del despacho, y la señorita estaba algo más adentro. De pronto, se sentó al piano y se puso á tocar... Oh! era admirable! Te juro que sabré cumplir como bueno; me siento capaz de llevar á feliz término el encargo que se me ha hecho. Dame ahora una camisa limpia...

Y fueron á acostarse felices y contentos.

V

En busca del tercer soldado

Mientras tanto la asamblea de los campesinos iba acalorándose, reunida delante del despacho del intendente. El asunto se iba poniendo serio. Casi estaban allí todos los campesinos, mientras Egor Mikhailovitch hablaba con la señora; llevaban todos cubierta la cabeza, cada vez eran en mayor número las voces que tomaban parte en la discusión, y cada vez también hacíanse más ruidosas. El rumor sordo del charloteo, interrumpido de vez en cuando por palabras sueltas pronunciadas en voz más alta ó más ronca, llenaba el espacio, y llegaba, como el bramido de un mar tempestuoso, hasta las mismas ventanas de la señora, á la que producía cierta inquietud nerviosa, semejante á la que en ella causaba una fuerte tempestad. Tan pronto se mostraba en extremo nerviosa, tan pronto como asustada. Parecíale sin duda á cada momento que las voces de aquellos hombres iban á hacerse más altas y más frecuentes ó bien que algo trágico iba á suceder, pensando: «Cómo si no pudiese entenderse la gente hablando despacio y mesuradamente, sin gritos y sin exclamaciones, según manda la ley cristiana, fraternal y dulce...»

Muchos hablaban al mismo tiempo, pero una voz sobresalía de las demás; era la de Feodor Riezun, el constructor. Tenía en su familia dos trabajadores, y afirmaba tocar á los Dutlov ser alis-

tados, contra cuyo ataque el viejo Dutlov se defendía bravamente, manteniéndose primero detrás del grupo; pero de pronto se puso delante, y sofocado y ahogándose, los brazos al aire ó bien tirando de su barbilla, se enronquecía á cada punto, hasta el extremo de que á él mismo le era difícil entender lo que decía. Sus hijos y su sobrino, todos ya buenos mozos, se agrupaban entorno suyo, recordando el juego de «la gallina defendiendo á sus polluelos de las garras del milano». El milano era aquí Riezun, y no Riezun solamente, sino todos aquellos también que no tenían en su familia más que dos trabajadores ó uno solo, y así casi todos los campesinos cebábanse en el pobre Dutlov. La cuestión era como sigue: el hermano de Dutlov, treinta años hacía, había ya sido alistado y servido en el ejército, y por esto Dutlov no quería ser comprendido entre las familias que contaban con tres trabajadores; pretendía que se tuviese en cuenta el servicio de su hermano y que se le comprendiese entre las familias de dos trabajadores solamente y que fuese de entre todas éstas sacado el tercer recluta que hacía falta. Además de la familia Dutlov, había, cierto es, cuatro familias más de «tres trabajadores»; pero el jefe de una de ellas era *starosta*, y la señora le tenía dispensado este servicio; otra, cuando el último alistamiento, había ya dado un recluta, y las otras dos lo daban ahora, de modo que ni siquiera asistían á la reunión; tan sólo la madre de uno de ellos manteníase, llena de tristeza, como perdida entre la última fila de los reunidos, esperando vagamente tal vez que la rueda girase en sentido favorable para su hijo. El segundo recluta, el rubio Roman, con un caftán todo hecho pedazos, aunque no era ciertamente pobre, se estaba apoyado en el dintel de la puerta, callado siempre y con la cabeza inclinada al suelo; á veces miraba un momento al que levantaba más la voz, pero de nuevo quedaba pensativo, respirando toda su persona un profundo dolor.

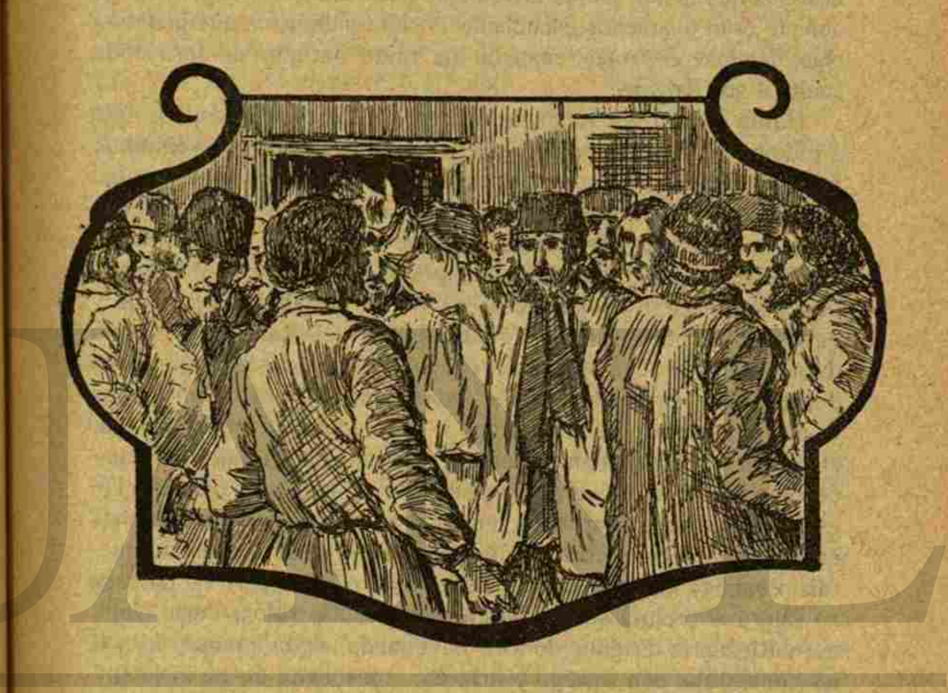
El viejo Semion Dutlov era hombre á quien, cualquiera que le conociese un poco, podía confiar centenares y millares de rublos; era un hombre moderado en todo, temeroso de Dios, y además se hallaba en buena posición, por lo que era todavía más de extrañar su tenaz oposición en dar el tercer soldado.

Riezun, el carpintero, por el contrario, era un mocetón de elevada estatura, moreno, amigo de ruído, borracho, atrevido y con esto habilísimo en las discusiones y las disputas, donde fuese que se hallase, en las asambleas, en los mercados, con los obreros ó los comerciantes, con los campesinos ó los señores.

En la presente ocasión se mantenía asaz tranquilo, aunque

mordaz, aplastando con la sonoridad de su voz y la elocuencia de su palabra al viejo Dutlov, que se ahogaba é iba perdiendo terreno en su defensa.

En la discusión tomaban también parte Garoska, Kopilov, joven todavía, de cara redonda y cabeza muy gorda, con la barba rizada; era uno de los habladores de la generación posterior á Riezun, que se distinguía por la dureza de su palabra y gozaba ya



de cierta autoridad en las asambleas. Uno de los que más hablaba también era Feodor Melnitchni, un campesino amarillento, delgaducho y largo, joven todavía, pero ya encorvado, con barba escasa y los ojos siempre sombríos y como llenos de cólera. Era hombre que lo tomaba siempre todo por el peor de sus aspectos, perturbando con frecuencia la reunión con sus preguntas ó sus observaciones inesperadas y muchas veces fuera de tono. Estos dos habladores estaban del lado de Riezun. Además, otros dos charlatanes se mezclaban con frecuencia en la discusión; uno de ellos se llamaba Khrapkov y era un hombre con cara llena de mansa bondad, con una barba muy poblada y larga y que á cada

dos palabras decía: «Querido amigo»; el otro era un hombre pequeñito, con cara de pájaro, se llamaba Gidkov, y á cada momento también decía: «Hermanos míos, resulta de esto...»; se dirigía á todo el mundo y hablaba bien, pero casi siempre fuera de propósito. Esos tan pronto se mostraban favorables como contrarios á cada uno de los bandos, por lo cual nadie les hacía caso. Otros habladores había aun de este mismo género, pero los dos citados eran los que mejor sabían introducirse entre los contendientes, y, aunque eran los menos escuchados, eran también los que gritaban más, dándose el placer, enmedio de tanto barullo, de dar rienda suelta á sus lenguas.

Había aun otras categorías de gentes: los taciturnos, los que á todo se avenían, los indiferentes, los comprimidos, y no faltaban tampoco mujeres que, con sus bastones en la mano, se mantenían detrás de los hombres, silenciosas casi siempre. Pero de toda esa gente hablaré más adelante, si Dios me lo permite. En general, la muchedumbre se componía de campesinos que asistían á la asamblea como asisten á los divinos oficios, y hablaban en voz baja y balbuciente de los asuntos de su familia, del momento propicio para ir á cortar leña al bosque, ó aguardaban en silencio que los demás acabasen de chillar. Los había también muy ricos, y á los cuales el resultado de la asamblea ni añadiría ni quitaría nada. De estos era Ermil, con su cara larga y luciente, á quien los campesinos llamaban el «gran-vientre» por lo muy rico que era. De éstos también era Starostine, en cuyo rostro se reflejaba la más entera satisfacción, como si dijese: «Hablad vosotros cuánto queráis, conmigo no podéis nada. Tengo cuatro hijos, pero de mi casa no saldrá el recluta que os falta». Los más atrevidos, como Kopilov y Riezun le dirigían de vez en cuando algún ataque, mas él les contestaba con sosiego y firmeza, consciente de su inviolabilidad. Si el viejo Dutlov se parecía á la gallina defendiendo á sus polluelos, sus hijos y su sobrino no se parecían mucho á éstos, pues no se movían siquiera, ni gritaban, ni hablaban tan sólo, manteniéndose quietecitos tras la *gallina*. El mayor, Ignati, tenía ya más de treinta años; el segundo, Vasili, estaba también casado, y el sobrino, Iluchka, acababa de casarse; era muy blanco de rostro, con unas mejillas muy rosadas y llevaba puesta una elegantísima *tulupe*, pues era postillón. Contemplaba indiferente á la multitud, rascándose á veces la nuca, y se arreglaba de vez en cuando el gorro ó las pieles; hubiérase dicho que aquello no le interesaba lo más mínimo, y él precisamente era el señalado por la mayoría de los reunidos.

—Vaya con el viejo! También fué soldado mi abuelo,—decía uno;—he aquí por qué no quiero yo tampoco entrar en suerte.

—No existe semejante ley, amigo mío; en el último alistamiento, fué al servicio el hijo de Mikheitch, y su tío no había vuelto todavía.

—Pues, en tu casa, ni tu padre, ni tu tío, han servido al Zar,—gritaba el viejo Dutlov,—ni tampoco tú has servido á nadie, ni al amo, ni al *mir*. Tú no has hecho más que beber, y tus hijos te han dejado, porque es imposible vivir contigo. Y ahora quieres perjudicar á los demás, mientras que yo, durante diez años, he sido *starosta*. Dos veces he tenido fuego en mi casa y nadie me ha ayudado, y, porque en mi familia todo es tranquilidad y honradez, se me quiere hoy arruinar... Devolvedme, pues, á mi hermano. No ha muerto el pobre en el servicio? *Mir* cristiano, juzga según la voluntad de Dios, y no te dejes engañar por un borracho mentiroso!

Al mismo tiempo casi, Guerasim decía á Dutlov:

—Nos presentas y quieres hacer valer el ejemplo de tu hermano; pero recuerda que no es el *mir* quien le alistó, sino que, debido á su mala conducta, los señores le hicieron soldado; de manera que no puedes sacar de este ejemplo razón ninguna en tu favor.

No había acabado aun Guerasim de hablar, que se adelantaba ya el largo y amarillento Feodor Melnitchni, y con su voz sombría exclamaba:

—Esto es, los señores son quienes mandan al servicio á quien quieren, y luego el *mir* ha de resolver toda suerte de conflictos. El *mir* decide que tu hijo ha de partir, y si tú te opones, vé y pide dispensa y perdón á la señora... puede que entonces me alisten á mí, que soy hijo único! Esta es la ley!—acabó diciendo con rabia, y haciendo un gran gesto con la mano volvióse á su sitio.

Roman, el rubio, cuyo hijo era uno de los primeramente designados, levantó un momento la cabeza, y exclamó:

—Esto es, esta es la ley!—y casi llorando de despecho se sentó en una de las gradas de la puerta.

Pero no acababa aquí; además de las voces que chillaban todas á un tiempo y de los que, en las últimas filas, se entretenían hablando de sus negocios, los charlatanes no olvidaban su papel.

—En efecto, *mir* cristiano,—decía el pequeño Gidkov, repitiendo las palabras de Dutlov.—Es necesario que juzguemos como cristianos, hermanos míos; lo primero, es juzgar como cristianos.

—Es preciso, ante todo, juzgar en conciencia, querido amigo,

—dijo el bueno de Khrapkov, tirando al viejo Dutlov por la *tulupe*.—Entonces fué hecha la voluntad de los señores, no la decisión del *mir*.

—Es verdad! es verdad!—gritaron algunos.

—Quién es ese borracho? Quién es ese mentiroso?—clamaba Riezun.—Acaso me has dado tú de beber, eh?... O bien ha sido tu hijo, á quien más de una vez han recogido borracho enmedio de la calle? Vaya, hermanos míos, es necesario tomar una resolución. Si queréis favorecer á Dutlov, no hay más remedio entonces que elegir, no solamente entre las familias de dos trabajadores, sino también entre las que no tienen más que un solo hijo, y después el viejo se burlará de nosotros!

—A Dutlov es á quien toca partir! Ni siquiera hay que discutirlo.

—Bien dicho!... Aquellos que tienen tres hijos son los que han de dar el recluta que falta,—gritaron algunos.

—Todo depende de lo que la señora mandará. Egor Mikhailovitch ha dicho que tal vez entregue á alguno de los *dvorovoi*,—dijo alguien á media voz, y esta objeción calmó bastante la disputa de los campesinos; pero pronto se inflamó otra vez, convirtiéndose ya en personal.

Ignati, de quien había dicho Riezun que le recogían borracho en la calle, acusó á Riezun de haber robado la sierra de un carpintero que había pasado por el pueblo, y que un día estando borracho con un poco más mata á su mujer á golpes.

Riezun contestó que lo mismo pegaba á su mujer estando borracho que no estándolo, y que no era todavía bastante, con lo cual hizo reir á todo el mundo. Pero, en cuanto á la sierra sí que se dió por ofendido, y acercándose á Ignati le preguntó:

—Quién ha robado la sierra?

—Tú la has robado,—le contestó atrevidamente el vigoroso Ignati, acercándosele todavía más.

—Quién la ha robado?... Quizás tú la has robado!

—No, no; tú!—gritó Ignati.

Después de la sierra, se habló también del robo de un caballo, y de un saco de avena, y de una gran cantidad de verduras, y de otras mil cosas todavía... Y los dos campesinos se dijeron cosas tan horribles, que si solamente una centésima parte de ello hubiese sido verdad, á tenor de las leyes, los dos hubieran tenido que ser cuando menos deportados á Siberia.

Mientras tanto, el viejo Dutlov había elegido ya otro medio de defensa. Los gritos y las querellas de su hijo le disgustaban, y le

hizo callar, diciéndole: «Esto es un pecado, déjale!» Y empezó á demostrar que las familias de tres trabajadores no eran tan sólo aquellas cuyos hijos vivían reunidos, sino también aquellas cuyos hijos estaban separados, y entre esta clase de familias señaló la de Starostine.

Starostine sonrió maliciosamente, fingió que tosía un poco, y acariciándose la barba y dándose aires de campesino rico, contestó que no había más voluntad que la del señor, y que si había sido declarado libre de este servicio, sería sin duda por haberlo merecido. En cuanto á las familias cuyos hijos viven separados, Guerasim destruyó también las razones de Dutlov haciendo observar que, si acaso, debía habérseles prohibido que se separasen, como en los antiguos tiempos, pero que ya una vez separados... en fin, que no era posible alistar á los hijos únicos.

—Es acaso por gusto que se separa de la familia uno de los hijos? Por qué, pues, ese empeño de arruinarnos ahora?—decía la voz de los que se hallaban en tales condiciones. Y los indiferentes uníanse á este parecer.

—Eh! compra un hombre, si no quieres que marche tu hijo! Tus medios de sobra te lo permiten!—dijo finalmente Riezun al viejo Dutlov. Este cruzó desesperadamente su caftán y se metió entre los demás campesinos, exclamando:

—Sin duda has contado mi dinero!... Vaya! hemos de ver todavía lo que dirá Egor Mikhailovitch de parte de la señora.

VI

He aquí la decisión de la señora!

En efecto, Egor Mikhailovitch salía en aquel mismo momento de casa de la señora. Todo el mundo, uno después de otro, fué quitándose el gorro de la cabeza, y á medida que el intendente fué acercándose se vieron descubiertas, una después de otra, cabezas calvas, ó blancas, ó rubias, ó negras... Poco á poco fueron calmándose las voces, y finalmente quedó restablecido el silencio más absoluto. Egor Mikhailovitch se detuvo un momento en el mismo dintel de la puerta, é hizo señas de que iba á hablar. Egor Mikhailovitch, dentro de su largo casacón, las manos metidas en los bolsillos delanteros, el casquete un poco de través, las piernas muy separadas, todo el mundo con la mirada fija en él, ofrecía en efecto un muy diferente aspecto del que tenía en presencia de la señora; puede decirse que estaba realmente majestuoso.

—Hijos míos!... He aquí la decisión de la señora: no quiere alistar á ninguno de los *dvorovoi,* y aquel que vosotros, entre vosotros mismos, elijáis, aquel será soldado. Ya sabéis que necesitamos tres reclutas... en realidad, nada más que dos y medio, pues la otra mitad se nos tendrá en cuenta para otra vez. Pero la verdad es que, hoy por hoy, necesitamos tres reclutas.

—En verdad, esto ya es sabido,—dijeron algunos.

—Según yo entiendo,—continuó diciendo el intendente sin

perder el hilo de su discurso,—en cuanto á Khorushkine y Vaska Mitukhin, el mismo Dios es quien les ha hecho soldados.

—Es verdad, es verdad!—repitieron varios.

—El tercero habrá de ser un Dutlov... ó algún otro, elegido de entre las familias que tienen dos trabajadores. Qué os parece?

—Un Dutlov!—gritaron muchos.—Los Dutlov son tres.

Y nuevamente, poquito á poco, volvieron los campesinos á sus gritos y á sus mutuas inculpaciones de antes, sacando de nuevo á relucir el robo de *esto* y el robo de *aquello*...

Egor Mikhailovitch, que hacía más de veinte años que administraba la hacienda, era un hombre inteligente y muy entendido en esta clase de negocios. Permaneció en pie más de un cuarto de hora, escuchando en silencio las disputas de aquella gente, y de pronto ordenó á todo el mundo que se callase, y que se echase á la suerte cuál de los tres Dutlov tendría que partir. Se cortaron tres pedacitos de papel, los metió Khrapkov en su propio gorro, los agitó un momento y enseguida sacó uno de ellos, que resultó ser el de Iluchka.



Todos callaron.

—Con que yo, eh?... A ver, enséñamelo!—exclamó Ilia, con voz entrecortada por la emoción.

Todos callaban todavía. Egor Mikhailovitch ordenó entonces que al día siguiente llevasen todos el dinero destinado á los reclutas: siete *kopeks* por familia; después declaró que todo había terminado y la asamblea se dispersó.

Cada cual se hundió el gorro hasta la nuca, y aquella multitud empezó á moverse enmedio de un gran rumor de pasos y de conversaciones. El intendente, todavía en el dintel de la puerta, contempló un momento como iba alejándose la multitud.

Cuando los jóvenes Dutlov hubieron doblado la esquina, llamó

Egor al viejo, que se detuvo como movido por un resorte, y entró con él en el despacho.

—Te compadezco, anciano,—hizo Egor Mikhailovitch sentándose ante su mesa.—Te ha tocado la vez. No comprarás un soldado para tu sobrino?

El viejo, sin contestar, se quedó mirando desolado á Egor Mikhailovitch.

—Nada puedo hacer!—exclamó Egor Mikhailovitch como contestando á su mirada.

—Sería bien dichoso si pudiese... pero es el caso que no podemos, Egor Mikhailovitch. Hemos perdido dos caballos este verano, y he casado á mi sobrino. Evidentemente, se nos trata así, porque vivimos todos con honradez... En cuanto á *él*, bien puede hablar...—Sin duda se refería á Riezun.



Egor Mikhailovitch se frotó con fuerza el rostro con la mano y bostezó horrorosamente. Era indudable que se aburría ya, y además era tiempo de tomar el té.

—Eh! viejo, cuidado en pecar,—dijo el intendente.—Busca bien, y tal vez halles todavía en tu bodega los cuatro cientos rublos; te compraré un magnífico soldado. No há mucho que me hablaron de uno...

—De la ciudad?—preguntó interesado Dutlov.

—Bueno, lo comprarás?

—Digo ante Dios que sería bien dichoso; pero...

Egor Mikhailovitch le interrumpió severamente:

—Pues, bien; óyeme, anciano. Que Iluchka no intente nada para escaparse, y que se halle completamente listo cuando mande mañana por él. Tú mismo lo traerás, y serás responsable de su persona; y si, Dios no lo quiera, le sucede algo de

hoy á mañana, ten en cuenta que enviaré en su lugar á tu hijo mayor; entiendes?...

—Pero, no se puede coger un hombre de una casa que no tiene más que dos trabajadores, Egor Mikhailovitch.—Después de un corto silencio, añadió el viejo:—A esto se llama no tener fortuna; mi hermano murió en el servicio y ahora se quiere que muera también su hijo... Por qué he de ver en mi casa tanta desgracia?...—concluyó casi llorando y poco menos que cayéndose de rodillas.

—Vaya, hombre; no hay que desesperarse contra la suerte. Es preciso cumplir... Vigila mucho á Iluchka; tú eres responsable de él,—hizo finalmente Egor Mikhailovitch.

Y el viejo Dutlov se fué á su casa, pensativo, golpeando con el bastón los pedruscos de la calle.

VII

Polikei va en busca de su perdición

Al día siguiente, muy de mañana, una carreta de camino, la misma de que se servía el intendente para sus viajes, estaba parada ante el «pabellón» de los criados; iba tirada por un gran caballo bayo, llamado Tambor, no se sabe porqué. Anutka, la hija mayor de Polikei, apesar de la lluvia y del viento helado que corría, desnudos los pies y apenas abrigada la cabeza con una especie de vieja camisa que servía en la familia para todo, tenía el caballo de las riendas, pero á cierta distancia, pues no hay duda que el formidable animal le causaba infinito miedo. En el *rincón* de Polikei había gran movimiento. Era todavía muy oscuro; apenas si la grisácea claridad de la mañana lograba atravesar los cristales de la ventana, pegados con papel en mil de sus partes. Akulina no se cuidaba en aquellos momentos, como otros días, ni de las provisiones, ni de la cocina, ni de los niños. Los pequeños, no levantados todavía, temblaban de frío, pues los abrigos de la cama se habían ido convirtiendo en vestidos de los que estaban levantados ya. Akulina no se ocupaba más que de preparar la marcha de su marido. La camisa limpia estaba ya á punto; pero las botas, las cuales, como se ha dicho, estaban muy estropeadas, eran objeto de cuidados especiales. Akulina se quitó los gruesos zapatos de lana, únicos que había en la familia, y se los dió á su marido; luego, con un trozo de manta que Polikei había

hallado el día anterior mal guardado en el establo, logró remendar algunos de los agujeros de mayor tamaño que las malhadadas botas tenían, con objeto de garantir algo más de la humedad los pies de Ilitch.

El mismo Polikei, sentado y con los pies sobre la cama, procuraba arreglar un poco su cinturón, de manera que perdiese al menos su aspecto de cosa sucia é inservible. Con esto, la pequeñuela ceceante, cubierta la cabeza con un chal que llegaba á enredarse con sus desnudas piernecitas, fué enviada á casa de Nikita para pedirle prestado su gorro. Las demás gentes de la izba aumentaban todavía el movimiento y la confusión en casa de Polikei, yendo á pedir á Ilitch que comprase en la ciudad: para ese, alfileres; para el otro, un poco de té; para el de más allá, aceite de ricino, ó tabaco, ó mil otras fruslerías... hasta la mujer del carpintero fué á pedirle que le comprase un poco de azúcar. Esta última había ya encendido el samovar, y para congraciarse con el pobre Polikei, le trajo una gran taza de la bebida á que ella daba el nombre de *té*. Habiéndose negado Nikita á prestar su gorro, no hubo más remedio que remendar el suyo propio, metiendo dentro los pedazos de uata que se salían fuera y recoser cómo se pudo los agujeros con una aguja de veterinario; el gorro quedó tal cual, pero las botas dejaban bastante que desear. Anutka, helada ya enteramente, dejó escapar el caballo, y Machka, cubierta la cabeza con un peludo, fué á ocupar su sitio, y luego la misma Akulina salió para tener quieto á Tambor. Finalmente, llegó Polikei á quedar listo, llevando puesto encima todo lo mejor que la familia poseía en calidad de abrigos; se instaló de un salto en la carreta, se apretó el cinturón, se arregló el caftán, tomó las riendas, se apretó todavía más, cómo hace la gente que se respeta... y partió.

Michka, el hijo mayor, que se hallaba en el dintel de la puerta tiritando de frío, pidió á gritos que le llevasen un poco en la carreta, y lo mismo exigió, también á gritos, la pequeña Machka. Polikei entonces, deteniendo el caballo, sonrióse amablemente ante las exigencias de sus hijos, Akulina hizo subir á los niños, y entonces inclinándose hacia él le recordó en voz muy baja el juramento que había hecho de no beber una sola vez en todo el camino. Polikei llevó á los niños un buen trecho; luego les hizo bajar, se apretó otra vez el cinturón, se hundió más aun el gorro en la cabeza y partió solo, al trote regular del gran caballo. Los hondos baches del camino hacían temblar fuertemente sus mejillas y chocar sus pies contra el guarda-barros.

Machka y Michka corrieron descalzos á su casa, subiendo con rapidez la resbaladiza pendiente, y tales gritos daban ambos al correr que un perro, al verlos pasar de aquel modo, se puso á ladrar desaforadamente y á correr detrás de ellos, logrando así que los herederos de Polikei corriesen aun más y gritasen más fuerte...

El tiempo era malo, el viento cortaba el rostro, y unas veces la nieve, otras la lluvia, otras la escarcha, comenzaban á azotar el rostro de Ilitch y sus manos desnudas y heladas, que él procuraba esconder, cogidas las riendas, en las anchas mangas de su abrigo; el pobre Tambor movía á un lado y otro la vieja cabeza, agachaba las orejas y cerraba los ojos.

Después, pareció que el cielo iba á despejarse y se vieron correr hacia el ocaso las nubes blanquecinas, y hasta pareció que el sol iba á salir, pero sin fuerza y sin alegría, como aquella pecu-



liar sonrisa de Polikei. A pesar de todo, Polikuchka se abismaba cada vez más en agradables pensamientos. El, el pobre hombre á quien se había querido deportar, á quien se había amenazado con enviarle al servicio del ejército, á quien solamente los borrachos ó los perdidos no injuriaban, á quien se cargaba siempre con los trabajos más pesados... era precisamente enviado á buscar una suma importante de dinero, mucho dinero, y la señora había puesto su confianza en él... guiaba la carreta del intendente, tirada por

el viejo Tambor, que muchas veces había llevado á la señora misma, y tenía en la mano dos verdaderas riendas de cuero... Y Polikei se sentía envanecido, cuidando de vez en cuando de meter adentro la uata que se le salía del gorro, y se apretaba todavía más el cinturón. No obstante, si Polikuchka se imaginaba tener los aires de un rico comerciante, engañábase de un modo lamentable.

Todo el mundo sabe, en efecto, que hasta los comerciantes que tienen diez mil rublos, viajan en carretas como la suya y con riendas de cuero; pero, sin embargo, no es del todo la misma cosa. Vemos á un hombre, con un caftán negro ó azul, sentado solo en una carreta de la que tira un caballo de hermosa estampa; pero apenas fijamos la vista en el caballo y vemos si está bien cuidado ó no, y miramos de cerca los detalles de su atalaje, y ponemos un poco más de atención en el hombre mismo, y en su manera de sentarse, y en su manera de tener las riendas y en el peor ó mejor estado del gorro con que cubre su cabeza, descubrimos inmediatamente si el tal comerciante hace sus negocios por millares ó por centenares de rublos. Todo hombre con alguna experiencia, á la primera mirada que echase sobre Polikei, y sobre sus manos, y sobre su rostro, y sobre su barba, que dejaba crecer desde hacía poco, y sobre su cinturón, y sobre las delgadeces de Tambor y los gastados hierros de la carreta, hubiera reconocido inmediatamente que no era Polikei hombre á quien sobrasen los centenares ni siquiera las decenas de rublos, sino más bien un pobre siervo á quien se había hecho algún encargo más ó menos importante. Pero Ilitch no pensaba en nada de esto, y se engañaba á sí mismo agradablemente. Tres medios millares de rublos es lo que, á la vuelta, llevaría consigo, y si quisiese, bien podría, en vez de volver al pueblo, hacer que Tambor le llevase á Odesa... ó á donde Dios quisiera. Pero Ilitch no haría nada de esto; traería intacto el dinero á la señora y le diría que otras veces había llevado aun muchísimo más. Al pasar por delante de la taberna, el viejo Tambor aflojó las riendas, se volvió hacia la izquierda y se paró en seco; pero, aunque tenía encima el dinero que le habían dado para las compras, Polikei pegó al caballo y continuó su camino. Lo mismo hizo al pasar por delante de la segunda venta que se hallaba en el camino, y cerca del mediodía llegó á la ciudad... Bajó de la carreta, abrió la puerta cochera de casa del comerciante donde se hospedaban todos los servidores de la señora, hizo entrar el vehículo, desenganchó el caballo y lo entró en el establo. Después comió con los obreros del

comerciante, sin olvidarse de contar el objeto de su viaje, y luego, con la carta del intendente en el interior del gorro, se fué á casa del jardinero. El jardinero, que conocía mucho á Polikei, después de leída la carta, le hizo algunas preguntas con cierto aire de desconfianza, á fin de asegurarse de que en realidad traía Ilitch la orden de llevarse el dinero. Polikei quiso enfadarse, pero no lo pudo conseguir, y se quedó mirando sonriente al jardinero con



su sonrisa de siempre. El jardinero volvió á leer otra vez la carta y le entregó por fin los cuartos. Apenas los tuvo Polikei en su poder, los metió en su bolsillo y se dirigió á su hospedaje. Ni las tabernas ni las tiendas de ninguna clase le seducían, sintiendo en todo su sér una especie de agradable nerviosidad; se detenía delante de algunas tiendas, contemplando hermosas botas, y gorros

flamantes, y ropas de todas clases, y después de embelesarse mirándolo todo se marchaba, pensando: «Todo eso podría yo comprarlo, si quisiese... pero no lo haré, no quiero hacerlo!... Entró por fin en el bazar para comprar los varios encargos que le habían hecho, y cuando lo hubo comprado todo, pidió el precio de un abrigo peludo, de piel de cordero, por el cual se pedían veinticinco rublos. El comerciante, juzgando sin duda por el aspecto de Polikei, no creyó que éste pudiese comprar un abrigo de tanto precio, y Polikei entonces le enseñó el sobre en que llevaba los cuartos del jardinero, de modo que si quisiese podría comprarle toda la tienda, y exigió que le fuese probado el peludo. Entonces lo miró y remiró por todos lados, sopló en él varias veces para probar la calidad del pelo, y finalmente se lo quitó lanzando un gran suspiro y diciendo: «El precio no me conviene... Si quieres, me lo quedo por quince rublos». Furioso, el comerciante arrojó el peludo sobre el mostrador, y Polikei salió escapado de la tienda. Satisfecho y cantando llegó á la casa donde se hospedaba. Después de haber cenado y de haber dado á Tambor el correspondiente pienso, Polikei se subió á la estufa, y allí sacó el sobre del jardinero, lo examinó por todos lados y pidió á un postillón que sabía leer que le descifrase los signos que tenía encima. En el sobre decía: «Van aquí incluídos mil seiscientos y diecisiete rublos, en billetes de banco». El sobre estaba hecho con papel ordinario, y los sellos eran todos de cera gris, llevando marcadas varias anclas: una muy grande en el centro y cuatro pequeñitas, una en cada punta; á un lado del sobre había una pequeña gota de cera. Ilitch lo examinó todo atentamente, aprendió de memoria la inscripción del sobre, y palpó emocionado los billetes de banco. Sentía una especie de placer infantil á la sola idea de que una tan grande cantidad de dinero estaba en sus manos. Metió finalmente el sobre dentro del forro de su gorro, se metió éste bien adentro de la cabeza y se acostó para dormir... Durante la noche se despertó varias veces, y enmedio de la oscuridad palpó si estaba el sobre en su sitio, siéndole extraordinariamente agradable la idea de que él, el siempre desgraciado Polikuchka, el humilde, el ofendido, el ladrón, tenía dentro de su gorro tantos billetes de banco que al día siguiente entregaría puntual y exactamente á su señora, tan puntual y exactamente como hubiese podido hacer el intendente mismo.

VIII

El desdichado Iluchka y su tío

A eso de la media noche, los dependientes del comerciante y el mismo Polikei fueron despertados por un gran golpe dado en la puerta cochera y por ruidosas voces de gente... Eran los reclutas de Pokrovskoie y sus acompañantes, en junto diez personas: Khoruschkine, Mitukhin é Ilia, el sobrino de Dutlov, y dos suplentes, por si acaso; iban además el viejo Dutlov, el *starosta* y los campesinos que guiaban las carretas. En la izba estaba encendido un pequeño velador, y la criada dormía en un banco, debajo mismo de los iconos; al oir el golpe dado en la puerta pegó un brinco y encendió corriendo una candela. Polikei se despertó también y echándose un poco fuera de la estufa se quedó mirando á los recién llegados. Todos se santiguaron y fueron sentándose en los bancos. Todos estaban igualmente tranquilos y animosos, al menos en apariencia, de manera que era bastante difícil averiguar quiénes de entre ellos fuesen los soldados. Saludaron á los de la casa, empezaron á hablar entre sí y finalmente pidieron de comer.

Mirándoles más despacio, bien se veía que algunos de ellos estaban tristes ó pensativos; pero en cambio los había que demostraban una alegría exuberante, de modo que casi podía afirmarse que estarían un sí es no es borrachos; entre estos últimos podemos muy bien poner á Iluchka, que hasta entonces no se sabía que se hubiese emborrachado jamás.

—Vamos á ver, hijos míos. Queréis ahora cenar ó dormir?—preguntó el *starosta*.

—Queremos cenar!—respondió Ilia, sacudiendo su rico peludo y sentándose en un banco.—Manda á buscar aguardiente!

—No, nada de aguardiente,—dijo el *starosta*, y dirigiéndose de nuevo á los demás, continuó:—Lo mejor será, hijos míos, que comamos un pedazo de pan... Por qué diablos despertar ahora á esas gentes!

—Dame aguardiente,—repetía Iluchka sin mirar á nadie y en tono que demostraba bien que no estaba dispuesto á ceder.—Dame aguardiente...

Los demás, siguiendo el consejo del *starosta*, cogieron sendos trozos de pan del que llevaban y lo comieron con buen apetito, pidieron á la cocinera un poco de *kvass*, y después se tendieron para dormir unos sobre la estufa y otros sobre el suelo, donde pudieron.

Ilia iba repitiendo de vez en cuando: «Dame aguardiente... te digo que me des aguardiente... dame aguardiente...» De pronto distinguió á Polikei.

—Ilitch!... Eh, Polikei Ilitch, tú aquí, querido amigo mío!... A mí me llevan soldado... Me he despedido ya de mi madre y de mi mujer... Oh, y cómo lloraban... Sobre todo, mi mujer, cómo lloraba! Me han cogido para hacerme soldado... Paga, paga un poco de aguardiente.

—No tengo ningún dinero,—dijo Polikei; luego añadió, para consolarle:—Dios te ayudará, todavía puedes ser declarado inútil...

—Ah! no; querido. Soy recio como un roble; jamás he tenido la más pequeña enfermedad. Cómo podría ser dado por inútil... El caso es que el Zar necesita de los mejores soldados!

Polikei le contó entonces que, una vez, un campesino se hizo dar por inútil deslizando en las manos del médico un hermoso billete azul.

Ilia se acercó más á la estufa y empezó á charlar, á charlar...

—No, Ilitch, todo ha acabado ya para mí... Ni yo mismo quisiera ya ahora quedarme. Mi tío es quien ha tenido la culpa; no hubiera podido comprar un sustituto? Pero no tiene amor más que á sus hijos y á su dinero... Para eso me casaron?... Mas, ahora, ni yo mismo quisiera ya quedarme.—Iluchka hablaba tranquila y confidencialmente, bajo la influencia sin duda de una dulcísima tristeza.—Lo siento únicamente por mi madre; qué pena la suya!... Y por mi mujer también, la infeliz! He aquí cómo, por nada, han perdido á una mujer, pues ya puede ahora darse por perdida, como

toda mujer de soldado... No habernos casado era mejor. Por qué me han casado?... Mañana vendrán aquí las dos...

—Pero, por qué os han traído tan pronto?—preguntóle Polikei. —Ahora mismo ni siquiera se hablaba de eso...

—Tienen miedo de que me escape ó de que me cause algún daño para no servir,—dijo Ilia sonriendo;—pero, no hay peligro, no



haré nada... Yo nada pierdo con ser soldado, únicamente lo siento por mi madre... y por mi mujer. Por qué nos casaron?—iba repitiendo aun, dulce y tristemente.

Abrióse de un golpe la puerta y apareció en la cocina el viejo Dutlov, calzados los pies con unos inmensos *lapti*, que más parecían verdaderos barcos, y sacudía fuertemente su gorro.

—Afanasi!—exclamó dirigiéndose al postillón de la casa, mientras se santiguaba,—tenéis una linterna? Quisiera dar un poco de avena á los caballos.

Dutlov procuraba no toparse con la mirada de Iluchka, y tranquilamente encendía un cabo de bujía. En su vestir y en toda su apariencia se notaba que había puesto gran cuidado, y su rostro aparecía, según costumbre, sosegado y frío, como de hombre que no se preocupa sino de lo que está haciendo.

Ilia apenas vió entrar á su tío se calló, bajó sombríamente los

ojos, mirando... no sé qué, y empezó á hablar como antes, dirigiéndose al *starosta*.

—Dame aguardiente, Ermil. Quiero beber, beber mucho...—Su voz era ya ronca, como del hombre que está cercano á la cólera.

—Déjate de vino y de aguardiente ahora,—dijo el *starosta*.—Ya ves que todo el mundo ha comido ya y está durmiendo... Y tú, por qué metes tanto ruído?—Las palabras «por qué metes tanto ruído» incitaron al joven á hacer efectivamente mucho ruído, pues gritó:

—*Starosta*, dame aguardiente ahora mismo, ó hago una desgracia!

—Haz que entre en razón,—dijo el *starosta* al viejo Dutlov, que había encendido ya su linterna y se había parado en mitad de la estancia para ver lo que sucedía, contemplando á su sobrino con profunda compasión y como admirado de sus salidas de tono. Ilia, bajando al suelo la cabeza, dijo otra vez aun:

—Dame vino ó aguardiente, pues, de lo contrario, digo que haré una desgracia.

—Basta, Iluchka,—le dijo dulcemente el *starosta*;—basta, será mejor para tí.

Pero no había aun acabado de decir estas palabras, que Ilia, pegando un gran brinco, dió un terrible puñetazo en la ventana, rompiendo todos sus cristales, mientras gritaba hecho una furia:

—No habéis querido escucharme? Pues, tomad!...—y corrió hacia la segunda ventana para romperla también.

Ilitch, en menos tiempo del que se dice, dió asustado dos vueltas sobre sí mismo, buscando refugio entre los demás campesinos que estaban tendidos sobre la estufa.

El *starosta* se levantó y corrió hacia Ilia. Dutlov dejó sosegadamente la linterna en el suelo, se quitó el cinturón, movió á un lado y á otro la cabeza y se acercó también á Ilia, á quien el *starosta* y el postillón procuraban ya sujetar, impidiendo que se acercase á la ventana; pero apenas vió el joven que su tío se le acercaba, sus fuerzas redoblaron, logró desasirse y con los ojos en alto y cerrados los puños avanzó terriblemente hacia Dutlov.

—He de matarte!... no te acerques, bárbaro! Tú me has perdido, tú, con tus ladrones de hijos! Por qué me casaste? No te acerques, pues he de matarte!

Iluchka estaba terrible: encendido el rostro, extraviada la mirada, todo su joven y robusto cuerpo sacudido por un intenso temblor de fiebre. Parecía, en efecto, muy capaz de matar á los tres hombres que le rodeaban.

—Te estás bebiendo ahora la sangre de tu hermano!... Vampiro!

Algo terrible iluminó de pronto el rostro del anciano, habitualmente sosegado y frío, y dijo:

—No has querido de buena gana...

No se sabe dónde halló el viejo fuerzas tan tremendas; con gesto rápido cogió á su sobrino por ambas muñecas y cayó con él rodando por el suelo; enseguida, con ayuda del *starosta,* empezó á atarle las manos, teniendo empero que luchar con él más de cinco minutos. Por fin se levantó Dutlov, con ayuda de otros campesinos y arrancó las manos de Iluchka de su caftán, al que estaba el joven agarrado todavía. Después, él mismo levantó á su sobrino, las manos atadas á la espalda, y le sentó en un banco, en un rincón.



—Ya he dicho que sería peor!...—dijo sofocado por la lucha y los grandes esfuerzos que acababa de hacer y recogiendo del suelo el cinturón. —Por qué pecar? Todos hemos de morir! —Después añadió, dirigiéndose al postillón:—Métele el caftán sobre la cabeza, pues podría coger ahora un resfriado... ó una congestión.—Y tomando otra vez la linterna, salió de la cocina dirigiéndose á ver los caballos.

Iluchka, en desorden los cabellos y el vestido, pálido el rostro, casi sin aliento, giraba entorno la vista como si tratase de recordar lo que había pasado ó dónde estaba.

El postillón recogió los trozos de vidrio y puso un gran peludo delante de la ventana para evitar que penetrase el aire en la cocina. El *starosta* fué á sentarse en su mismo sitio de antes, clamando:

—Eh!... Iluchka, Iluchka... Verdaderamente te compadezco; pero, qué vamos á hacerle? Khoruschkine está casado también... La suerte lo quiere así.

—Mi tío tiene la culpa, es un bandido!—repetía Iluchka lleno de rabia.—Su dinero es lo que más ama. Mi madre me ha dicho que el intendente había dado orden de comprar un hombre para ponerlo en mi puesto; pero no ha querido. Dice que no tiene dinero... Es acaso que mi padre y yo mismo no hemos trabajado en la casa?... Es un mal hombre, un bandido!

Dutlov volvió á la cocina, se quitó pausadamente los abrigos y se sentó junto al *starosta;* la criada le sirvió por segunda vez un poco de *kvass*... Ilia se calló, cerró los ojos y medio se tendió sobre el banco. El *starosta* lo señaló al viejo con ademán compasivo, y movió tristemente la cabeza, sin decir palabra.

—Crees acaso que no le compadezco? Es el hijo de mi propio hermano. No tan sólo le compadezco, sino que lloro por él, á pesar de que han logrado hacerme pasar por un mal hombre. Su mujer, no sé cómo, pues aunque joven es muy lista, le ha metido en la cabeza que teníamos bastante dinero para comprarle un sustituto... Y ahora háceme el infeliz grandes reproches... Lo siento muchísimo, pobre muchacho!...

—Oh, sí, es un buen muchacho!—añadió el *starosta.*

—Pero, yo no puedo con él... Mañana, cuando vuelva al pueblo, enviaré á Ignati... Su mujer quiere también venir.

—Bueno, envíalos!—dijo el *starosta,* que se levantó y se acomodó luego sobre la estufa, mientras murmuraba:—Qué es el dinero? El dinero no es nada más que polvo!

—Pero, si lo tuviéramos, no lo tiraríamos por eso!—exclamó uno de los obreros del comerciante, levantando un poco la cabeza.

—Oh! el dinero, el dinero; es causa de grandes pecados!—dijo el viejo Dutlov.—Nada hay en el mundo que sea causa de tantos pecados como el dinero... Así está escrito en los Evangelios.

—Es verdad,—añadió el postillón.—Un hombre me contó que una vez hubo un comerciante que había logrado reunir mucho, muchísimo dinero y no quería nunca separarse de él. Amaba de tal modo su dinero que se lo llevó á la tumba. Antes de morir, pidió que le pusiesen debajo de la cabeza, en el ataúd, un pequeño almohadón que tenía preparado, y nadie entendió lo que aque-

llo era... Una vez enterrado el comerciante, sus hijos diéronse gran prisa en buscar el dinero, pero nadie lo halló en parte alguna. Entonces, uno de ellos pensó que podía hallarse tal vez en el almohadón que le pusieron debajo de la cabeza, en el ataúd... Se enteró del suceso el Emperador, y éste permitió que se abriese la sepultura. Y qué pensáis que hallaron?... En el almohadón no había nada; pero el ataúd estaba lleno, lleno enteramente de gusanos: he aquí lo que hace el dinero!...

—Ya es sabido, ya es sabido,—murmuró el viejo Dutlov.—No hace más que grandes pecados!

Después de esto se levantó el anciano y se puso á orar, y luego de haber orado un buen rato se acercó á su sobrino y se quedó mirándole. El pobre dormía... Dutlov aflojó un poco sus vestidos y se tendió en el suelo para dormir.



IX

Polikei va acercándose á su desgracia

Cuando volvió todo á quedar en calma, Polikei, como un malhechor hiciera, descendió suavemente de la estufa y acabó de vestirse. No sabía por qué, pero sentía cierto miedo de pasar toda la noche con los reclutas. Ya los gallos cantando se respondían más frecuentemente los unos á los otros. Tambor se había comido ya toda su avena y buscaba cómo satisfacer su sed. Ilitch lo enganchó á la carreta y lo llevó fuera del establo. Palpóse el gorro y halló intacto su contenido; pronto las ruedas de la carreta resonaron de nuevo sobre el helado camino de Pokrovskoie, y en cuanto hubo dejado atrás la ciudad, Polikei sintióse más tranquilo y más dueño de sí. Mientras no se vió en campo raso, á cada punto le parecía que iban á detenerle y que, las manos atadas á la espalda, á él, en vez de Ilia, era á quien llevaban á las oficinas de reclutamiento. Unas veces era el frío y otras veces era el miedo lo que hacía correr por todo su cuerpo grandes temblores, y entonces pegaba á Tambor para que andase más aprisa. La primera persona que halló en el camino fué un sacerdote, con un gran bonete de invierno, acompañado de un trabajador de muy mala catadura, y Polikei sintió todavía más fuertes temores, temores que á medida que se fué alejando más y más de la ciudad fueron disipándose.

llo era... Una vez enterrado el comerciante, sus hijos diéronse gran prisa en buscar el dinero, pero nadie lo halló en parte alguna. Entonces, uno de ellos pensó que podía hallarse tal vez en el almohadón que le pusieron debajo de la cabeza, en el ataúd... Se enteró del suceso el Emperador, y éste permitió que se abriese la sepultura. Y qué pensáis que hallaron?... En el almohadón no había nada; pero el ataúd estaba lleno, lleno enteramente de gusanos: he aquí lo que hace el dinero!...

—Ya es sabido, ya es sabido,—murmuró el viejo Dutlov.—No hace más que grandes pecados!

Después de esto se levantó el anciano y se puso á orar, y luego de haber orado un buen rato se acercó á su sobrino y se quedó mirándole. El pobre dormía... Dutlov aflojó un poco sus vestidos y se tendió en el suelo para dormir.



IX

Polikei va acercándose á su desgracia

Cuando volvió todo á quedar en calma, Polikei, como un malhechor hiciera, descendió suavemente de la estufa y acabó de vestirse. No sabía por qué, pero sentía cierto miedo de pasar toda la noche con los reclutas. Ya los gallos cantando se respondían más frecuentemente los unos á los otros. Tambor se había comido ya toda su avena y buscaba cómo satisfacer su sed. Ilitch lo enganchó á la carreta y lo llevó fuera del establo. Palpóse el gorro y halló intacto su contenido; pronto las ruedas de la carreta resonaron de nuevo sobre el helado camino de Pokrovskoie, y en cuanto hubo dejado atrás la ciudad, Polikei sintióse más tranquilo y más dueño de sí. Mientras no se vió en campo raso, á cada punto le parecía que iban á detenerle y que, las manos atadas á la espalda, á él, en vez de Ilia, era á quien llevaban á las oficinas de reclutamiento. Unas veces era el frío y otras veces era el miedo lo que hacía correr por todo su cuerpo grandes temblores, y entonces pegaba á Tambor para que andase más aprisa. La primera persona que halló en el camino fué un sacerdote, con un gran bonete de invierno, acompañado de un trabajador de muy mala catadura, y Polikei sintió todavía más fuertes temores, temores que á medida que se fué alejando más y más de la ciudad fueron disipándose.

Tambor iba al paso, y la claridad del día iba aumentando poco á poco. Se quitó el gorro y palpó otra vez su dinero. «Si me lo metiese en el bolsillo? pensó. Pero tendría que quitarme el cinturón; allá abajo me pararé un poco, y lo arreglaré... Aunque, como el forro del gorro está sólidamente cosido por arriba y por abajo, no es fácil que se salga el sobre... y hasta fuera quizás mejor que no lo quitara del gorro hasta llegar á casa». Cuando Tambor sentía bajo sus patas las pendientes del camino, el pobre animal galopaba, y Polikei que, tanto como el mismo Tambor, deseaba llegar al pueblo, no le retenía lo más mínimo. Todo iba con el mayor orden, así al menos él se lo imaginaba, y se lanzó á forjar los más agradables ensueños: el reconocimiento de la señora por el servicio prestado, la cual le daría además cinco ó seis rublos, pareciéndole también que veía ya la alegría de su mujer y de sus hijos.

Se quitó otra vez el gorro, palpó el precioso sobre, se lo metió de nuevo en la cabeza más adentro que antes, y se sonrió...

El peludo de su gorro estaba ya podrido, y precisamente porque la noche anterior Akulina habíalo recosido por los sitios rotos, se rompió por otro lado, y cuando, todavía enmedio de la oscuridad, al hundirse el gorro en la cabeza pensó Polikei que metía aun más adentro el sobre en que iban los billetes, éste sacó una de sus puntas á través del forro y se salió fuera. Llegadas las primeras horas de la mañana, Polikei, que apenas había dormido en toda la noche, se acomodó en el asiento de la carreta y se adormeció... mientras la punta del sobre iba saliendo cada vez más hacia fuera, y, durante el sueño, dió Polikuchka varias cabezadas contra la baranda de la carreta. Ya cerca del pueblo se despabiló



y su primer movimiento fué llevarse la mano al gorro, y hallándolo sólidamente encasquetado aun no lo quiso examinar, bien seguro de que el sobre con el dinero se hallaba dentro del forro. Dió algunos golpes á Tambor para que acelerase el paso, arregló un poco su persona y tomó otra vez sus aires de importancia, mirando á todos lados con cierta cómica gravedad... «Allá está la cocina, más allá el pabellón de la servidumbre; por allí va la mujer del carpintero, llevando no sé qué en la mano... Más lejos se ve la oficina y detrás la casa de los señores, en donde se demostrará muy pronto que Polikei es un hombre honrado y seguro, á quien sin embargo todo el mundo ha podido calumniar... Y la señora dirá: Muy bien, Polikei; toma para tí... tres... cinco... ó quizás diez rublos! Y luego ordenará que me den una gran taza de té... ó quizás aguardiente, que por cierto con el frío que hace no me vendría del todo mal. Con diez rublos vaya si nos recrearemos la próxima fiesta, y hasta podré comprar unas botas nuevas, y devolver á Nikita cuatro rublos y medio, con lo cual tal vez me deje en paz...». Apenas si le faltarían cien pasos para llegar á casa, cuando Polikei se arregló otra vez el cinturón y maquinalmente se quitó el gorro, metiendo dentro la mano, sin precipitación ninguna, bien seguro de hallar el sobre con el dinero...

Pero la mano de Polikei se agitó nerviosamente, y tirando las riendas metió también la otra mano dentro, mientras su rostro palidecía horrorosamente y un frío de muerte corría á través de su espinazo... y entonces una de sus manos salió por la otra parte del gorro. Polikei cayó de rodillas dentro de la carreta, paró el caballo y empezó fébrilmente á registrarlo todo, el heno, las compras que llevaba, todos sus bolsillos... El dinero no parecía.

—Por mis abuelos!... Qué es esto?... Qué es lo que va á suceder?—gimió el pobre mesándose los cabellos. Y recordando de pronto que podían verle de aquel modo, obligó á Tambor á volver sobre sus pasos, se hundió otra vez el gorro en la cabeza y lanzó el caballo carretera abajo, al cual extrañó y disgustó esta maniobra.

«No me agrada ir con Polikei, pensaría el pobre animal; una vez en su vida me ha dado á tiempo el pienso, y ha sido tan sólo para jugarme luego una mala pasada. He corrido lo más posible para llegar pronto á casa; estoy ahora cansado, y apenas empezaba á oler el excelente heno de mis pesebres, he aquí que me obliga el mal hombre á volver grupas...

—Corre! bestia del diablo!...—gritaba Polikei, á través de sus lágrimas, de pie en la carreta, tirando con fuerza de las riendas y pegando brutalmente al mísero Tambor.

X

Llega Polikei al final de su desgracia

DURANTE todo el día, nadie en Pokrovskoie vió á Polikei. La señora preguntó por él varias veces después de comer, y la corredora Axutka iba cada vez á casa de Akulina, y cada vez contestaba Akulina que su marido no había vuelto aun, que sin duda el jardinero le había entretenido ó que quizás le había pasado algo al caballo. «Tal vez se ha puesto cojo, como la última vez que salió. Maxim estuvo todo un día desde la ciudad al pueblo y tuvo que hacer todo el viaje á pie». Y Axutka dirigía de nuevo sus balancines hacia *arriba*, y de nuevo volvía Akulina á forjarse otras causas que explicasen el retraso de su marido, tratando en vano de tranquilizarse. Su corazón se iba entristeciendo y no hacía ninguna clase de preparativos para la fiesta de mañana, que un momento creyó sería la más feliz de su vida. Y aumentaba todavía su tormento el hecho de que la mujer del carpintero afirmaba que había visto por la mañana «un hombre, lo mismo, lo mismo que Polikuchka, y que al estar ya muy cerca del pueblo volvió grupas y se alejó de nuevo».

Los niños estaban también impacientes por el retorno de su padre, pero por causas muy distintas. Anutka y Machka no podían hacer uso del peludo para salir á la calle, lo que hacían por

turno, y así quedaban condenadas á permanecer en casa, donde metían un ruído infernal, corriendo y atrapándose la una á la otra, con lo que molestaban no poco á los vecinos del pabellón que entraban ó salían; una vez Machka tropezó con la mujer del carpintero que venía de buscar agua y, aunque enseguida se puso á chillar desaforadamente, no le impidió esto recibir algunos golpes de la iracunda mujer, con lo cual lloró todavía más fuerte. Cuando no se topaba con nadie, se subía como un gato encima de la estufa... Solamente la señora y Akulina se inquietaban seriamente por la tardanza de Polikei, por Polikei mismo, pues los niños lo que echaban de menos eran las cosas que sin duda traería de la ciudad. Cuando aquella tarde daba Egor Mikhailovitch cuenta á la señora de los asuntos de la casa, al preguntarle si Polikei no había vuelto todavía y dónde podría hallarse á aquellas horas, el intendente sonrió y dijo estas solas palabras: «Yo no lo puedo saber», pero se veía claramente que estaba satisfecho de que se fueran justificando sus suposiciones, y después de una pausa añadió dándose importancia: «Llegará probablemente esta noche».

Durante todo el día, nadie en Pokrovskoie supo nada de Polikei. Muy tarde ya, se dijo solamente que unos campesinos le habían visto corriendo por la carretera, sin gorro en la cabeza y preguntando á todo el mundo «si habían hallado la carta». Otro dijo también que le había visto como durmiendo sentado al borde del camino, junto al caballo y la carreta, añadiendo: «Me ha parecido que estaba borracho y que el caballo no había comido ni bebido desde hacía lo menos dos días». Akulina no durmió en toda la noche, escuchando siempre si oiría los pasos de Polikei; pero tampoco llegó Polikei durante toda la noche. Si hubiera estado sola ó hubiese tenido quien la sirviera, Akulina se sintiera aun más desgraciada, más triste, pues la hubiera dominado más el dolor; pero apenas hubieron los gallos cantado por la tercera vez, cuando se levantó la mujer del carpintero, y hubo de levantarse también Akulina y dirigirse como todas las demás á la estufa. Era día de fiesta, y era preciso sacar el pan antes que llegase el día, preparar el desayuno, muñir la vaca, recoser las ropas y las camisas, levantar de la cama á los pequeñuelos, traer agua para los quehaceres domésticos y no permitir que la vecina ocupase ella sola toda la estufa.

Akulina, sin dejar de escuchar y de atender los menores ruídos, empezó sus faenas cotidianas. Llegó con toda su claridad el día, y empezaron á tocar las campanas de las iglesias. Los niños estaban ya todos levantados, y Polikei no había vuelto todavía. La vís-

pera había helado, y la nieve cubría desigualmente los campos, los caminos y los techos de las casas; pero aquel día, como si lo hiciera expresamente por ser fiesta, presentábase hermosísimo, con un sol espléndido y una atmósfera pura y transparente, aunque bastante fría, de manera que se podía ver y oir desde muy lejos... De allí á poco, un momento en que Akulina estaba más absorta que nunca en sus faenas, junto á la estufa, entró Polikei; pero entró de tal modo, que ella ni se percató siquiera, y solamente lo adivinó al oir los gritos y grandes exclamaciones de sus hijos.

Anutka, la mayor, se engrasaba los cabellos, en lo que empleó una buena parte de una candela de sebo, y se estaba vistiendo sola; se ponía una especie de bata de algodón, de color rosa, regalo de la señora, y aunque no le venía bien del todo, se mostraba muy orgullosa la niña y excitaba la envidia de sus vecinas... Machka andaba todavía en camisa, y muy sucia, de suerte que su hermana no la dejaba acercarse por miedo de que la manchara. Machka estaba precisamente cerca de la puerta cuando entró su padre con un gran paquete, y al verle se puso á gritar: «Padre ha llegado!» y corriendo echóse sobre Anutka, la cual, sin miedo ya de ensuciarse el vestido, se puso á pegar brutalmente á la niña... Pero Akulina no podía en aquel momento dejar la estufa, y se limitó á gritar: «Basta! He de azotaros á todos!» y clavó ansiosamente la mirada en la puerta. Ilitch entraba en aquel momento y se



metía enseguida en su *rincón*. Pareció á Akulina que estaba su marido muy pálido y que su rostro tenía apariencias de haber llorado, al par que se dibujaba en sus labios una extraña sonrisa... pero apenas si tuvo tiempo Akulina de fijarse en ello.

—Ilitch, marcha bien todo?—le preguntó sin moverse de la estufa.

El pobre Polikei murmuró algunas palabras que ella no entendió.

—Cómo?—exclamó Akulina—has visto ya á la señora?

Ilitch se sentó sobre el lecho, y empezó á mirar entorno suyo, como si le extrañase lo que veía, y sonriendo con su especial sonrisa de hombre bueno y culpable; así se pasó un buen rato sin que dijese nada.

—Dime, Ilitch; por qué has tardado tanto?—le preguntó de nuevo Akulina.

—Oh! Akulina, he dado ya todo el dinero á la señora... Si vieras con qué efusión me ha dado las gracias!—dijo de pronto, como si fuera una lección aprendida. Y de nuevo se puso á mirar con profunda inquietud entorno suyo, y sonriendo como antes. Dos objetos atraían particularmente sus miradas, en que brillaba la fiebre: el pequeñuelo que estaba en la cuna y unas cuerdas que había encima de la cama. Polikei se acercó á la cunita y se quedó un momento contemplando al niño; luego cogió las cuerdas y se puso á desenredarlas... En aquel momento entró Akulina con el pan, y Polikei metióse rápidamente las cuerdas en el bolsillo y se sentó otra vez sobre el lecho.

—Qué te pasa, Polikei?... Diríase que no te sientes bien...

—Es que no he dormido,—dijo el pobre hombre.

De pronto algo pasó veloz por delante de la ventana y poco después entró como una flecha la doncella de *arriba*, Axutka.

—La señora ordena á Polikei Ilitch que se venga inmediatamente,—dijo.—Audotia Nicolaievna dice que sea inmediatamente...

Polikei miró á su mujer y luego á la doncella.

—Qué se le ofrece todavía?... Voy enseguida!—dijo con tanta naturalidad que no despertó en Akulina la menor sospecha, de modo que ésta pensó: «Querrá sin duda darle alguna recompensa».

—Dile que voy inmediatamente,—y diciendo esto Polikei se levantó y salió.

Akulina tomó un pequeño cubo, lo llenó casi de agua, le añadió una poca más de agua calentada en la estufa, se arremangó los brazos y probó con la punta de los dedos cómo estaba el agua.

—Ven, Machka, voy á lavarte.

Al oir esto la pequeñuela se puso á chillar.

—Ven, tontuela, después te pondré una camisa limpia. Vamos, basta de historias... Ven, que luego he de lavar todavía á tus hermanos.

Mientras tanto Polikei no seguía á la doncella de *arriba*, para ir á ver á la señora, sino que se dirigió hacia muy opuesto lado.



En el vestíbulo de la izba había junto á la pared una escalera muy recta que conducía al granero. Polikei, una vez fuera, miró entorno para ver si había alguien por allí, y, no viendo á nadie, subió rápidamente la escalera...

—Qué significa esto?... No viene Polikei...—decía la señora con cierta inquietud dirigiéndose á Duniacha que estaba peinándola.—Dónde se ha metido ese hombre, por qué no viene?

Axutka de nuevo corrió á la izba de los criados y de nuevo entró en casa de Polikei como una bomba, diciendo que fuese Ilitch inmediatamente *arriba*, pues la señora lo mandaba.

—Pero, si hace ya gran rato que ha salido,—contestó Akulina, quien después de haber lavado y arreglado á Machka acababa de meter en el baño á su pequeñuelo, y á pesar de sus grandes chillidos le estaba lavando la cabeza... El niño gritaba y, haciendo las muecas más horrorosas, agitaba sus manecitas como si quisiese agarrarse á algo; con una mano Akulina lo tenía en alto y con la otra le iba lavando.

—Anda, mira, que no se haya quedado dormido en algún rincón,—dijo Akulina, ya lleno el corazón de sobresalto.

En este momento la mujer del carpintero, á medio vestir y sin peinar todavía, subió al granero para recoger la ropa que tenía allí á secar. De pronto, estalló en el granero un grito horroroso, y la mujer del carpintero, como una loca, cerrados los ojos y de espaldas, más que bajaba, rodaba escaleras abajo, gritando:

—Ilitch... allá arriba... se ha ahorcado!...

Al primer grito, Akulina se levantó, y sin ver que al dejar al pequeñuelo éste rodaba como una pelota cayendo de cabeza al agua, con peligro de ahogarse, se lanzó fuera, topándose con la mujer del carpintero, que gritaba todavía:

—Se ha ahorcado... allá arriba!

Akulina empezó á subir la escalera, sin que nadie la pudiera detener; pero antes de llegar arriba lanzó un grito horrible y lo mismo que un cadáver se cayó escalera abajo, matándose seguramente si no la reciben en sus brazos algunos hombres que habían ya acudido.





XI

Polikei se lleva á su hijo pequeño

Durante algunos minutos fué imposible que nadie se entendiera en medio de aquella confusión general. La multitud que había acudido era enorme, y solamente entonces se podía dar uno cuenta de que vivían realmente á montones en el «pabellón». Todos hablaban y gritaban á un tiempo, mientras los niños y las viejas lloraban. Akulina estaba desvanecida aun. Por fin, el intendente y el carpintero, que habían también acudido, subieron al granero, mientras la carpintera contaba por la vigésima vez de qué modo «sin pensar en nada», había subido al granero para recoger su ropa que estaba allí á secar y cómo vió de pronto un hombre... «Miro, y era Ilitch, el gorro de través, y sin tocar sus pies el suelo, balanceándose... Un frío horrible corre por todo mi cuerpo... Es posible? Un hombre se ha ahorcado y yo lo he de ver! Cuando caí escaleras abajo, con riesgo de matarme, ni yo misma lo recordaba ya bien, tan horrible era la cosa. Pero Dios me ha salvado; puedo decir que Dios me ha protegido!». Los varios hombres que se habían atrevido á subir contaban la misma cosa: Ilitch, en camisa y pantalones, se había colgado á una viga con las cuerdas que había

cogido en su *rincón*. El gorro le caía á un lado; se había quitado el caftán y demás abrigos dejándolos bien plegados allí cerca. Las puntas de sus pies casi tocaban el suelo, pero no daba ya la menor señal de vida. Akulina, ya vuelta en sí, quiso subir de nuevo la escalera, pero la retuvieron...

—Madrecita, Siomka se ha ahogado!—gritó de pronto desde la puerta de su casa la pequeñuela ceceante.

Akulina se dirigió allí corriendo. El niño, inmóvil, estaba en el fondo del agua, sin dar señales de vida. La pobre mujer lo cogió con presteza, pero el niño ya no respiraba, ni movía uno solo de sus músculos... Akulina lo tiró sobre el lecho y apoyándose en las dos manos rompió á reir tan horrorosamente que Machka, que se había puesto á chillar, se tapó las orejas y llorando corrió hacia la calle. La gente gritaba, lloraba, y muchos penetraban azorados en casa de Polikei... Alguien sacó fuera el niño ahogado, y empezaron á frotarlo, pero todo fué inútil... Akulina, tendida sobre el lecho, lanzaba tales carcajadas que cuantos llegaban á oirla quedaban horrorizados...

Todo el mundo iba y venía, hablaba á un tiempo, lloraba ó gritaba, pero nadie hacía nada. La mujer del carpintero encontraba siempre alguien que no había aun oído su historia y de nuevo contaba cómo se había profundamente afectado su sensibilidad con tan extraordinario espectáculo y cómo la había Dios salvado de una caída mortal en la escalera. El viejo cocinero, á medio vestir, contaba también cómo, en tiempos del antiguo señor, una mujer se había ahogado en el estanque. El mayordomo envió á buscar al policía del punto más próximo y al sacerdote y dispuso al pie del granero una guardia. Axutka, la corredora doncella de arriba, se quedó mirando hacia el granero y, aunque nada veía, se estaba allí como clavada, sin pensar en ir á dar parte de lo ocurrido á la señora. Agafia Mikhailovna, la doncella de la antigua señora, iba pidiendo té para calmar sus nervios y sollozaba amargamente, mientras la vieja Ana, con sus regordetas manos impregnadas de aceite de olivas, arreglaba sobre la mesa el cuerpo del pobrecito niño ahogado.

Algunas mujeres se habían quedado entorno de Akulina y la contemplaban en silencio. Los niños se apretaron contra uno de los rincones de la estancia, y primero chillaban, pero después se callaron y mirando á su madre se apretaron todavía más los unos contra los otros. Algunos chicuelos y campesinos miraban por la puerta ó á través de la ventana, y sin comprender lo que pasaba se lo preguntaban á alguno, el cual, ignorándolo también, contestaba

que el carpintero de un hachazo había roto la pierna á su mujer, ó bien que la planchadora había dado á luz nada menos que tres niños, ó bien que la gata del cocinero, rabiosa, había mordido á varias gentes. Pero, poco á poco, fué circulando la verdad de lo ocurrido, y al fin llegó á oídos de la señora, y aún parece que nadie se cuidó de prepararla. El brutal de Egor Mikhailovitch le contó el hecho sin atenuaciones de ninguna clase, haciendo en los nervios de la señora tanto efecto que le costó muchísimo ponerse sobre sí... La multitud comenzaba á calmarse. La mujer del carpintero encendió el samovar y empezó á repartir tazas de té; pero los extraños á la casa, á quienes no se les ofrecía té, hallaron poco conveniente permanecer allí por más tiempo y, unos tras otros, empezaban ya á desfilar. Los muchachos jugaban y se pegaban en el mismo dintel de la puerta. Todo el mundo sabía ya lo que había sucedido, y santiguándose se iban dispersando, cuando se oyeron gritos de: «La señora! la señora!» y callando todos de pronto se hicieron á un lado para dejarle libre el paso, queriendo todos ver lo qué iba á hacer allí la señora. La señora, llorando y extremadamente pálida, penetró primero en el vestíbulo y enseguida puso despacio los pies en el triste albergue de Akulina. Multitud de cabezas se apretaban unas contra otras y se adelantaban á la vez para ver lo que pasaba dentro. Una mujer embarazada se halló en tales apreturas que se puso á chillar y de esta suerte logró ponerse en primera fila... Quien no había de sentir deseos de ver á la señora en el *rincón* de Akulina? Para esa muchedumbre de siervos, venía á ser aquello lo mismo que un castillo de fuegos de artificio al final de las fiestas. Y era la señora realmente, con sus sedas y sus puntillas, la que había penetrado por la puerta de la desgraciada Akulina... La señora se acercó á la pobre infeliz y le tomó con gran cariño una mano. Akulina la retiró bruscamente, ante lo cual los campesinos menearon todos la cabeza en signo de desaprobación.

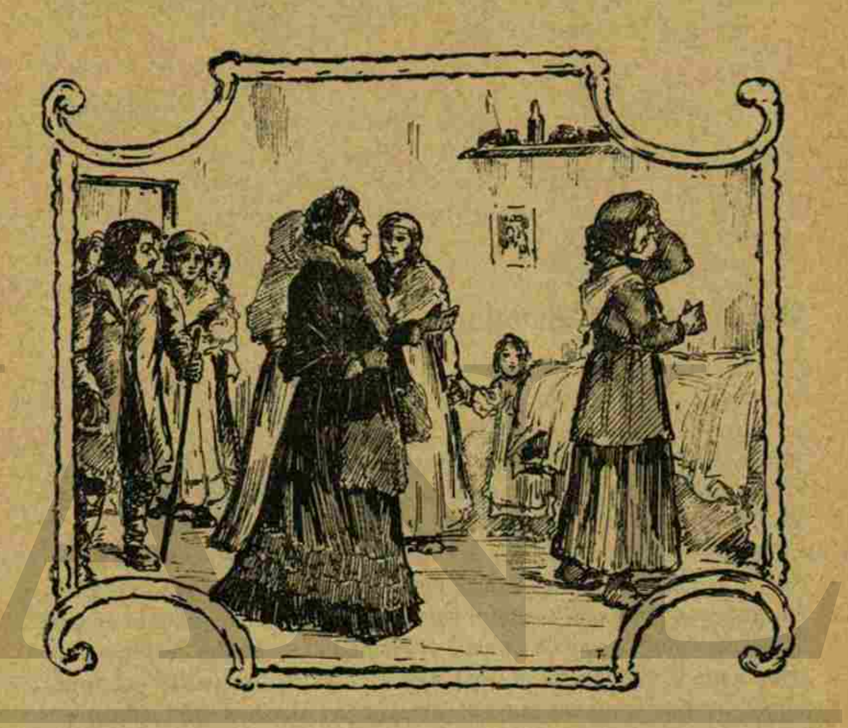
—Akulina, tienes hijos... ten piedad de ellos!—hizo la señora.

Akulina estalló en la más irrespetuosa carcajada y se levantó de la cama donde estaba aun echada.

—Mis hijos son todos de plata!... todos de plata!... Papeles yo no tengo ninguno...—murmuró la pobre precipitadamente—Yo se lo decía á Ilitch: no tomes nunca papeles, y ya lo veis... Le han untado con alquitrán, bien untado... Con alquitrán y con jabón, señora... ahora si que todos sus piojos, todos sus piojos, m entras uno quede, se marcharán más que deprisa, señora...—Y de nuevo se echó á reir estruendosamente.

La señora se volvió llena de pena y mandó que fueran á buscar al enfermero y de paso unas buenas mostazas.

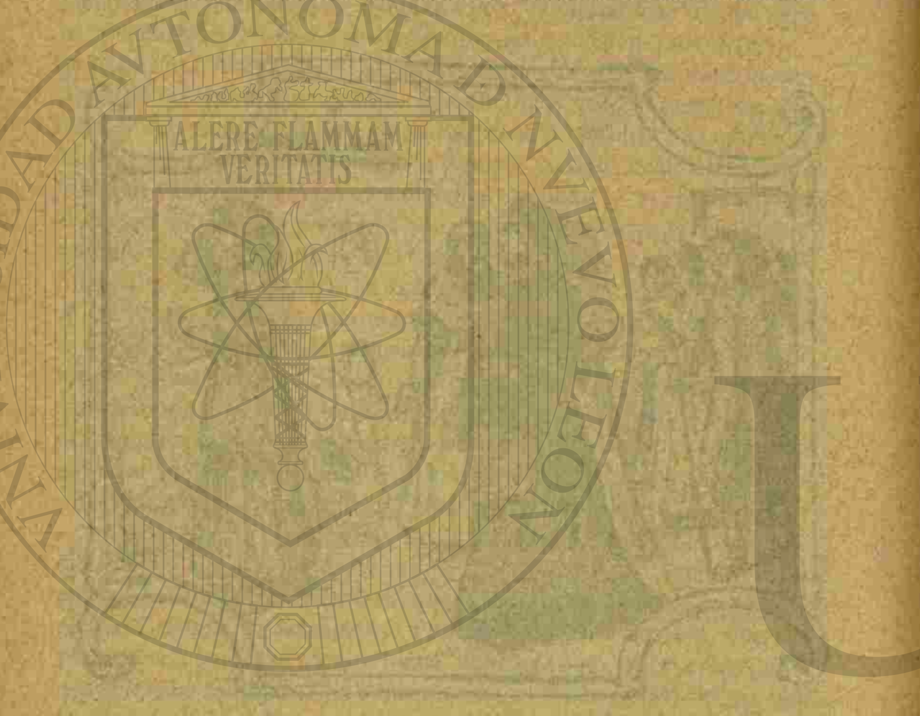
—Dadle agua fría...—añadió; y ella misma se puso á buscarla por la estancia; en esto vió el lamentable cadáver del pobre niño... Y entonces pudo ver la multitud cómo la señora volvía á otro lado



la dolorida mirada y se enjugaba los llorosos ojos con el bordado pañuelo, mientras la vieja Ana cubría el yerto cuerpecito con un trapo para que la señora no lo viera, aunque tan buena acción pasó desapercibida á la señora, á pesar de que por ella únicamente lo hiciera, dando pruebas de su excelente corazón. Pero la señora no se percató de nada de eso, ni podía percatarse, pues no hacía más que llorar, presa de una violenta crisis nerviosa. Alguien la tomó por el brazo y la llevó fuera de la estancia... «No podía hacer más», pensaron muchos, y de este modo fueron desfilando poco á poco, metiéndose cada cual en su casa.

Akulina continuaba riendo á más y mejor y delirando. La lle-

varon á otro cuarto, le aplicaron sangrías, le pusieron sinapismos y finalmente hielo en la cabeza. Pero ella continuaba sin darse cuenta de lo que pasaba entorno suyo, ni de lo que había sucedido... No lloraba, no hacía más que reir, y reía de tal modo y decía y hacía unas cosas tan extravagantes que las buenas gentes que se habían quedado á cuidar de ella no sabían estarse de reir también.

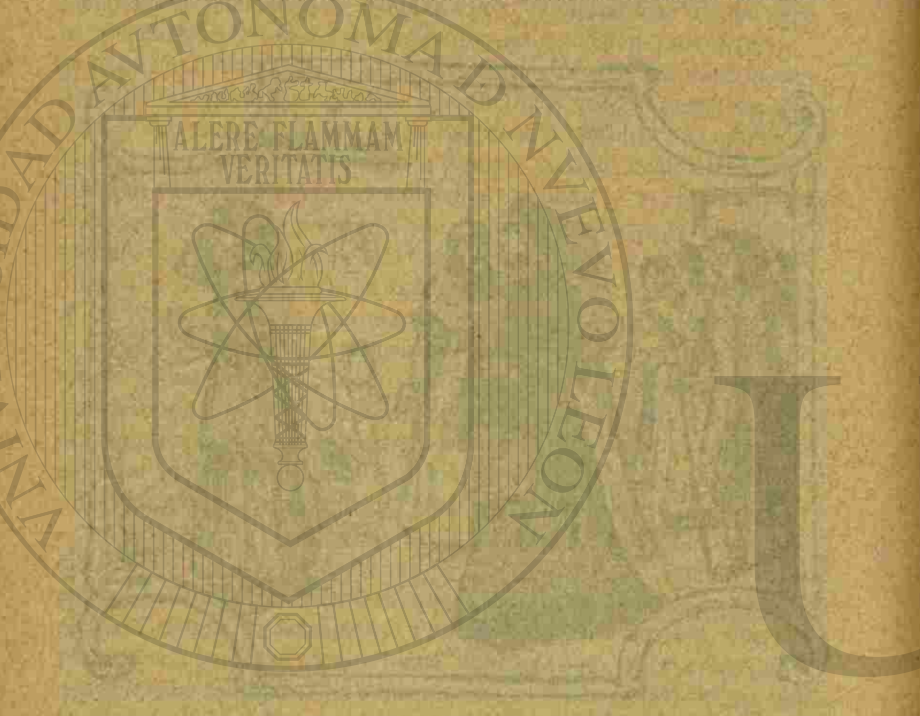


XII

La noche de Polikei Ilitch

No se pasó muy alegre la fiesta en Pokrovskoie. Aunque el día fué hermosísimo, no salió la gente á divertirse; las muchachas no se reunieron para cantar sus canciones; ni los jóvenes, ni los trabajadores que acudían de los pueblos cercanos, se atrevían como otras veces á tocar el acordeón ni la *balalaika,* ni buscaban el modo de trabar agradables juegos ó pasatiempos con las muchachas. Todos se quedaban recluídos en sus propias casas, y si acaso hablaban hacíanlo en voz baja, lo mismo que si un espíritu malhechor, presente en la tierra, les pudiese oir. Durante el día, mientras la luz del sol brilló, menos mal; pero al atardecer, al ser la noche llegada, empezaron los perros á ladrar lúgubremente y, como si lo hiciera á postas, se levantó un furioso viento que empezó á silbar con furia chimeneas abajo. Los habitantes todos del pueblo fueron presa de un horror tan grande, que cuantos poseían cirios benditos encendiéronlos delante de las sagradas imágenes... Si alguno se hallaba solo en su casa, se iba á pedir hospitalidad á casa de un vecino, siquiera por aquella noche, con la mira de estar más acompañado; el que tenía necesidad de salir fuera ó de ir al establo, dejaba de hacerlo, pensando que por una noche no se morirían los animales de hambre; y el agua bendita, que cada uno guardaba en su casa, fué empleada en abundancia aquella terrible

varon á otro cuarto, le aplicaron sangrías, le pusieron sinapismos y finalmente hielo en la cabeza. Pero ella continuaba sin darse cuenta de lo que pasaba entorno suyo, ni de lo que había sucedido... No lloraba, no hacía más que reir, y reía de tal modo y decía y hacía unas cosas tan extravagantes que las buenas gentes que se habían quedado á cuidar de ella no sabían estarse de reir también.



XII

La noche de Polikei Ilitch

No se pasó muy alegre la fiesta en Pokrovskoie. Aunque el día fué hermosísimo, no salió la gente á divertirse; las muchachas no se reunieron para cantar sus canciones; ni los jóvenes, ni los trabajadores que acudían de los pueblos cercanos, se atrevían como otras veces á tocar el acordeón ni la *balalaika*, ni buscaban el modo de trabar agradables juegos ó pasatiempos con las muchachas. Todos se quedaban recluídos en sus propias casas, y si acaso hablaban hacíanlo en voz baja, lo mismo que si un espíritu malhechor, presente en la tierra, les pudiese oir. Durante el día, mientras la luz del sol brilló, menos mal; pero al atardecer, al ser la noche llegada, empezaron los perros á ladrar lúgubremente y, como si lo hiciera á postas, se levantó un furioso viento que empezó á silbar con furia chimeneas abajo. Los habitantes todos del pueblo fueron presa de un horror tan grande, que cuantos poseían cirios benditos encendiéronlos delante de las sagradas imágenes... Si alguno se hallaba solo en su casa, se iba á pedir hospitalidad á casa de un vecino, siquiera por aquella noche, con la mira de estar más acompañado; el que tenía necesidad de salir fuera ó de ir al establo, dejaba de hacerlo, pensando que por una noche no se morirían los animales de hambre; y el agua bendita, que cada uno guardaba en su casa, fué empleada en abundancia aquella terrible

noche, durante la cual no fueron pocos los que oyeron cómo alguien andaba pesadamente por el trágico granero, y hasta el forjador dijo haber visto una especie de serpiente voladora atravesar varias veces los aires por aquel siniestro lugar. En el *rincón* de Polikei no había quedado nadie... Los niños y la pobre loca habían sido llevados á otra parte; en su casa no quedó más que el niño muerto y dos ancianas mujeres que lo velaban, acompañadas de una devota peregrina que se había ofrecido para leer los salmos... no por la muerte del pequeñuelo, sino por la causa de tantas desdichas, cumpliéndose así los deseos de la señora. Esa peregrina y las dos ancianas mujeres oyeron también, al final de una de las veinte partes de los salmos, cómo arriba en el granero temblaban las vigas y cómo cruzaban los aires hondos gemidos... Suerte que leyeron entonces el salmo «Dios resucitará» y todo volvió á quedar en calma. La mujer del carpintero hizo venir á su casa á una parienta y juntas se bebieron las dos, sin duda ninguna, todo el té que había comprado para la semana. También ella oyó varias veces arriba, en el granero, cómo temblaban las vigas y cómo voces quejumbrosas cruzaban los aires... Los campesinos que estaban de guardia junto al granero daban algún ánimo á los pobres habitantes del «pabellón», de lo contrario aquella noche mueren todos de miedo.

Los dos guardianes se estaban al pie del granero, sentados sobre un montón de heno, y ya por la mañana confesaron que algo prodigioso se había oído por allá arriba; pero en realidad se estuvieron tranquilamente toda la noche hablando de la recluta, de las cosechas, del frío que hacía, y comiendo pan y bebiendo té, llenando aquel sitio con el pestífero hedor de sus personas, de manera que al pasar por delante de ellos la mujer del carpintero, escupió al suelo despreciativamente y les llamó «sucios mujiks». Como quiera que fuese, el ahorcado estaba aun en el granero, y el espíritu del mal pareció que aquella noche cubría con sus alas gigantescas el pabellón, poniéndose más cerca que nunca de esas pobres gentes, para darles alguna prueba de su inmenso poder.

Al menos era esto lo que todo el mundo sentía... No sé si era exacto, yo pienso que no. Yo pienso que si algún atrevido hubiese aquella noche tomado una linterna y haciendo la señal de la cruz, y aún sin hacerla, hubiese subido al granero, y con la claridad de la luz que llevase en la mano hubiese ido suavemente apartando los horrores de la noche, iluminando el suelo y las vigas y la techumbre del granero, lleno de telas de araña, y si avanzándose luego hacia Ilitch hasta tocarle, conservando la serenidad del corazón y

la sangre fría, hubiese levantado la luz á la altura de su rostro, viera inerte el cuerpo del pobre hombre, flaco y lívido, apoyando los pies en el suelo, pues la cuerda se había aflojado un poco y el cuerpo se había inclinado, sin señal ninguna de vida, el cuello de la camisa desabrochado, bajo la cual no se veía cruz ni medalla alguna, inclinada la cabeza sobre el pecho, y con su rostro de siempre, expresivo de su bondad, con su sonrisa singular como de hombre dulce, débil y culpable y con sus pobres ojos mirando sin ver... todo en medio del más profundo y más tranquilo silencio. En realidad, la mujer del carpintero, que se metía cabeza y todo dentro de la cama, clamando que había oído moverse los sacos del granero, deshecho el pelo y llenos de horror los ojos, era mucho más terrible y de aspecto mucho más espantoso que el mismo Ilitch...



Arriba, esto es, en casa de la señora, reinaba el mismo terror que en el pabellón de la servidumbre. El cuarto de la señora estaba lleno de olor de agua de colonia y de ungüentos y de perfumes; Duniacha estaba haciendo fundir un pedazo de cera y preparaba un cerato. Para qué había de servir este cerato, yo no lo sé; sé únicamente que siempre que se hallaba indispuesta la señora se hacía esta preparación.

Y en realidad, en la ocasión presente, más que indispuesta, se hallaba la señora casi enferma de veras. La tía de Duniacha había

ido á pasar con ella la noche para darle algún valor, hallándose todas reunidas en el cuarto de las criadas, junto al de la señora, y hablaban poco y en voz baja.

—Quién irá á buscar el aceite?—preguntó Duniacha.

—Yo no iré, no iré por nada del mundo!—exclamó la segunda doncella.

—Qué dices?... Ve con Axutka,—dijo Duniacha.

—Ya iré yo sola, yo no tengo miedo de nada... de nada,—dijo Axutka, y apenas lo había dicho, que tenía ya miedo de todo y temblaba de pies á cabeza.

—Anda, pues, ya que eres la más atrevida; pide á la vieja Ana que te dé un vaso de aceite, pero al volver ten mucho cuidado en no tirarlo,—acabó diciendo Duniacha.

Axutka se cogió las faldas con una mano, y no pudiendo balancear los dos brazos á la vez, balanceó el que le quedaba libre con fuerza doble y echó á correr... cerrados los ojos, pues conocía perfectamente el camino y sentía dentro de sí misma que si topaba con quien quiera que fuese, su propia madre viva aun, en el acto se moría de miedo.

XIII

La desgracia de Polikei y la suerte de Dutlov

De pronto, oyó Axutka, casi en sus mismos oídos, la voz ronca de un hombre que decía:

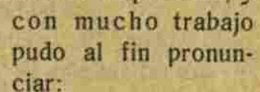
—La señora, duerme ó no?

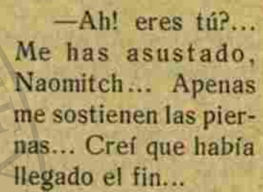
Abrió los ojos la doncella y se halló delante de un hombre que le pareció más grande que todo el pabellón junto. Lanzó un grito y volvió sobre sus pasos, tan rápidamente que las faldas parecían volar materialmente, y casi de un salto se plantó en el cuarto de las criadas como tenía por costumbre entrar en todas partes, como un huracán, y lanzando un grito salvaje se tiró sobre el lecho.

Duniacha, su tía y la otra doncella por poco se mueren de miedo, y no habían siquiera tenido tiempo de reponerse, que oyeron ya unos pasos lentos y pesados, primero en el corredor y después junto á la misma puerta. Duniacha corrió hacia el cuarto de la señora, dejando caer al suelo el cerato que preparaba, mientras la otra doncella procuraba esconderse tras algunas ropas que estaban colgadas en la pared. La tía, queriendo parecer más valiente, fué á cerrar la puerta, pero la puerta se abrió de par en par y entró en la estancia un hombre. Era el propio Dutlov, con sus grandes barcazas en los pies. Sin preocuparse del miedo causado á las doncellas, buscó con los ojos el sagrado icono, y no viéndolo en

parte alguna, se santiguó devotamente inclinado hacia la izquierda, donde había un aparador con gran número de platos y tazas, dejó el gorro en el reborde de la ventana, y hundiendo la mano en la faltriquera de su peludo, muy adentro como si se quisiese rascar el costado, sacó al fin la carta con los cinco sellos de cera marcados con cinco anclas...

La tía de Duniacha podía apenas contenerse la respiración, y con mucho trabajo pudo al fin pronunciar:





—Ah! eres tú?... Me has asustado, Naomitch... Apenas me sostienen las piernas... Creí que había llegado el fin...

—Vaya una manera de entrar, —añadió la segunda doncella saliendo de entre las ropas que le habían servido de refugio.

—Habéis asustado también á la señora,—dijo Duniacha apareciendo en la puerta.—Cómo te permites entrar aquí sin hacerte anunciar? Bestia de mujik!

Dutlov, sin buscar excusa de ninguna clase, dijo que le era preciso absolutamente ver á la señora.

—Está enferma!—exclamó Duniacha.

En aquel punto, Axutka se echó á reir tan estrepitosamente que de nuevo hubo de tenderse en la cama para ahogar su risa, y, á pesar de las amonestaciones de Duniacha y de su tía, no podía retener la estruendosa risa apenas levantaba la cabeza, como si algo fuese á romperse en su pecho cubierto por el rojo corpiño ó bien en sus mejillas más rojas todavía. Parecíale cosa tan extravagante que se hubiesen todas asustado de aquel modo, que no paraba de reir, agitado todo el cuerpo por grandes convulsiones.

Dutlov se paró un momento, se la quedó mirando con atención, como si quisiese darse cuenta de lo que le pasaba á la muchacha, pero no logrando comprender nada, se volvió y continuó su discurso.

—He dicho que se trata de un asunto muy importante. Decid solamente á la señora que Dutlov ha encontrado la carta con el dinero...

—Qué dinero?

Duniacha, antes de entrar en el cuarto de la señora, leyó el sobre y preguntó á Dutlov dónde y cómo había hallado ese dinero que el día anterior debió Ilitch haber traído de la ciudad. Bien enterada de todos esos detalles, Duniacha empezó por arrojar fuera del cuarto á Axutka, que no cesaba de reir, y entró finalmente á ver á la señora... Pero con gran extrañeza de Dutlov, la señora no quiso recibirle y no dió explicación ninguna de esto á la doncella. «Nada sé y nada quiero saber,—había dicho la señora.—Que no me hablen de dinero, ni de nada; no puedo ni quiero ver á nadie... Que me dejen en paz».

—Qué hago yo de esto?—decía Dutlov, volviendo de un lado á otro el precioso sobre.—Y esto dista muchísimo de ser *nada!*... Qué dice ahí encima?—preguntó á Duniacha, quien de nuevo leyó la dirección con el nombre de la señora y la cantidad que el sobre contenía.

Dutlov no daba crédito á lo que veía, y un momento pasó por su imaginación la idea de que ese dinero no era de la señora, que sin duda habrían leído mal las señas. Pero Duniacha se las volvió á leer otra vez... y entonces suspirando tomó el sobre, con gran tiento lo metió en su faltriquera y se dispuso á salir diciendo:

—No habrá más remedio que hacer entrega de esto á la autoridad...

—Aguarda, lo intentaré otra vez; dame el sobre,—exclamó Duniacha deteniéndole, mientras contemplaba cómo desaparecía el sobre en la faltriquera del campesino.

—Dile que es Dutlov quien ha encontrado el sobre enmedio del camino.

—Sí, dame...

—Yo creí que era una carta ordinaria, pero un soldado ha leído el sobre y me ha dicho que había dinero dentro...

—Sí; pero, dame, dame...

—Yo no me hubiera atrevido á venir... á estas horas...—dijo todavía Dutlov sin soltar el sobre.—Repetidlo á la señora cómo os he dicho.

dinero? Interceded por mí, y yo os juro que he de traeros tanta miel cómo queráis...

—Miren el que quiere traernos miel!

Abrióse otra vez la puerta, y el azorado campesino fué introducido en el cuarto de la señora. El pobre no estaba ciertamente alegre, pues pensaba: «Querrá tomarme el dinero!» y al penetrar en el cuarto de la señora, Dios sabe por qué, levantó los pies mucho, tratando de no hacer ruído con sus *lapti*. En aquellos momentos no comprendía ni veía nada de lo que sucedía entorno suyo. Al pasar por delante de un espejo vió gran cantidad de flores y un campesino que levantaba mucho los pies, y el retrato de un gran señor, y una cajita verde, y una especie de cosa toda blanca... De pronto esa cosa blanca se puso á hablar; era la señora... Dutlov no comprendía nada, nada; no hacía más que abrir grandemente los ojos. No sabía siquiera donde se hallaba y parecíale que estaba todo cubierto por una espesa neblina.



—Eres tú, Dutlov?

—Yo soy, señora. Está todo intacto, no he tocado nada... En verdad que no me hace mucha gracia este negocio. Lo juro por el nombre de Dios! Iba dándole á mi caballo, cuando, de pronto...

—Bueno, ha sido tu suerte,—dijo la señora con una singular sonrisa en que había á un tiempo desprecio y bondad.—Guárdalo, tuyo es...

Entonces Dutlov abrió todavía más sus azorados ojos.

—Estoy satisfecha de que lo hayas hallado! Dios haga que ese dinero te traiga grandes dichas!... Estás muy contento?

—Cómo no estar contento, señora! Estoy tan contento, que... Siempre rogué á Dios por vuestra salud! Viva muchos años la señora, en la gracia de Dios!

—Y cómo hallaste el dinero?

—No hay que decirlo, empero, pues todos en el pueblo deseamos lo mismo, por nuestro honor, y por nuestro...

—Ya no sabe lo que se dice, señora,—exclamó Duniacha.

—Volvía de acompañar á la ciudad un recluta, mi sobrino, señora... Cuando de pronto veo en medio de la carretera... Sin duda que Polikei, por descuido...

—Bueno, anda, anda, amigo... Yo quedo contenta.

—Y yo más todavía, oh! madrecita!...—iba diciendo el pobre campesino, sin saber del todo lo que se hablaba.

De pronto recordó que ni siquiera le había dado las gracias á la señora y que no había dicho nada de lo que debiera en semejante ocasión, pero ya estaba camino de la puerta, á grandes zancadas, como al entrar, y poco le faltó para no echarse á correr, pareciéndole que podían pedirle todavía el dinero, el que ya tenía por *su* dinero, mientras la señora y la doncella mirábanle salir sonriéndose compasivamente.



XIV

Dutlov hace una visita á Polikei

Una vez fuera, Dutlov se apartó un poco del camino y se paró debajo de unos tilos; se quitó el cinturón para coger más fácilmente su bolsa, y apresuradamente metió los billetes dentro. Sus labios tembloteaban, y ora se alargaban, ora se contraían, aunque no articulaba el más pequeño sonido. Después de haber puesto á buen recaudo el dinero y de haberse apretado bien el cinturón, se santiguó, y tomó otra vez el camino, aunque yéndose de un lado á otro lo mismo que un hombre borracho, de tal modo llenaban su cabeza las más extravagantes ideas. De pronto, surgió de enmedio de la oscuridad un hombre, el cual parecía dirigirse hacia él, y dió una voz: era Efim, que, con un gran bastón en la mano, guardaba las cercanías del maldito granero.

—Eh! tío Semión!—exclamó alegremente Efim, acercándose al viejo, pues tenía miedo de estar solo.—Vaya! con que habéis llevado ya los reclutas á la ciudad?

—Sí... Y tú, qué haces aquí?

—Pues, me han dejado aquí, para guardar el cuerpo de Ilitch, el ahorcado.

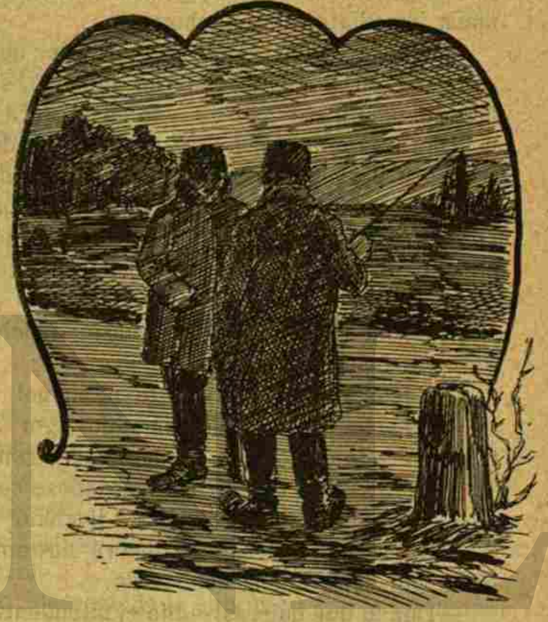
—Cómo?... Dónde?...

—Allá arriba, en el granero. Dicen que se ha ahorcado,—res-

pondió Efim señalando con el bastón la sombría techumbre de la izba de los criados.

Dutlov llevó la vista á la dirección indicada, y, aunque nada vió en absoluto, frunció las cejas, medio cerró los ojos y meneó tristemente la cabeza.

—Ha llegado el inspector de policía,—dijo Efim.—Me lo ha dicho el cochero. Van á quitarlo ahora, enseguida... Es terrible la noche, tío Semión! Por nada subiría yo allá arriba, de noche, aunque me lo ordenase Egor Mikhailovitch, aunque me matasen...



—Qué pecado! Qué gran pecado!—iba diciendo Dutlov, evidentemente nada más que por el buen parecer; pues de seguro no pensaba en lo que decía, y no deseaba más que proseguir su camino. Pero en aquel punto la voz de Egor Mikhailovitch le detuvo.

—Eh! guardián, ven!—gritaba el intendente desde la puerta de su casa.

—Voy enseguida!—contestó Efim.

—Quién es el campesino que está hablando contigo?

—Es Dutlov.

—Ven, pues, tú también, Semión, ven enseguida!

Al acercarse vió Dutlov, á la luz de una linterna que llevaba el cochero, á Egor Mikhailovitch acompañado de un funcionario público, hombre de corta talla, con una escarapela en el sombrero y un bastón en la mano; era sin duda el inspector de policía.

—Vaya! el viejo vendrá también con nosotros,—dijo Egor Mikhailovitch al verle.

El miedo se apoderó del pobre anciano, pero no había ya modo de retroceder.

—Eh! tú, Efimka, tú que eres joven, corre al granero y arregla

la escalera, de modo que su señoría pueda cómodamente subir.

Efimka, que no quería por nada de este mundo acercarse al granero, corrió hacia allá haciendo con sus *lapti* tanto ruido como si hubiese arrastrado con los pies unas grandes vigas.

El policía, con mucha calma, se puso á encender la pipa.

Vivía á dos verstas de la población y acababa su jefe de reñirle por borracho, lo cual le había puesto en situación de demostrar un exceso de celo. Llegado á las diez de la noche, quiso examinar inmediatamente al ahorcado...

El intendente preguntó á Dutlov por qué á tales horas se encontraba allí, y mientras fueron andando, el viejo contó á Egor la historia del dinero hallado y lo que acerca de él había dispuesto la señora. Dutlov añadió que había pensado también pedir al intendente permiso para quedarse con el dinero, y entonces, con gran espanto del pobre viejo, Egor pidió que le entregase el precioso sobre y lo examinó detenidamente; luego lo tomó también el policía en sus manos, y brusca y secamente fué pidiendo detalles de la cosa.

«Perdido está mi dinero!» pensó el viejo; pero el policía se lo devolvió enseguida, diciendo:

—Buena suerte ha sido la tuya, amigo!

—Le viene perfectamente,—dijo Egor Mikhailovitch.—Le ha caído soldado un sobrino, y ahora podrá comprarle un sustituto.

—Ah!...—hizo el policía encarándose con él.

—Verdad que librarás ahora á Iluchka?—añadió el intendente.

—Cómo hacerlo? No sé si habrá bastante dinero?... Además, puede que sea ya demasiado tarde.

—Haz lo que quieras!—dijo el intendente y ambos siguieron en silencio al policía.

En esto llegaron todos cerca del «pabellón». En el vestíbulo estaban los guardas mal olientes con una linterna ya preparada, afectando ambos un aire de extraña confusión que no sabemos á qué atribuir... si no es al mal olor que despedían. Todos guardaron silencio un momento.

—Dónde?...—dijo el policía.

—Aquí,—murmuró el intendente, y añadió:—Efimka, tú pasarás delante con la linterna.

Efimka había ya afianzado bien la escalera y parecía haber perdido toda clase de miedo. De modo que, casi alegre el rostro, empezó por subir dos ó tres escalones de un salto, volviéndose de vez en cuando para hacer luz al policía, á quien seguía el intendente. Cuando hubieron todos subido, Dutlov, que tenía ya un pie en la

escalera, suspiró hondamente y se detuvo. Enseguida comprendió que los de arriba habían llegado ya junto al cadáver, pues detenían todos su andar.

—Tío Semión!... sube!—gritó Efim asomándose por el ventanillo del granero, y entonces Dutlov subió. A la luz de la linterna no se veía de Egor y del policía más que la parte alta de sus cuerpos, y detrás de ellos se distinguía á otra persona.... Era Polikei. El anciano penetró en el granero, y, santiguándose, se detuvo cerca de la misma puerta.

—Volvedle!—dijo el policía.

Nadie se movió de su sitio.

—Efimka, tú, que eres más joven,—dijo el intendente.

Efim se acercó al cadáver, y lo volvió, quedándose á su lado y mirando con aire alegre ora al pobre Ilitch, ora al policía, cómo preguntándole si estaba satisfecho ó deseaba algo más de sus habilidades.

—Vuélvelo otra vez!

Efim obedeció, y Polikei fué vuelto del otro lado; uno de sus brazos se balanceaba ligeramente y los pies se arrastraban por el suelo.

—Descuélgalo!

—Queréis que cortemos la cuerda?—dijo Egor Mikhailovitch. —Vamos, dadme un hacha.

Fué preciso repetir por dos veces esta orden á Dutlov para decidirle á traer lo que se pedía, y entonces el joven Efim dió á la cuerda un tremendo hachazo y tomando en sus brazos el cuerpo de Ilitch lo dejó en el suelo... Lo contemplaron todos un momento á la luz de la linterna, y enseguida lo cubrieron con sus propias ropas...

El policía declaró que al día siguiente vendría el médico, y dió permiso á todo el mundo para dejar solo el cadáver.

XV

Polikei devuelve á Dutlov su visita

TRÉMULOS los labios, Dutlov se dirigió directamente á su casa. Al principio se sentía presa de un gran miedo, pero á medida que fué acercándose á poblado, se disipó ese sentimiento y una violenta alegría fué llenando rápidamente su alma. En el pueblo oíanse voces avinadas cantando alegres canciones. Dutlov no bebía jamás y menos esa noche había de detenerse en la taberna, por lo que se dirigió rectamente hacia su casa, siendo ya muy tarde cuando entró en su izba. Su mujer dormía ya; el hijo mayor y los nietos dormían sobre la estufa, mientras que el segundo dormía con su mujer en un cuartucho. Solamente estaba despierta la mujer de Iluchka, sentada en un banco y ocupada en sollozar lo más lindamente, según opinión de la abuela; iba suciamente vestida y llevaba los cabellos por demás enmarañados. No se movió siquiera cuando llamó el viejo, pero apenas hubo éste entrado se puso á gemir y á llorar más fuerte que nunca.

La vieja se levantó y enseguida empezó á preparar la sopa para su marido. Dutlov gritó dirigiéndose á la mujer de Iluchka: «Basta! basta ya!». Axinia se levantó y fué á echarse sobre otro banco, sin cesar en su gimoteo. La vieja, en silencio, fué arreglando la mesa, y después el viejo, en silencio también, se comió la sopa, eructó estruendosamente, se lavó las manos y se dirigió al cuarto oscuro donde en voz muy baja explicó algo á su mujer; enseguida salió

ésta, y el viejo, levantando una trapa, descendió á la bodega, donde permaneció largo tiempo. Cuando subió otra vez, la izba estaba completamente á oscuras, y la vieja ya tendida en el suelo, en actitud de dormir, si no durmiendo. La mujer de Iluchka dormía también, tendida sobre el banco, sin nada debajo de la cabeza, y respirando regularmente.

Dutlov hizo una corta plegaria, se miró un momento á la mujer de Iluchka, acabó de apagar el fuego, subióse sobre la estufa, y se tendió al lado de su hijo. En la oscuridad, se hizo saltar de los pies los pesados *lapti* y tendido de espaldas se quedó contemplando las vigas de encima de la estufa y escuchando el rumoreo de los cuerpos que yacían entorno suyo y los ruídos que producían los animales de toda clase que tenía en su corral. Tardó mucho tiempo en dormirse...

La luna iba subiendo con lentitud, y su reflejo creciente iba haciendo más claro el interior de la izba. El viejo veía perfectamente á Axinia sobre el banco y á su lado *algo* que no podía distinguir bien: no sabía si era el caftán de su hijo que se hubiese dejado allí olvidado, ó si algún otro objeto ó prenda por el estilo... Era quizás que alguien se había levantado?... Dormido ó no, Dutlov continuaba en sus investigaciones... Evidentemente, el espíritu del mal que había conducido al pobre Ilitch á la tenebrosa tragedia que acabó con su vida, debía cernerse todavía sobre el pueblo todo, cubriendo con una de sus negras alas la izba de Dutlov, en donde había ido á parar ese dinero del cual se había *él* servido para perder á Ilitch. Al menos, el mismo Dutlov lo sentía así, y no las tenía todas consigo... Despierto ó dormido, sentía en el ambiente algo que no podía definir, y recordaba de pronto á Iluchka con las manos atadas á la espalda, y veía luego á Axinia llorando y gimiendo, y después se le aparecía la imagen de Polikei con los brazos colgando á lo largo del cuerpo... De pronto, el viejo creyó ver á alguien pasar por delante de la ventana, y pensó: «Quién puede ser? Quizás el *starosta!* Pero, cómo ha abierto? Tal vez la vieja se ha olvidado de cerrar!» se dijo al oir pasos en el vestíbulo.—«El perro ahullaba y *él* iba caminando lentamente, contaba al otro día el buen viejo, cómo si buscase la puerta... Y fué avanzando, apoyándose en la pared hasta que chocó con un banco, metiendo gran ruído; de nuevo se puso á palpar, hasta que topó con el pestillo. Lo levantó y entró aquí mismo, aquí, bajo la forma de un hombre...».

Dutlov sabía que era *él*, el espíritu malo, y hubiera querido santiguarse, pero no pudo... *El* se acercó á la mesa, tiró al suelo

cuánto había en ella y de un salto se plantó junto á la estufa... El viejo reconoció entonces el rostro de Ilitch, quien agitando violentamente los brazos saltó sobre la estufa y se echó sobre el viejo para ahogarle.

—Mi dinero!—decía Polikei.

«Déjame, no lo haré otra vez» quería decir el anciano, pero no podía articular una sola sílaba.

Ilitch le ahogaba con todo el peso de una gran montaña de piedras que hubiese puesto sobre su pecho. Dutlov sabía que si decía una plegaria, el ahorcado le dejaría, y hasta sabía cuál era esa plegaria, pero no la podía pronunciar... Uno de sus nietecillos que dormía sobre la estufa lanzó un grito horrible y se puso á llorar, pues el abuelo le aplastaba contra la pared. El grito del niño despegó los labios del anciano, y exclamó en voz alta: «Que Cristo resucite!» *El* apretó ya con menos fuerza... «Y que todos sus enemigos sean dispersados!» Entonces *él* bajó de la estufa; Dutlov oyó el golpe de sus pies sobre el suelo, y enseguida recitó una después de otra todas las plegarias que sabía... *El* se fué hacia la puerta, la empujó y la dejó luego caer con tanta fuerza que la izba entera tembló. No obstante, todos seguían durmiendo, menos el abuelo y el más pequeño de sus nietos; el viejo seguía diciendo plegarias y temblaba de pies á cabeza, mientras el pequeñuelo apretándose contra el anciano quería dormirse otra vez, y de nuevo todo quedó sumido en la mayor calma. El viejo Dutlov no volvió ya á dormirse, aunque permaneció lo más quieto que pudo. El gallo cantó junto á la misma pared en que tenía el anciano apoyada la cabeza, y oyó en el corral el revuelo de las gallinas; uno de los gallos más jóvenes quiso cantar también, lo probó varias veces y no pudo. El anciano Dutlov sintió que algo se movía entre sus pies... Era el gato, que había dormido allí, y al notar que se acercaba el día saltó de la estufa, oyéndose el ruido de sus patas al dar contra el suelo, y se fué á mayar junto á la puerta. El viejo se levantó y abrió la ventana; la calle estaba aun oscura... Descalzo, y después de haberse santiguado dos ó tres veces, salió al patio de los caballos, levantó al jumento que al echarse se había enredado las patas traseras con las riendas, acarició al caballo, que parecía contemplarle atentamente y les llenó el pesebre; después volvió á entrar en su izba.

La vieja se había levantado también y encendía el fuego.

—Despierta á los muchachos; he de ir á la ciudad,—dijo el viejo; luego encendió el cirio del icono, y los dos ancianos bajaron á la bodega.

XVI

Todos vivimos en el pecado!

No solamente en casa de los Dutlov, sino en todas las casas del pueblo humeaban ya las chimeneas cuando salió el viejo á la calle. Sus hijos se habían levantado, y las mujeres iban y venían llevando grandes jarros de leche; Ignati estaba enganchando el caballo en la carreta, mientras el otro engrasaba las ruedas. La mujer de Iluchka ya no lloraba ni gemía, y se había arreglado un poco, aguardando sentada en un banco la hora de ir á la ciudad para despedirse de su marido. El viejo aparentaba aires de inmensa preocupación. Se puso el caftán nuevo, el cinturón, y con todo el dinero de Ilitch en el bolsillo se fué á casa de Egor Mikhailovitch.

—Deprisa! deprisa!...—gritó á Ignati, que estaba ajustando las ruedas en el eje de la carreta ya engrasado.—Vuelvo enseguida, y quiero que esté todo á punto.

El intendente acababa de levantarse y estaba bebiéndose una gran taza de té, preparándose para ir también á la ciudad á hacer por sí mismo el registro é ingreso de los reclutas.

—Qué quieres?—preguntó al viejo al verle entrar.

—Egor Mikhailovitch, quiero comprar un sustituto para Iluchka. Hacedme el favor... Ultimamente me dijisteis que conocéis en la ciudad un sustituto muy bueno. Aconsejadme... Yo, pobre de mí, no sé nada.

—Cómo! Has reflexionado ya?

—He reflexionado, Egor Mikhailovitch. Es digno de lástima... Al fin es el hijo de mi hermano. Cómo quiera que sea, siempre es cosa muy triste... Este dinero ha sido ya causa de tantos pecados! Hacedme el favor, dadme un consejo!—acabó el viejo, mientras hacía un gran saludo.

Como siempre en casos semejantes, Egor permaneció un momento silencioso, mordióse los labios, y después de haberlo reflexionado bien, escribió dos cartas y explicó al viejo lo que había que hacer.

Dutlov volvió á su casa. La mujer de Iluchka había ya marchado con Ignati, y junto á la puerta cochera estaba la otra carreta enganchada también y dispuesta á partir. El viejo arrancó del cercado una pequeña vara, se envolvió lo mejor que pudo en su caftán, se acomodó en la carreta y fustigó fuerte al animal, que emprendió una veloz carrera, fatigándose extraordinariamente, lo que causaba gran lástima al viejo, pero apartaba la vista para no conmoverse demasiado, pues tenía prisa por llegar á la ciudad, mucha prisa, temiendo que Iluchka hubiese ya ingresado y que el dinero del diablo se le quedase entre las manos. No describiré en todos sus detalles las aventuras de Dutlov, diciendo tan sólo que tuvo finalmente una magnífica suerte. En casa del propietario, para quien le había hecho una carta el intendente, había un sustituto excelente, pues había sido ya aceptado por la administración. Debía á su amo veintitres rublos, y su amo pedía por él hasta cuatrocientos rublos; un señor que había entrado en tratos con él no quería dar más que trescientos. Dutlov concluyó el trato en pocas palabras: «Tomarás trescientos veinticinco rublos?» dijo extendiendo la mano, con expresión que daba á entender que estaba dispuesto á añadir algo todavía, si era preciso. El amo del mozo empero no alargaba su mano en señal de que aceptase el trato y seguía pidiendo los cuatrocientos rublos.

—Con veinticinco más encima, aceptas?—decía Dutlov, cogiendo con su izquierda la mano derecha del otro y haciendo ademán de pegar encima.—Aceptas?

—No!

—Pues, bien; Dios sea contigo!—exclamó el viejo levantándose casi de puntillas y golpeando con fuerza la mano de su contrincante.—Sea! Toma cincuenta rublos encima... Prepara el recibo, traénos el mozo y aquí tienes el anticipo... Dos billetes rojos. Es bastante?

Y Dutlov desabrochó su cinturón y sacó el dinero.

El propietario, aunque no retiraba la mano, no parecía del todo dispuesto en consentir, y, sin tomar todavía los billetes, regateaban la propina que tendría que darse al sustituto.

—No peques todavía más;—dijo Dutlov, haciéndole tomar á la fuerza el dinero.—Todos hemos de morir!—exclamó al fin en tono tan dulce y con tan plena convicción que el hombre acabó por decir:

—Sea como tú quieres!—dió un buen golpe en la mano del viejo y empezó una plegaria: «Que Dios esté siempre con nosotros...».

Se despertó al mozo sustituto, que dormía aun la borrachera de la noche anterior, y que ignoraba aun por qué había sido examinado, y juntos todos fueron á la oficina. El mozo estaba muy alegre y pedía á cada paso ron para rehacerse un poco; Dutlov le dió algún dinero. No empezó á sentir el infeliz algún recelo hasta verse dentro de la cancillería, en donde permanecieron largo tiempo, buscando al escribano que había de arreglar la cosa. Así fueron rodando de mesa en mesa, saludando á toda clase de escribientes, altos y bajos, y perdiendo por fin la esperanza de dejar resuelto aquel mismo día el asunto. Mientras tanto, el mozo sustituto se iba poniendo cada vez más alegre y más exigente. Por fin, el viejo Dutlov vió á Egor Mikhailovitch y se agarró á él como á una tabla salvadora. En efecto, éste supo arreglarse tan bien que dos horas después todo quedaba listo, y el desgraciado mozo, con extrañeza tan grande como su dolor, se vió ingresado como soldado y poco después, ante la rechifla general, fué desnudado, revisado, rapado el pelo y vuelto á vestir, después de cuyas complicadas operaciones se le dejó salir libremente...

Cinco minutos después, Dutlov entregaba todo el dinero convenido y recibía el correspondiente recibo; enseguida se despidió del mozo sustituto y de su amo y se dirigió á casa del comerciante donde estaban aun los reclutas de Pokrovskoie. Iluchka y su mujer se hallaban sentados en un rincón de la cocina, y apenas vieron entrar al viejo le dirigieron sus miradas llenas de una expresión á la par sumisa y de malevolencia. Cómo siempre hacía, el anciano se quitó al entrar el cinturón é hizo una corta plegaria; enseguida sacó el precioso documento y llamó á su hijo Ignati y á la madre de Iluchka, que se hallaban en el patio.

—No peques nunca más, Iluchka,—dijo acercándose á su sobrino.—Ayer noche me dijiste tales palabras!... Es acaso que no tengo lástima de tí? Recuerdo muy bien que mi hermano me recomendó que te tuviese por hijo, y si yo hubiese tenido antes poder para ello, crees que hubiera permitido que te marchases soldado?...

Pero, Dios me ha enviado una gran suerte, y ya no he vacilado un momento. Aquí está el papel,—dijo poniendo el recibo sobre la mesa y manteniéndolo extendido con sus dedos.

Toda la gente de Pokrovskoie, los obreros y empleados del comerciante y aún algunas personas extrañas penetraron en la cocina, atraídos por el discurso del viejo, adivinando de qué realmente se trataba, pero guardando todos el más absoluto silencio.

—Aquí está el papel!... Por él he dado cuatrocientos rublos. No tienes nada que reprochar á tu tío.

Iluchka se había puesto en pie, pero no sabía qué decir, tem-



blorosos los labios por la emoción. La madre de Ilia, llorando, quiso echarse al cuello del viejo, pero éste con ademán lento é imperioso la apartó con la mano y siguió diciendo:

—Me dijiste ayer una palabra, y esta palabra es como un puñal que me hubieses clavado en mitad del corazón. Al morir, tu padre me ordenó que te tuviese por hijo, y si acaso yo te he ofendido, la verdad es que vivimos todos enmedio del pecado... No es así,

hermanos míos?... He aquí á tu madre y á tu joven esposa, y aquí está también el papel que te hace libre... Vaya al diablo el dinero!... Perdonadme todos en nombre de Cristo!

Y levantando las puntas de su caftán, el viejo se dejó caer de rodillas á los pies de Iluchka y de su mujer, á pesar de que éstos intentaron impedirlo. No se levantó el viejo Dutlov hasta haber tocado el suelo con su propia frente... Luego se arregló el vestido un poco y sentó en un banco.

La madre y la mujer de Iluchka lloraban de alegría, y un fuerte murmullo de aprobación surgió del grupo de los presentes.

—Así es como Dios lo manda,—decía uno.

—Qué es al fin el dinero?—decía otro.—Por dinero no se compra un hijo.

—Qué alegría!—exclamaba un tercero.—He aquí lo que se llama un hombre justo!

Unicamente los que eran ya soldados absteníanse de tomar parte en la alegría general, y silenciosamente salieron otra vez al patio.



XVII

La despedida del recluta

Un par de horas después, las dos carretas de los Dutlov abandonaban ya los barrios exteriores de la ciudad. En la primera iban el viejo y su hijo Ignati y entre sus pies se veían innumerables paquetes y envoltorios. En la otra iba la mujer de Iluchka, alegre y tranquila, acompañada por su marido y la madre de éste. Iluchka iba sentado de espaldas al caballo y comiendo un gran trozo de pan no cesaba de hablar, mientras su mujer tenía con sumo cuidado sobre las rodillas una botella de aguardiente.

Las voces de unos y otros, el rodar de las carretas y el relinchar de los animales se confundían en un solo rumor que alegraba el corazón. Los caballos agitaban la cola y aceleraban cuánto podían el trote, pues habían ya entendido que volvían á casa. Los que pasaban por su lado, fuesen á caballo ó á pie, se fijaban en tan afortunada familia y se sonreían al verles ir tan alegres. Al salir de la ciudad, los Dutlov acertaron á pasar por delante del grupo de los reclutas, que estaban reunidos formando círculo ante la puerta de una taberna.

Uno de los reclutas, con esa expresión singular, anti-natural que da al rostro de un hombre la cabeza enteramente rapada, se hundió hasta la nuca el gorro de un color gris y se puso á tocar hábilmente la *balalaika;* otro, sin gorro y con una botella de

aguardiente en la mano, se puso á danzar en medio del círculo. Ignati paró el caballo y se bajó para atar más fuerte una de las correas; toda la familia de los Dutlov se quedó contemplando alegremente aquel espectáculo y aplaudiendo al danzarín con entusiasmo; éste parecía no ver á nadie, pero comprendía que el público engrosaba y que le admiraba cada vez más, lo que aumentaba todavía su fuerza y su habilidad; lo cierto es que el pobre diablo danzaba muy bien. Tenía fuertemente fruncidas las cejas, encendido el rostro é inmóvil y los labios contraídos en una sonrisa que, lo mismo que si se le hubiese helado en la boca, había perdido ya toda clase de expresión. Parecía tener concentradas todas las fuerzas de su sér en ir colocando lo más rápidamente posible un pie después del otro, unas veces tocando el suelo con el tacón y otras veces con la punta. Alguna vez deteníase súbitamente y guiñando los ojos se dirigía al tocador de *balalaika;* éste empezaba entonces á hacer vibrar con mayor rapidez aun las cuerdas del instrumento y hasta golpeaba con los dedos la caja del mismo... En uno de sus cortos descansos, el recluta danzarín empezó á moverse lentamente, sacudiendo despacio los hombros y los brazos y manteniéndose únicamente sobre la punta de los pies. Los chicuelos que andaban por allí reíanse, las mujeres movían admiradas la cabeza y los hombres alababan el difícil *paso.*

Un sub-oficial ya viejo, que se estaba cerca del danzarín, le contemplaba inmóvil é indiferente, como queriendo decir: «Puede sorprenderos á vosotros; pero yo hace ya mucho tiempo que he visto eso, y aún cosa mejor». El tocador estaba visiblemente fatigado, más todavía que el que bailaba, por lo que de pronto, mientras dirigía entorno distraídamente la mirada, dió un gran golpe en la caja del instrumento y cesó la danza.

—Eh! Aliocha!—dijo el tocador de *balalaika* al danzarín, señalándole al viejo Dutlov.—No es aquel tu padrino?

—Oh! sí... Hola, querido!—gritó Aliocha, el danzarín, que era el sustituto comprado por Dutlov, y que cansado de tanto bailar se había tirado al suelo, bebiéndose al menos la mitad de la botella que tenía en la mano. Luego se levantó y tambaleándose avanzó hacia la carreta, gritando al tabernero:—Eh! trae un vaso... Vaya! querido, esa sí que es una alegría grande! Verte aun otra vez!...—y empezó á ofrecer su aguardiente á los hombres y á las mujeres. Los campesinos bebieron, pero ellas rehusaron muy agradecidas.

—Amigos míos!... Voy á haceros un gran regalo!—exclamó de pronto Aliocha, besando á cuántas mujeres viejas halló bajo su

mano, y cogiendo todos los pasteles que una vendedora ambulante llevaba los echó dentro de la carreta.

—No tengas miedo, todo se pagará, demonio!—gritó con voz que parecía que iba á llorar, y sacándose del pecho la bolsa la tiró á los pies de la vendedora. Y se quedó de pie, agarrado á la baranda de la carreta, mirando con sus húmedos ojos á los que estaban sentados dentro.

—Cuál es la madre?—preguntó de pronto.—Eres tú, verdad? Pues, toma...—Se quedó un momento parado, como reflexionando, después metió la mano en su bolsillo y sacó de él un pañuelo nuevo, cuidadosamente plegado, se quitó la servilleta que llevaba á guisa de cinturón debajo de la blusa, se quitó también del cuello un pañolón rojo que llevaba, ni nuevo ni limpio, y lo arrojó todo sobre las rodillas de la vieja, exclamando con voz que á cada sílaba parecía que iba bajando de tono:

—Toma, yo te lo doy, todo es tuyo...

—Pero, por qué?... Gracias, querido. He aquí un buen muchacho sin pizca de rencor,—dijo la madre de Ilia al viejo Dutlov, que se había acercado á ellos.

Después de esto, Aliocha se quedó callado, y, como si se hubiese dormido, su cabeza fué inclinándose lentamente hacia el suelo.

—Por vos yo parto, por vos yo voy á la muerte!—exclamó de pronto.—Y por eso también os hago estos regalos.

—Creo que el pobre tiene madre aun!—dijo alguno de los circunstantes.—Es un buen muchacho, infeliz!

Aliocha levantó la cabeza.

—Tengo madre, sí... y también tengo padre; pero todos me han abandonado... Escucha, tú...—añadió tomando la mano de la vieja.—Te acabo de hacer un presente... Escúchame, pues, en nombre de Cristo: irás al pueblo de Vodnoie, y allí pedirás por la vieja Nikonova... es mi madre, entiendes? Dirás, pues, á esa vieja Nikonova, en la tercera izba, al final de todo, cerca del pozo nuevo, le dirás que Aliocha, esto es, su propio hijo... Eh! tú, el de la *balalaika,* toca música bien alegre!—grito de pronto soltando la mano de la madre de Iluchka y apartándose de la carreta; luego, al hallarse enfrente del músico, tiró al suelo la botella del aguardiente y, murmurando no sé qué palabras, se puso á bailar con más furia que nunca.

Ignati subió á la carreta y se dispuso á reemprender el camino.

—Adiós!... Que el Señor te ayude!—exclamó la vieja envolviéndose en su peludo.

Aliocha paró en seco de bailar y se quedó un momento contemplando á los que se iban.

—Que el diablo os lleve á todos... y á tu madre también, recluta maldito!— gritó el pobre amenazándoles con los puños cerrados.

—Oh! Dios mío!—exclamó la madre de Iluchka santiguándose.

Ignati fustigó al caballo y las carretas se alejaron rápidamente.

Aliocha se quedó plantado en medio del camino, y cerrando los puños y con una expresión de inmensa rabia en el rostro, siguió injuriando á plena voz á los campesinos que se iban alejando deprisa.



—Por qué os detenéis? Idos al diablo todos, bestias salvajes... Oh! ¡no escaparéis de mis manos!—clamó al fin, y, apenas había pronunciado estas palabras, sus pies tropezaron el uno con el otro y cayó pesadamente al suelo...

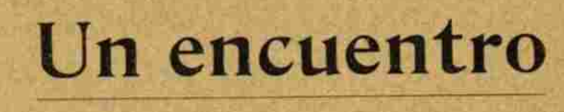
Pronto los Dutlov se hallaron en plena campiña y apenas distinguieron ya el grupo formado por los reclutas delante de la taberna.

Cuando hubieron hecho ya más de cinco *verstas,* Ignati descendió de la carreta en que su padre se había ya dormido y se fué á sentar, en la otra carreta, al lado de Iluchka, bebiéndose juntos la botella de aguardiente que habían traído de la ciudad.

De allí á poco rato Ilia empezó una canción, y las mujeres le acompañaron alegremente; Ignati iba marcando el compás...

Un coche de postas venía á todo correr en dirección contraria á la por ellos seguida, dando el postillón grandes gritos para no chocar con las dos carretas que iban llenas de gente tan alegre...

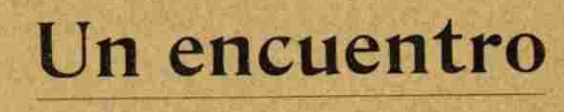
Al cruzarse con ellos, el postillón contempló un momento, guiñando los ojos, aquel grupo de rostros enrojecidos por el beber y el reir y que iban camino de su casa cantando alegremente al vaivén con que los hondos baches de la carretera balanceaban el pequeño carruaje...



Un encuentro

1856

Al cruzarse con ellos, el postillón contempló un momento, guiñando los ojos, aquel grupo de rostros enrojecidos por el beber y el reir y que iban camino de su casa cantando alegremente al vaivén con que los hondos baches de la carretera balanceaban el pequeño carruaje...



Un encuentro

1856







I

ESTAMOS de expedición. La campaña tocaba á su fin. Acabábamos de abrir la brecha esperando cada día la orden del Estado Mayor para entrar en el fuerte. Nuestra división de artillería hallábase sobre la falda de una cadena de montañas abruptas que terminaba en un torrente muy rápido, el Metchik, teniendo la orden de cañonear el llano que se extendía más allá. En este llano pintoresco, fuera del radio de acción de los tiros, mostrábanse en diversos puntos, principalmente por la tarde, grupos de montañeses á caballo que venían á contemplar por curiosidad el campo ruso sin mostrarnos ninguna hostilidad. La tarde era tranquila, calmosa y fría, como lo son por lo regular el mes de diciembre en el Cáucaso. El sol ocultábase por la izquierda, detrás de las abruptas aristas de las montañas, lanzando sus rojos rayos sobre las tiendas de campaña, sobre los movedizos grupos de los soldados y sobre nuestros dos cañones que, á pocos pasos de nosotros, permanecían inmóviles, pesados, pareciendo alargar su cuello por encima del parapeto.

El piquete de infantería establecido á la derecha, sobre un montículo, destacábase con nitidez á la luz del sol poniente, con sus haces de fusiles, su centinela, el grupo de soldados y el humo de sus hogueras ya encendidas á un lado y otro; á mi alrededor, sobre el suelo negruzco, apisonado, blanqueaban las tiendas de campaña, detrás de las cuales mostrábanse negruzcos los troncos húmedos de la selva de plátanos, en donde sin interrupción

resonaban los golpes de hacha, crujían los troncos y tumbábanse, cayendo con estrépito los árboles ya casi cortados. Las humaredas azuladas, en forma de columna, elevábanse de todos lados hacía el cielo azul-claro, glacial. Más allá de las tiendas, hacia abajo, cerca de la ribera, montados en sus caballos que piafaban y se encabritaban, los cosacos, dragones y artilleros volvían de abrevarlos. Empezaba á helar. Los sonidos oíanse con una nitidez particular y la mirada extendíase lejos sobre el llano, á través de la diáfana atmósfera. Los grupos enemigos, sin excitar mucho la atención de los soldados, se extendían tranquilamente por los rastrojos amarillentos de los campos de maíz. Por todos lados, á través de los claros de árboles, percibíanse las altas pértigas de los cementerios y las chozas humeantes.

Nuestra tienda levantábase no lejos de los cañones, sobre un sitio seco y alto desde donde la mirada podía extenderse hasta muy lejos. Al lado de la tienda, cerca de la batería misma, en un sitio limpio, habíamos establecido un juego de bolos. Los soldados, diligentes, habían colocado entorno pequeños bancos rústicos y en uno de los lados una pequeña mesa. En vista de todas esas comodidades, á los oficiales de artillería, nuestros camaradas, y á algunos de infantería, gustábales reunirse por la tarde en nuestra batería á la que titularon el *Club*.

La tarde era hermosa. Los mejores jugadores estábamos allí reunidos jugando á los bolos. El abanderado D..., el teniente O... y yo habíamos perdido dos partidas seguidas y en medio de la general alegría y risa de los espectadores,—los oficiales, soldados y asistentes que nos miraban desde sus tiendas—tuvimos que pasear á los victoriosos montados sobre nuestras espaldas, de un extremo á otro del campo de juego. Lo más gracioso fué ver al grueso capitán ayudante Sch... como iba jadeante y sonriendo dulcemente, con sus piernas arrastrando por el suelo, montado á horcajadas sobre el pequeño y flaco teniente O... Tuvimos que abandonar el juego, pues se hacía tarde. Los asistentes nos trajeron para los seis jugadores tres vasos de té sin sus platillos, y después de beber nos acercamos á los bancos en donde tomamos asiento. Cerca de uno de ellos hallábase de pie un individuo, no muy alto, arqueado de piernas, vestido con una pelliza corta, y con una gorra blanca de largos pelos, muy bien alisados.

En cuanto encendimos nuestros cigarros, sentados cerca de él, indeciso quitóse y púsose varias veces su gorra y con aire de querer aproximarse á nosotros se detuvo de nuevo; mas, decidido sin duda á no pasar desapercibido, el desconocido quitóse de

nuevo su gorra y, pasando por detrás nuestro, acercóse al capitán ayudante Sch...

—Hola, Guskantin! Y bien, cómo os encontráis, querido? díjole Sch... sonriendo dulcemente bajo la influencia aun del recuerdo de su flaca cabalgadura.

Guskantin, como le llamó Sch..., encasquetóse del todo su gorra é hizo el gesto de meterse las manos en los bolsillos, mas en su pelliza no había tales bolsillos, á lo menos por el lado que yo la veía, de modo que su roja y pequeña mano se quedó colgando en actitud embarazosa. Entráronme deseos de saber qué era aquel hombre, si un junker ó un degradado; y sin fijarme en que mis miradas le turbaban en gran manera, por ser yo para él un desconocido, continué examinando con atención su vestido y toda su persona. Sus ojos, pequeños, redondos, adormecidos, miraban con inquietud por debajo de su gorra blanca y sucia caída sobre su rostro. Una nariz gruesa é irregular, entre dos mejillas ahuecadas, hacía resaltar su flacura enfermiza y nada natural. Los labios apenas cubiertos por un bigote escaso, color de cáñamo, los movía constantemente como si estuviera ensayando siempre nuevas expresiones, sin lograr evitar empero el que se trasluciera en su rostro la expresión del temor y la precipitación. Una banda de tela verde, disimulada por la pelliza, rodeaba su cuello flaco y venoso. La pelliza era ya muy usada y corta, guarnecida de piel de perro en el cuello y en los falsos bolsillos, sus pantalones eran á cuadros color de ceniza y las botas de soldado, de cañas cortas deslustradas.

—No os molestéis,—díjele cuando, al mirarle nuevamente, saludóme quitándose la gorra.

Saludóme entonces con expresión de reconocimiento, volvió á cubrirse y sacando de su bolsillo una bolsa de piel que contenía tabaco, púsose á liar un cigarrillo.

Yo mismo, no há mucho tiempo que era junker todavía, un pobre junker indigno de ser tomado á las veras por un activo y joven camarada; yo fuí también un junker sin fortuna, he aquí porque, conociendo toda la pena moral de esa situación para un hombre joven y ambicioso, compadecía á todos los que se encontraban en idéntica posición y por esto procuraba adivinar su carácter, su mentalidad y las tendencias de su inteligencia para luego juzgar de sus sufrimientos morales. Este junker ó exhonerado, á juzgar por su inquieta mirada y por los cambios que constantemente expresaba su rostro, que había notado en él, me hacía el efecto de un hombre no necio del todo, pero muy ambicioso y por lo tanto digno de honda piedad.



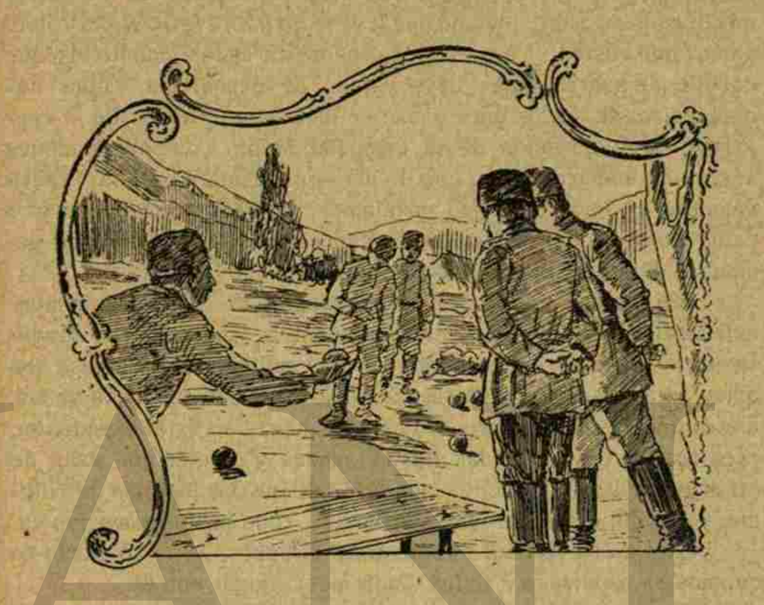
II

El capitán ayudante Sch... propuso otra partida de bolos con la condición de que los que la perdieran, además de transportar á cuestas á los vencedores, pagarían alguna botella de vino rojo, ó bien el ron, el azúcar, canela y clavos de especie para confeccionar un ponche bien fuerte, en honor de ese invierno tan frío, en nuestro destacamento. Guskantin, como de nuevo le llamó Sch..., fué invitado á tomar parte en la partida, mas antes de empezarla, luchando visiblemente entre el placer que esta invitación le produjo y un temor no definido, llamó aparte al capitán ayudante Sch... murmurando á su oído algunas frases. El bueno del capitán dióle algunos golpecitos en el vientre con su gordinflona mano, á la vez que le decía en alta voz: «Esto no es nada, padrecito, os creo bien...»

Cuando la partida hubo terminado, resultó que el menos graduado, el desconocido, la había ganado y que por lo tanto debía montar á horcajadas sobre uno de nuestros oficiales, el abanderado D... Este, abochornado, dirigióse hacia el banco y propuso al desconocido cambiar la suerte por algunos cigarrillos. Mientras tanto nosotros encargamos el ponche y en la tienda de los asistentes se oía ya á Nikita enviando á un soldado á buscar la canela y los clavos de especie, mientras que sus gruesas espaldas hinchaban la tela mal sujeta de la tienda; luego, los siete nos sentamos en los bancos y bebiendo por turno té en los tres vasos que los asistentes nos habían traído y contemplando la llanura que el cre-

púsculo empezaba á envolver, comentábamos riendo los percances del juego.

El desconocido no tomaba parte alguna en la conversación y rehusó obstinadamente el té que le ofrecí varias veces; sentado en el suelo al estilo tártaro, cortaba su tabaco menudamente y luego



hacía con él cigarrillos que se fumaba uno tras otro, no por el placer de fumarlos, seguramente, sino para tener el aire de estar ocupado. Cuando en el transcurso de la conversación mencionóse que se esperaba para el día siguiente la orden para emprender la retirada ó para atacar de frente, el desconocido levantóse sobre sus rodillas y dirigiéndose al capitán ayudante Sch... manifestóle que, al llegar él allí, venía de casa del ayudante de campo y que éste acababa de escribir la orden para efectuar la retirada el día siguiente. Tan pronto empezó á hablar, callamos todos, y, á pesar de su evidente timidez, le hicimos repetir la noticia, para nosotros tan interesante, lo que hizo añadiendo que él se *encontraba allí* y que *estaba sentado* en casa del ayudante de campo, *en la que habita,* cuando trajeron la orden.

—Tened cuidado, padrecito! Si decís verdad, entonces, iréis á la compañía á dar órdenes para mañana,—díjole el capitán ayudante.

—Pero, por qué no ha de ser así... Puede que sea de otro modo... Yo, seguramente...—contestó balbuciendo el soldado, mas súbitamente se calló y decidióse á tomar el aire de un hombre ofendido; frunciendo las cejas y con afectación murmuró algunas palabras que nadie entendió, volviendo otra vez á su tarea de hacer cigarrillos, mas ya en su petaca no había ni pizca de tabaco, y dirigiéndose á Sch... le pidió que *le prestara un cigarrillo*. Prolongamos aun bastante rato esas charlas militares tan monótonas, que conoce de sobras quien haya estado de expedición. Todos nos quejábamos todos los días y casi en idénticos términos de la enojosa y larga duración de la campaña; idénticas conversaciones acerca de nuestros jefes; uno de nuestros camaradas leía, repetidamente, el único libro que poseíamos, otro andábase quejando á cada momento de su estado, comentábamos las asombrosas ganancias de éste, las pérdidas de aquel otro...

—Ahí tenéis, querido, nuestro ayudante de campo, es hombre extraordinario,—dijo el capitán ayudante.—En el Estado Mayor siempre estaba de suerte, todos los días salía ganando, jugase con quien jugase, sumas fabulosas, y ahora, cosa extraña, hace ya dos meses que pierde siempre. No está de suerte en esta expedición, creo que ya lleva perdidas dos mil piezas y objetos por valor de otras quinientas; el lápiz ganado á Monkhine, las pistolas de Nikiline y el reloj de oro de Sadi Voronzov... todo ha desaparecido ya.

—Esto no es verdad!—contestó el teniente O...—Lo cierto es que nos ha espumado á todos, nadie puede jugar con él.

—Efectivamente, nos lo ha quitado todo; pero mientras tanto él se ha quedado en camisa,—exclamó riendo con muchas ganas el capitán ayudante.—Ved, Guskov vive con él, en su casa, y esto es lo que le hará ahora perder, no es eso, querido?—dijo dirigiéndose á Guskov.

Este echóse á reir, tenía una risa que daba pena, enfermiza, que cambiaba por completo la expresión de su rostro. Me pareció reconocer estos cambios de fisonomía, creí haber visto otra vez á este hombre; de otra parte, su verdadero nombre Guskov me era conocido, mas cuándo y en dónde le había visto, esto me fué imposible recordarlo.

—Sí,—contestó Guskov llevando sin cesar su mano al bigote y volviéndola á bajar sin tocarlo, decididamente Pablo Dmitrievitch no está de suerte en esta expedición. *Año de desgracia,*—añadió con una pronunciación francesa muy estudiada, pero á la vez muy pura, que á mí me pareció también haberla oído en algún otro sitio muy amenudo.—Conozco muy bien á Pablo Dmitrievitch y me

confía todos sus secretos; somos antiguos conocidos... es decir, él me quiere,—añadió visiblemente asustado de la categórica afirmación de su antigua amistad con el ayudante de campo.—Pablo Dmitrievitch juega admirablemente, y es muy extraño que le llegue el momento de decir: Todo se ha perdido. *La fortuna se le ha vuelto...*—dijo dirigiéndose á mí en particular.

Desde el momento en que había empezado á hablar, yo le había prestado indulgente atención, y después de esta nueva frase francesa todos benévolamente nos volvimos hacia él.

—Yo he jugado con él casi un millar de veces, y ved qué cosa más extraña,—dijo el teniente O... acentuando singularmente la palabra *extraña,*—con él nunca, jamás he logrado ganar; mientras que jugando con otros algunas veces gano.

—Pablo Dmitrievitch juega admirablemente, le conozco desde hace mucho tiempo,—respondí yo.

III

Así era en efecto; conocía al ayudante de campo desde algunos años, le había visto muchas veces tener delante de sí, en el juego, sumas fabulosas, en atención á los medios de los oficiales; admiraba su hermoso rostro, algo sombrío, pero siempre sereno, su pronunciación lenta, de la baja Rusia, sus objetos artísticos, sus hermosos caballos, su bravura y sobre todo su manera seguida, limpia y agradable de conducir el juego. Muchas veces, mirando sus manos regordetas y blancas, con el índice adornado de brillantes, barajando las cartas, me había quedado maravillado de sus anillos, de sus blancas manos y de toda su persona... y luego me sobrevenían acerca de él una avalancha de malos pensamientos; pero enseguida, razonando fríamente, me convencía de que en él había tan sólo un más inteligente y mejor jugador que todos sus compañeros, singularmente me sucedía esto cuando escuchaba sus razonamientos generales acerca del juego, los cuales no retiraba aún viendo aumentarse sus ganancias; en estos casos era cuando más hacía resaltar que la regla esencial del juego es la de jugar siempre *dinero contante*... Además, era cosa clara que, si ganaba todos los días más que otros, era debido á ser más inteligente en el juego y poseer más sangre fría que todos nosotros; el caso era que, apesar de todo esto y de su tan ponderado juego, habíalo perdido todo durante esta expedición; no sólo su dinero, si que también sus objetos de más valor, lo que constituía para un oficial la más dolorosa pérdida.

—Conmigo ha tenido siempre una suerte infernal!—exclamó el teniente O...—He formado el firme propósito de no volver á jugar más con él.

—Qué original os volvéis, mi viejo amigo,—respondióle Sch... guiñando el ojo de mi lado.—Habéis perdido trescientos, eh?

—Más,—respondió con tono enfadado el teniente.

—Vaya, la razón os vuelvo, aunque tarde, querido. Todo el mundo os conoce desde hace tiempo por el *griego* del regimiento, —contestó Sch... sin poder apenas contener la risa, contento de su salida.—Mirad, Guskov está presente, éste es el que le prepara las barajas, de ahí les viene su gran amistad, amigo!—y el bueno del capitán ayudante estalló á reir con grandes carcajadas y temblándole todo el cuerpo, hasta el extremo de verse obligado á soltar el vaso de ponche que tenía en la mano.

Una llamarada de rubor apareció en el semblante amarillo y flaco de Guskov; intentó varias veces abrir los labios, elevó su mano hacia su bigote dejándola caer de nuevo hasta la altura donde debía existir el bolsillo, levantóse, volvió á sentarse, hasta que, con voz entrecortada, dijo á Sch...:

—Esto no es más que una broma, Nikolai Ivanovitch! Decís tales cosas delante de hombres que no me conocen y me ven vestido con una pelliza usada... que parece...—su voz se veló de nuevo, y de nuevo sus pequeñas manos coloradas con uñas negruzcas se agitaron de la pelliza al rostro, tan pronto atormentando su bigote como los cabellos ó la nariz, ya frotándose los ojos ó rascándose la barba.

—Y qué? Todo el mundo lo sabe ya, querido!—continuó Sch... muy contento de sus chanzas y sin fijarse en la emoción de Guskov.

Este murmuró aun algunas frases y, con el codo derecho apoyado sobre las rodillas y la mano plegada en una posición poco natural, se quedó mirando á Sch... y apareció en su rostro una sonrisa de desprecio.

«No, pensé yo, viendo esta sonrisa, no solamente le has visto en alguna parte, sí que también le has hablado».

—Me parece que nos hemos visto ya en alguna otra parte,—díjele cuando bajo la influencia del silencio general, la risa de Sch... empezó á calmarse.

La movible fisonomía de Guskov iluminóse de pronto, sus ojos, por primera vez, con franca y alegre expresión se posaron en mí.

—Sí, sin duda, yo os he reconocido enseguida,—contestóme

en francés.—El 48 tuve el placer de encontraros muchas veces en Moscova, en casa de la señora Ivachine, mi hermana.

Excuséme de no haberle reconocido enseguida del todo, con sus nuevas apariencias.

Levantóse, acercóse á mí y con su mano húmeda, de un modo irresoluto y tímido estrechó mi mano y sentóse á mi lado; en vez de mirarme, lo que hubiera sido natural si se hubiese alegrado de verme, volvióse hacia los oficiales con una expresión de jactancia muy desagradable. Puede que por el hecho de haber reconocido yo en él un hombre á quien había visto algunos años atrás vestido de frac en un salón, ó porque estos recuerdos le engrandecieran á sus propios ojos, parecióme que su cara y sus movimientos eran del todo diferentes, pues demostraban vivacidad de espíritu, la infantil satisfacción de la conciencia de ese espíritu y una cierta negligencia despreciativa; si bien, lo confieso, á pesar de la situación miserable en que se mostraba, mi antiguo conocido no me inspiraba ninguna piedad y sí sólo un sentimiento del todo desagradable.



Recordé vivamente nuestro primer encuentro; durante el año 48 iba muy amenudo, cuando mi estancia en Moscova, á casa de Ivachine, con quien había sido condiscípulo, siendo siempre para mí un buen amigo. Su mujer era una agradable ama de casa, lo que yo llamo una mujer encantadora, mas á pesar de esto no era del todo de mi agrado... Aquel invierno, cuando trabé con ella conocimiento, hablábame muy amenudo, con mal disimulado orgullo, de su hermano que acababa de terminar los estudios; era éste, según ella, el joven más instruído y más cuidadoso de todo San Petersburgo. Conociendo de nombre al padre de Guskov, hombre muy rico y muy importante y oyendo la opinión de su hermana, trabé conocimiento con el joven Guskov con cierta prevención. Una vez, por la tarde, al ir á casa de Ivachine, encontré en ella á un joven de mediana talla, de agradable aspecto, vestido de frac negro, corbata y chaleco blancos y á quien habían omitido presentarme. El joven aquel, que evidentemente se preparaba por ir al baile, con el sombrero en la mano estaba delante de Ivachine discutiendo con calor, pero con muy buenos modos, acerca de uno de nuestros comunes amigos, que se distinguía entonces en la campaña de Hungría. El negaba el heroísmo de esa persona, negaba que fuera un hombre nacido para la guerra, como se decía, y le juzgaba solamente inteligente é instruído; recuerdo que tomé parte en la discusión en contra de Guskov, poniéndome en el extremo opuesto y probando que la inteligencia y la instrucción están en sentido inverso del valor; recuerdo como Guskov, con calma y firmeza, probóme que el valor era el resultado necesario del espíritu y de un cierto grado de su desenvolvimiento, y que yo, que me consideraba como inteligente é instruído, no podía ni en secreto consentir en lo contrario. Recuerdo que al final de nuestra discusión la señora Ivachine me presentó á su hermano, y que éste, sonriendo con inteligencia, tendióme su pequeña mano, que no había tenido el acierto de enguantar para ello, y que, como hoy, débilmente y con timidez estrechó la mía. A pesar de mis prevenciones contra Guskov tuve que hacerle justicia y ponerme de acuerdo con su hermana, reconociendo en él á un joven inteligente y amable que debía tener un buen recibimiento en el gran mundo.

Se presentaba extraordinariamente cuidadoso, elegantemente vestido, tenía las maneras osadas á la vez que modestas, su aire juvenil, casi infantil, hacían que involuntariamente se le excusase la expresión de satisfacción personal y el deseo de exteriorizar su superioridad delante de los otros y que reflejaba constantemente su rostro inteligente y hasta su sonrisa. El nos contaba que había obtenido durante aquel invierno un gran éxito entre las damas de Moscova. No sé hasta qué punto fuesen ciertos estos triunfos, á pesar de la constante expresión de bondad de su juvenil aspecto y de sus relatos llenos de vanidad; apenas nos habíamos encontrado unas seis veces, conversando largamente, si bien casi siempre era él el que hablaba, limitándome yo á escuchar.

Hablaba muy amenudo en frases, con lenguaje gracioso, lógico y pintoresco y sabía durante la común conversación interrumpir dulcemente y con urbanidad; en general, se las tenía muy tiesas con todos y conmigo, y yo, como me sucede siempre con las personas firmemente convencidas de que deben tomarlo desde muy alto conmigo y á las cuales conozco poco, dejaba que él tuviese siempre razón acerca del asunto que se discutía.

Así, pues, cuando se sentó cerca de mí y tendióme la mano encontré rediviva en él la expresión altanera de otros tiempos, pareciéndome que no obraba del todo lealmente al interrogarme negligentemente acerca de lo que yo había hecho durante aquel tiempo y el por qué de hallarme allí.

A pesar de que siempre le respondí en ruso, él me hablaba en francés, con lo que me dió ocasión de fijarme en que no se expresaba tan bien como antes en esa lengua. Acerca de sí mismo díjome que después de su triste y estúpida *historia*, de la cual y en qué consistía no me dijo nada, había estado tres meses arrestado y después enviado al Cáucaso, al regimiento de N... en el que hacía tres años era soldado.

—Vos no creeréis,—díjome en francés,—lo que he sufrido en este regimiento con la sociedad de sus oficiales. Dichosamente para mí, había conocido ya al ayudante de campo del que habéis oído hablar; éste sí que es un buen hombre,—añadió con cierta indulgencia.—Yo vivo en su casa y para mí éste es un pasable alojamiento, *en donde, querido, los días se suceden, pero no se parecen*...—de golpe se detuvo confuso y avergonzado, levantándose de su sitio al ver que este mismo ayudante de campo de quien estábamos hablando, se acercaba á nosotros.

—He sido muy dichoso en volver á encontrar á un hombre como vos...—díjome alejándose de mí.—Tengo multitud de cosas que deciros.

Yo me declaré muy contento de ello, pero conociendo que en realidad Guskov me inspiraba una conmiseración nada simpática, más bien penosa.

IV

Presentía que habría de serme algo molesto hablarle, pero á pesar de esto quería saber de él muchas cosas y sobre todo el por qué, siendo su padre tan rico, él hallábase en tal abandono á juzgar por sus vestidos y por sus maneras.

El ayudante de campo nos saludó á todos, excepto á Guskov, y se sentó á mi lado, en el mismo sitio que había ocupado aquél. Así como antes, cuando jugaba teniendo mucho dinero, siempre aparecía calmoso y lento, ahora parecía otro hombre ese Pablo Dmitrievitch de como yo le había conocido en el periodo floreciente de *sus* juegos. Ahora tenía el aire de llevar prisa, mirábanos á todos sin cesar y no pasaron cinco minutos que él mismo, que siempre rehusaba jugar, propuso una banca al teniente O... Este no aceptó la proposición, bajo pretexto de tener ocupaciones, cuando en realidad era que, sabiendo que á Pablo Dmitrievitch no le quedaba ya ni dinero ni cosa que lo valiera, no creyó prudente arriesgar sus trescientos rublos contra ciento y quizás menos, que pudiera ganar.

—Y qué, Pablo Dmitrievitch!—exclamó el teniente, que deseaba evidentemente evitar que repitiese la proposición.—Es verdad que mañana nos ponemos en marcha?

—No lo sé,—contestó Pablo Dmitrievitch.—Solamente hay la orden de prepararse; verdaderamente, sería mucho mejor que nos pusiésemos á jugar, yo pongo en el juego mi mejor caballo.

—No, hoy no; ya...

—El gris. Ea!... y si queréis dinero contante!... Amigo, vamos?

—Pues... Yo con placer jugaría, no penséis que...—dijo el teniente O... respondiendo á sus propias dudas.—Mas, puede que mañana tengamos que emprender una excursión y sería mucho mejor irnos á descansar.

El ayudante de campo se levantó y metiendo las manos en sus bolsillos, púsose á andar sin salirse del pequeño círculo que formábamos. Su rostro volvió á tomar su habitual expresión de frialdad y de un cierto orgullo que me gustaba ver en él.

—Queréis tomar un vaso de vino caliente?—preguntéle.

—Con mucho gusto,—respondió dirigiéndose hacia mí, mas Guskov apresuradamente cogió el vaso de mis manos para llevarlo al ayudante de campo, esforzándose en no mirarle.

Pero Guskov, que no se había fijado en la cuerda que sujetaba la tienda, tropezó con ella, se le escapó el vaso de las manos y cayó de bruces al suelo. Todos nos echamos á reir, hasta el mismo Guskov, que levantándose frotaba las manos sobre sus rodillas.



—Este es un oso que sale de su cueva! —exclamó el ayudante de campo.—He aquí el modo que tiene de servirme todos los días, así ha arrancado todas las estacas de la tienda, á cada momento anda tropezando.

Guskov, sin escucharle, excusóse conmigo, mirándome con triste sonrisa poco acentuada, con la que parecía decirme que yo solamente era el que podía comprenderle. Estuvo lamentable, es verdad; pero el ayudante de campo, su protector, parecía, no sé por qué, excitar aun á su compañero de vivienda y no querer dejarle tranquilo.

—No es verdad que es un mozo hábil?

—Pero, quién no tropieza con esas estacas, Pablo Dmitrievitch? —respondió Guskov.—Vos mismo anteayer tropezasteis con una de ellas.

—Yo, querido, no soy un subalterno, y por lo tanto no tengo necesidad de esa aptitud.

—El puede arrastrar los pies,—dijo en esto el capitán ayudante Sch...—y el subalterno debe saltar.

—Vaya, que es ésta una extraña broma,—murmuró Guskov bajando los ojos.

El ayudante de campo estaba evidentemente irritado contra Guskov y buscaba herirle con cualquier pretexto.

—Será necesario enviarle de nuevo al escusado...—dijo dirigiéndose á Sch... y mirando de frente al infeliz.

—Entonces, allí serán de nuevo las lágrimas!—exclamó Sch... riéndose.

Guskov ya no volvió á mirarme é hizo como si sacase tabaco de su petaca, apesar de que hacía rato que estaba completamente vacía.

—Preparaos á ir al escusado, querido,—dijo Sch... sin poder contener su risa.—Las hogueras nos han anunciado hoy que un ataque contra nuestro campo se prepara para esta noche, y será necesario que mandéis la gente con que podamos contar.

Guskov sonrió con aire indeciso, como si fuera á decir algo y, después de intentarlo varias veces, dirigió una mirada suplicante hacia Sch...

—Y qué? he ido ya otras veces, é iré de nuevo, si allí me enviáis,—balbuceó.

—Vaya, si os enviaré!

—Y bien, iré... la gran batalla!

—Sí, como en Argonne, en donde abandonasteis vuestro puesto y tirasteis el fusil,—respondió el capitán ayudante volviéndole las espaldas y poniéndose á darnos órdenes para el día siguiente.

En efecto, por la noche oyóse la fusilería del enemigo contra nuestro campo, como preparación de algún movimiento para el día siguiente.

V

Después de haber conversado un buen rato sobre cosas sin importancia, el ayudante de campo, como al azar, volvió á lanzar la idea del juego, proponiendo una pequeña partida al teniente O... Este consintió esta vez, partiendo con Sch... y el sub-teniente hacia la tienda del ayudante de campo, en donde estaba la mesa con tapete verde y un juego de cartas. El capitán comandante de nuestra división, fuese á dormir á su tienda y los demás oficiales se dispersaron también, quedando solo yo con Guskov.

Esto, á la verdad, no me satisfacía, al contrario, me disgustó altamente hallarme á solas con él; así que, involuntariamente, me levanté y me puse á pasear á lo largo de la batería. Guskov, en silencio, paseaba á mi lado, volviéndose cada vez con precipitación é inquietud para no quedarse atrás ni tampoco adelantarme.

—No os molesto, verdad?—díjome con voz triste y opaca. Como pude muy bien observar, á pesar de la obscuridad, su rostro estaba profundamente pensativo y triste.

—De ninguna manera,—contesté. Mas como él no siguió la conversación y yo no sabía qué decirle, continuamos nuestro paseo y nuestro silencio.

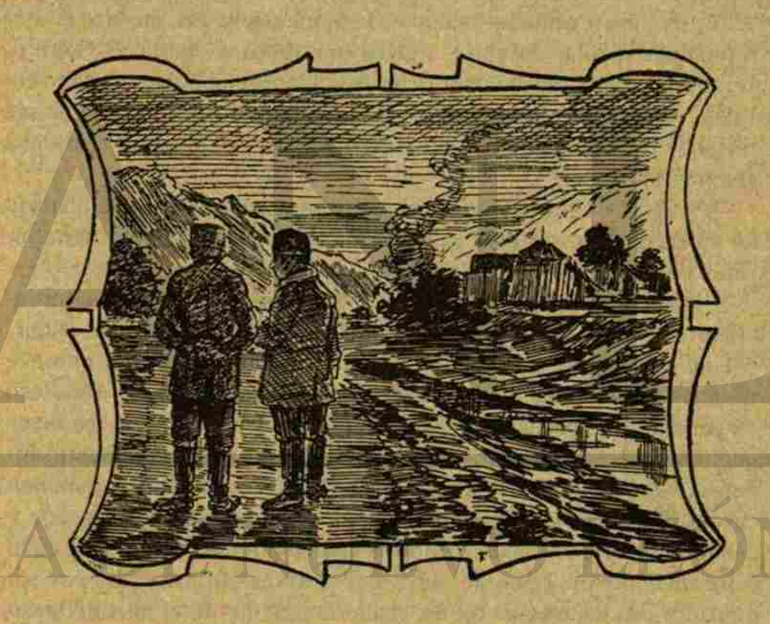
Al crepúsculo había sucedido ya la oscuridad de la noche, y por encima del negro perfil de las montañas apareció la brillante estrella del Pastor. Sobre nuestras cabezas, en el cielo azul, claro y glacial, brillaban también algunas pequeñas estrellas. De todos lados llameaban en las tinieblas las hogueras, y más allá veíanse

las tiendas grises ensombreciendo el montículo negro de nuestra batería. Cerca de la hoguera más próxima, y sentados á su alrededor, calentábanse nuestros asistentes conversando en voz baja, y al reflejo de la misma, de tiempo en tiempo, brillaba el cobre de nuestros gruesos cañones y destacábase la silueta del centinela, con el capote á la espalda, paseándose con cadencioso paso por el parapeto.

—Vos no podéis imaginaros el gran consuelo que es para mí el conversar con un hombre como vos,—me dijo Guskov, aunque no habíamos hablado nada todavía, y añadió que sólo un hombre que se encontrase en mi situación podía comprenderle.

Yo no supe qué contestarle y de nuevo nos callamos, á pesar del deseo evidente que él tenía de hablar y yo de escuchar.

—Cómo os encontráis en ese estado? Qué os ha sucedido para



sufrir tanto?—pregunté al fin, no encontrando mejor modo de iniciar la conversación.

—No habéis oído hablar nunca de esta malhadada historia de Melenin?

—Sí, un duelo, me parece; he oído hablar de ello vagamente. Hace ya mucho tiempo que estoy en el Cáucaso.

—No, no se trata de ningún duelo. Me refiero á un hecho estúpido, pero terrible, yo os lo contaré... Fué precisamente el mismo año en que os encontré en casa de mi hermana; vivía yo entonces en San Petersburgo. Esto es deciros que entonces yo ocupaba una posición en el mundo, sino muy ventajosa, á lo menos algo brillante. *Mi padre dábame diez mil rublos por año*. En 1849 prometiéronme una plaza cerca del embajador de Turín. Mi tío materno demostró que estaba dispuesto á favorecerme mucho, pero esto es un hecho sin importancia; yo era recibido en la mejor sociedad de Petersburgo, y podía aspirar á un buen matrimonio. Yo había estudiado cómo estudiamos todos en nuestras escuelas, de suerte que no poseía en manera alguna una instrucción profunda. Es verdad que había leído mucho, mas principalmente, sabéis? esa gerigonza del mundo, de modo que me encontré, sin saber cómo, uno de los jóvenes más elegantes de San Petersburgo. Y esto, que me levantaba mucho en la opinión general, me hizo trabar relaciones con la señora D... de la cual tanto se habló en San Petersburgo, pero era yo muy joven aun y apreciaba poco estas ventajas, era un simple por mi excesiva juventud. Qué es lo que me faltaba? En aquella época, en Petersburgo, ese Melenin tenía una reputación...

Y Guskov continuó en el mismo tono, contándome la historia de su desgracia, historia que no repetiré aquí porque no tiene interés alguno.

—Estuve arrestado dos meses,—prosiguió diciendo é intercalando, según su costumbre, algunas frases francesas en su discurso.—Casi siempre me hallé solo y, qué no pensaría yo durante ese tiempo! Pero, también he de deciros que cuando hubo todo eso terminado, me pareció que se habían roto para siempre los lazos que me unían al pasado, y esto me tranquilizó grandemente. Mi padre, habréis oído hablar de él sin duda, era lo que se llama un carácter de hierro, de convicciones firmes... me desheredó, y desde aquel punto quedó rota toda relación entre nosotros. Según sus convicciones, tenía de obrar necesariamente así y no le acuso de nada, fué consecuente; de manera que no dí ni un solo paso para hacerle desistir de la decisión tomada. Mi hermana se hallaba entonces en el extranjero y solamente la señora D... siguió escribiéndome siempre que pudo y hasta me ofreció su ayuda; pero ya comprenderéis que no acepté, de manera que llegué á hallarme sin ninguna de esas cosas que sirven de algún consuelo en una situación semejante: libros, ropa para mudarse, alimentos... No tenía nada, nada. Reflexioné mucho, muchísimo durante ese tiempo

y empecé á considerarlo todo con muy otros ojos. Así, los rumores y las habladurías de que era yo el objeto en San Petersburgo, siendo por mucho tiempo el motivo de conversación de la gente de mundo, ni me interesaban ni me halagaban, pareciéndome todo ello soberanamente ridículo. Yo á mí mismo me acusaba de imprudente, de culpable y de *demasiado joven*. Había destruído mi carrera y no pensaba ya sino en rehacerme una carrera nueva, comprendiendo que para lograr esto poseía suficientes fuerzas y energías. Después de la prisión sufrida, ya os he dicho que me enviaron aquí, en el Cáucaso, para servir en el regimiento de N... Creí entonces,—prosiguió, animándose cada vez más,—que aquí, la vida del campamento, los hombres sencillos, rectos y honrados con quienes viviría, la guerra, los peligros... todo eso se combinaría perfectamente con mi disposición de espíritu, y que podría comenzar en el Cáucaso una nueva vida. Me verán en la lucha, en el combate, y me amarán; se me apreciará no por mi nombre solamente, sino también por la cruz que habré ganado, por el grado de sub-oficial que sin duda mereceré, y entonces se me relevará del castigo que pesa sobre mí. Entonces, volveré á mi país, comprendéis? con el prestigio que da siempre la desgracia. Pero, qué desencanto el mío! No podéis imaginaros hasta donde me engañé! Conocéis el trato, la sociedad de los oficiales de nuestro regimiento?—En esto se calló el pobre, aguardando largo rato, según me pareció, que yo le dijese que conocía efectivamente el trato poco agradable de los oficiales de nuestro regimiento; pero no contesté nada. Me disgustó que hubiese podido suponer que yo, porque hablaba también el francés, había de hallar desagradable y fastidioso el trato con mis compañeros de armas, cuando en realidad, después de una estancia asaz prolongada en el Cáucaso, había yo aprendido á apreciar y á estimar la compañía de estos militares mil veces más que la de esa sociedad de que procedía el infeliz Guskov. Asímismo se lo quise decir, pero lo triste de su situación me contuvo.

—Pues, en el regimiento de N... el trato con los oficiales es cien veces peor que en este regimiento,—continuó, viendo que yo no le contestaba,—y creo que esto es muchísimo decir. No, no podéis imaginaros lo que es aquello! No quiero tan sólo hablar de los junkers y de los soldados, pues esto es un horror!... Primeramente, se me acogió bastante bien, es cierto; pero después, cuando vieron que yo no podía hacer sino despreciarles, comprendéis? en la pequeñez de sus ridículas relaciones; cuando vieron en mí á un hombre muy superior á ellos, entonces sintieron irritación con-

tra mí y comenzaron á vengarse haciéndome sentir esas pequeñas humillaciones... Lo que desde ese punto hube de sufrir, ni podéis siquiera imaginarlo... Luego vinieron esa serie de forzosas relaciones con el junker, con el soldado, pues yo contaba con escasísimos recursos, carecía casi de todo, no tenía sino lo poco que mi hermana me enviaba... Para que podáis formaros una idea de lo sufrido, con mi carácter, con mi orgullo, habéis de saber que escribí á mi padre, suplicándole, con las lágrimas en los ojos, que me enviase también algo. Comprendo que después de una vida como esa durante cinco años, se pueda llegar, como el degradado Dromov, á beber con los soldados y á escribir á los oficiales pidiéndoles prestados tres rublos y firmando: *tout á vous, Dromov*. Era necesario poseer un carácter como el mío para no corromperme del todo en una situación semejante.—Y continuó paseando á mi lado largo tiempo en silencio; de pronto exclamó:—Tenéis un cigarrillo?... Qué estaba diciendo?... Ah! sí. Que yo no podía soportar eso... no hablo de las molestias físicas, pues, á pesar del frío, del hambre y de toda clase de sufrimientos, yo vivía como un soldado, aunque, á decir verdad, los oficiales me tenían todavía algún respeto. Conservaba aun con ellos un cierto prestigio. Jamás me enviaron de centinela, ni me obligaron á hacer el ejercicio, lo cual no hubiera podido soportar de ningún modo. Pero, moralmente, sufría de un modo horroroso. Y, sin embargo, yo no veía á esa situación ninguna salida... Escribí á mi tío, y le supliqué que me hiciese pasar á otro regimiento que tomase al menos parte en las expediciones; supe, además, entonces que hallaría aquí á Pablo Dmitrievitch, que es el hijo del intendente de mi padre, y pensé que podía serme útil. Mi tío hizo esto por mí, y obtuve al fin mi traslado. Comparándolo con el antiguo regimiento, éste me pareció una reunión de Chambelanes; además, aquí estaba Pablo Dmitrievitch. Sabía quién era yo y fuí perfectamente recibido... Pero después he ido observando que esos hombres sin instrucción y sin desarrollo intelectual no saben, ni pueden quizás, respetar al hombre si carece de la aureola que da la fortuna ó la nobleza. Cuando han visto que, además de desgraciado, era también pobre, fueron descuidando sus relaciones conmigo y acabaron casi por despreciarme. Es una cosa horrible, pero es la pura verdad... Aquí he estado en un *fuego*, me he batido y me han visto en el combate... Pero, Dios mío! cuándo acabará esto? Pienso que no acabará nunca. Y á todo esto mis fuerzas y mis energías empiezan á agotarse... Además, yo me imaginaba la guerra y la vida del campamento de muy otra manera de cómo es... Llevando siempre sobre

las espaldas una pelliza corta y vieja y en los pies botas de soldado estropeadas, hay que ir como los demás á los sitios de escucha y pasarse toda la noche tras el margen de un torrente, en compañía de un Antonov cualquiera, un borracho tal vez, con el riesgo constante de que en el momento más impensado la bala de un montañés mate á uno de los dos... lo mismo da el uno que el otro. Para esto no hace falta valor ninguno, esto es sencillamente horroroso, pues sin la más pequeña gloria encuentra uno la muerte.

—Vamos, pero, ya ahora, después de esta expedición, tal vez recibáis el grado de sub-oficial y el año próximo podéis ser promovido á teniente,—dije, sólo por decir algo.

—Sí, es muy posible. Así al menos me lo han prometido; pero que sea todo esto antes de dos años lo veo difícil, y estos dos años serán espantosos. Si pudieseis siquiera formaros idea! Pero, es difícil imaginarse lo que es la vida con ese Pablo Dmitrievitch: las cartas, las bromas más groseras, la orgía... Queréis decir ó expresar algo que bulle en vuestra alma, nadie os comprende y aun se burlan... Si os hablan, no es para comunicaros alguna idea ó pensamiento noble, sino para hacer de vos, si pueden, un simple bufón, algo risible ó ridículo. Y en medio de tanta vulgaridad, de tanta vileza y tanta grosería, estáis forzado á sentir constantemente que no sois más que un subalterno, y sino ya cuidan ellos de que lo comprendáis así... He aquí por qué difícilmente podéis imaginaros el gran placer que siento al poder hablar, con el corazón abierto, á un hombre como vos.

Yo no sabía qué clase de hombre era yo, y por eso no supe que contestarle...



VI

Queréis la cena?—me dijo en ese momento Nikita, quien sin yo notarlo se me había acercado en medio de la oscuridad que nos envolvía, pareciéndome que estaba descontento de verme en compañía de un huésped.—Queda, en verdad, muy poca cosa... un poquito de carne trinchada...

—El capitán ha cenado ya?

—Ha cenado, y hace ya largo rato que está durmiendo,—contestó el asistente con aire sombrío, y al ordenarle que nos trajese ahí fuera algo que comer y un poco de aguardiente, murmuró descontento algunas palabras y se alejó despacio hacia la tienda. Al llegar á ella murmuró todavía no sé qué, pero al fin nos trajo una mesilla y fué colocando encima una bujía encendida, que rodeó con un cucurucho de papel para que el viento no la apagase, una pequeña cacerola, un poco de mostaza, un vasito y una botella de aguardiente. Después de haberlo arreglado todo, Nikita permaneció todavía un rato junto á nosotros, mirándonos comer y beber, lo que evidentemente era para él cosa desagradable. A la escasa claridad de la bujía atravesando el papel que rodeaba la luz, y en medio de la profunda oscuridad que nos envolvía, distinguíase apenas el tablero de la mesita entorno de la cual nos sentábamos Guskov y yo y encima de ella las pobres vituallas que eran nuestra cena; aparte de esto, apenas si veía yo el rostro de mi convidado y su corta y estropeada pelliza y sus manos pequeñas y

coloradas, con las que iba tomando y se llevaba apresuradamente á la boca buenas porciones de comida. Entorno nuestro reinaba la más profunda oscuridad, y tan sólo mirando muy fijamente podíamos distinguir los dos cañones de nuestra batería, con su elevado parapeto al pie del cual se paseaba lentamente la sombría figura del centinela, brillando un poco más lejos las humeantes hogueras



de los leñadores y por encima de nuestras cabezas el manto estrellado de la noche. Guskov, apesadumbrado y un tanto cohibido, sonreíase tímidamente como si, después de hechas sus confesiones, se sintiese avergonzado de mis miradas... Bebióse todavía otro vasito de aguardiente y frotó ávidamente con un pedazo de pan el fondo de la cacerola.

—Vamos, paréceme que ha sido todavía una suerte para vos tener amistad con el ayudante de campo. Según lo que de él he oído, es un buen hombre...—dije al fin para romper de algún modo nuestro embarazoso silencio.

—Es cierto,—contestó el infeliz degradado,—es un buen hombre, porque no puede ser otra cosa, no puede exigirse otra cosa á un hombre sin instrucción.—De pronto coloreáronse sus mejillas y exclamó:—Ya habréis observado no há mucho sus groseras bromas acerca de mi valor en los sitios de escucha...—Y Guskov, apesar de mis esfuerzos para mudar de conversación, se empeñó en justificarse á mis ojos, demostrándome que nunca había abandonado su puesto y que no era un cobarde, como habían querido dar á entender, con sus bromas, el ayudante de campo y el capitán Sch...

—Según yo os he dicho,—concluyó frotándose las manos en la propia pelliza,—gentes así no saben, no pueden mostrarse un poco atentos con un hombre, con un soldado que no tiene ningún dinero; está eso muy por encima de sus fuerzas. Y como además, sin que sepa por qué, durante esos últimos cinco meses no he recibido nada de mi hermana, observo que se muestra todavía más groseramente conmigo. Esta corta pelliza que compré á un soldado, y que no me calienta nada, pues ya veis que está muy echada á perder, no les inspira ni lástima ni respeto siquiera por la desgracia. Cuánta mayor sea mi miseria, y ahora ya no tengo nada que comer si no es el rancho, ni ropa con que vestirme;—dijo ruborizándose y poniéndose otro vasito de aguardiente,—menos todavía pensará en ofrecerme algún dinero, aún sabiendo de sobras que se lo he de devolver. Lo que él quiere es que sea yo quien se lo pida, y esto, en mi situación, ya comprenderéis que me rebaja mucho á sus ojos. A vos puedo hablaros con toda franqueza, pues ya sé que vos estáis muy por encima de todo eso... Querido, no tengo un *kopek!* Y ved,—añadió, fijando su mirada en mi rostro con profunda desolación,—he de confesaros que me hallo en una situación por demás difícil... Podéis prestarme diez rublos de plata? Mi hermana ha de mandarme dinero con este próximo correo, y además mi padre...

—Oh! con mucho gusto!—dije, cuando en realidad me hallaba también yo en situación angustiosa, y singularmente despechado porque el día antes había perdido bastante en el juego y no me quedaban más que cinco rublos y algunos *kopeks* en manos de Nikita.—Ahora mismo...—añadí levantándome.—Dejad que vaya á buscarlos á mi tienda.

—No, ya iréis luego, no os molestéis ahora.

Pero yo, sin escucharle, corrí á la tienda donde tenía mi cama y en la cual vivía también el capitán ayudante.

—Alexei Ivanitch, prestadme diez rublos hasta fin de mes, si podéis buenamente hacerlo,—dije al capitán despertándole.

—Cómo! Habéis perdido otra vez? Ayer dijisteis que ya no jugaríais más,—dijo el capitán, con muestras de querer dormirse otra vez.

—No, si no he jugado; pero los necesito enseguida. Dádmelos si podéis.

—Makatuk!—gritó entonces el capitán á su asistente.—Toma la cajita y traémela...

—Más bajo! más bajo!—dije, oyendo ya cerca de la tienda el acompasado andar de Guskov.

—Por qué más bajo, vamos á ver?

—El degradado Guskov es quien me ha pedido que se los prestara, y está ahí detrás...

—Ah! si lo hubiese yo sabido!... No os diera nada, nada... Dicen que es un famosísimo gandul.

Apesar de todo, dióme el capitán el dinero, ordenó al asistente que escondiese bien otra vez la cajita, que cerrase la tienda, y metiendo de nuevo la cabeza debajo del cobertor, fué repitiendo aun: Ah! si lo hubiese sabido!... No os diera nada, nada... Ahora, recordadlo bien, tenéis ya treinta y dos rublos en vuestra cuenta...



VII

Cuando salí de la tienda, Guskov se paseaba á lo largo de los bancos, y su pequeña figura, con las piernas arqueadas y con su gorro blanco ya muy usado se destacaba toda entera al pasar por delante de la luz de la bujía y luego se perdía del todo entre las sombras, para volver á aparecer de nuevo. Hizo como si ni se percatase siquiera de mi llegada, y plantándome delante de él le entregué el dinero... Lo tomó con cierta indiferencia, me dió las gracias, y arrollando los billetes los deslizó en el bolsillo del pantalón.

—Ahora, en la tienda de Pablo Dmitrievitch, sin duda, el juego estará ya caliente...—exclamó de pronto.

—Así lo creo también.

—Juega de un modo muy singular ese hombre... siempre de revés y sin doblar nunca. En cuanto á suerte, verdad que tiene mucha; pero, de todos modos, cuando se le vuelve á uno de espaldas, puede perder horrorosamente... Probado queda, pues en la presente expedición, contando también los objetos de valor, ha perdido ya más de mil quinientos rublos, y eso que jugó siempre con mucha prudencia... apesar de que vuestros compañeros pareció que dudaban no há mucho de su honradez.

—Nada de eso, fué una pura broma... Nikita, queda vino todavía?—dije de pronto para detener la habladuría de Guskov. Nikita murmuró otra vez, pero nos trajo una botella de vino, y de nuevo se quedó mirando con honda cólera como Guskov vaciaba con

gran avidez su vaso. Poco á poco fué tomando Guskov los aires desenvueltos de otros tiempos; yo bien quería que se marchase enseguida, pero él se retrasaba sin atreverse sin duda á irse para que no se dijese que lo hacía apenas recibido el dinero. No sabiendo ya qué decir, yo me callé.

—Cómo os habéis decidido, sin necesidad ninguna, por gusto solamente, á servir en el Cáucaso? He aquí una cosa que yo no comprendo.

Entonces traté de justificar, lo mejor que supe, una conducta que le parecía á él tan extraña.

—Pienso que también para vos ha de ser muy fastidiosa la sociedad de hombres como esos, sin instrucción ninguna. Seguramente que no podéis llegar á entenderos nunca. Fuera del juego, del vino, y de las habladurías sobre expediciones y recompensas, no oiréis seguramente hablar de ninguna otra cosa, ni aún viviendo aquí diez años.

Su empeño en ponerme en una situación semejante á la suya, me era en extremo desagradable, y movido por este sentimiento le afirmé, sin ser verdad del todo, que me gustaba mucho el juego, que era el vino mi pasión y que no sabía hablar sino de expediciones y de recompensas, sin desear en manera alguna tener camaradas mejores de los que tenía allí.

Pero, Guskov se empeñó también en no creerme.

—Esto lo decís... por decirlo,—exclamó.—Y la falta de mujeres, es decir, de mujeres *comme il faut*, no es también una crudelísima privación para un hombre como vos? No sé lo que daría por poderme hallar en estos momentos en un salón del gran mundo, aunque fuese por un solo minuto y, por el agujero de una cerradura, poder contemplar una mujer hermosa.

Se calló en esto y se bebió aun otro vaso de vino.

—Ah! Dios mío!... Puede que volvamos á hallarnos algún día en Petersburgo, en la buena sociedad, pudiendo conversar con hombres y con mujeres instruídos.—Vació en su vaso el vino que quedaba en la botella, se lo bebió y dijo:—Ah! perdonadme, tal vez queríais beber vos también... Soy un terrible distraído; no obstante, paréceme que he bebido ya demasiado... no me siento la cabeza muy fuerte. En otros tiempos, cuando vivía en Morskaia, en la planta baja de una buena casa, tenía soberbias habitaciones y magníficos muebles, y en verdad podía tener espléndidamente arreglada la casa sin enormes dispendios, comprendéis? pues mi padre me daba porcelanas, plantas, objetos de rica orfevrería... Por la mañana salía á hacer mis visitas; á las cinco, con toda re-

gularidad, iba á comer en *su* casa, en donde la hallaba casi siempre sola. Hay que confesar que era una mujer encantadora... No la conocisteis?... De veras?

—No la conocí.

—Comprendéis?... poseía la gracia feminina en el más alto grado! Era de un natural tiernísimo... y *sabía* amar! Oh! Dios mío! Entonces no supe apreciar lo que valía ese tesoro! Muchas veces, al salir del teatro, volvíamos á casa para cenar los dos juntos. Con ella no había miedo de aburrirse, siempre alegre, siempre amorosa. Sí, no supe comprender entonces la extraordinaria felicidad que hallaba en ella, y aún he de acusarme de haberla hecho sufrir alguna vez, de haber sido cruel... Oh! qué tiempos aquellos!... Os canso tal vez?

—No, de ningún modo.

—Entonces, voy á contaros nuestras entrevistas... Pues bien, llego, paso la puerta, subo la escalera, esa escalera que conozco yo tan bien, pues cada uno de sus peldaños me es familiar, luego levanto el pestillo, entro en la antesala, enseguida en *su* cámara... No, esto ya no será nunca más, nunca más! Me escribe también aquí, y puedo enseñaros sus cartas... Pero yo no soy ya el mismo, estoy perdido enteramente, no merezco su amor. Sí, estoy perdido para siempre, para siempre. Ya no me queda ni energía, ni orgullo, ni nada... Ni nobleza de espíritu! Estoy perdido, irremisiblemente perdido. Y nadie en el mundo podrá comprender jamás mis sufrimientos; todo el mundo me mira con indiferencia... Soy un hombre perdido. Y no podré levantarme jamás, jamás... pues estoy moralmente hundido en el fango...

En este momento expresaba la entonación de su voz una desesperación sincera y profunda; no me miraba siquiera, y sentado como estaba se quedó largo rato inmóvil.

—Por qué tan desesperado?—le dije.

—Porque soy un miserable; esta vida me ha destruído. Todo lo que había en mí, todo ha muerto. Yo sufro ahora, pero no con orgullo, sino con bajeza. Ya no tengo *dignidad en el infortunio*... Me humillan sin cesar, lo sufro todo, me adelanto á las humillaciones. Este fango ha caído todo sobre mí, me he vuelto grosero, he olvidado lo que sabía... ya ni puedo hablar francés, me siento vil y despreciable. Yo no puedo moverme en ese centro, no, no puedo. Sería quizás un héroe si me diesen un regimiento, unas charreteras, unas trompetas; pero ir al lado de un salvaje, de un Antón Budarenko cualquiera... y ver que entre él y yo no hay ninguna diferencia, que igual le pueden matar á él que á mí, pen-

sar eso me anonada. Comprended hasta qué punto es terrible el pensar que un andrajoso cualquiera me puede matar, á mí, á un hombre que piensa y sufre, y que sería igual que matar á Antonov, una criatura que no se distingue en nada de un animal, y que muy bien pudiera suceder que me matasen á mí y no á Antonov, como pasa siempre, *una fatalidad*, con todo lo que es superior y bueno. Ya sé que me llaman cobarde; bueno, soy cobarde, soy en efecto un cobarde, y no puedo dejar de serlo. Eso es poco, pues, según ellos, soy además un mendigante, un hombre abyecto... Ya veis, ahora mismo acabo de pediros dinero, y por tanto tenéis ya el derecho de despreciarme. No lo quiero ya, tomad vuestro dinero,—y me alargó los arrugados billetes.—Yo quiero que vos podáis estimarme.—Escondió su rostro entre las manos y se puso á llorar; yo no sabía ni qué hacer ni qué decir.

—Pero, calmaos,—hice yo.—Sois demasiado sensible. No toméis las cosas tan á pechos, analizaos menos, contemplad la vida más simplemente. Vos mismo decís que tenéis cierto carácter, pues, bien, reportaos. No os quedará ya mucho que sufrir...

Pero todo esto lo dije confusamente, emocionado en el fondo de mi alma, lleno de lástima y arrepentido de haberme permitido poco há pensar mal de un hombre tan profundamente desgraciado y tan sinceramente expansivo.

—Sí,—prosiguió diciendo,—si desde que me hallo hundido en este infierno hubiese podido siquiera escuchar palabras de compasión, de consejo, de amistad, como las que acabáis de pronunciar, tal vez lo hubiese podido soportar todo con serenidad de ánimo, y hubiera podido ser aun un buen soldado. Mas, ahora, es horrible!... Cuando razono fríamente deseo la muerte, el aniquilamiento, pues, cómo puedo yo amar la vida sintiéndome irremisiblemente perdido para todo lo bueno que hay en el mundo! Y sin embargo, apenas apunta el más ligero peligro, empiezo á adorar, á pesar mío, esa vida llena de bajezas y de miserias, deseando conservarla como si fuese algo precioso y grande... No puedo vencerme... Es decir, sí puedo,—continuó después de un corto silencio,—sí puedo, pero son precisos demasiado esfuerzo y demasiada voluntad cuando estoy solo. Con los demás, en las condiciones ordinarias, cuando se marcha al combate, entonces sí soy valiente, tengo dadas pruebas, pues tengo amor propio, soy orgulloso, es mi defecto, y delante de los demás... Dejadme permanecer á vuestro lado, dejadme dormir en vuestra tienda, pues en la del ayudante se jugará toda la noche; con un rincón en el suelo tengo bastante.

Mientras Nikita arreglaba mi lecho, de nuevo emprendimos nosotros el paseo á lo largo de la batería, enmedio de la oscuridad.

Ciertamente que la cabeza de Guskov no debía ser muy firme, pues con sólo haber bebido dos vasitos de aguardiente y dos de vino empezaba ya á tambalearse. Cuando nos alejamos de la luz observé que, tratando de que no le viera, deslizó disimuladamente en el bolsillo del pantalón los billetes que había conservado en la mano durante la última parte de nuestra conversación. Y continuó todavía hablando, diciéndome que creía posible poder rehabilitarse aun si tenía á su lado un hombre como yo, que sentía conmiseración por sus desgracias.

VIII

Nos dirigíamos ya hacia la tienda para irnos á dormir, cuando de pronto una bala pasó silbando por encima de nuestras cabezas, cayendo no muy lejos de donde estábamos. Era una cosa tan insólita, tan extravagante, enmedio de ese campamento que tranquilamente dormía, enmedio de nuestra conversación apacible, ver llegar, Dios sabe de dónde, y caer junto á nosotros esa bala insólita, que largo tiempo permanecí sin saber darme cuenta de la cosa. El soldado Andrev, que estaba de centinela en la batería, se me acercó diciendo:

—Han visto nuestros fuegos!

—Es preciso despertar al capitán,—dije, y al propio tiempo miré á Guskov.

Se hallaba de pie, pero tan encorvado que casi tocaba con la cabeza el suelo, murmurando:

—Es... es... el... enemi... Es... es muy... chocan... te...

No dijo nada más, y no sé cómo ni por dónde desapareció inmediatamente. En la tienda del capitán encendieron una luz, y se escuchó enseguida su tos habitual, que le daba siempre al levantarse; poco tardó en salir de la tienda, pidiendo lumbre para su pipa.

—Qué pasa hoy, padrecito, que no queréis dejarme dormir?—dijo sonriendo.—Tan pronto sois vos con vuestro degradado Guskov, tan pronto esos malditos montañeses. Qué hacemos, ahora? Contestaremos á su fuego, ó no? En la orden del día no había nada que se refiriese á eso...

Mientras Nikita arreglaba mi lecho, de nuevo emprendimos nosotros el paseo á lo largo de la batería, enmedio de la oscuridad.

Ciertamente que la cabeza de Guskov no debía ser muy firme, pues con sólo haber bebido dos vasitos de aguardiente y dos de vino empezaba ya á tambalearse. Cuando nos alejamos de la luz observé que, tratando de que no le viera, deslizó disimuladamente en el bolsillo del pantalón los billetes que había conservado en la mano durante la última parte de nuestra conversación. Y continuó todavía hablando, diciéndome que creía posible poder rehabilitarse aun si tenía á su lado un hombre como yo, que sentía conmiseración por sus desgracias.

VIII

Nos dirigíamos ya hacia la tienda para irnos á dormir, cuando de pronto una bala pasó silbando por encima de nuestras cabezas, cayendo no muy lejos de donde estábamos. Era una cosa tan insólita, tan extravagante, enmedio de ese campamento que tranquilamente dormía, enmedio de nuestra conversación apacible, ver llegar, Dios sabe de dónde, y caer junto á nosotros esa bala insólita, que largo tiempo permanecí sin saber darme cuenta de la cosa. El soldado Andrev, que estaba de centinela en la batería, se me acercó diciendo:

—Han visto nuestros fuegos!

—Es preciso despertar al capitán,—dije, y al propio tiempo miré á Guskov.

Se hallaba de pie, pero tan encorvado que casi tocaba con la cabeza el suelo, murmurando:

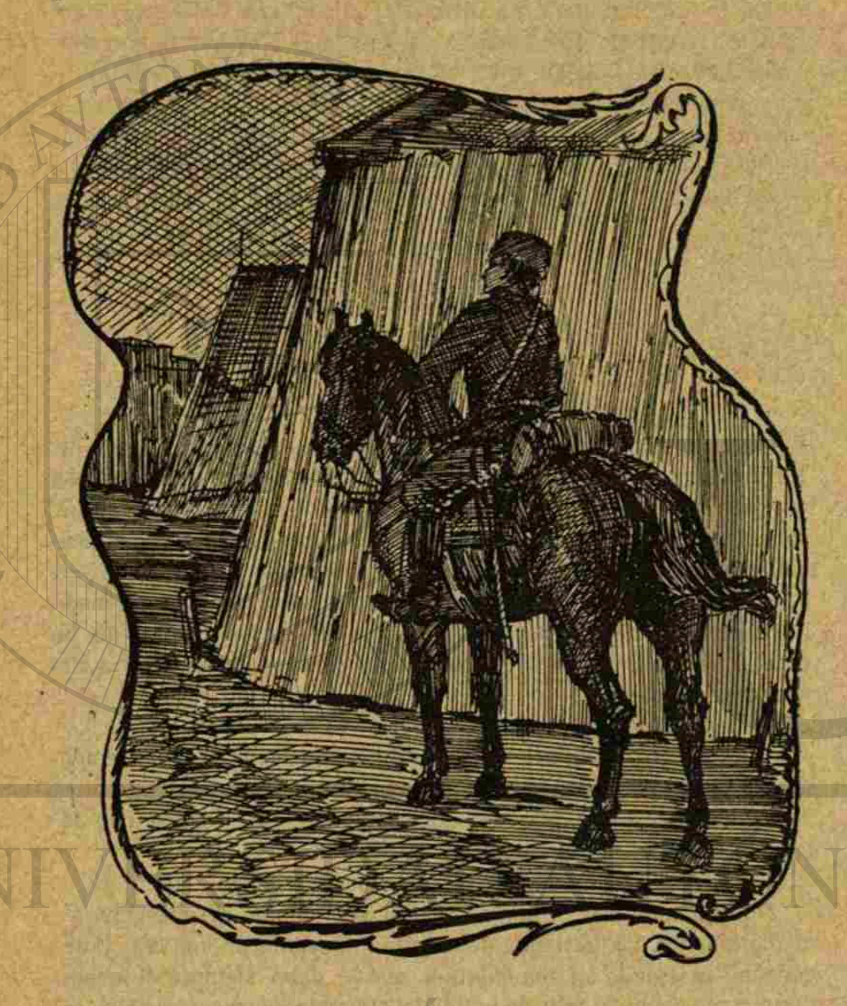
—Es... es... el... enemi... Es... es muy... chocan... te...

No dijo nada más, y no sé cómo ni por dónde desapareció inmediatamente. En la tienda del capitán encendieron una luz, y se escuchó enseguida su tos habitual, que le daba siempre al levantarse; poco tardó en salir de la tienda, pidiendo lumbre para su pipa.

—Qué pasa hoy, padrecito, que no queréis dejarme dormir?—dijo sonriendo.—Tan pronto sois vos con vuestro degradado Guskov, tan pronto esos malditos montañeses. Qué hacemos, ahora? Contestaremos á su fuego, ó no? En la orden del día no había nada que se refiriese á eso...

—Nada, en efecto... Pero, vedlo, tiran con sus dos cañones.

Efectivamente, allá lejos, enmedio de la oscuridad, se inflamaron á la vez dos fuegos, brillando como si fueran dos ojos, y enseguida volaron por encima de nuestras cabezas dos nuevos proyectiles, produciendo su característico silbido. Algunos soldados fueron saliendo de las tiendas vecinas, y por todos lados se oían toses, grandes estornudos y conversaciones á media voz.



—Oid, va silbando lo mismo que un ruiseñor,—hacía observar un artillero.

—Llamad á Nikita,—dijo el capitán con su sonrisa acostumbrada.—Nikita, no te escondas, hijo, ven aquí á escuchar el ruiseñor de las montañas.

—Cómo, Nobleza, aquí estoy!—dijo Nikita que, en efecto, estaba junto al capitán, de pie y sereno.—Yo los conozco ya á esos ruiseñores, y no me dan miedo ninguno... No puede decir lo mismo, sin duda, el huésped que esta noche se ha bebido vuestro vino, pues apenas ha oído el primer canto se ha largado muy finamente... Se arrastraba por el suelo como una pelota y se ha metido en un rincón arrollado como un animalucho...

—Será preciso llamar al jefe de la división,—dijo el capitán dirigiéndose á mí con aire de autoridad.—Es preciso preguntarle si hemos de tirar, si hemos de responder á su fuego ó no... Hacedme el favor de ir vos mismo... Ensillad el caballo, siempre iréis más aprisa... tomad, si queréis, el mío...

Cinco minutos después estaba ya montado y salía á escape hacia la tienda del jefe de artillería.

—No olvidéis la palabra del santo y seña: *Timón,*—murmuró el capitán á mi oído, puntual en todas sus cosas,—de otro modo no podríais pasar la línea.

Estaba lejos como una media versta el alojamiento del jefe deartillería, y todo el camino se deslizaba por enmedio de las tiendas.

Así que me alejé un poquito se me hizo oscuro de tal modo que no veía ni las orejas de mi caballo, solamente distinguía el resplandor de las hogueras, que tan pronto me parecía que las tenía cerca como las veía lejos. Iba avanzando gracias á que le dejé las riendas sueltas al caballo, y empecé á distinguir las blancas tiendas cuadrangulares, y poco después la ancha raya negra de la carretera. Al cabo de media hora, después de haber preguntado tres veces por el camino, de engancharme dos veces en los palos de las tiendas, lo que me valía no pocas invectivas, y de haberme dado dos veces el «alto» los centinelas, llegué junto al jefe de artillería. En el trayecto oí todavía dos cañonazos tirados contra nuestro campo, pero las granadas no llegaban á donde estaba el Estado Mayor. El jefe de artillería dió orden de no responder á los disparos del enemigo, y sobre todo, habiendo éste parado el fuego; volví á pie por enmedio de las tiendas, teniendo el caballo por la brida. Diferentes veces me detuve delante de las tiendas aun alumbradas de los soldados, y oí ya la narración de un cuento hecha por un «hablador», ya la lectura de algún libro por un «letrado» al que escuchaba toda la sección reunida en la tienda, interrumpiéndole

de vez en cuando con alguna observación, ó ya simplemente relatos sobre las expediciones, sobre el país natal, sobre los jefes.

Pasando junto á una de las tiendas del tercer batallón, oí la voz de Guskov que hablaba muy alegremente y sin denotar inquietud. Algunas voces, alegres también, pero que no eran de soldados, le contestaban. Evidentemente aquélla era una tienda de junkers ó de sargentos mayores; entonces me detuve.

—Le conozco desde hace mucho tiempo,—decía Guskov.—Cuando yo habitaba en San Petersburgo, muy amenudo venía á mi casa y yo iba á la suya. Frecuentábamos entonces la alta sociedad.

—De quién hablas?—preguntó una voz muy avinada.

—Del príncipe,—dijo Guskov.—Somos parientes y además antiguos amigos. Ya sabéis que vale mucho tal amistad. Es riquísimo, para él cien rublos son una bagatela. Le he pedido un poco de dinero, mientras me lo manda mi hermana.

—Bueno, pues, manda á buscar...

—Enseguida. Savelitch!—dijo Guskov avanzando hacia la entrada de la tienda.—Aquí tienes diez rublos, ve á la cantina y que te den dos botellas de vino y... qué más, señores? Decid vosotros...

Y Guskov, balanceándose, los cabellos en desorden, sin gorro, salió de la tienda. Apartando la punta de su capote, y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón gris, paróse en el umbral. Aunque yo estaba en la sombra y él en la luz, temí que pudiera verme y, tratando de no hacer ruído, me alejé.

—Quién va?—gritó con voz avinada Guskov.

Sin duda el frío le hacía subir el vino á la cabeza.

—Quién demonio anda á caballo por ahí.

Yo no contesté y en silencio seguí mi camino.

Tres muertos

1859

de vez en cuando con alguna observación, ó ya simplemente relatos sobre las expediciones, sobre el país natal, sobre los jefes.

Pasando junto á una de las tiendas del tercer batallón, oí la voz de Guskov que hablaba muy alegremente y sin denotar inquietud. Algunas voces, alegres también, pero que no eran de soldados, le contestaban. Evidentemente aquélla era una tienda de junkers ó de sargentos mayores; entonces me detuve.

—Le conozco desde hace mucho tiempo,—decía Guskov.—Cuando yo habitaba en San Petersburgo, muy amenudo venía á mi casa y yo iba á la suya. Frecuentábamos entonces la alta sociedad.

—De quién hablas?—preguntó una voz muy avinada.

—Del príncipe,—dijo Guskov.—Somos parientes y además antiguos amigos. Ya sabéis que vale mucho tal amistad. Es riquísimo, para él cien rublos son una bagatela. Le he pedido un poco de dinero, mientras me lo manda mi hermana.

—Bueno, pues, manda á buscar...

—Enseguida. Savelitch!—dijo Guskov avanzando hacia la entrada de la tienda.—Aquí tienes diez rublos, ve á la cantina y que te den dos botellas de vino y... qué más, señores? Decid vosotros...

Y Guskov, balanceándose, los cabellos en desorden, sin gorro, salió de la tienda. Apartando la punta de su capote, y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón gris, paróse en el umbral. Aunque yo estaba en la sombra y él en la luz, temí que pudiera verme y, tratando de no hacer ruído, me alejé.

—Quién va?—gritó con voz avinada Guskov.

Sin duda el frío le hacía subir el vino á la cabeza.

—Quién demonio anda á caballo por ahí.

Yo no contesté y en silencio seguí mi camino.

Tres muertos

1859





I

Era el otoño. Dos carruajes rodaban rápidamente por la carretera. En el primero de éstos iban dos mujeres, una de ellas, la que á juzgar por las apariencias era la señora, estaba muy pálida y era delgada; la otra, que parecía la doncella, era de sanos colores y gruesa; algunos cabellos cortos y lacios le salían por debajo del sombrero ya viejo, los cuales procuraba arreglar con rápido movimiento con sus coloradas y relucientes manos; envuelto en una manta escocesa su robusto seno, todo en ella denotaba salud. A través de los cristales contemplaba los campos como huían de su vista ó posaba tímidamente sus negros ojos sobre la señora, dando de vez en cuando una ojeada inquieta al fondo del coche.

Colocado delante de ella balanceábase el sombrero de su señora al que estaba atado un velillo finísimo. Llevaba en la falda un perrito, y apoyaba sus piernas sobre las cajas que llenaban el vehículo, llevando con ellas el compás al unísono con el ruído que producían los cristales y el incesante movimiento del carruaje.

Con las manos cruzadas y los ojos cerrados reclinábase débilmente la señora sobre los almohadones dispuestos detrás de ella. Tenía fruncidas las cejas, molestándola de vez en cuando una tos muy pertinaz y seca.

Llevaba en la cabeza un gorro de noche blanco, envolviendo su blanquísimo y delicado cuello con un fino pañuelo azul. Dividía

sus rubios y aplanados cabellos, una raya muy recta que iba á perderse debajo del gorro, la cual dábale un aspecto de frialdad y de muerte.

Apesar de su amarillento y ajado cutis, distinguíanse aun los rasgos finos y bellos de su cara, reflejándose en sus mejillas un suave color carmín. Tenía los labios secos, y agitados, las cejas muy claras y rectas. Su capa de viaje formaba rígidos pliegues sobre su hundido pecho. Aunque sus ojos continuaban cerrados, se notaba en la cara de la enferma una expresión de profundo dolor y de sufrimiento continuado.



El criado dormitaba apoyado en su asiento. El postillón gritaba y fustigaba los caballos bañados en sudor, volviéndose de vez en cuando hacia el que guiaba el segundo coche. Las anchas paralelas que marcaban las ruedas sobre el barro del camino iban alargándose rápidamente hasta perderse en lontananza. El cielo estaba ceniciento. Una neblina húmeda y fría iba posándose sobre los campos y los caminos. En el coche, el aire impregnado de agua de Colonia y polvo de la carretera, se hacía sofocante.

La enferma volvió la cabeza y lentamente abrió los ojos. Los tenía muy negros y brillábanle con intensidad.

—Todavía no?—dijo, apartando nerviosamente con su delgada y preciosa mano la capa de su doncella que le rozaba ligeramente la pierna, haciendo al propio tiempo una imperceptible mueca de dolor. Matriocha recogió la capa con las dos manos y fué á sentarse un poco más lejos; su fresca cara coloreóse aun más.

Los oscuros y hermosos ojos de la enferma iban siguiendo atentamente todos los movimientos de la doncella.

La señora apoyó sus manos contra el asiento á fin de poderse levantar para sentarse un poco más arriba, pero las fuerzas le faltaron. Torció entonces la boca y su cara tomó una expresión de ironía profunda y de impotencia. «Si tú me ayudaras... No, no hace falta! Ya voy bien así. Ten cuidado no me vayas á echar encima todos esos sacos... Preferible es que no me toques, pues no me has comprendido.

Cerró la señora los ojos y levantando luego rápidamente los párpados miró á su doncella. Matriocha mordíase sus labios rojos mientras contemplaba á su señora. Un hondo suspiro escapóse del pecho de la enferma, suspiro que antes de terminar transformóse en un acceso de tos. Se revolvía toda mientras apretaba contra el pecho sus crispadas manos; al cesar la tos cerró los ojos, manteniéndose inmóvil. En esto los dos coches llegaban al pueblo.

Matriocha sacó su gruesa mano del mantón en que la llevaba envuelta y se persignó.

—Qué es eso?—preguntóle la señora.

—Es la parada, señora.

—Que por qué te persignas, te pregunto.

—Señora, porque estamos delante de la Iglesia.

La enferma volvióse del lado de la portezuela y lentamente fué persignándose mientras contemplaba la alta iglesia del pueblo, á la que iba contorneando el coche.

Los dos carruajes detuviéronse juntos cerca de la parada.

De la carretela, bajaron el marido de la señora y el doctor. Ambos acercáronse al otro coche.

—Cómo os encontráis?—preguntóle el doctor, mientras le tomaba el pulso.

—Cómo sigues? estás mejor?—le preguntó en francés el marido.—No quieres salir?

Matriocha arreglaba mientras tanto los paquetes en un rincón del coche para no estorbar la conversación.

—Igual... siempre igual; pero no quiero salir,—respondió la enferma.

El marido quedóse un instante cerca del coche, el cual entró luego en la posta. Matriocha saltó del carruaje, corriendo por el fango con la punta de los pies hasta la puerta cochera.

—No es una razón que vos no almorcéis porque yo esté enferma,—díjole al doctor que estaba cerca de la portezuela, dejando asomar á sus labios una débil sonrisa.

«Ninguno de los dos se interesa por mí», se dijo, mientras el doctor se alejaba atravesando rápidamente el patio de la parada. «Lo único que les importa es ir ellos bien, de lo demás no se preocupan; oh, Dios mío!»

—Bueno! Eduardo Ivanovitch,—dijo el marido, alcanzando al doctor, y frotándose las manos, con una sonrisa alegre.—He dado orden de que nos traigan algo que comer, qué os parece?

—Muy bien,—respondió el doctor.

—Y ella, cómo sigue?—preguntóle en voz baja el marido mientras dejaba escapar un suspiro al mismo tiempo que levantaba las cejas.

—Ya os dije, que era imposible que pudiese soportar un viaje á Italia, y ahora, Dios quiera que pueda llegar hasta Moscou... sobre todo con este tiempo!

—Pero, qué es lo que vamos á hacer? Ah, Dios mío! Dios mío! —exclamó el marido, ocultándose la cara entre las manos...

—Trae acá,—díjole al criado que traía la comida.

—Lo que debíamos haber hecho, era quedarnos,—dijo el doctor, encogiéndose de hombros.

—Pero, qué es lo que yo podía hacer?—replicó el marido.—Hice todo lo posible por retenerla, le puse de manifiesto nuestra situación, la imposibilidad de dejar nuestros hijos solos en casa, el abandono en que quedan nuestros negocios... todo ha sido inútil. Quiere pasar la vida en el extranjero, tiene echados sus cálculos para el porvenir... igual que si estuviera rebosando salud; revelarle en estos momentos su situación sería matarla.

—No debéis ignorar que está perdida, Vassili Dmitrievitch. Sin pulmones el hombre no puede vivir y éstos no se rehacen; es muy triste, yo lo comprendo; pero, qué le vamos á hacer? Vuestro deber, que es también el mío, no es otro que el de consolar y hacerle pasar felices los últimos días de su existencia. Sería necesario avisar á un confesor.

—Ah, Dios mío! No comprendéis cuál será mi situación, si me veo en el caso de recordarle los deberes supremos. Suceda lo que suceda, yo no le hablaré nunca de tal cosa... Es tan buena!

—De todas maneras, probad de convencerla para ver si podemos aplazar el viaje hasta pasado el invierno, pues de lo contrario puede muy bien sucedernos una desgracia en el camino, —dijo el doctor con un tono imponente mientras movía la cabeza.

. . . .

—Axucha! Axucha!—gritaba con voz aguda la hija del dueño de la posta, poniéndose un pañuelo en la cabeza y corriendo por

las sucias gradas de la escalera de servicio.—Vamos á ver á la señora de Chirkino, dicen que se la van á llevar al extranjero para que se cure del pecho. Yo no he visto nunca ningún tísico!

Axucha dió un salto y cogidas de las manos salieron corriendo hasta llegar á la puerta cochera. Aflojaron el paso y pasaron por



delante del coche mirando por el cristal de la ventanilla. La enferma, que estaba de cara, al ver á las curiosas, volvióse del otro lado frunciendo las cejas.

—Madre mía!—dijo la hija del dueño de la parada volviendo rápidamente la cabeza.—Cómo ha cambiado! tan hermosa como era antes! Parece mentira. Has visto, has visto, Axucha?

—Ya lo creo que la he visto, y qué delgada está!—afirmó ésta.

—Vamos como aquel que se dirige hacia el pozo, y la veremos otra vez. Ves, no quiere volverse de cara, pero, sea como quiera, ya la he visto. Esto sí que es triste, Axucha!

—Cuánto barro!—dijo Axucha; y las dos franquearon corriendo la puerta cochera.

«Sin duda estaré desfigurada,—díjose la enferma.—Pronto, oh! lo antes posible al extranjero! Allí rápidamente me pondré del todo buena».

. . . .

—Vamos, cómo te encuentras, querida?—preguntóle el marido acercándose al coche, mientras iba masticando todavía.

«Siempre la misma pregunta,—pensó la enferma,—pero él bien come».

—Bien,—dijo entre dientes.

—Sabes, amiga mía, que temo que el camino te fatigue demasiado, y Eduardo Ivanovitch es de mi mismo parecer. No sería muchísimo mejor que nos volviésemos?

Ella se calló, muy irritada.

—El tiempo cambiará, los caminos estarán en mejores condiciones, y tú también irás ya mucho mejor.

—Dispénsame. Pero si no te hubiese hecho antes caso, hace mucho tiempo estaría ya en Berlín del todo restablecida.

—Pero, no lo ves, ángel mío?... Es imposible, tú bien lo sabes, y si quisieras esperar un mes, estarías mejor, yo concluiría mis negocios y nos llevaríamos á nuestros hijos.

—Nuestros hijos están buenos, yo no lo estoy.

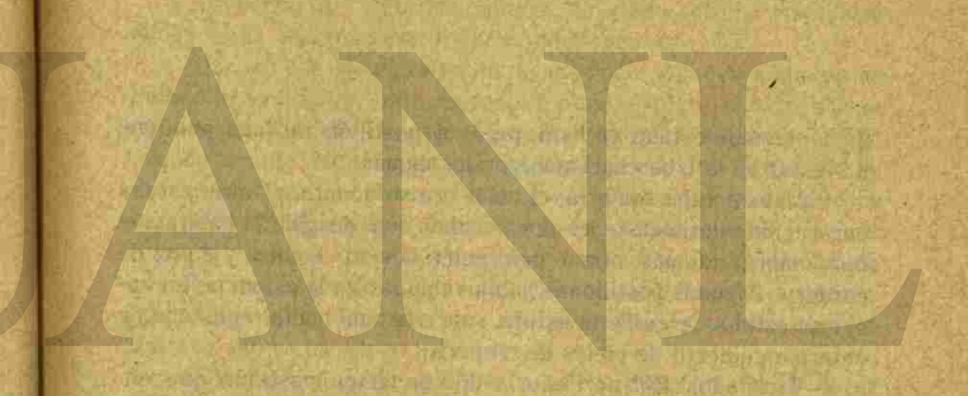
—Pero, mira, querida, comprende bien lo que quiero decirte, si con el tiempo que hace te sientes mal á mitad del camino... al menos en casa...

—Qué! en casa!... Morir en casa!—exclamó con amargura la enferma. La palabra *morir* la espantaba visiblemente... Miró á su marido con aire suplicante y como interrogándole. El bajó los ojos y se calló. De pronto la enferma contrajo la boca como hacen los niños y de sus ojos salieron abundantes lágrimas. El marido cubriéndose la cara con el pañuelo, se alejó silenciosamente del coche.

—No, ya sé que me he de ir,—dijo la enferma levantando los ojos al cielo, y juntando las manos empezó á murmurar palabras incomprensibles.

—Por qué?... Dios mío!—decía, mientras las lágrimas le caían más abundantes. Y oró largo tiempo con ardiente fervor mientras algo le oprimía el pecho dolorosamente.

El cielo, los campos, la carretera seguían oscuros y sombríos; la helada neblina de otoño caía sobre el barro del camino, sobre el tejado, sobre el coche, sobre las *tulupes* de los postillones, que hablaban alegremente en alta voz mientras engrasaban y limpiaban los carruajes...





II

El carruaje estaba ya listo, pero el postillón tardaba aun, por estar en la izba charlando con los demás.

La izba estaba sombría, el calor era sofocante, el aire estaba enrarecido, sintiéndose el olor peculiar que despide la habitación del hombre; además, olía á pan recién cocido, á coles y á piel de cordero. Algunos postillones había reunidos en la estancia. La cocinera estaba cerca de la estufa, sobre la cual había recostado un enfermo cubierto de pieles de carnero.

—Tío Fedor! Eh! tío Fedor!—dijo un joven postillón que entraba entonces en la habitación con la *tulupe* y el látigo colgado á la cintura, dirigiéndose al enfermo.

—Para qué llamas á Fedka, hablador?—dijo uno de los postillones.—Anda, en el coche te esperan ya.

—Le quiero pedir sus botas, porque las mías están ya viejas, —respondió el joven colgándose los guantes en la cintura y sacudiendo su cabellera.—Pero, está durmiendo? Eh! tío Fedor!—repitió acercándose á la estufa.

—Qué?—pronunció una voz débil, y un rostro muy rojo y flaco levantóse de la estufa. Con la ancha mano descarnada y descolorida en extremo levantóse el *armiak* sobre la descarnada espalda cubierta con una camisa muy sucia.—Dame de beber, hermano! Qué es lo que quieres?

El joven tendióle un pequeño vaso de agua.

—Fedka!—dijo titubeando el joven,—á mí me parece que ya no tendrás necesidad de tus botas nuevas; me las puedes dar, porque creo que no andarás mucho con ellas.

El enfermo inclinó su cansada cabeza hacia el vaso, mojando sus lacios bigotes en aquella agua sucia, la cual apuró á sorbos pero con ansia. Su barba estaba embrollada y sucia, y sus ojos hundidos y vidriosos los levantó con dificultad hasta la cara del joven. Cuando concluyó de beber quiso levantar su mano para secarse los labios, pero no pudo lograrlo, secándose con la manga del *armiak*. Sin decir nada y respirando penosamente por la nariz, miraba fijamente al joven, procurando reunir sus fuerzas.

—Quizás las tienes ya prometidas á otro, me es igual,—dijo el joven.—Lo más principal para mí es que tengo que ir á trabajar, y como los caminos están mojados pensé pedir las botas de Fedka... porque creía que no las necesitaba; ahora, si tú las necesitas, dílo...

En el pecho del enfermo sintióse un ruído sordo é inclinóse ahogado por una tos gutural que no pudo vencer.

—Para qué le hacen falta? lo menos hace dos meses que no ha bajado de la estufa,—dijo la cocinera con estentórea voz que se oyó en toda la izba.—Ves de qué modo respira? A mí me hace daño cuando le oigo. No sé para qué demonio quiere las botas! No le amortajarán con sus botas nuevas, y me parece que ya es hora de que se vaya, Dios me perdone! Ves qué modo de sufrir? hay que trasportarlo á otra izba ó á cualquier otro sitio. En la ciudad dicen que hay hospitales... además esto se va haciendo insoportable. Ocupa todo el rincón y ya no queda sitio, y por si esto no bastaba aun se me exige la limpieza!

—Eh! Serioja! Anda, que los amos te esperan!—gritó desde fuera el jefe de la posta.

Serioja iba á salir sin esperar la respuesta, pero el enfermo, que tosía, le hizo seña con los ojos de que aguardara.

—Serioja, toma las botas,—dijo al fin ahogándose, después de reponerse un poco:—pero, escucha... que me compres una piedra cuando me muera,—añadió refunfuñando.

—Gracias, tío; entonces, las tomo... y la piedra te juro que te la compraré.

—Ten; vosotros lo habéis oído!—dijo aun el enfermo; y recostándose de nuevo volvió á toser lastimosamente.

—Sí, ya lo hemos oído,—dijo uno de los postillones.

—Aligera, Serioja; mira el jefe como corre otra vez. Es la señora de Chirkino la que espera.

Serioja quitóse rápidamente sus zapatos rotos y los tiró sobre el banco. Las botas nuevas del tío Fedor le venían justas al pie, y Serioja se las miraba mientras se dirigía al coche.

—Qué botas tan buenas! Trae que te las engrase,—dijo el postillón que tenía la grasa en la mano, mientras Serioja subía al pescante y tomaba las riendas.—Te las han regalado?

—Me tienes envidia?—dijo Serioja, mientras se levantaba para envolverse las piernas con los pliegues del *armiak*.—Déjame!

—Cómo estamos, amigos?—gritó á los caballos. Levantó el látigo y los coches, con los viajeros, las maletas, los paquetes... desaparecieron en la oscura neblina de otoño, rodando rápidamente por la mojada carretera.

El postillón enfermo se quedaba allá sobre la estufa de la izba y, no pudiendo escupir, se volvía haciendo grandes esfuerzos del otro lado, calmándose algo después.

En la izba hasta la noche todo fueron idas y venidas; se hablaba, se comía... el enfermo ni se oía. Antes de la noche la cocinera subió á la estufa y le hechó la *tulupe* sobre las piernas.

—No te enfades conmigo, Natasia,—pronunció el enfermo.—Pronto se verá desalojado tu rincón.

—Bueno, bueno, eso no le hace,—murmuró Natasia.—Pero, qué es lo que te duele?

—Todo lo de dentro está enfermo... Dios sabe lo que tengo.

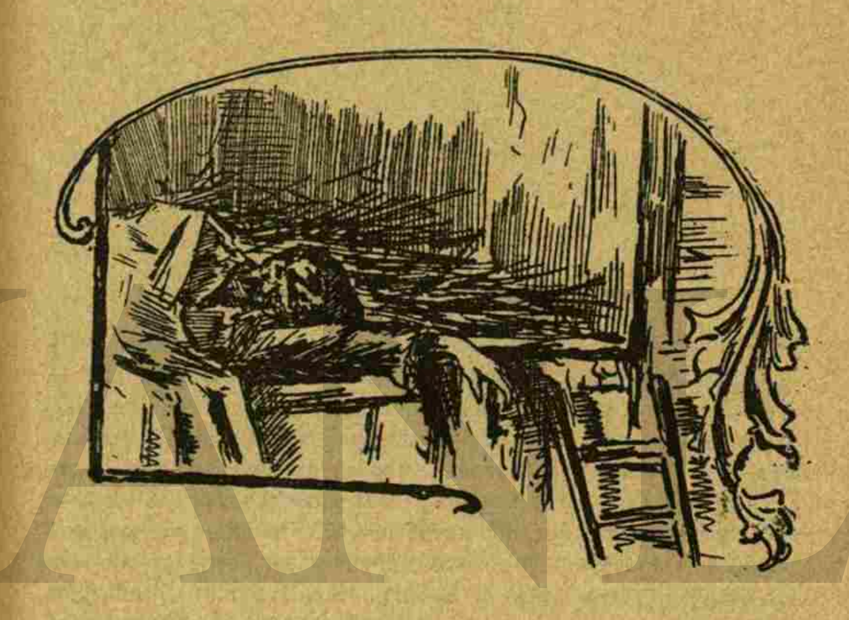
—La garganta también te dolerá cuando toses?

—Todo me duele, es la muerte que ha llegado... Oh! oh! oh!—gimió el enfermo.

—Cúbrete los pies... ten... así,—dijo Natasia cubriéndole con el *armiak* y bajando de la estufa.

Durante la noche, un farolillo alumbraba débilmente la izba, Natasia y unos diez postillones que roncaban fuerte, dormían sobre el suelo ó sobre los bancos. Sólo el enfermo seguía gimiendo débilmente, tosiendo y agitándose sobre la estufa. Por la madrugada se calmó del todo.

—He tenido un sueño muy raro esta noche,—dijo la cocinera desperezándose á la débil claridad de la mañana.—He visto al tío



Fedor que bajaba de la estufa é iba á cortar leña.—Dame, Natasia, decía, que te ayudaré, y yo le respondía: No ves que no podrás cortarla?... pero él, coge el hacha y las astillas saltan, y saltan... Basta, le dije, estás loco! No, me respondió, estoy bien. Cuando se puso de pie me entró un gran miedo, grité... y me he despertado. Puede que esté muerto... Tío Fedor! Eh! tío Fedor!

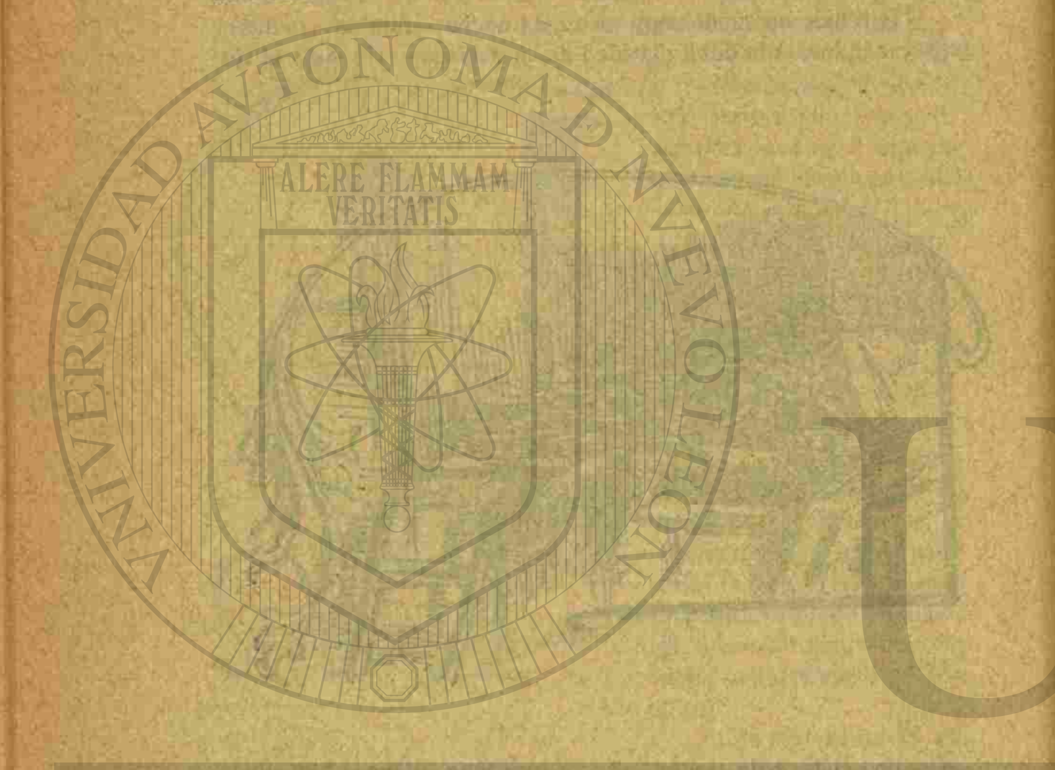
Fedor no respondía.

—Hay que ver si verdaderamente está muerto,—dijo uno de los postillones levantándose.

La flaca mano cubierta de pelos rubios colgaba fuera de la estufa y estaba fría y cadavérica.

—Tenemos que participárselo al jefe, pues parece que está muerto,—dijo un postillón.

Fedor no tenía familia; era de muy lejos. Al otro día lo enterraron en el cementerio nuevo, detrás del bosque, y Natasia, durante muchos días, fué contando á todo el mundo su sueño, diciendo que había sido la que primero había adivinado la muerte del tío Fedor.



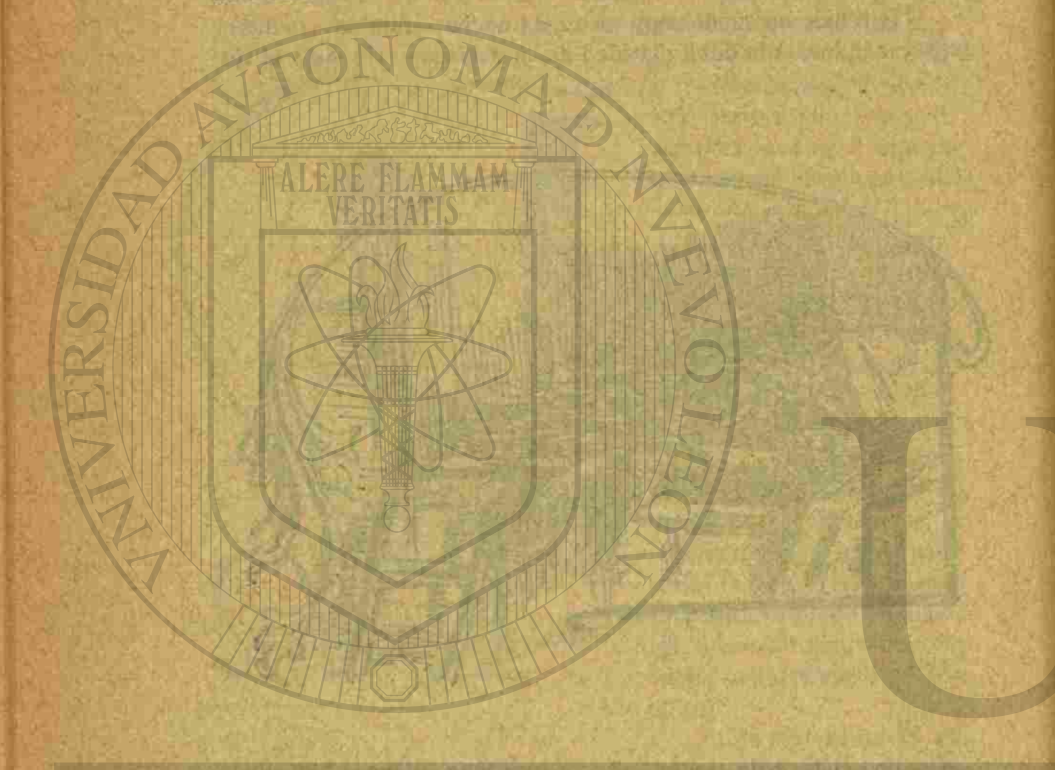
III

Era la primavera. En la ciudad, por las húmedas calles, pequeños riachuelos murmuraban entre los sucios témpanos de hielo. Los vestidos eran claros y las voces sonaban alegremente. En los jardines, á lo largo de las avenidas, empezaban á brotar las primeras hojas y las ligeras ramas balanceábanse al impulso de un viento fresco. Por todas partes se deslizaban y caían trasparentes gotas... Los gorriones piaban y revoloteaban con sus diminutas alas. Del lado del sol, tras las avenidas, las casas, los árboles, todo se alegraba y brillaba. En el cielo, en la tierra y en el corazón del hombre todo era alegre y risueño.

En una de las principales calles, cabe la puerta de un palacio, veíase un poco de paja esparcida por el suelo. Habitaba en ese palacio aquella misma enferma, aquella moribunda que tanto se apresuraba para ir al extranjero.

Cerca de la puerta cerrada de su habitación, estaban el marido y una mujer de edad. El sacerdote sentado en un diván, con la mirada baja, tenía entre sus manos un objeto cubierto con la estola. En un rincón, una mujer anciana, la madre de la enferma, echada en un sillón lloraba amargamente. Cerca de ella, una doncella tenía en la mano un pañuelo, esperando que se lo pidiese. Otra frotaba las sienes de la anciana soplándole la cabeza por debajo de la cofia.

Fedor no tenía familia; era de muy lejos. Al otro día lo enterraron en el cementerio nuevo, detrás del bosque, y Natasia, durante muchos días, fué contando á todo el mundo su sueño, diciendo que había sido la que primero había adivinado la muerte del tío Fedor.



III

Era la primavera. En la ciudad, por las húmedas calles, pequeños riachuelos murmuraban entre los sucios témpanos de hielo. Los vestidos eran claros y las voces sonaban alegremente. En los jardines, á lo largo de las avenidas, empezaban á brotar las primeras hojas y las ligeras ramas balanceábanse al impulso de un viento fresco. Por todas partes se deslizaban y caían trasparentes gotas... Los gorriones piaban y revoloteaban con sus diminutas alas. Del lado del sol, tras las avenidas, las casas, los árboles, todo se alegraba y brillaba. En el cielo, en la tierra y en el corazón del hombre todo era alegre y risueño.

En una de las principales calles, cabe la puerta de un palacio, veíase un poco de paja esparcida por el suelo. Habitaba en ese palacio aquella misma enferma, aquella moribunda que tanto se apresuraba para ir al extranjero.

Cerca de la puerta cerrada de su habitación, estaban el marido y una mujer de edad. El sacerdote sentado en un diván, con la mirada baja, tenía entre sus manos un objeto cubierto con la estola. En un rincón, una mujer anciana, la madre de la enferma, echada en un sillón lloraba amargamente. Cerca de ella, una doncella tenía en la mano un pañuelo, esperando que se lo pidiese. Otra frotaba las sienes de la anciana soplándole la cabeza por debajo de la cofia.

—Que Cristo os ayude, prima mía!—decía el marido á la mujer de edad que estaba de pie cerca de la puerta.—Tiene tanta confianza en vos y le sabéis hablar de tal manera! Exhortadla bien, consuelo mío, andad.

El marido fué á abrirle la puerta, pero la mujer le contuvo, llevóse diferentes veces el pañuelo á los ojos y sacudió la cabeza.

—Ahora no creo que se conozca que he llorado?—y abriendo la puerta, penetró en la otra estancia.

El marido estaba emocionadísimo y parecía muy quebrantado. Dirigióse hacia la anciana, pero antes de llegar á ella, volvióse y se acercó al sacerdote. Este, después de mirarle, levantó los ojos al cielo y suspiró.

—Dios mío! Dios mío!—dijo el marido.

—Qué le vamos á hacer?—repuso con un suspiro el sacerdote, levantando y bajando de nuevo su mirada.

—Su madre que está aquí no podrá soportarlo!—dijo el marido desesperado.—Amarla cómo la amaba! Oh! no sé... Probad de calmarla, padre, rogadle que se vaya de aquí.

El sacerdote se levantó, acercándose á la anciana.

—Es verdad; nadie puede apreciar el corazón de una madre,—dijo.—Sin embargo, Dios es misericordioso.

De pronto, la cara de la anciana se contrajo á causa de un ataque que le dió de hipo histérico.

—Dios es misericordioso,—continuó el sacerdote cuando se hubo calmado un poco.—Os diré que en mi parroquia había un enfermo que estaba peor que María Dmitrievna. Pues bien, un simple tendero le ha curado en poco tiempo con unas hierbas, y ese hombre está en Moscova. Ya se lo he dicho á Vassili Dmitrievitch, á lo menos se podría ensayar, sería un consuelo para la enferma. Todo es posible, Dios mío.

—No; está perdida!—dijo la vieja.—En vez de tomarme á mí, es á ella la que quiere Dios.—Y habiéndole vuelto los hipos histéricos con más frecuencia, perdió el conocimiento.

El marido ocultó la cara entre sus manos y salió de la estancia. La primera persona que encontró en el pasillo, fué á su hijo de diez años, que corría para alcanzar á su hermanita.

—Qué?... no ordenáis que lleven á los niños para que vean á su madre?—preguntó la vieja criada.

—No, no quiere verlos, eso le molesta.

El niño paróse un momento mirando fijamente á su padre; y seguidamente saltando y dando alegres gritos alejóse.

—Este es el caballo negro, papá,—gritó mostrando á su hermana.

Al propio tiempo, en la habitación contigua, estaba ya la prima sentada cerca de la moribunda y con una conversación hábilmente dirigida, se esforzaba en prepararla á la idea de la muerte. El doctor, cerca de la otra ventana, preparaba una poción.

La enferma, con un camisolín blanco y rodeada de almohadones, estaba sentada en la cama, mirando en silencio á su prima.

—No, amiga mía,—dijo interrumpiéndola.—No me preparéis. No me consideréis como una niña. Soy cristiana, lo sé todo, sé que no viviré mucho tiempo; sé que si mi marido me hubiese escuchado antes, estaría ahora en Italia, y es casi seguro que estaría curada. Todo el mundo se lo decía; pero, qué le vamos á hacer, evidentemente ésta es la voluntad de Dios. Todos somos pecadores, ya lo sé, pero espero que con la gracia de Dios todo me será perdonado. Intento comprenderme... yo también tengo pecados en la conciencia, amiga mía; pero, he sufrido tanto! He hecho lo posible para sobrellevar con paciencia mis sufrimientos...

—Entonces, quieres que venga un sacerdote, querida mía?

La enferma inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Dios mío! perdóname mis pecados!—murmuró.

La prima salió é hizo una señal al sacerdote.

—Es un ángel,—le dijo al marido con las lágrimas en los ojos.

El marido rompió á llorar. El sacerdote franqueó la puerta, quitóse la estola y se arregló un poco los cabellos.

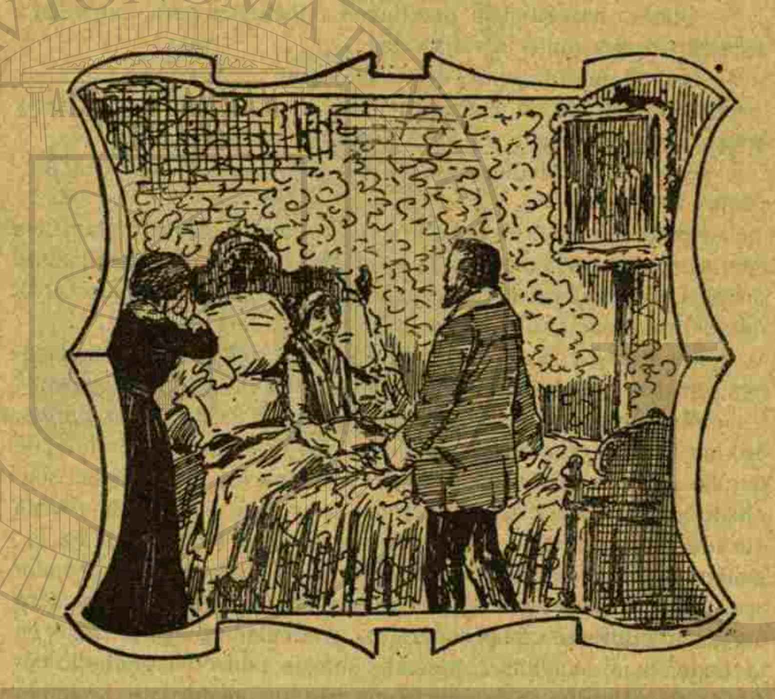
—Gracias á Dios que está más calmada y desea veros,—dijo.

El marido y la prima entraron también. La enferma lloraba dulcemente contemplando el sagrado icono.

—Te felicito, querida mía,—dijo el marido.

—Gracias. Qué bien me encuentro ahora! Siento un bienestar incomparable!—y una ligera sonrisa brotó en los labios de la enferma.—Qué misericordioso es Dios. No es verdad? Es misericordioso y todopoderoso!—y nuevamente, con una singular piedad y los ojos llenos de lágrimas, contempló el icono.

Pareció acordarse al pronto de alguna cosa y le hizo un signo al marido para que se acercara.



—Tú no quieres hacer nunca lo que te pido...—le dijo con voz débil y llena de descontento.

El marido alargó el cuello y dócilmente escuchóla.

—Qué es lo que quieres, querida?

—Cuántas veces te he dicho que esos doctores no saban nada? Hay remedios simples que curan. Mira... el sacerdote decía... que un hombre del pueblo... envía...

—A quién enviamos á buscar, amiga mía?

—Dios mío! No quiere comprender nada...

La enferma se crispó toda y cerró los ojos.

El doctor se acercó, le tomó la mano y al notar que el pulso era cada vez más débil, hizo una señal al marido.

La enferma se percibió de ello y se volvió espantada.

La prima lloraba y se retorcía convulsa.

—No llores, nos atormentas,—dijo la enferma.—Y eso me quita la tranquilidad suprema.

—Eres un ángel!—dijo la prima besándole las manos.

—No, aquí no, en la cara. En la mano no se besa más que á los muertos. Dios mío! Dios mío!

Aquella misma noche, la enferma ya no era más que un cadáver; estaba éste metido en un ataúd y colocado en el salón principal del palacio; en este salón y á puertas cerradas, un diácono entonaba con gangosa voz los Salmos de David. La clara luz de los cirios caía, desde los altos candelabros de plata, sobre la pálida frente de la muerta, sobre sus manos inertes y sobre los petrificados pliegos del sudario que se levantaba lúgubremente sobre las rodillas y los dedos de los pies. El diácono, sin comprender las palabras que decía, las recitaba con voz monótona, ahogándose el sonido de éstas bajo la bóveda del ancho salón. De vez en cuando oíanse, aunque muy confusamente, las voces y las pisadas de los niños.

«Oculta tu faz en el polvo, retén tu aliento, porque ellos serán turbados, ellos desfallecerán y volverán al polvo.

»Pero si Tú rechazas su espíritu, serán creados de nuevo y renovarás la faz de la tierra.

»Que la gloria del Eterno sea por siempre celebrada». (Salmo 103; versículos 29, 30, 31).

La cara de la muerta estaba severa y majestuosa.

Ni en su pura y helada frente ni en sus apretados labios se notaba movimiento alguno.

Parecía escuchar!... Al menos, comprendería ahora estas grandes y profundas palabras?

IV

Un mes después una capilla de piedra se elevaba sobre la tumba de la difunta. Sobre la del postillón aun no había ninguna piedra, y la verde hierba crecía sobre aquel pobre montón de tierra, único indicio de la desaparición de una existencia humana.

—Sería un pecado, Serioja, si no comprases una piedra para Fedor,—dijo un día la cocinera.—Antes decías: En invierno... el invierno ha pasado, por qué no cumples ahora tu palabra? Fué delante de mí, ya ha venido una vez á pedírtela; si no se la compras, vendrá otra vez y te ahogará.

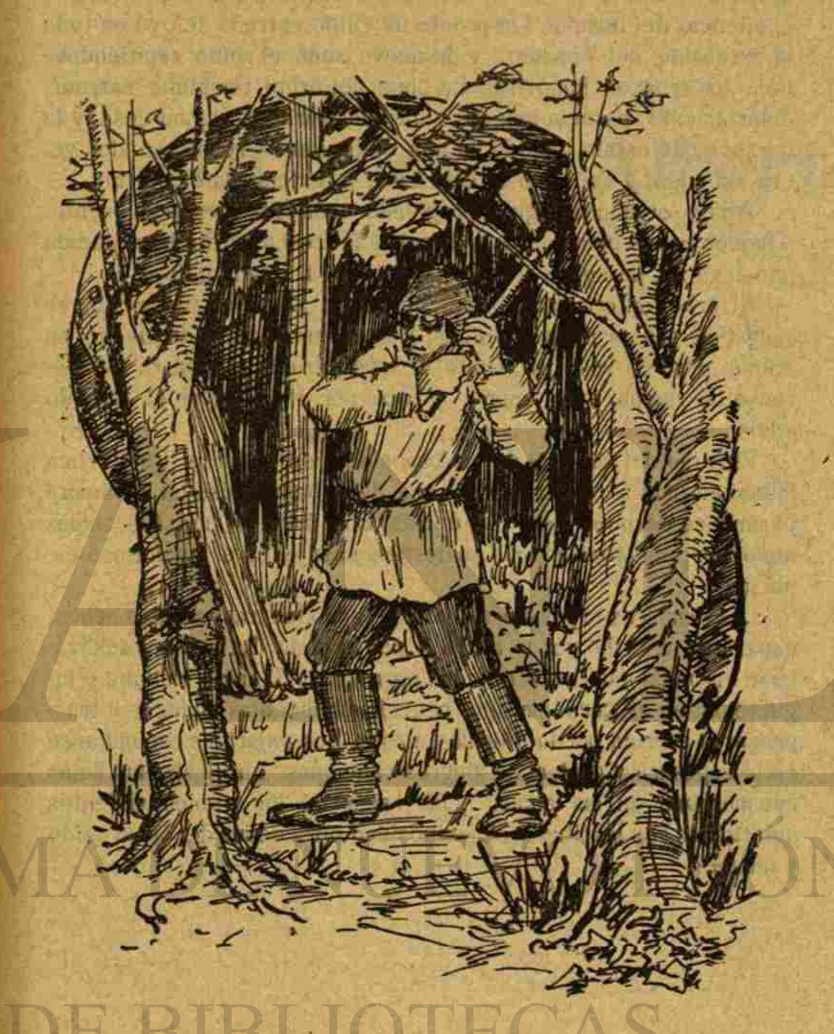
—Pero, si no se la niego!—respondió Serioja.—Yo compraré la piedra, eso es cierto, la compraré por un rublo y medio, no lo he olvidado; pero hay que traerla. Cuando tenga ocasión de ir á la ciudad, la compraré.

—Al menos si pusieras una cruz... eso estaría bien hecho; de lo contrario, no,—dijo un viejo postillón.—En fin, tú llevas sus botas!...

—Pero, dónde voy á hallar una cruz? Porque con un leño no se puede hacer.

—Qué dices? No se podrá hacer con un leño; pero tomas un hacha, te vas por la mañana al bosque y haces una. Cortas un fresno y ya tienes una cruz; de lo contrario, tienes que darle una copa de aguardiente al guarda; y si se fuera á dar un poco de

aguardiente á cada uno de esos canallas, no acabaríamos nunca. Ten, sin ir más lejos, el otro día corté yo uno superior y nadie me ha dicho una palabra.



Al amanecer del siguiente día, Serioja cogió un hacha y se fué al bosque.

Todo estaba cubierto del fresco rocío que aun caía. Aun no había salido el sol; la parte de oriente iba clareándose paulatina-

mente y reflejando su débil claridad en la bóveda del cielo cubierto de ligeras nubes. Ni la más mínima hierba del suelo, ni una sola hoja de la rama más alta se movía. Sólo el rumor de unas alas al rozar el suelo, que se oía de vez en cuando, era lo que rompía el silencio del bosque. De pronto un ruído extraño se oyó en toda la extensión del bosque... y de nuevo sonó el ruído repitiéndose bajo los troncos inmóviles. La cima del árbol temblaba extraordinariamente, parecía que sus hojas murmuraban alguna cosa y la curruca que estaba subida en una de las ramas revoloteó dos veces silbando, y agitando su cola fuese á instalar en otro árbol.

Abajo, el hacha seguía crugiendo cada vez más sordamente. Algunos copos blancos cayeron sobre la fresca hierba humedecida por el rocío; un ligero crugido acompañaba á cada golpe.

El árbol entero vacilaba, inclinándose al mismo tiempo que se rasgaban sus profundas raíces. Por un momento todo quedó en calma, pero curvóse de pronto el árbol, crugió el tronco, rompiéronse las ramas y las hojas... y tocó por fin la cima el húmedo suelo.

El ruído del hacha y de los pasos dejaron de oirse. La curruca silbó saltando á otra rama; la que dejó, balanceóse un momento parándose después como las demás. Los árboles, con sus ramas inmóviles, elevábanse más majestuosamente en el anchuroso espacio.

Los primeros rayos del sol, atravesando las trasparentes nubes, esparcían su brillo por la tierra y por el cielo. La neblina deslizábase en ondas por los profundos barrancos. El rocío brillaba y jugueteaba en el verde musgo; pequeñas nubecillas blancas y trasparentes corrían por la bóveda celeste. Los pajarillos escondíanse en la espesura y gorjeaban alegres canciones. Las lustrosas hojas murmuraban en las cimas, y las ramas de los árboles vivientes agitábanse con lentitud y majestuosidad por encima del árbol caído y muerto.

El músico Alberto

1857

mente y reflejando su débil claridad en la bóveda del cielo cubierto de ligeras nubes. Ni la más mínima hierba del suelo, ni una sola hoja de la rama más alta se movía. Sólo el rumor de unas alas al rozar el suelo, que se oía de vez en cuando, era lo que rompía el silencio del bosque. De pronto un ruído extraño se oyó en toda la extensión del bosque... y de nuevo sonó el ruído repitiéndose bajo los troncos inmóviles. La cima del árbol temblaba extraordinariamente, parecía que sus hojas murmuraban alguna cosa y la curruca que estaba subida en una de las ramas revoloteó dos veces silbando, y agitando su cola fuese á instalar en otro árbol.

Abajo, el hacha seguía crugiendo cada vez más sordamente. Algunos copos blancos cayeron sobre la fresca hierba humedecida por el rocío; un ligero crugido acompañaba á cada golpe.

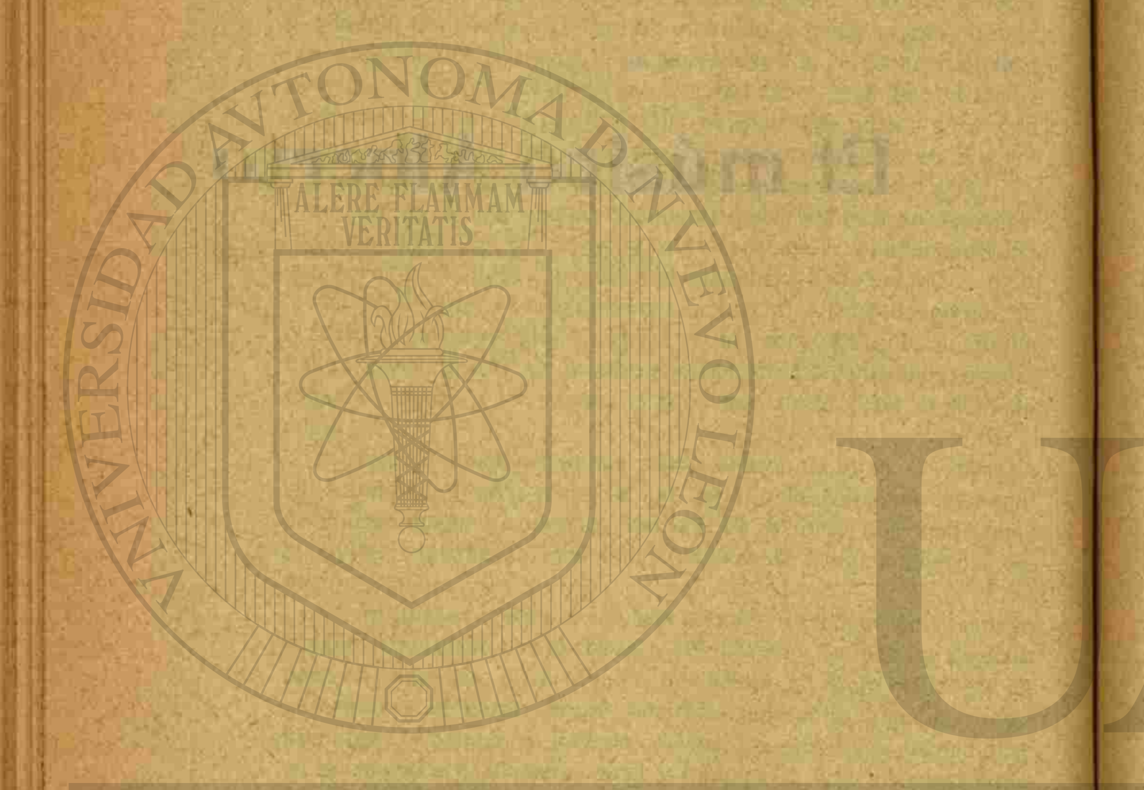
El árbol entero vacilaba, inclinándose al mismo tiempo que se rasgaban sus profundas raíces. Por un momento todo quedó en calma, pero curvóse de pronto el árbol, crugió el tronco, rompiéronse las ramas y las hojas... y tocó por fin la cima el húmedo suelo.

El ruído del hacha y de los pasos dejaron de oirse. La curruca silbó saltando á otra rama; la que dejó, balanceóse un momento parándose después como las demás. Los árboles, con sus ramas inmóviles, elevábanse más majestuosamente en el anchuroso espacio.

Los primeros rayos del sol, atravesando las trasparentes nubes, esparcían su brillo por la tierra y por el cielo. La neblina deslizábase en ondas por los profundos barrancos. El rocío brillaba y jugueteaba en el verde musgo; pequeñas nubecillas blancas y trasparentes corrían por la bóveda celeste. Los pajarillos escondíanse en la espesura y gorjeaban alegres canciones. Las lustrosas hojas murmuraban en las cimas, y las ramas de los árboles vivientes agitábanse con lentitud y majestuosidad por encima del árbol caído y muerto.

El músico Alberto

1857





I

A las tres de la mañana, cinco jóvenes de rica apariencia entraban para divertirse en un baile de San Petersburgo.

El *champagne* se bebía en gran cantidad, la mayoría de los invitados eran muy jóvenes, abundando entre los mismos mujeres jóvenes también y hermosas; el piano y el violín tocaban, sin interrupción, una polka tras otra. El baile y el ruido no cesaban, pero todos sentíanse aburridos, sin saber por qué, como sucede casi siempre, viéndose que no reinaba allí la alegría que en estos casos parece deber reinar.

Diferentes veces probaron algunos de avivarla, pero la alegría fingida es aun peor que el tedio más profundo.

Uno de los cinco jóvenes, el más descontento de sí mismo, de los otros y de la velada, levantóse con aire contrariado, buscó su sombrero y salió con la intención de marcharse y no volver.

La antesala estaba desierta, pero al través de una de las puertas oíanse algunas voces en el salón contiguo. El joven se detuvo y púsose á escuchar.

—No se puede entrar... allí están los invitados,—decía una voz de mujer.

—Que no se puede pasar, pues allí no entran más que los invitados,—dijo otra voz de mujer.

—Dejadme pasar, os lo ruego, pues eso no importa,—suplicaba una débil voz de hombre.

—Yo no puedo dejaros pasar sin el permiso de la señora,—decía la mujer.—Dónde vais? Ah!...

Abrióse la puerta y en el umbral presentóse un hombre de aspecto extraño. Al ver al joven, la criada cesó de retenerle y el extraño personaje saludó tímidamente, y tambaleándose sobre sus curvadas piernas, entró en el salón. Era un hombre de mediana estatura, la espalda abultada y los cabellos largos y en desorden. Llevaba un abrigo corto, pantalones estrechos y rotos, botas abiertas y en muy mal estado; una corbata parecida á una cuerda enlazaba su blanco cuello. Una camisa sucia le salía por las mangas, por encima de sus flacas manos. Pero, apesar de la extraordinaria flaqueza de su cuerpo, su cara era blanca y fresca y un ligero carmín coloreaba sus mejillas entre la barba y las patillas negras. Los cabellos en desorden descubrían una hermosa y pura frente. Los ojos sombríos, cansados, miraban fija y humildemente y al mismo tiempo con gravedad. Esta expresión confundíase agradablemente con la de sus frescos y arqueados labios, los cuales se percibían por debajo de su escaso bigote.

Al cabo de algunos pasos se detuvo, volvióse hacia el joven y se sonrió. Sonrió con algún esfuerzo, pero cuando esta sonrisa asomó á sus labios, el joven, sin saberse explicar por qué, sonrió también.

—Quién es ese?—preguntó en voz baja á la criada, cuando el otro hubo desaparecido hacia la sala donde se bailaba.

—Es un músico del teatro, un loco,—respondió la criada.—A veces visita á la señora.

—Dónde te has metido, Delessov?—gritaron en la sala.

El joven á quien llamaban Delessov volvió al salón.

El músico estaba cerca de la puerta, observando á los que bailaban y su sonrisa, su mirada y sus movimientos daban una idea exacta del placer que experimentaba con el espectáculo.

—Vamos, bailad también,—le dijo uno de los jóvenes. El músico saludó y miró á la señora con aire interrogador.

—Podéis hacerlo, puesto que estos señores os invitan,—dijo la señora.

Los débiles y flacos miembros del músico empezáronse á agitar con violencia y guiñando el ojo con una sonrisa púsose á saltar locamente por la sala. En medio del baile, un oficial muy alegre y que bailaba bastante bien, chocó por casualidad con el músico. Sus débiles y cansadas piernas perdieron el aplomo y el músico, después de dar algunos pasos, cayó cuán largo era. Apesar del ruído seco que produjo la caída, á la primera impresión todos

se echaron á reir. Al ver que el músico no se levantaba, calláronse los que reían, paróse el piano y Delessov fué el primero que corrió con la señora de la casa hacia el músico. Este estaba apoyado en un codo, mirando al suelo sin expresión ninguna. Cuando le hubieron levantado y sentado en una silla, con un movimiento rápido apartóse los cabellos que tenía en la frente, sonriéndose, sin contestar á las preguntas que le hacían.

—Señor Alberto! Señor Alberto!—decía la señora de la casa.—Os habéis hecho daño? Dónde? Bien os decía yo que no bailarais!... Está tan débil,—continuó dirigiéndose á los invitados.—Si casi no puede andar, cómo quiere bailar!

—Quién es?—preguntaron á la señora.

—Un pobre hombre, un artista, un buen muchacho, pero un desdichado, como podéis ver...

La señora expresóse en esta forma y con la mayor naturalidad delante del músico; éste se repuso y como asustándose de algo que no sabía lo que era, empujó á los que le rodeaban y haciendo un esfuerzo levantóse de la silla diciendo: «Esto no es nada». Y para probar que no sufría intentó dar algunos saltos en medio del salón; sin duda hubiera caído otra vez á no ser que unos jóvenes le sostuvieron.

Todos parecían cortados, todos le miraban en silencio.

La mirada del músico se apagó de nuevo y olvidándose, sin duda, de los que le rodeaban, rascóse con fuerza la rodilla. De pronto levantó la cabeza, echóse los cabellos hacia atrás y acercándose al violinista le quitó el instrumento.

—No ha sido nada,—repitió de nuevo agitando el violín.—Señores, vamos á tocar música...

—Qué figura tan extraña!—decíanse los invitados.

—Quizás tenga un gran talento ese infeliz,—dijo alguno.

—Infeliz, sí, infeliz...—pronunció un tercero.

—Qué hermoso semblante!... Hay en él algo extraordinario,—dijo Delessov.—Ya veremos.



II

Sin embargo, Alberto, sin prestar atención á nadie, iba y venía á lo largo del piano, mientras templaba el violín apretado al hombro; plegó sus labios con una sonrisa indiferente; los ojos no se le distinguían, pero su estrecha y huesosa espalda, su largo y blanco cuello, sus curvadas piernas y su abundante cabellera negra, le daban un aspecto extraño; aunque sin poderlo explicar, no tenía nada de ridículo. Después de haber templado el instrumento, cogió el tono y dirigiéndose al pianista que se preparaba á acompañarle:

—*Melancolía, G. Dur,*—le dijo con un gesto imperioso. Y como para pedirle perdón por ese gesto sonrió dulcemente, y con esta sonrisa paseó una mirada circular por el público.

Alisándose los cabellos con la mano en que tenía el arco, Alberto se detuvo en el ángulo del piano y, con un movimiento lento, hizo resbalar el arco por las cuerdas. Un sonido delicado y puro llenó el salón; el silencio fué absoluto.

Las notas iban saliendo libre y elegantemente. Desde el primer momento una luz clara, tranquila, inesperada, iluminó de pronto el mundo interior de cada uno de los que escuchaban. Ni una sola falsa ó exajerada nota rompía el silencio del auditorio. Los sonidos eran puros, armoniosos y graves. Todos los asistentes en silencio seguían con febril ansiedad su desenvolvimiento. De un estado de fastidio, de enloquecedoras diversiones y de sueños del alma, se encontraban esos hombres trasportados á otro mundo que habían olvidado completamente. En sus almas, unas veces nacía el sentimiento de la dulce contemplación del pasado, ora el recuerdo apasionado de alguna hora feliz, ó el deseo ilimitado de grandeza y esplendor, ó bien un sentimiento de sumisión, de amor no satisfecho y de tristeza. Los sonidos, tiernos y lastimeros, rápidos y desesperados, confundíanse libremente, deslizábanse uno tras otro, tan agradables, tan fuertes, tan cautivadores, que ya no se oían los sonidos, sino que en el alma de cada uno se desbordaba un torrente de poesía, de belleza sentida hacía mucho tiempo, pero experimentada por la vez primera.

Alberto se engrandecía cada vez más, estando muy lejos ya de ser feo ó grotesco. El violín apretado á la barbilla, tocaba apasionadamente, ora agitaba nerviosamente las piernas ó enderezaba su talle ó bien curvaba todo el cuerpo. Su brazo izquierdo lo mantenía plegado é inmóvil y sólo sus huesudos dedos se movían nerviosamente; el brazo derecho lo movía muy lentamente y de una manera casi insensible y elegante. Su cara revelaba el entusiasmo y la felicidad más completa; su mirada era brillante y clara y sus rojos labios se entreabrían de placer. A veces inclinaba más la cabeza sobre el violín, cerraba los ojos y su cara, casi tapada por la cabellera, iluminábase con una sonrisa de inmensa dicha. Otras veces enderezábase rápidamente, avanzaba la pierna y en su pura frente y en su ardiente mirada, que paseaba alrededor de la sala, aparecían grabadas la arrogancia y la fiereza de la conciencia de su poder.

Una vez el pianista se equivocó tocando una nota falsa; un sufrimiento físico se expresó en todo el músico. Paróse un momento y pegando con el pie en el suelo gritó con una expresión de cólera infantil: «No es eso!» El pianista cogió de nuevo la marcha; Alberto cerró los ojos, sonrió y olvidándose visiblemente de sí mismo y de los demás, se abandonó completamente á su música.

Todos los que estaban en el salón mientras Alberto tocaba, observaban un silencio religioso y parecían no vivir ni respirar siquiera.

El alegre oficial estaba sentado, inmóvil, sobre una silla cerca de la ventana mirando al suelo, dejando escapar de vez en cuando profundos suspiros. Las jóvenes guardaban el silencio más absoluto. Sentadas á lo largo de la pared; de vez en cuando un murmullo

de aprobación, que rayaba en entusiasmo, llegaba hasta ellas y se miraban entre sí. La alegre y sonriente cara de la señora de la casa se dilataba de placer. El pianista, con los ojos fijos en Alberto, trataba de seguirle, leyéndose en su semblante el miedo que tenía de equivocarse. Uno de los invitados, que había bebido más que los otros, estaba acostado en un diván tratando de no moverse para no descubrir la emoción que le embargaba. Delessov sentía una sensación desconocida; un círculo frío que ora se ensanchaba ó se estrechaba envolvía su cabeza, las raíces de los cabellos se le hacían sensibles; un frío helado subíale por la espalda, llegándole á la garganta; finísimas agujas le picaban la nariz y el cielo de la boca, y apesar suyo, las lágrimas rodábanle por las mejillas... Se sacudía, probaba de enjugárselas sin que nadie se percibiera, pero otras brotaban de sus ojos rodándole por la cara.

Por una extraña coincidencia de impresiones, las primeras notas del violín de Alberto, trasportaron á Delessov á su primera juventud. El que ya no era joven y estaba cansado de la vida, sentíase volver de nuevo á los diez y siete años, hermoso, contento de sí mismo, bueno, inconsciente y feliz. Acordábase de su primer amor, de su prima, vestida de color de rosa, y de su primera declaración en la avenida de los tilos, el ardor y el atractivo incomparables de un beso furtivo; se acordaba de la ilusión y de los misterios incomprensibles que entonces le rodeaban. En su imaginación, que volvía hacia atrás y en medio de una espesa niebla de infinitas esperanzas, de vagos deseos, de fe inquebrantable en la posibilidad de una felicidad imposible, su imagen brillaba. Todos los momentos no apreciados de esa época, se le aparecían uno tras otro, pero no como el momento insípido del presente que huye, sino como imágenes que se paran y agrandándose van reproduciendo el pasado. Con infinita alegría las contemplaba y lloraba, pero no por el tiempo pasado que hubiera podido emplear mejor, sino porque el tiempo pasado no vuelve jamás. Los recuerdos iban agolpándose á su mente y el violín de Alberto iba diciendo siempre lo mismo; decía: «En tí ha pasado para siempre el tiempo de la fuerza, del amor y de la felicidad, pasó para siempre. Llora el pasado, llora hasta morir sobre el pasado... ésta es la única felicidad que te queda». Al final de la última variación, el rostro de Alberto fué volviéndose rojo, sus ojos brillaron extraordinariamente, gruesas gotas de sudor cayeron sobre sus mejillas, las venas de la frente se le hincharon, su cuerpo agitóse cada vez más fuertemente, sus pálidos labios no se volvieron á cerrar y todo él parecía experimentar la avidez entusiasta de la alegría.

Con un brusco movimiento del cuerpo y sacudiendo su cabellera, bajó el violín, y con una sonrisa de majestuosa arrogancia y de inmensa felicidad miró á los presentes. Después curvóse su espalda, bajó la cabeza, plegáronse sus labios, y mirando tímidamente á su alrededor se dirigió hacia la otra sala.



III

Algo extraño se pasaba entre los invitados y algo extraño había también en el silencio que siguió á la tocata de Alberto. Era como si cada uno hubiera querido y no hubiese podido expresar todo aquello. Qué es lo que significaba una sala bien alumbrada y caliente, mujeres espirituales, el alba asomando por las ventanas, la sangre agitada y la impresión pura de los sonidos? Nadie probaba á explicar lo que significaba aquello. Al contrario, casi todos, no sintiéndose con fuerzas para salirse de lo que les había hecho descubrir tan profunda impresión, se revolvían contra ella.

—En efecto, toca perfectamente,—dijo el oficial.

—Admirablemente!—respondió Delessov, que se había escondido mientras se enjugaba las mejillas con la manga.

—Sin embargo, señores, es hora de irnos,—dijo, rehaciéndose un poco, el que estaba echado sobre el diván.—Tendríamos que darle alguna cosa, hagamos una colecta.—Alberto estaba solo en la otra sala, sentado en el diván; los codos apoyados en sus rodillas huesosas y con sus manos sucias se frotaba la cara, sus cabellos estaban desgreñados y su sonrisa era una sonrisa feliz.

La colecta fué fructuosa; Delessov se encargó de remitírsela. Además, le vino la idea á Delessov, á quien la música le produjo una profunda impresión, de protegerle. Había pensado llevárselo á su casa, vestirlo y hallarle una posición cualquiera á fin de arrancarlo de su triste situación.



—Estáis cansado?—le preguntó mientras se le acercaba. Alberto se sonrió.—Sois un verdadero talento. Deberíais ocuparos seriamente de la música, tocar en público.

—Ahora bebería de muy buena gana,—dijo Alberto como si se despertase de un prolongado sueño.

Delessov le trajo vino; el músico apuró con avidez dos vasos.

—Qué vino tan bueno!—dijo.

—Qué buen trozo de música es esa *melancolía!*—dijo Delessov.

—Oh! sí, sí,—respondió Alberto sonriéndose.—Pero, permitidme... No sé á quien tengo el honor de hablar, quizás seáis un conde ó un príncipe... Podríais prestarme un poco de dinero?—callóse un momento.—Yo no tengo nada... soy muy pobre... no podría devolvéroslo.

Delessov se sonrojó, apresurándose á entregar al músico el dinero recogido.

—Muchísimas gracias,—dijo Alberto cogiendo el dinero.—Y ahora, si á vos os place, vamos á tocar música; yo tocaré tanto como queráis, pero os agradecería que me dierais algo que beber,—dijo levantándose. Delessov le trajo otra vez vino y le instó para que se sentara á su lado.

—Me dispensaréis si os hablo con franqueza,—dijo Delessov.—Vuestro talento me ha interesado tanto! Me parece que estáis en una situación muy precaria.

Alberto miraba ora á Delessov, ora á la señora de la casa, que acababa de entrar en la estancia.

—Permitidme que os ofrezca mis servicios,—continuó Delessov.—Si necesitáis alguna cosa... me causaríais una verdadera satisfacción si provisionalmente os instalarais en mi casa; yo vivo solo y podría seros muy útil.

Alberto se sonrió y no contestó.

—Por qué no le dais las gracias?—dijo interviniendo la señora.—Es un beneficio para vos... Por mas que no os lo aconsejaría,—dijo dirigiéndose á Delessov y moviendo negativamente la cabeza.

—Yo os lo agradezco mucho,—dijo Alberto, estrechando entre sus húmedas manos las de Delessov,—mas ahora os ruego que vayamos á tocar música.

Los invitados estaban preparados para salir y, apesar de las palabras de Alberto, fueron saliendo todos del salón.

Alberto despidióse de la señora, cogió su sombrero ya muy usado, de anchas alas, un casacón viejo de verano, su único abrigo y con Delessov fué bajando la escalinata.

Cuando Delessov se hubo sentado en el coche con su nuevo

amigo y sintió el olor repugnante de vino y de sudor que despedía el músico, empezó á lamentar el acto que había llevado á cabo, reprochándose la infantil ternura de su corazón y su falta de conocimiento. Por otra parte, la conversación de Alberto era tan vulgar y tan falta de sentido y tenía un aire tal de borracho, que Delessov empezó á tomarle aprensión. «Qué haré con él?» pensó.

Al cabo de un cuarto de hora Alberto se ladeó, el sombrero rodó á sus pies y se acomodó en un rincón del coche, empezando á roncar. Las ruedas rechinaban con regularidad sobre la nieve, la luz de la aurora penetraba débilmente por los cristales del carruaje.

Delessov contemplaba á su vecino. Este, envuelto en su capa, yacía cerca de él. Parecíale á Delessov que una cabeza alargada, con una gran nariz negra, se balanceaba sobre el cuerpo del músico, pero mirándolo de más cerca, vió que lo que tomaba por la nariz y la cara eran los cabellos y que su rostro estaba más abajo; entonces la hermosura de la frente y de la boca cerrada de Alberto le impresionaron de nuevo. Bajo la influencia del cansancio, de los nervios, de la hora avanzada y de la música que había oído, Delessov, mirándole la cara, se trasportó de nuevo al mundo feliz entrevisto unas horas antes. De nuevo volvió á acordarse del tiempo feliz de su juventud, y cesó de arrepentirse de su acción. En aquel momento quería á Alberto con sinceridad y ardor y se prometía firmemente hacer todo lo que le fuera posible por él.

IV

A la mañana siguiente, cuando Delessov se despertó para ir al servicio vió con extrañeza, entorno suyo, el biombo, su viejo criado y el reloj sobre la mesa. «No es acaso todo lo que quiero tener á mi lado?» preguntóse. Entonces se acordó de los negros ojos y de la sonrisa del músico, de la «Melancolía»... y toda la extraña noche de la víspera pasó por su imaginación.

Sin embargo, no tuvo tiempo de preguntarse si tenía ó no razón para tomar al músico en su casa. Mientras se vestía hizo mentalmente el reparto del día; tomó papel, dió las órdenes necesarias para la casa y apresuradamente se puso las botas y la capa; al pasar por delante del comedor miró hacia dentro. Alberto con la cara escondida entre los almohadones en desorden, con una camisa sucia y rota, dormía con pesado sueño, sobre el diván de tafilete, donde le instalaron la noche anterior sin conocimiento. «Hay algo que no va bien», pensó involuntariamente Delessov.

—Harás el favor de ir de parte mía á casa de Borazovski, y pídele el violín por dos días. Para él...—dijo al criado.—Cuando se despierte le das café y al mismo tiempo le das alguna ropa mía. En todo te ruego que le satisfagas bien.

Cuando Delessov llegó por la noche á su casa le sorprendió no encontrar á Alberto.

—Dónde ha ido?—preguntóle á su criado.

—Se fué después de comer,—respondió el criado,—cogió el violín y se fué prometiendo volver al cabo de una hora... y aun no ha vuelto.

—Eso sí que me molesta!—exclamó Delessov.—Porque le has dejado salir, Zakhar?

Zakhar era un criado petersburgués que servía á Delessov hacía ocho años. Este, como *soltero que vive solo,* le confiaba sin querer sus intenciones y le gustaba saber su opinión en todos sus asuntos.

—Como queréis que me hubiese atrevido á no dejarle salir?—respondió Zakhar, mientras jugaba con su gorro;—si me hubieseis dicho que le retuviese, yo hubiera podido entretenerle en casa; pero me hablasteis tan sólo del vestido.

—Qué mal me sabe! Qué es lo que ha hecho mientras yo estuve fuera?

Zakhar se sonrió.

—Se puede decir que es un verdadero artista. Tan pronto como se despertó, me pidió vino Madera; después ha estado jugando un buen rato con la cocinera y el criado del vecino; es muy bromista! Sin embargo, tiene un buen carácter. Le llevé el té y la comida, pero no quiso comer nada, invitándome siempre... Qué bien sabe tocar el violín! Estoy seguro que un artista así no se encuentra ni en casa Igler. Se puede mantener un artista así. Cuando tocó «Voguemos bajando la madre Volga» era cómo cuando un hombre llora. Hermosísimo! Todos los criados de la casa han entrado en la sala para escucharle.

—Bueno; le has dado ropa?—interrogó el amo.

—Sin duda; le he dado una de vuestras camisas de noche y mi abrigo. Se puede ayudar á un hombre así; es verdaderamente un buen muchacho.—Zakhar se sonrió.—Me ha estado preguntando el grado que tenéis, si teníais altas é importantes relaciones, y el número de vuestros siervos.

—Está bien, está bien; ahora habrá que buscarle y de aquí en adelante no darle nunca de beber, sino se pondrá peor aun.

—Es verdad,—interrumpió Zakhar;—es evidente que su salud está muy quebrantada. En casa, en casa de los amos, había un empleado que siempre estaba así...

Delessov, que hacía tiempo conocía la historia del empleado, un borracho inveterado, no le dejó concluir y le ordenó prepararlo todo para la noche, é ir en busca de Alberto y traérselo.

Se metió en la cama, apagó la bujía, pero no pudo dormir pensando siempre en Alberto. «Aunque esto les parezca extraño

á muchos de mis amigos,—pensaba Delessov;—es tan raro el poder hacer alguna acción desinteresada, que hay que dar las gracias á Dios cuando este caso se presenta; yo no faltaré. Haré todo, absolutamente todo lo que pueda para ayudarle. Quizás no esté loco, y sea simplemente un extravío de la bebida. Caro no ha de costarme, porque donde come uno comen dos. Por ahora que viva conmigo, después ya le encontraremos una situación para sacarle del banco de arena en que está encallado; más tarde ya veremos».

Un sentimiento agradable de contento de sí mismo le embargó después de estas reflexiones.

«Verdaderamente no soy del todo malo, no, al contrario, soy muy bueno en comparación á los demás...» pensó.

Estaba casi dormido, cuando le distrajo el ruido de la puerta que se abría y unos pasos en la antesala.

«Tendré que ser más severo con él; debo hacerlo y será mucho mejor», se dijo.

Apoyó el dedo en el timbre y llamó.

—Qué, le has traído?—le preguntó á Zakhar que entraba.

—Ese hombre está en estado lastimoso,—dijo Zakhar moviendo la cabeza con importancia y cerrando los ojos.

—Qué, está bebido?

—Está muy débil.

—Y el violín, dónde está?

—Lo he traído, la señora me lo ha dado.

—Pues bien, te ruego que le dejes pasar ahora, métele después en la cama y mañana por la mañana vigílale atentamente para que no salga de casa.

Pero aun no había salido Zakhar que Alberto entraba ya en la habitación.

V

YA queriais dormiros?—dijo Alberto sonriendo.—Yo estaba en casa de Anna Ivanovna, he pasado una agradable velada. Se ha tocado música, se ha reído; había una reunión muy agradable. Permitidme que beba un poco,—añadió cogiendo el jarro de agua que estaba encima de la mesa;—pero, agua no quiero...

Alberto estaba como la víspera: la misma encantadora sonrisa en los labios, la frente despejada y los miembros débiles. El abrigo de Zakhar le caía admirablemente y el cuello alto y limpio de la camisa de noche encuadraba de una manera pintoresca su fino y blanco cuello, dándole un aspecto señoril é inocente. Sentóse en la cama de Delessov y le miró en silencio con una sonrisa agradable y alegre.

Delessov examinaba los ojos de Alberto, sintiéndose de nuevo atraído por el encanto de su sonrisa; olvidó el deseo de estar severo, y quiso al contrario distraerse, oir al músico, y estar hablando amigablemente con él, aunque hubiera sido hasta el amanecer. Delessov ordenó á Zakhar que trajese una botella de vino, algunos cigarros y el violín.

—Ah! á las mil maravillas,—dijo Alberto.—Aun es temprano, podemos tocar música tanto como queráis.

Zakhar con gran satisfacción trajo una botella de Laffite, dos vasos, algunos cigarrillos de los que fumaba Delessov y el violín.

Pero en vez de acostarse como su amo le ordenó, encendió un cigarro y se sentó en la sala contigua.

—Mejor es que hablemos,—dijo Delessov al músico que tomaba ya el violín.

Alberto se sentó con cuidado en la cama y volvió á sonreirse alegremente.

—Ah! sí,—dijo, dándose con la mano un golpe en la frente y tomando una expresión curiosa é inquieta, pues en la expresión de su cara se leía siempre lo que pensaba.—Permitidme que os pregunte...—Detúvose un momento.—Este caballero que estaba con vos ayer noche... al que llamabais N., no es el hijo del célebre N.?

—Su propio hijo,—respondió Delessov, no comprendiendo lo que eso podía interesar á Alberto.

—Eso es,—dijo sonriéndose con satisfacción.—Le reconocí al momento en sus modales particularmente aristócratas. Me gusta mucho la aristocracia, porque hay en la misma elegancia y belleza. Y aquel oficial que bailaba tan bien?—preguntó,—también me gustó mucho; parecía tan noble, tan alegre... Es el ayudante de campo N. N.

—Cuál?—preguntó Delessov.

—Aquel con quien tropecé cuando bailábamos. Debe ser un hombre honrado.

—Es un libertino,—respondió Delessov.

—Ah, no!—replicó calurosamente Alberto.—En él se nota algo muy agradable, y es un buen músico,—añadió.—Tocó allí un pedazo de ópera que desde hace mucho no lo había oído mejor ni que me gustara tanto.

—Sí, toca bien; pero su estilo no me gusta,—dijo Delessov que quería obligar á su interlocutor á hablar de música.—No comprende la música clásica; y la música de Donizetti y de Bellini no es la buena música. No sois de esa opinión?

—Ah, no, no, dispensad,—dijo Alberto con expresión deferente.—La música antigua es una música y la nueva es otra. En la música nueva hay también trozos extraordinariamente hermosos: *La Sonámbula!*... el final de *Lucía!* de Chopín... *Roberto!* He pensado muchas veces...—paróse un momento concentrando el pensamiento,—que si Beethoven viviese, lloraría de placer escuchando *La Sonámbula*. En todas partes se encuentra lo bueno. La primera vez que oí *La Sonámbula* fué cuando vinieron la Viardot y Rubini; era... ah!—y brilláronle los ojos é hizo un gesto con las manos, como si hubiese querido arrancarse algo del pecho;—con un poquito más...

—Y ahora, cómo os parece la ópera?—preguntóle Delessov.

—Bozia es buena, muy buena, extremadamente elegante, pero no tiene nada aquí,—señalando su hundido pecho.—A una artista le hace falta la pasión y ella no la siente. Gustar ya gusta, pero no entusiasma.

—Y Lablache?

—Le oí en París en el *Barbero de Sevilla;* en aquella época era el único; pero ahora es ya viejo. No puede ser actor, es demasiado viejo...

—Sí, es viejo, pero aun vale en la *música de conjunto,*—dijo Delessov. Este era su juicio respecto á Lablache.

—Cómo! Qué importa que sea viejo!—dijo Alberto con severidad.—No debiera serlo. El artista no debe nunca ser viejo. Se necesitan muchas cosas para el cultivo del arte, pero principalmente el fuego sagrado,—dijo con los ojos brillantes y levantando las manos.

En efecto, un fuego devorador brillaba en todo él.

—Ah, Dios mío!—dijo de pronto;—vos no conocéis á Petrov, el pintor?

—No,—respondió sonriendo Delessov.

—Me gustaría en extremo que pudieseis conocerle! Tendríais un gran placer si le oyerais hablar. Cómo comprende el arte! Antes nos encontrábamos muchas veces en casa de Anna Ivanovna; pero ésta, por una cuestión baladí se enfadó con él y no ha ido más. Tendría un gran placer si trabarais amistad con él. Tiene mucho talento.

—Hace cuadros?—preguntó Delessov.

—No sé, creo que no... pero ha salido de la Academia. Qué ideas tiene! Cuando habla, es sorprendente lo que á veces dice. Oh! Petrov es un gran talento, pero lleva una vida muy agitada, muy alegre... es lástima,—añadió Alberto sonriendo; y cogiendo el violín se puso á templarlo.

—Hace mucho tiempo que salisteis de la Opera?—preguntó Delessov.

Alberto le miró y suspiró profundamente.

—Ah! ya ni me acuerdo,—dijo soltando el violín y cogiéndose la cabeza entre las manos; después sentóse de nuevo al lado de Delessov.—Yo os diré. No puedo tocar allí... porque no tengo nada! Ni ropa, ni albergue, ni violín. Mala vida, mala vida! Para qué voy á ir allí? Para qué? No hay necesidad. Ah! *Don Juan!*—dijo golpeándose la cabeza.

—Iremos un día juntos,—dijo Delessov.

Alberto cogió sin contestar el violín y empezó á tocar el final del primer acto de *Don Juan,* explicando al mismo tiempo el argumento de la ópera.

A Delessov se le erizaron los cabellos cuando tocó el trozo del comendador agonizante.

—No, no puedo tocar, hoy he bebido demasiado,—dijo tirando el violín. Tan pronto como hubo acabado de decirlo, se acercó á la mesa, se echó un vaso de vino y bebiéndoselo de un trago sentóse otra vez en la cama al lado de Delessov.

Este miraba á Alberto sin quitarle los ojos de encima.

El músico sonreía de vez en cuando y Delessov también. Los dos se callaron, pero entre ellos se establecían, por la mirada y la sonrisa, relaciones cada vez más estrechas. Delessov sentía una afección cada vez mayor hacia Alberto, experimentando en todo su sér una alegría inexplicable.

—Estáis enamorado?—le preguntó Delessov.

Alberto púsose pensativo por algunos segundos, iluminándose pocos momentos después su cara con una sonrisa triste, y acercándose á Delessov miróle fijamente á los ojos.

—Por qué me lo preguntáis?—murmuró.—Pero, os lo contaré todo porque me habéis agradado,—continuó, mirándole mientras se volvía un poco.—Os tengo que decir la verdad, os lo contaré tal como sucedió.

Detúvose un momento y fijó los ojos en Delessov con mirada salvaje.

—Ya sabéis que soy un espíritu débil,—dijo de pronto.—Sí, sí, estoy seguro que Anna Ivanovna os lo ha contado todo, porque dice á todo el mundo que yo estoy loco! No es verdad, lo dice de broma; es una buena mujer, pero es cierto que hace algún tiempo no me encuentro muy bien.—Alberto callóse de nuevo; sus ojos fijos y muy abiertos miraban hacia la oscura puerta.—Me habéis preguntado si amaba? Sí, he amado. Hace mucho tiempo, cuando aun estaba empleado en el teatro. Yo era segundo violín en la Opera y ella venía al palco proscenio de la izquierda.—Alberto se levantó é inclinándose al oído de Delessov, dijo:—Para qué nombrarla? Sin duda la conocéis, todos la conocen... Yo trataba de no amarla porque no soy más que un pobre artista y ella era de la aristocracia; yo lo sabía, por eso me contentaba nada más que con mirarla, sin pensar en nada...

Alberto púsose pensativo, juntando sus recuerdos.

—Cómo sucedió, no me puedo acordar, pero un día me mandó llamar para que la acompañara con el violín... yo, un pobre artis-

ta!...—dijo suspirando mientras levantaba la cabeza.—Pero no, no puedo explicarlo; no puedo. Qué feliz fuí entonces!

—Fuisteis muchas veces á su casa?—preguntó Delessov.

—Una vez, una sola vez... pero fuí muy culpable; me volví loco; yo, un pobre artista y ella una dama noble... No le debí haber dicho nada, pero estaba loco é hice una barbaridad... Desde entonces todo concluyó para mí. Petrov dijo la verdad: Más me hubiera valido verla solamente en el teatro...

—Qué es lo que hicisteis entonces?—preguntó Delessov.

—Ah! esperad, esperad... Eso no puedo explicarlo,—y ocultando su rostro entre sus manos, callóse un momento.—Llegué tarde á la orquesta por haberme entretenido bebiendo con Petrov y me sentía muy turbado. Ella estaba en su palco hablando con un general, que no sé quien fuese; estaba sentada en la delantera y tenía la mano apoyada sobre la barandilla. Llevaba un vestido blanco, rodeando su cuello un collar de perlas; mientras seguía hablando me miró dos veces; su peinado era así... Yo no tocaba, estaba de pie cerca del bajo y la miraba... Por la primera vez en mi vida, una cosa extraña me sucedió. Estaba hablando con el general y me miraba; comprendí que hablaba de mí... y de pronto me dí cuenta de que no estaba en la orquesta, que estaba en su palco y que tenía sus manos entre las mías. Qué era aquello?—exclamó Alberto, y se calló.

—Vehemencias de la imaginación,—dijo Delessov.

—Pero no... no puedo explicarlo,—respondió Alberto crispándose todo.—Yo era ya un pobre, ya no tenía casa, y cuando iba al teatro muchas veces era para dormir...

—Cómo? En el teatro? En la sala de espectáculos, vacía y oscura?

—Ah! yo no tengo miedo de esas tonterías. Esperad. Tan pronto como todos se habían marchado, iba al palco donde ella se sentaba y me dormía allí. Esta era mi única alegría. Qué noches he pasado allí! Una sola vez gocé de veras una noche parecida. Durante el sueño veía tantas cosas... pero no, no puedo explicároslo todo.—Alberto bajó la cabeza y miró á Delessov y preguntó otra vez:—Qué era aquello?

—Es muy extraño,—exclamó Delessov.

—No, esperad, oidme,—y acercándose á Delessov empezóle á hablar en voz baja.—Yo besaba su mano y lloraba á los pies de ella... después le estuve hablando un buen rato, sintiendo el suave olor de perfumes y el timbre de su voz; después cogí el violín y me puse á tocar con suavidad y según creo admirablemente. Nunca

he tenido miedo de las tonterías que cree el vulgo, porque no creo en ellas, pero aquella noche pasó algo,—dijo con extraña sonrisa y poniéndose las manos en la cabeza.—Estaba asustado por mi pobre espíritu, porque me parecía que pasaba algo en mi cabeza. Quizás no fuese nada; cuál es vuestro parecer?

Quedáronse ambos silenciosos durante algunos minutos.

Aunque las nubes cubran el cielo,
El sol brilla siempre claro

cantó Alberto sonriendo dulcemente.—No es verdad?

También yo he vivido y he gozado.

—Qué bien interpretaba todo eso Petrov!

Delessov estaba silencioso, mirando con espanto el pálido y emocionado semblante de su interlocutor.

—Conocéis el *Juristen-Walzer?*—dijo de pronto Alberto; y sin esperar la contestación cogió el violín y empezó á tocar un alegre vals, olvidándose completamente de todo y como si creyera que tenía una orquesta detrás de él; se sonreía balanceándose mientras marcaba el compás, tocando maravillosamente.

—Ah! se acabó la diversión!—dijo agitando el violín.—Yo iré, —dijo después de un corto silencio.—Y vos, no vendréis?

—Dónde?—preguntó sorprendido Delessov.

—A casa de Anna Ivanovna. Allí todo es alegre... la gente, el ruído, la música...

Delessov iba á consentírselo, pero conteniéndose á tiempo, aconsejó á Alberto que no fuera.

—Iré nada más que un momento.

—No vayáis.

Alberto suspiró y dejó el violín.

—Entonces, hay que quedarse?

Miró la botella, en la que no quedaba más vino, y salió dando las buenas noches.

Delessov tocó el timbre.

—Ten cuidado de que no salga el señor Alberto sin mi permiso,—dijo á Zakhar.

VI

El día siguiente era fiesta. Tan pronto se hubo levantado Delessov, sentóse en el salón, leyendo mientras tomaba el café. En la habitación contigua aun no se sentía mover á Alberto.

Zakhar abrió la puerta con prudencia y miró en el comedor.

—Creedme, duerme sobre el mismo diván; no ha querido poner nada debajo, es igual que un niño. Verdaderamente es un artista!

Hacia el mediodía oyóse rumor de una tos muy repetida detrás de la puerta.

Zakhar acercóse de nuevo al comedor. Delessov oyó la voz dulce de su criado y la voz débil y suplicante de Alberto.

—Qué hay?—preguntó Delessov á Zakhar cuando entró.

—Dice que se aburre; no ha querido levantarse; está muy triste; no hace otra cosa que pedirme vino.

—No, me lo he prometido; hay que tener energía,—dijo Delessov.

Prohibió dar vino al artista y se puso otra vez á leer, escuchando de todas maneras lo qúe pasaba en el comedor. Allí nada se movía, tan sólo de vez en cuando se oía una penosa tos de pecho seguida de espectoraciones. Pasaron dos horas, Delessov se vistió y antes de salir se decidió á ir á ver á su huésped. Alberto estaba inmóvil, sentado cerca de la ventana, la cabeza apoyada entre las manos. Su cara estaba amarilla, arrugada y no solamente

triste, sino con señales de profunda desdicha. Trató de sonreir á guisa de saludo, pero su cara tomó una expresión aun más triste. Hubiérase dicho que iba á llorar; levantóse con gran trabajo y saludó.

—Si fuera posible obtener una copita de aguardiente,—dijo con voz suplicante.—Os lo ruego, porque estoy muy débil.

—Os aconsejo que toméis café, os irá mucho mejor.

La cara de Alberto perdió instantáneamente su expresión infantil. Miró á la ventana con la vista empañada y fría, dejándose caer sobre la silla.

—Mejor sería que almorzarais.

—No, gracias; no tengo apetito.

—Si queréis tocar el violín, no me estorbáis para nada,—dijo Delessov, dejando el instrumento encima de la mesa.

Alberto miró el violín con aire despreciativo.

—Estoy débil y no puedo tocar,—dijo rechazando el instrumento.

Después de esto, á todo lo que Delessov le proponía, ir al teatro, pasearse... contestaba con un humilde saludo, guardando obstinadamente el silencio más absoluto.

Delessov salió á hacer algunas visitas, comió con los amigos y antes de ir al teatro entró en su casa para cambiarse el traje y para saber qué es lo que hacía el músico. Alberto estaba sentado en la antesala, completamente á oscuras; tenía la cabeza apoyada entre sus manos y contemplaba la estufa encendida. Se había lavado, peinado y vestido con mucha limpieza, pero sus ojos estaban velados y sin expresión; en todo su cuerpo se notaba más debilidad y más fatiga que por la mañana.

—Qué, habéis comido?—preguntóle Delessov.

Alberto hizo un signo afirmativo con la cabeza, y mirando con desconfianza á Delessov, bajó la vista.

Delessov se sintió apenado.

—Hoy he visto al director, al cual he hablado de vos,—dijo Delessov desviando la mirada.—Tendrá mucha satisfacción en volver á veros. Si permitieseis que él os oyese...

—Muchas gracias, no puedo tocar,—pronunció entre dientes Alberto y pasó á su habitación cerrando la puerta tras sí.

Algunos momentos después volvió á salir de la habitación con el violín, dió una rápida y agresiva mirada á Delessov, dejó el violín sobre una silla y desapareció nuevamente.

Delessov se sonrió encogiéndose de hombros.

«Qué es lo que debo hacer? De qué soy culpable?»—pensó.

—Cómo está el músico?—fué la primera pregunta que hizo al entrar ya tarde en su casa.

—Está bastante mal,—respondió brevemente y con voz sonora Zakhar.—Se pasa el tiempo tosiendo y suspirando sin decir una palabra. Diferentes veces me ha pedido aguardiente, habiéndole ya dado un vasito, de lo contrario era de temer que le perdíamos. Es como el empleado...

—Ha tocado el violín?

—Ni tan sólo lo ha mirado; dos veces se lo he llevado y cogiéndolo con cuidado me lo ha devuelto siempre,—respondió Zakhar sonriendo.—No ordenáis que se le dé de beber?

—No; esperemos un día y veremos lo que pasa. Qué es lo que hace ahora?

—Está encerrado en el salón.

Delessov pasó á su despacho y tomó algunos libros en francés y el Evangelio en alemán.

—Mañana ponle estos libros en su cuarto, y cuidado con dejarle salir,—le dijo á Zakhar.

A la mañana siguiente, Zakhar informó á su amo de que el músico no había dormido en toda la noche, y que había probado de abrir las puertas, pero gracias á sus cuidados estaban bien cerradaa; díjole además que haciéndose el dormido había oído á Alberto hablar bajo al agitar con fuerza las manos.

Alberto volvióse de día en día más sombrío y más silencioso. Parecía como si le inspirase miedo Delessov y cada vez que sus miradas se encontraban, se notaba en su cara una sensación inusitada de espanto. No tocaba ni los libros ni el violín, guardando el silencio más absoluto cuando se le preguntaba algo.

Algunos días después de haber instalado el músico, llegó Delessov á su casa bastante tarde, notándose en él mucho cansancio y contrariedad. Durante todo el día había estado haciendo gestiones para cierto negocio que le pareció muy fácil y, como pasa casi siempre, á pesar de todo su cuidado, no había obtenido lo que deseaba. Además en el club había perdido algo y estaba de muy mal humor.

—Que Dios le proteja!—respondió á Zakhar, el cual le explicaba la triste situación de Alberto.—Mañana le preguntaré definitivamente si quiere quedarse en casa y seguir mis consejos. Si no peor para él; me parece que he hecho todo lo que he podido.

«Hacerles favores á los hombres!—pensó—me inquieto por él, meto en mi casa á un cualquiera, aunque por la mañana no pueda recibir la visita de nadie; doy pasos y corro de un lado á otro por él... y aun me mira como á un malhechor que por su placer le ha encerrado en una jaula; y sobre todo, que él no sería capaz de dar un paso. Son todos así!».

La palabra «todos» se refería á los hombres en general y en particular á los con quienes había hablado por la mañana.

«Qué será de él ahora? En qué piensa? qué es lo que le entristece? Echa de menos el desarreglo y humillación en que vivía, la mendicidad de donde le he sacado? Evidentemente había caído ya muy bajo para que pueda acostumbrarse de nuevo á una vida honrada...»

«No, es una chiquillada—dijo Delessov.—Por qué me meteré á corregir á los demás? Que Dios me deje arreglarme á mí mismo».

Quiso dejarle marchar enseguida, pero reflexionó un momento y lo dejó para el día siguiente.

Durante la noche, Delessov se despertó con el ruído de una mesa que se había caído en la antesala, oyendo voces y pasos en la misma. Encendió una bujía y escuchó con ansiedad...

—Esperad, que iré á llamar al amo,—decía Zakhar.

Alberto murmuraba palabras incoherentes. Delessov saltó del lecho y con la bujía en la mano corrió á la antesala. Zakhar en traje de noche estaba de pie delante de la puerta. Alberto, con el sombrero y el abrigo, trataba de apartarle de la puerta, gritando con voz quejumbrosa:

—No podéis impedirme el paso, tengo el pasaporte; yo no me llevo nada, podéis registrarme si queréis; iré al jefe de policía.

—Permitidme,—dijo Zakhar á su amo, mientras continuaba defendiendo la puerta con la espalda.—Se ha levantado esta noche, ha encontrado la llave en mi abrigo y se ha bebido una botella entera de aguardiente azucarado. Está bien eso? Y ahora quiere marcharse.—Alberto, al distinguir á Delessov, empezó á empujar á Zakhar más enérgicamente.

—Nadie puede retenerme! No tenéis ese derecho,—gritaba elevando cada vez más la voz.

—Quítate de ahí, Zakhar—dijo Delessov, y dirigiéndose á Alberto:—Yo no quiero ni puedo reteneros, pero os aconsejo quedaros hasta mañana.

—Nadie puede retenerme, iré á ver al jefe de policía,—gritaba cada vez con más fuerza Alberto, dirigiéndose tan sólo á Zakhar y sin mirar á Delessov.—Ladrones!—gritó de pronto con espantosa voz.

—Pero, por qué gritáis así? Nadie os retiene,—dijo Zakhar abriendo la puerta.

Alberto cesó de gritar.

—No lo habéis logrado! Queríais matarme? Pues, no!—murmuró tomando sus zapatos de goma. Sin decir *adiós* y mascullando palabras incomprensibles, salió. Zakhar le alumbró hasta la puerta y volvió.

—Gracias á Dios! Hubiera acabado mal,—dijo á su amo.—Ahora hay que mirar los objetos de plata á ver si están todos.

Delessov movió la cabeza sin responder. Acordábase ahora de las dos primeras veladas pasadas con el músico, los días tristes que por su falta había pasado Alberto, y principalmente se acordaba del sentimiento mezclado de admiración, de amor y de piedad, que desde el primer momento le inspiró ese hombre extraño.

Empezaba á compadecerle. «Qué es lo que va á hacer, sin dinero, sin ropa, solo en medio de la noche?...» Quiso mandar á Zakhar en su busca, pero era ya tarde.

—Hace mucho frío?—preguntó Delessov.

—Una helada muy fuerte,—respondió Zakhar.—Había olvidado deciros que se tendrá que comprar leña hasta la primavera.

—Cómo es posible? Tú habías dicho que aun quedaría...

VII

En efecto, fuera hacía muchísimo frío, pero Alberto no lo sentía por la excitación que le había producido el vino y la discusión.

Una vez en la calle se volvió y frotóse las manos de contento. La calle estaba desierta, brillando aun en la misma las largas filas de faroles. El cielo estaba estrellado. «Bah!» exclamó dirigiéndose á la ventana alumbrada de Delessov, metiendo las manos bajo el pardesú en los bolsillos del pantalón. Con el paso indeciso y el cuerpo inclinado hacia adelante, iba Alberto por la derecha de la calle. Sentía en el estómago y en las piernas una pesadez extraordinaria; un ruido extraño llenaba su cabeza, una fuerza invisible le tiraba de un lado á otro, pero él seguía avanzando en dirección á la casa de Anna Ivanovna.

En su cabeza germinaban ideas extrañas é incoherentes. Unas veces acordábase de su última discusión con Zakhar, otras de su madre y su primera llegada á Rusia en el barco, ó bien de alguna noche pasada en compañía de un amigo en la tienda por delante de la cual pasaba, ora en su imaginación empezaba á cantar los trozos que se le ocurrían, acordándose del objeto de su pasión y de la noche terrible pasada en el teatro.

Pero, apesar de su incoherencia, todos estos recuerdos se presentaban á su imaginación con tanta claridad, que cerrando los ojos no sabía darse cuenta de cuál era la realidad, si lo que hacía

ó lo que pensaba. No se acordaba de nada, ni sabía por qué sus piernas se adelantaban sin querer, y tambaleándose daba contra las paredes; miraba alrededor y pasaba de una calle á otra. Sentía y se acordaba tan sólo de las cosas extrañas y embrolladas que en su imaginación se sucedían y se presentaban.

Al pasar cerca de la pequeña Morskaia, Alberto tropezó y cayó, y como despertado por un momento, vióse delante de un magnífico edificio. En el cielo no se veían ni estrellas ni luz, no habiendo tampoco luz en la tierra, pero todos los objetos distinguíanse claramente. En las ventanas del edificio que se levanta al final de la calle, brillaban algunas luces, las cuales oscilaban como débiles reflejos. El edificio se iba acercando cada vez más hacia donde estaba Alberto, destacándose más netamente... pero las luces desaparecieron al penetrar Alberto por sus anchas puertas. El interior era sombrío, los pasos resonaban sonoros bajo la bóveda, y al acercarse las sombras se desligaban y huían. «Por qué he venido aquí?» pensó Alberto, pero una fuerza invisible le empujaba adelante hacia el fondo de una inmensa sala... Allí había un estrado alrededor del cual había mucha gente en silencio. «Quién hablará?» preguntó Alberto. Nadie respondió, pero le designaron el estrado. Sobre el mismo estaba ya un hombre alto, delgado, con los cabellos erizados y en traje de casa. Alberto conoció enseguida en él á su amigo Petrov. «Qué extraño es que esté aquí!» pensó Alberto. «No, hermanos míos! decía Petrov señalándome á mí, no habéis comprendido á un hombre que vivía entre vosotros; no lo habéis comprendido! No era un artista cualquiera, ni un tocador mecánico, ni un loco, ni un hombre perdido; era un genio, un gran genio musical despreciado por todos nosotros».

Alberto comprendió al momento de quién hablaba su amigo, pero por no molestarle, por modestia, bajó la cabeza.

—En él, ese fuego sagrado de que todos nos servimos, lo ha consumido todo como una simple paja, pero él ha cumplido cuánto Dios puso en él y por eso debemos llamarle un gran hombre. Vosotros podíais despreciarle, hacerle sufrir, humillarle,—continuó elevando cada vez más la voz.—pero era y será infinitamente superior á todos vosotros; él es bueno y feliz. El nos acusa, ó lo que es igual, nos desprecia á todos; pero él se consagra tan sólo á lo que le viene de arriba. Ama una sola cosa, lo bello, el solo bien indispensable en el mundo. Sí; hele ahí, este es! Caed todos ante él de rodillas!—gritó en voz alta. En este momento otra voz se oyó hacia el otro lado de la sala.

—Yo no quiero arrodillarme delante de él,—dijo la voz, en la

que Alberto reconoció á Delessov.—Por qué es grande? Y por qué hemos de inclinarnos delante de él? Se ha conducido con lealtad? Ha sido útil á la sociedad? Sabemos que ha pedido dinero prestado y que no lo ha devuelto, que ha empeñado el violín de uno de sus amigos...

«Dios mío, cómo sabe todo eso?» pensaba Alberto bajando cada vez más la cabeza.

—Sabemos que por el dinero adulaba á los hombres!—continuó Delessov.—No sabemos, acaso, cómo le despacharon del teatro? Cómo Anna Ivanovna quiso entregarle á la policía?

«Dios mío! todo eso es verdad, pero defiéndeme, tú eres el único que sabes por qué he hecho todo eso» pronunció Alberto.

—Basta ya, tened vergüenza,—replicó de nuevo la voz de Petrov.—Qué derecho tenéis para acusarle? Habéis pasado su vida? Habéis experimentado su embeleso?

«Es verdad, es verdad», murmuró Alberto.

—El arte es la manifestación más grande de la potencia humana. Es el privilegio de los pocos elegidos, que los eleva á una altura en la que la cabeza gira, y es difícil mantenerse incólume. En el arte, como en todas las luchas, hay héroes que se dan enteros á su servicio... y se pierden antes de alcanzar la meta.

Petrov se calló y Alberto, levantando la cabeza, gritó en voz alta: «Es verdad! es verdad!» pero su voz se apagó sin ningún sonido.

—Eso no os concierne,—siguió con severidad el pintor Petrov. —Sí, humilladle, despreciadle, pero de todos nosotros es el mejor y el más feliz!

Alberto, que escuchaba todas esas palabras con la alegría en el alma, no pudo contenerse y se acercó á su amigo para abrazarle.

—Vete, que no te conozco,—respondió Petrov.—Sigue tu camino, sino no llegarás...

. . . .

—Mira como se ha puesto! no podrá llegar,—gritó el guardia al volver la esquina.

Alberto se levantó, juntó sus fuerzas y tratando de no tambalearse volvió la callejuela. Hasta la habitación de Anna Ivanovna no había más que algunos pasos. La luz de la antesala reflejábase sobre la nieve del patio; cerca de la puerta cochera estaban estacionados gran número de trineos y coches.

Apoyando su helada mano en la barandilla, subió la escalera y llamó. El dormido rostro de la criada mostróse por la ventanilla de la puerta mirando con aire de desprecio á Alberto: «No se puede

entrar, gritó, tengo orden de no dejar entrar», cerrando de golpe la ventanilla. El sonido de la música y las voces de las mujeres llegaban hasta la escalera; Alberto sentóse en el suelo, apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos.

Tan pronto los hubo cerrado, le asaltaron una multitud de visiones extrañas que, con mayor fuerza, le trasportaron de nuevo al hermoso y libre reino del sueño.

«Sí, es el mejor y el más feliz», repetía involuntariamente en su imaginación. A través de la puerta oíanse los compases de la polka y sus sonidos decíanle también que era el mejor y el más feliz. De la cercana iglesia oíase el continuo repique de campanas las cuales repetían: «Sí, es el mejor y el más feliz... Iré otra vez á la sala, pensó Alberto; Petrov debe estar hablando todavía». En la sala ya no había nadie, y en vez de Petrov, estaba Alberto subido en el estrado, tocando con el violín todo lo que antes decía la voz. Pero el violín era muy raro, era todo de cristal. Lo tenía que coger con las dos manos y apretarlo con fuerza contra el pecho para que tocara. Los sonidos eran tan dulces y agradables, que Alberto no había oído nunca nada que lo igualase; mientras más apretaba el violín contra su pecho, eran los sonidos más encantadores, dulces y rápidos, iluminándose las paredes de una luz transparente. Tenía que tocar con mucha prudencia para no romper el violín; Alberto tocaba en el instrumento de cristal, con mucha maestría, trozos que él oía bien, pero que nadie oiría jamás; ya empezaba á estar cansado, cuando le distrajo un sordo y lejano ruído; era el de una campana que pronunciaba estas palabras: «Sí, —decía con un agudo y lejano repiqueteo,—os parece un miserable, le despreciáis, pero es el mejor y el más feliz! nadie tocará jamás ese instrumento!»

Estas palabras, no conocidas ni oídas, le parecieron de pronto tan inteligibles, tan nuevas y tan justas, que cesó de tocar, y esforzándose para no hacer ruído, levantó sus manos y elevó sus ojos al cielo. Sentíase en aquellos momentos hermoso y feliz. La sala estaba vacía, y sin embargo Alberto levantaba con arrogancia la cabeza, irguiéndose en el estrado para que todos pudiesen verle. De pronto una mano le tocó ligeramente en la espalda; volvióse y en la media luz que reinaba distinguió á una mujer.

Esta le miró tristemente y movió la cabeza; él comprendió enseguida que lo que hacía no estaba bien y le dió vergüenza.

—«Qué queréis?»—le preguntó. La desconocida le miró un instante con fijeza y movió de nuevo la cabeza.

Era sin duda alguna su amada; su vestido era el mismo, un hilo de perlas rodeaba su blanquísimo cuello, llevando los brazos desnudos hasta el codo; aquella mujer le cogió la mano y le condujo fuera de la sala.

—«La salida es por el otro lado»,—dijo Alberto; la mujer no contestó y con la sonrisa en los labios le llevó fuera de la sala. Al llegar al umbral, Alberto vió el agua y la luna; pero el agua no estaba abajo como es lo natural ni la luna en el cielo, sino que la luna y el agua estaban arriba, abajo y por todas partes. Alberto lanzóse con ella hacia la luna y hacia el agua y comprendió que podía besar y abrazar á la que más amaba en el mundo; mientras la besaba sentía en todo su sér una felicidad sin límites.

—«No es un sueño?»—se preguntaba. Pero no, era la realidad, más que la realidad; era la realidad y el recuerdo. Presentía que la felicidad inapreciable que gozaba en aquellos instantes, pasaría para no hallarla nunca más.

—«Por quién, pues, lloro?»—le preguntó. Ella le miraba triste y silenciosamente. Alberto comprendió lo que aquello quería decir.

—«Pero, cómo puede ser si aun estoy vivo?»—pronunció. La mujer sin responderle é inmóvil miraba hacia adelante.

—«Esto es horrible! Cómo decirle que estoy vivo?»—pensó con horror.—Dios mío! estoy vivo! comprendéis?»—murmuró.

—«Es el mejor y el más feliz!»—seguía diciendo la lejana voz.

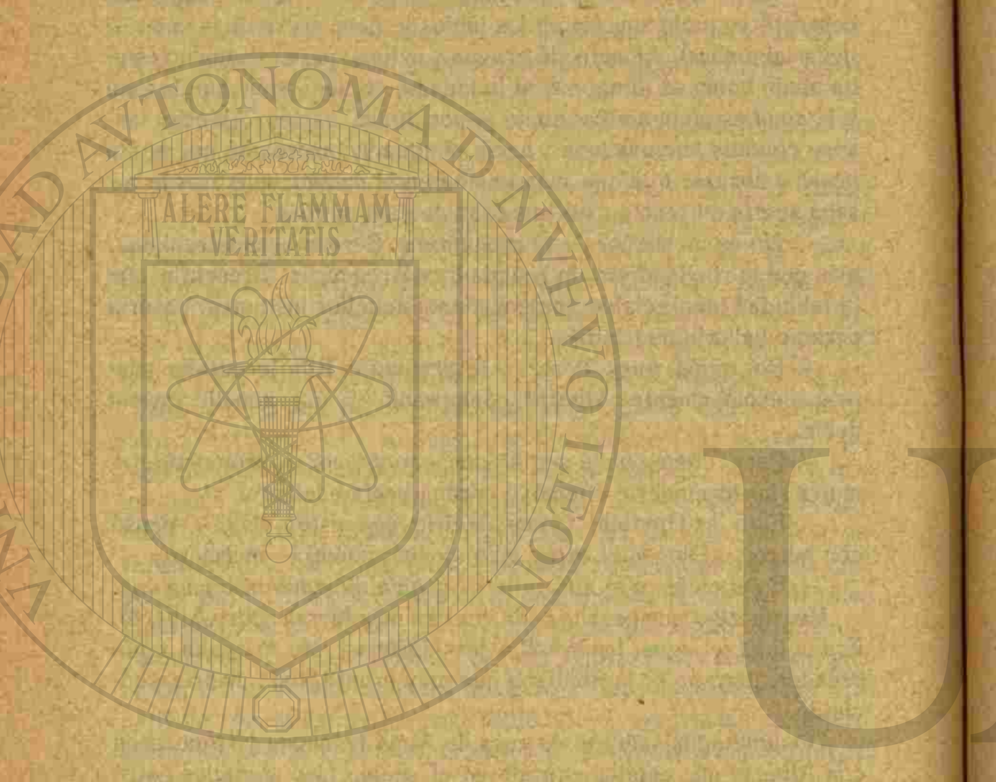
Era un *algo* que pesaba cada vez con más fuerza sobre Alberto. Era la luna, el agua, los besos ó las lágrimas? No lo podía comprender, pero no se le ocultaba que muy pronto todo habría concluído.

Dos invitados salieron de casa de Anna Ivanovna y tropezaron con Alberto que estaba estirado en el suelo. Uno de ellos entró para llamar al ama de la casa.

—Esto es inhumano,—dijo,—haber dejado que este hombre se helara aquí toda la noche.

—Ah! es Alberto! Ya estoy cansada de él!—respondió.—Annuchka, metedlo en cualquier rincón de la sala,—dijo á la criada.

—«Pero, si aun estoy vivo, por qué me enterráis?»—murmuró dentro de sí mismo Alberto, mientras le entraban sin conocimiento en la habitación.



Páginas de un diario

1857



I

LLEGADO á Lucerna ayer noche, 8 de julio, fuí á hospedarme en el mejor hotel, llamado «Schweizerhof».

«Lucerna es una antigua ciudad cantonal, situada en la orilla del lago de los Cuatro-Cantones», dice Murray.

«Es una de las poblaciones más románticas de Suiza; tres grandes carreteras la cruzan, y á una distancia aproximada á una hora de vapor se encuentra el monte Righi, de donde se contempla una de los más sorprendentes panoramas del mundo».

Es verdad ó no lo es!... Pero como todas las guías dicen lo mismo, hay siempre en Lucerna muchísimos turistas de todas nacionalidades y especialmente ingleses.

El hermoso edificio de cinco pisos del hotel Schweizerhof ha sido construído recientemente sobre el muelle, en el mismo borde del lago, y en el sitio donde antes existía un puente de madera cubierto, anguloso, con una capilla en un lado con imágenes de Cristo en las paredes. Ahora, gracias á la gran afluencia de ingleses, á sus necesidades, á su dinero, á sus gustos, el antiguo puente ha sido derribado y en su lugar ha sido construído un muelle de piedra, recto como una barra; sobre el muelle han construído una casa de cinco pisos, cuadrangular, y delante de la casa han plantado dos hileras de tilos, y entre los tilos han puesto como es cos-

tumbre algunos bancos verdes. Es el paseo; por ahí van y vienen los ingleses con sombreros de paja suiza, con trajes muy sólidos y cómodos, alegrándose de su obra. Quizás esos muelles, esas casas, esos tilos y esos ingleses estén bien en algún sitio, pero con seguridad no lo están en medio de esta naturaleza majestuosa y extraña que es al mismo tiempo dulce y armoniosa.

Cuando subí á mi habitación y abrí la ventana que da sobre el lago, quedé admirado ante aquellas montañas, aquel agua y aquel cielo. Sentí en todo mi sér el deseo, la necesidad de expresar de alguna manera la superabundancia de que se llenaba mi alma. Hubiera querido, en aquel momento, abrazar á alguien, enlazarme con él fuertemente, pincharle, es decir, hacer algo extraordinario con ese alguien ó conmigo mismo.

Eran las siete de la tarde; todo el día había estado lloviendo, y en aquel momento empezaba á despejarse el cielo. El lago, azul como azufre inflamado, veíase desde la ventana cruzado por infinitas canoas, las cuales dejaban en pos de sí anchas estelas que iban á perderse en la orilla; más lejos se estrellaba entre dos grandes montañas, tras de las cuales desaparecían las nubes empujadas unas por otras. En el primer llano que se distinguía, confundíase la orilla con los arroyuelos, con los verdes prados y los jardines de las casas... en el fondo las lejanas montañas de tinte violáceo, con sus cumbres de peladas rocas ó de blanca nieve... y todo este paisaje cubierto con el azul transparente del aire é iluminado por los calientes rayos del sol poniente que se abría camino á través del cielo. Ni sobre el lago, ni en el cielo, ni en las montañas veíase una sola línea recta, sólo se distinguía un tinte uniforme, pero ni un solo momento igual; por todas partes el movimiento, la simetría, el conjunto infinito, el capricho de las líneas y de las sombras, y por todas partes la dulce calma, la unidad y el deseo de lo bello. Y aquí en medio de la belleza indefinida, confusa, libre, delante de mi misma ventana, distinguíase con limpidez la blanca y artificial barra del muelle, los tilos, los bancos verdes, viéndose en esto la obra humana, pobre y nueva, que no es como las ruinas, ahogadas en la armonía general de la hermosura, sino que, al contrario, la turban groseramente! A pesar mío, mi mirada tropezaba sin cesar con la horrible línea recta del muelle, y quería rechazarla con el pensamiento como una mancha negra sobre la nariz ó sobre el ojo. Pero el muelle, con los ingleses que se paseaban por él, quedábase en el mismo sitio é involuntariamente trataba de hallar otro punto de vista dónde no lo distinguiera. Por fin logré lo que deseaba y antes de comer, solo, pude gozar de ese sentimiento

incompleto, pero que se siente hondo, tanto más cuando se gusta aislado la contemplación de la naturaleza.

A las siete y media me llamaron para comer; en la ancha sala del piso bajo, espléndidamente instaladas, había dos mesas lo menos para cien personas; durante unos minutos hubo un movimiento silencioso para la instalación de los huéspedes; rumor de faldas de las damas, pasos ligeros y menudos, coloquios discretos con los elegantes camareros... todos los sitios estaban ocupados por hombres y mujeres con ricos vestidos, los cuales eran llevados con un cuidado extraordinario. Como en Suiza la mayoría de los viajeros son ingleses, la mesa redonda tenía ese carácter particular de convención severa admitida por la costumbre; esta reserva no está basada en el orgullo, sino en la necesidad del aislamiento para lograr la cómoda y agradable satisfacción de sus deseos. Por todas partes veíanse finísimos encajes y blancos cuellos, pulidos dientes naturales ó postizos, manos y caras como la nieve; pero aunque entre tantas caras había algunas muy bonitas, éstas no expresaban más que la absoluta conciencia del bienestar egoísta y la completa ausencia de atención para con los demás, para todo lo que no tuviera relación directa con su propia persona; las manos llenas de anillos y forradas de finos guantes no tenían más movimiento que para ajustarse el cuello, cortar la carne ó verter el vino, sin que se reflejara en ninguno de esos movimientos la emoción del alma. Los individuos de una misma familia cambiaban de vez en cuando algunas palabras á media voz, sobre el sabor de tal ó cual plato, del vino, ó bien del hermoso panorama del monte Righi. Los tenedores y cuchillos apenas tocaban los platos; se comía muy poco de cada uno; los camareros, acostumbrados por fuerza á aquel silencio, preguntaban en voz baja: «Qué clase de vino deseáis?»

Estas comidas me aburren, me desagradan y acaban por volverme triste, me está pareciendo que soy un culpable, que estoy castigado, como cuando en mi infancia, por una travesura cualquiera, me sentaban en una silla, diciéndome irónicamente: «Descansa, querido!» Pero entonces había en mis venas sangre joven y oía en la habitación contigua los alegres gritos de mis hermanos, y me esforzaba para no rebelarme contra los sentimientos de opresión que sentía en tales momentos.

Todos esos semblantes tristes y escuálidos, ejercían en mí una fatal influencia, volviéndome también triste; no quería nada, no pensaba en nada, casi no veía nada. Empecé ensayando á hablar con mis vecinos, oyendo las mismas frases repetidas mil veces en el

mismo sitio y por la misma persona... Pero es que esas personas ni eran tontas ni indiferentes, y es lo más probable que en las respectivas casas de muchas de esas gentes, pasa la misma vida interior que en la mía y en algunas mucho más complicada é interesante. Entonces, por qué privarse de uno de los mejores placeres de este mundo, el placer de gozar el uno con la alegre conversación del otro?

Qué diferencia con nuestra pensión de París! Allí éramos unas veinte personas de nacionalidad, de profesiones y de caracteres los más diferentes, y gracias á la espontaneidad francesa íbamos á la mesa redonda como á una diversión.

Tan pronto como estábamos sentados en la mesa, empezaba la conversación de una punta á otra, llena de bromas y palabras de doble sentido, haciéndose general; cada uno, sin pensar lo que saldría, decía lo que le venía á la cabeza; teníamos nuestro filósofo, nuestro razonador, nuestro bromista; todo era alegre, y tan pronto concluíamos de comer, retirábamos la mesa y nos poníamos á bailar la *polka* hasta la noche sobre la empolvada alfombra; éramos un poco presumidos, sin mucho ingenio, ni mucha honestidad, pero éramos hombres.

Y la condesa española con sus aventuras románticas; el abate italiano que declamaba, después de comer, la *Divina comedia;* el doctor americano que hacía su entrada en las Tullerías; el joven dramaturgo con los cabellos largos; el pianista que, según sus propias palabras, había compuesto la polka más bonita que existe, y la desgraciada y hermosa viuda con tres sortijas en cada dedo; todos aunque superficial, pero humana y amigablemente, nos guardábamos los unos á los otros cierto respeto, llevándonos luego recuerdos que si bien de algunos eran pasajeros, de otros eran muy sinceros y cordiales.

En la mesa redonda á la inglesa, mientras contemplaba los encajes, los lazos, los anillos y los vestidos de seda, pensaba muchas veces que algunas de esas mujeres serían felices y harían feliz á un hombre vestidas con tanto adorno. Es extraño el pensar cuántos amigos y amantes, los mejores amigos y los más felices amantes, estén quizás el uno al lado del otro sin saberlo. Dios sabe el por qué no lo sabrán jamás y no se darán nunca el uno al otro esa felicidad que podrían darse tan fácilmente y que con tanto empeño desean.

II

ESTABA triste, como siempre después de una comida así, y sin tomar los postres salí de mal humor á pasearme por la ciudad. Las sucias y estrechas calles sin alumbrado, las tiendas que empezaban á cerrar, el encuentro de obreros bebidos, de mujeres que iban á buscar agua, otras mujeres con sombrero que, mirando alrededor suyo y á lo largo de la acera se ocultaban en las callejuelas, no solamente no disipaban sino que agravaban la sombría disposición de mi espíritu. En las calles había oscurecido por completo, cuando sin mirar á mi alrededor ni pensar en nada, tomé la dirección del hotel para disipar con el sueño mi mal humor. Un frío terrible embargaba mi alma; sentíame triste y solitario sin saber por qué, como sucede amenudo cuando uno se encuentra en parajes nuevos. Iba con dirección al Schweizerhof con la mirada fija en el suelo, cuando de pronto los dulces y armoniosos sonidos de una música agradable me llamaron la atención. Momentáneamente obró con poderosa fuerza sobre mí; una alegre y clara luz parecía que penetraba en mi alma. Mi atención casi dormida, se fijó de nuevo en todos los objetos que me rodeaban; la hermosura de la noche y del lago, que me había pasado inadvertida, me llamó la atención como una cosa nueva y agradable. Sin querer, díme cuenta en un instante de multitud de cosas que me habían pasado desapercibidas: el oscuro cielo con las masas aplomadas iluminadas por la na-

ciente luna; el lago de color verde oscuro en el que reflejaban las lucecillas que iban á perderse en lontananza; las negras y lejanas montañas, el canto de las ranas de Trechembourg y en la otra orilla el tierno canturreo de la codorniz. Delante de mí, en el mismo sitio donde oíanse los sonidos que habían llamado poderosamente mi atención, ví en la semi-oscuridad y en medio de la calle, un compacto grupo de gente que se apretaba en semi-círculo, y á cierta distancia del grupo un hombrecillo vestido de negro; detrás de todos destacábanse elegantemente algunos grandes tilos del jardín sobre el cielo azul oscuro, elevándose majestuosas á su lado las severas flechas de la catedral.

Fuí acercándome, oyéndose los sonidos cada vez más claros, distinguiendo claramente los acordes graves, lejanos... esparciéndose en el aire de la noche el sonido de la guitarra y algunas voces que se interrumpían la una á la otra, sin cantar, pero que en algunos momentos marcaban los trozos más sugestivos.

El tema era así como una mazurka graciosa y encantadora. Las voces oíanse unas veces cerca y otras lejos; tan pronto se oía una voz de tenor, como una de bajo ó bien un simple gorgeo, como en los cantos tirolianos. Aquello no era una copla, sino una ligera fase melódica de la canción. No podía comprender lo que era aquello, pero era hermoso, los dulces y apasionados acordes de la guitarra, aquella ligera y deliciosa melodía, aquella carita triste del hombrecillo negro, en medio del decorado fantástico del sombrío lago, de la velada luna, de las dos enormes flechas de las torres que se levantaban silenciosas, de los abetos negruzcos de los jardines... todo era extraordinario y muy bello ó cuando menos así parecía.

Todas las impresiones confusas de la vida tomaron para mí un atractivo particular; en mi alma una fresca y perfumada flor se entreabría. En vez de la fatiga, de la distracción é indiferencia que sentía momentos antes por todo lo existente, sentí de pronto el deseo del amor, del placer, de la esperanza, la alegría de vivir. «Qué quiero, qué deseo? me dije involuntariamente. La hermosura y la poesía te envuelven por todas partes; respírala de lleno, goza tanto como puedas. Qué más te hace falta? Todo es tuyo, todo está bien...» Acerqueme un poco más. El cantador era un vagabundo tiroliano, y delante del hotel, con una pierna hacia adelante y la cabeza levantada, cantaba con diversos tonos su graciosa melodía...

Sentí en aquel momento inmensa ternura por aquel hombre y agradecimiento por la transformación que había provocado en mí. El cantador, por lo que pude juzgar, iba vestido con un viejo

traje oscuro, sus cabellos eran cortos y negros; la cabeza llevábala cubierta con un sombrero usado, de los más ordinarios; su traje no tenía nada de artístico, pero su presencia era alegre, ingenua, los movimientos de su pequeño talle dábanle un aspecto agradable y jovial. En la puerta, en las ventanas y en los balcones del hotel alumbrado con profusión, estaban las señoras con sus lindos vestidos y anchas faldas, los caballeros con los blancos cuellos, el portero y los criados con sus trajes galoneados de oro. En la calle, en el medio círculo que formaba la gente, y un poco más lejos en el paseo y por entre los tilos, se veía á los camareros del hotel, así como á los cocineros con sus delantales y gorras blancos; algunos jóvenes se paseaban del brazo; todos parecían dominados por el mismo sentimiento que yo; todos guardaban silencio escuchando atentamente al cantor; todo estaba sumido en profunda quietud, tan sólo oíase de vez en cuando el golpear del martillo ó el canto de las ranas, interrumpido de vez en cuando por el monótono canturreo de la codorniz.

El hombrecillo cantaba como un ruiseñor en la oscuridad de la calle una copla tras otra, una canción tras otra. Aunque ya estaba muy cerca, continuaba gozando con su canto; su voz era extraordinariamente agradable y el gusto y la medida con que emitía la voz eran grandes también, descubriendo en él un gran talento natural; á cada copla modificaba el canto, viéndose que todos los graciosos cambios que hacía salíanle espontáneos y sin esfuerzo alguno.

Entre la gente que le escuchaba en los paseos y en Schweizerhof estallaba de vez en cuando un murmullo aprobador. El número de caballeros y señoras bien vestidos, apoyados pintorescamente en las ventanas y balcones del hotel, aumentaba prodigiosamente. Los paseantes se paraban y entre la oscuridad, en el muelle, alrededor de los tilos, por todas partes veíanse mujeres en pequeños grupos; muy cerca de mí y separados de la gente, un criado y un cocinero estaban de pie fumando un cigarro.

El cocinero estaba embelesado en la música, y á cada nota aguda acercábase al criado y empujándole con el codo le decía entusiasmado: «Qué bien canta, eh!»

A los empujones del cocinero, contestaba el criado con una suave sonrisa, con la cual quería expresar el placer que experimentaba; de vez en cuando encogíase de hombros para hacer comprender que no le extrañaba, pues había oído aun mucho mejor que aquello.

En los intervalos, mientras tosía el cantador, le pregunté al criado quién era aquel hombre y si había ya venido otras veces.

—Viene dos veces cada verano,—respondió el criado.—Es natural de Argovia y se pasa la vida mendigando.

—Hay muchos cantores como éste?—pregunté.

—Oh! sí,—respondió el criado, no comprendiendo al primer momento lo que le preguntaba; pero, al darse cuenta de mi pregunta, añadió:—Ah! no. Aquí no he visto á nadie más que á él; no viene ningún otro.

En este momento acababa su primera canción; terció vivamente la guitarra y pronunció algunas palabras en un dialecto alemán, que no pude comprender y que suscitó la risa entre la gente que le rodeaba.

—Qué ha dicho?—pregunté.

—Dice que tiene la garganta seca y que se bebería á gusto un vaso de vino,—me tradujo el criado que estaba cerca de mí.

—Ah! sin duda le gusta la bebida?

—Bah! Todos son así,—respondió sonriendo el criado, á la vez que hizo un gesto con la mano señalando al cantor.

Este quitóse el sombrero y empezó á pedir; con su guitarra bajo el brazo se acercó al hotel, levantó la cabeza y se dirigió á los caballeros que ocupaban las ventanas y los balcones.

—*Señoras y caballeros*,—dijo con un acento medio italiano y medio alemán; luego continuó con la entonación de los prestidigitadores cuando se dirigen al público:—*Si creéis que gano algo, os equivocáis; yo no soy más que un pobre diablo.*—Callóse un momento y viendo que nadie le daba nada, cogió de nuevo la guitarra y dijo:—*Ahora, señores y señoras, os cantaré la canción de Righi.*

Todo el público callaba y, todo también, se quedó esperando la otra copla. La gente de abajo se reía por su manera tan extraña de hablar ó quizás porque no le habían dado nada; acerqueme entonces á él y le dí algunos céntimos, los cuales los hizo pasar hábilmente de una mano á otra y se los metió en el chaleco; púsose el sombrero y entonó otra canción. Era una graciosa copla tiroliana que titulaba: *Canción del Righi*. Esta copla, que él guardaba para el final, era más bonita que las anteriores y de todos lados salían murmullos de aprobación; cuando concluyó, agitó de nuevo su guitarra, quitóse el sombrero y apretándolo contra el pecho se dirigió otra vez á las ventanas pronunciando la misma frase: *Señoras y caballeros, si creéis que gano algo...* que evidentemente él juzgaba muy original y bien hallada.

Pero en su voz y en sus movimientos pude observar una indecisión y timidez infantil muy extraordinarias. El público elegante, con sus riquísimos vestidos, estaba aun en los balcones y ventanas. Algunos hablaban entre sí, en voz baja y con tiesura, sin duda del cantor que con la mano extendida estaba delante de ellos. Los otros miraban con curiosidad al hombrecillo de la guitarra. Entre la gente la conversación y la broma iba en aumento; por tercera vez el cantor repitió la frase, pero con una voz aun más débil, tendiendo de nuevo la mano con el sombrero y retirándola enseguida; y por tercera vez ninguna de esas personas tan magníficamente vestidas le echó un céntimo. La gente sin piedad se echó á reir; la talla del pobre cantor parecía disminuir; con la guitarra en una mano y levantando el sombrero con la otra, pronunció: *Señores y señoras, os doy muchas gracias y muy buenas noches;* y se puso el sombrero. La gente se echó á reir alegremente, poco á poco las damas y los señores elegantes fueron retirándose de los balcones, hablando tranquilamente entre sí; en las avenidas siguió el público paseando; la calle, silenciosa durante el canto, volvió á reanimarse, tan sólo algunos hombres se acercaron al cantor y se reían; oí al hombrecillo murmurar entre dientes y, como si se volviera aun más pequeño, tomó á paso rápido la dirección de la ciudad.

Algunos jóvenes que le miraban, le siguieron riendo á cierta distancia. Yo me quedé pasmado; no comprendía lo que aquello significaba, permaneciendo atontado en mi sitio; miraba atónito cómo se alejaba aquel hombre en dirección á la ciudad y á los jóvenes que le seguían riéndose; sentía mucha pena y amargura... sobre todo por el cantor, por la gente y por mí mismo, como si yo hubiese pedido dinero y además de negármelo se hubiesen reído de mí. Por fin dirigí mis pasos hacia Schweizerhof; no me daba aun cuenta de lo que me sucedía, pero sentía un gran peso en el alma que me ahogaba.



III

En el magnífico y alumbrado portal encontré al portero, que se apartó á un lado, y á una familia inglesa. Un hombre simpático, fuerte, con grandes patillas negras á la inglesa, un sombrero negro, un abrigo en el brazo y un bastón en la mano, salía con paso lento y seguro, llevando del brazo á su señora, la cual lucía un riquísimo vestido de seda con cintas claras y magníficos encajes; á su lado iba una linda y fresca señorita, con un elegante sombrero suizo adornado con una pluma á *la mosquetero*, por debajo del cual caían sobre su blanco rostro largos y sedosos bucles rubios; delante saltaba una niña de diez años, á la cual se le veían las robustas rodillas por debajo de los finísimos encajes.

—Qué hermosa noche!—dijo con voz dulce y satisfecha la señora mientras yo pasaba.

—*Ohé!*—mugió perezosamente el inglés, que con seguridad se daba tan buena vida que no se sentía ni con ganas de hablar. Todos parecían muy contentos de estar en el mundo; sus movimientos y sus semblantes expresaban tanta indiferencia para con los demás, y tanta seguridad de que el portero al pasar ellos se separaría para saludar, que al volver encontrarían una cama limpia y una habitación tranquila y que todo era así porque ellos tenían ese derecho, que, á pesar mío, los comparé en aquel momento con el cantor ambulante, que cansado, hambriento quizás,

huía ahora mismo del desprecio de la gente· entonces comprendí lo que pasaba en mi corazón y en mi alma, y sentí una rabia profunda contra toda esa gente.

Dos veces pasé y crucé por delante del inglés, con la intención de no apartarme de delante de él y codearle; salí después del portal y corrí hacia la ciudad, en la dirección por donde había desaparecido el pobre cantor.

Acerqueme á tres personas que iban juntas, á las cuales les pregunté por el cantor y riendo me señalaron hacia adelante... Iba solo y andaba á paso ligero.

Parecía estar irritado y seguía murmurando entre dientes; acerqueme á él y le propuse ir á beber una botella de vino; iba andando deprisa y al oirme se volvió hacia mí, y al comprender de lo que se trataba, se paró.

—Bah! no puedo rehusar, pues sois tan bueno... Mirad... aquí cerca hay un café, podemos entrar, es muy modesto,—dijo señalando un cafetín que aun estaba abierto.

La frase «muy modesto» despertóme instantáneamente la idea de no ir á un café modesto, sino al mismo Schweizerhof, donde estaban los que le habían escuchado.

Con tímida emoción rehusó diferentes veces ir á Schweizerhof, alegando que aquello era muy rico; pero yo volví á insistir en mi idea y entonces, fingiendo que no estaba turbado, agitó alegremente la guitarra y me siguió por el muelle. Algunos jóvenes bromistas así que me acerqué al cantor, se acercaron también á escuchar lo que le decía, siguiéndonos hasta el portal, pues creyeron sin duda que iba á darle alguna guasa.

En el vestíbulo hallé un camarero al cual le pedí una botella de vino, éste nos miró sonriéndose y se alejó sin decir nada. El jefe de los camareros, al que me acerqué con el mismo objeto, me escuchó muy serio y examinando de pies á cabeza al mísero personaje que me acompañaba, indicó al portero con severo acento que nos llevase á la sala de la izquierda. Esta sala era un despacho de vino de lo más vulgar, en un rincón una criada coja lavaba el servicio, y por todo mueblaje había mesas y bancos de madera sin pintar; el camarero que nos sirvió nos miraba conteniéndose la risa y con las manos en los bolsillos hablaba con la criada coja, esforzándose visiblemente en darnos á entender que se sentía por su situación social y sus cualidades muy por encima del cantor, y que, no solamente no le humillaba servirnos, sino que era más bien una diversión para él.

—Deseáis vino ordinario?—preguntó guiñando el ojo con aire

de entendido dirigiéndose á mi interlocutor, mientras se pasaba la servilleta de un brazo al otro.

—Quiero *champagne* y del mejor,—dije tratando de tomar el aire más altanero y más imponente posible. Pero ni el *champagne* ni mi fingida altanería hicieron mella en el criado, el cual se quedó un momento mirándonos y sin darse prisa miró su reloj de oro, y á paso lento, como si se paseara, salió de la sala; no tardó en volver con el vino, acompañándole dos criados; sentáronse cerca de la criada y con sonrisa de protección nos miraban como los padres miran á sus hijos cuando juegan; tan sólo la criada parecía que no nos miraba con aire burlón sino con verdadera lástima.

A mí me desagradaba tener que hablar y convidar al cantor ante los ojos de los criados, esforzándome en hacerlo lo más natural posible. Con buena luz pude examinarle mejor; era un hombre muy bajo, bien proporcionado, casi un enano; cabellera lacia, negra; grandes ojos negros, lacrimosos y sin cejas; la boca, pequeña y muy agradable, plegábase de una manera muy bonita; las patillas y los cabellos, cortos; el vestido era simple y pobre, estaba sucio y roto y en general tenía el aspecto de un obrero; parecía más bien un vendedor pobre que un artista, tan sólo en sus húmedos y brillantes ojos y en su pequeña y plegada boca, se veía algo original y conmovedor; á juzgar por su aspecto se podía decir que era un hombre de veinticinco á cuarenta años; tenía treinta y ocho.

He aquí de qué manera tan franca me contó su vida.

Natural de Argovia, perdió á sus padres siendo aun muy niño, quedando sin ningún pariente; no habiendo tenido nunca medios de fortuna, tomó el oficio de ebanista, hacía de eso veintidós años, teniendo que abandonarlo á causa de haberle sobrevenido una caries en el hueso del brazo. Desde su infancia había mostrado grandes disposiciones para el canto y púsose á cantar. Los extranjeros de vez en cuando dábanle algún dinero, con el cual se compró una guitarra y empezó su profesión, haciendo diez y ocho años que andaba por Suiza é Italia, cantando delante de los grandes hoteles.

Todo su equipaje consiste en la guitarra y en la bolsa donde guarda actualmente un franco cincuenta céntimos, con lo cual tiene que comer y dormir esta noche. Todos los años recorre los sitios más frecuentados de Suiza, Zurich, Lucerna, Interlaken, Chamonix, etc. Por el monte San Bernardo se va á Italia y vuelve por San Gotardo ó Saboya. Ahora se le hace ya muy pesado andar y siente que el dolor de la pierna se le aumenta y empeora todos los años y que sus ojos y su voz cada día son más débiles. Apesar de eso, se va ahora á Interlaken y Aix-les-Bains y por el monte San Ber-

nardo entrará en Italia, que tanto le gusta. En general, parece estar muy contento de la vida. Cuando le pregunté por qué iba al pueblo, y si tenía en él parientes ó alguna casa ó tierras, plegó su boca con una alegre sonrisa y me contestó:

—*Sí, el azúcar es bueno y es dulce... para los niños,*—y guiñó el ojo hacia el criado; no comprendí lo quería decir; los criados echáronse á reir todos.

—No, nada, yo no tengo nada; si tuviera, iría así? Pero voy al pueblo porque, apesar de todo, hay algo que me atrae,—y con una dulce sonrisa repitió de nuevo la frase: «Sí, el azúcar es bueno...» riendo alegremente.

Los criados se divertían y se esforzaban por no reir á carcajadas; tan sólo la coja con sus grandes ojos miraba con lástima al cantor y hasta le recogió el sombrero, que durante la conversación, se había caído del banco.

He observado diferentes veces que á los cantadores, acróbatas y prestidigitadores que andan por el mundo les gusta llamarse artistas, y por ese motivo le hice entender diferentes veces á mi interlocutor que le tenía por un artista; pero él no quiso reconocer ese título, pues consideraba su trabajo como un simple medio de ganarse la vida. Cuando le pregunté si él mismo componía las romanzas que cantaba, extrañóse mucho de la pregunta, contestándome que no, que todas sus coplas eran cantos antiguos del Tirol.

—Cómo es eso, la canción del Righi es vieja?—le pregunté.

—Hace quince años que está compuesta; había en Basilea un alemán, un hombre muy inteligente... él fué quien la compuso. Esa hermosa canción la compuso para los viajeros;—y traduciéndola al francés empezó á recitar la canción del Righi, que tanto le gustaba:—Si un día vas al Righi—No gastas zapatos hasta Weggis,—(Porque vas en el vapor),—En Weggis tomas un bastón,—Y del brazo tomas una niña.—Bebes un vasito de vino,—Pero no bebas mucho—Que el que quiere beberlo—Tiene que merecerlo.

—Oh! qué hermosa canción!—exclamó.

También gustó, sin duda, á los criados, porque se acercaron á nosotros.

—Y quién ha compuesto la música?—le pregunté.

—Nadie... para cantar delante de los extranjeros hay que inventar siempre algo nuevo.

Cuando nos trajeron el hielo y serví el *champagne* á mi interlocutor, sintióse avergonzado y, volviéndose hacia los criados, se

movió mucho en el banco. Brindamos á la salud de los artistas; bebióse medio vaso y, poniéndose pensativo, frunció el ceño.

—Hace mucho tiempo que no he bebido un vino tan bueno; os lo aseguro. En Italia el vino de Asti es bueno, pero éste es mejor. Italia! allí se está bien!—añadió.

—Sí, allí se sabe apreciar la música y los artistas,—dije queriendo llevar la conversación hacia el fracaso de esta noche delante de Schweizerhof.

—No,—respondió.—En cuanto á música, allí no podría yo gustar á nadie. Los italianos son casi todos músicos como no hay otros en el mundo; yo no sé más que coplas tirolianas... de todas maneras, para ellos es algo nuevo.

—Y allí, los señores, no son más generosos?—continué deseando hacerle participar de la rabia que sentía contra los huéspedes de Schweizerhof.—Allí pasa lo que aquí, donde en un gran hotel en que se hospedan solamente gentes ricas, cien personas escuchan á un artista sin darle nada?

Mi pregunta no produjo el efecto que esperaba; no solamente no despertó en él indignación, sino que en mis palabras vió un reproche á su talento como no siendo digno de recompensa, y probó de justificarse conmigo.

—No siempre se recoge mucho,—respondió;—además, la voz se gasta, se cansa; hoy he andado por espacio de nueve horas y he cantado todo el día. Es difícil... y á veces los grandes personajes, los nobles, no quieren escuchar á los cantores ambulantes.

—Sin embargo, cómo es posible no dar nada?—repetí.

El no comprendió mi observación.

—No es eso,—dijo.—*Aquí somos muy perseguidos por la policía*. Según las leyes de la república, no se puede cantar... Pero en Italia podéis ir por donde os plazca sin que nadie os diga una palabra. Aquí si os quieren dar permiso, está bien, sino os pueden meter en la cárcel.

—Cómo! Eso es posible?

—Vaya; si después de una primera observación continuáis cantando, pueden meteros en la cárcel. Yo ya he pasado tres meses,—dijo sonriendo como si fuera un agradable recuerdo.

—Ah! esto es horrible. Pero, por qué?

—Es así, según las nuevas leyes de la república,—continuó animándose.—No quieren comprender que el pobre es necesario que viva de una manera ú otra; si no estuviera enfermo, ya trabajaría, y si canto, le causo perjuicios á alguien? Qué justicia! Los ricos pueden reirse cuanto les plazca y á un pobre como yo no le dejan vivir... Estas son las leyes de la república. Siendo así, vos no querréis la república, no es verdad, caballero? Nosotros no queremos la república, sino que queremos... queremos simplemente... queremos...—callóse un momento.—Queremos las leyes naturales.

Llené de nuevo su vaso.

—No bebéis?—le dije.

Tomó el vaso y me saludó.

—Ya veo lo que os proponéis,—dijo guiñando el ojo y amenazando con el dedo.—Queréis emborracharme y ver lo que hago después, pero no lo lograréis.

—Qué necesidad tengo de emborracharos? Lo único que deseo es daros gusto.

Sintió sin duda haberme ofendido interpretando mal mi intención, y confuso se incorporó y me tocó el codo.

—No,—dijo con voz suplicante y mirándome con los ojos húmedos.—Ha sido una broma.

Después pronunció una frase incomprensible para mí, pero que debía decir, seguramente, que yo era un buen muchacho.

Continuamos bebiendo y hablando, y los criados, sin pretender ocultarlo, nos miraban riendo, pareciéndome más bien que se burlaban de nosotros.

Apesar del interés de nuestra conversación, no podía menos que mirarles, causándome su actitud una profunda y creciente irritación. Uno de ellos se levantó y mirando al cantor por encima de los hombros se sonrió. Toda la cólera que sentía contra los huéspedes de Schweizerhof y que no había podido descargar sobre nadie, confieso que tuve intenciones de descargarla sobre los insolentes criados. El portero entró en la sala sin quitarse la gorra, sentóse cerca de mí y se acodó en la mesa.

Esta última circunstancia hirió mi amor propio y mi orgullo, puso el colmo á la medida é hizo estallar la cólera que durante toda la noche había ido almacenando.

Cuando atravieso solo el umbral me saluda tímidamente, y ahora, porque estoy hablando con un cantor ambulante, por qué se sienta groseramente á mi lado? Sentí que mi indignación subía por momentos, excitándola yo mismo, pues obra en mí de una manera calmante, y me da entonces, á lo menos por unos instantes, una elasticidad extraordinaria, una energía y un fuego que me hace capaz de las mayores atrocidades físicas y morales.

Me levanté instantáneamente de mi sitio.

—De qué os reís?—pregunté al criado mientras sentí que mi semblante palidecía y que temblaban involuntariamente mis labios.

—Yo no me río, y sí me río...—dijo el criado retrocediendo.

—Sí, vosotros os reís de este hombre. Y qué derecho tenéis de estar aquí sentados cuando hay clientes? Cómo tenéis la audacia de sentaros!—dije.

El portero se levantó y murmurando retrocedió hasta la puerta.

—Con qué derecho os mofáis de este hombre y os sentáis á su lado, cuando él es un huésped y vosotros los criados? Por qué no os reís de mí durante la comida y os sentáis á mi lado? Porque va pobremente vestido y canta en la calle y yo llevo un buen traje! Es por eso? El es pobre, pero estoy seguro de que vale mil veces más que vosotros, pues no ofende á nadie y vosotros le ofendéis.

—Pero, qué es lo que os pasa?—objetó tímidamente el criado. —Acaso le impido estar aquí?

El criado no me comprendía y mi alemán estaba perdido. Entonces el portero quiso salir en defensa del criado, pero me dirigí vivamente á él, el cual hizo ver también que no me comprendía, haciendo un gesto con la mano. La coja, fuese que había notado mi estado y temía el escándalo ó fuese que era de mi opinión, se puso de mi parte y trató de interponerse entre el portero y yo, diciéndole que se callara, pues yo tenía razón, y suplicándome que me calmase.

—Este caballero tiene razón. Tenéis razón,—repitió.

El cantor estaba espantado; veíase que no comprendía la causa de mi acaloramiento, ni lo que yo quería, rogándome que nos fuéramos lo antes posible; pero la conversación me iba excitando cada vez más; en aquel momento me acordé de todo: de las gentes que se burlaban de él y que no le daban nada... y por nada del mundo hubiera querido calmarme.

Estoy convencido de que si el portero y los criados hubiesen estado menos conciliadores, me hubiera peleado con gusto con todos ellos juntos. Si en aquel momento me hubiese encontrado en Sebastopol, me hubiera lanzado á la bayoneta contra la trinchera inglesa con verdadero placer.

—Y por qué me habéis hecho entrar en esta sala y no en la otra, eh?—le dije al portero cogiéndole del brazo para que no se alejara de mí.—Qué derecho tenéis para juzgar por el exterior y creer que este señor debe estar en esta sala y no en la otra? Los que pagan no son iguales en los hoteles? No solamente en una república, sino en todo el mundo? Está bien vuestra república! Ahí tenéis la legalidad! No osaríais traer á un inglés á esta sala, á esos mismos ingleses que escuchaban á ese hombre sin darle un céntimo, es decir, que cada uno de ellos le robaba los céntimos que debió darle!... Cómo os habéis atrevido á meternos en esta sala?

—La otra está cerrada,—dijo el portero.

—No,—grité.—No es verdad, la otra sala no está cerrada.

—Si vos lo sabéis mejor...

—Sí, lo sé, sé que mentís.

El portero encogióse de hombros.

—Qué os diré?—murmuró.

—No «qué os diré»; conducidme inmediatamente á la otra sala!

Apesar de los consejos de la criada y de las súplicas del cantor de que nos fuéramos, exigí al camarero que nos acompañase á la otra sala, á la cual llevé á mi interlocutor. El camarero, al oir mi irritada voz y ver mi semblante demudado, no se atrevió á discutir; pero, con una cortesía menospreciadora, me dijo que podía ir donde quisiese.

No pude convencer al portero de su embuste, pues desapareció antes de entrar en la sala.

En efecto, ésta era ancha, bien alumbrada y en una de las mesas estaban instalados para cenar el inglés y su señora. Me señalaron una mesa aparte; pero yo, con el cantor mal vestido, me senté cerca del inglés y ordené que nos trajeran la botella empezada.

El inglés, con extrañeza primero y con cólera después, miraba al pobre hombre, que más muerto que vivo se sentó cerca de mí. Cambiaron entre sí algunas palabras, la señora rechazó el plato y los dos se levantaron oyéndose el crugido seco de la seda. A través de la puerta vidriera ví al inglés enfurecido pedir explicaciones al camarero, señalando con la mano en dirección nuestra; el camarero se puso en el umbral y dió una mirada. Estaba esperando que vinieran á expulsarme, contento de poder al fin lanzar mi cólera y mi indignación contra ellos. Pero, por fortuna, apesar de que en aquel momento me desagradó, nos dejaron tranquilos. Mi acompañante, que antes rehusaba el vino, bebía ahora con avidez lo que quedaba en la botella á fin de salir lo antes posible. Sin embargo, aunque emocionado, me pareció que había agradecido el obsequio; sus ojos volviéronse aun más lacrimosos, pronunciando una frase de agradecimiento de las más extrañas é incomprensibles, frase en la que dijo que si todos apreciasen á los artistas tanto como yo, sería un gran bien para él y que me deseaba mucha felicidad, todo lo cual me agradó mucho.



IV

Salimos juntos hasta el vestíbulo dondé estaban los criados y el portero, que con seguridad se estaban quejando de mí; todos me miraban como á un loco; dí al cantor el tiempo necesario para mezclarse con el público y entonces, con todo el respeto posible y que yo era capaz de expresar, me quité el sombrero y le apreté con satisfacción la huesosa mano; los criados aparentaban no vernos y sólo uno se sonrió sardónicamente.

Cuando el cantor, después de haberme saludado, desapareció en la oscuridad, subí á mi habitación deseando olvidar la impresión y la cólera infantil que tan impensadamente me había sobrecogido; pero demasiado emocionado para poder dormir, salí de nuevo á la calle para andar hasta lograr calmarme y aún aseguro que tenía ganas de encontrar ocasión para tropezar con el portero, el criado ó el inglés y demostrarles toda su crueldad y su injusticia; pero salvo el portero, que al verme me volvió la espalda, no encontré á nadie y me puse á pasear por el muelle.

«Que extraña suerte la de la poesía», pensaba mientras iba calmándome; «todos la aman y la buscan, pero no quieren que nadie reconozca su fuerza, que nadie aprecie ese bien, el mejor que existe en el mundo, y no se lo agradecen al que lo da á los hombres...

»Preguntad á cualquiera de los que habitan Schweizerhof, qué

es lo mejor que existe en el mundo, y todos, ó el noventa por ciento, os dirán con aire sardónico que el mejor bien es el dinero.

»Quizás esta idea no os plazca, quizás no concuerde con vuestras ideas superiores, dirán, pero qué vamos á hacer si la vida humana está organizada de esta manera, si el dinero es la sola cosa que hace feliz al hombre! No quiero impedir á mi espíritu que vea el mundo tal cuál es, añadirán; es decir, que vea la verdad.

»Miserable es tu espíritu! Miserable es la felicidad que deseas! Miserable criatura eres tú, que no sabes lo que te hace falta. Por qué todos dejáis vuestra patria, vuestra familia, vuestras ocupaciones, vuestros negocios y venís á esta pequeña ciudad de Suiza que se llama Lucerna? Por qué esta noche salisteis á los balcones y escuchasteis en silencio las canciones del pobre pordiosero? Y si hubiese querido cantar más, no hubierais guardado el silencio para escucharle? Qué? Podría nadie ni nada sacaros de vuestra patria y forzaros á venir á este rincón de Lucerna? Podrían, por dinero, teneros en un balcón durante media hora y haceros estar silenciosos é inmóviles? No! tan sólo una cosa os hace obrar así, una cosa que os moverá eternamente con mayor fuerza que los demás motores de la vida: es la necesidad de la poesía, que no reconocéis, pero que sentís y que sentiréis mientras os quede algo de humano. La palabra «poesía» os parece ridícula, la empleáis como en broma, no la admitís sino para los niños y para las jóvenes inocentes; el amor á lo poético no existe para vosotros y os mofáis de él diciendo que lo que os hace falta es lo positivo. Pero los niños observan la vida muy sanamente, quieren y saben lo que el hombre debe amar y lo que da la felicidad, y á vosotros os ha depravado de tal manera la vida, que os burláis de lo que queréis y buscáis lo que aborrecéis y es causa de vuestra desgracia. Estáis tan pervertidos que no comprendéis lo que debéis al pobre tiroliano que os ha hecho gustar de un placer puro y, sin embargo, os creéis en la obligación gratuita, sin utilidad ni placer, de humillaros delante de un lord, sin saber por qué, y de sacrificarle vuestra tranquilidad y vuestros gustos. Qué necedad! Cuánta insensatez!

»Pero no es eso lo que más me llama la atención esta noche; esta ignorancia de lo que da la felicidad, esta inconsciencia de los placeres poéticos, casi las comprendo, pues estoy acostumbrado á verlo así en este mundo. La crueldad grosera é inconsciente de la masa no es tampoco cosa nueva para mí. Los defensores del buen sentido del pueblo, pueden decir que éste es la unión de los honrados. Quizás!... pero se unen por la parte bestial y

despreciable, que no expresa más que la debilidad y la crueldad humanas. Pero, cómo, vosotros que sois hijos de un pueblo libre, cristiano, vosotros que sois hombres, cómo al placer que os ha hecho sentir un desgraciado, no contestáis sino con la indiferencia y la burla? En vuestro país hay asilos para los pobres; no hay pordioseros, no debe haberlos, ni tampoco ese sentimiento de compasión sobre el cual se basa la mendicidad. Pero él ha trabajado, os ha hecho gozar, os ha suplicado darle una parte de lo que os sobra, por el trabajo suyo en que os habéis recreado. Y vosotros, con una sonrisa fría, desde lo alto de vuestros brillantes palacios, le observabais como un fenómeno y entre todos vosotros, felices y ricos, no ha habido uno que le echara un céntimo! Avergonzado se alejó de vosotros, y el pueblo, insensato, persiguió é injurió... no á vosotros, sino á él; porque vosotros sois fríos, crueles, malvados, porque le habéis robado el placer que os ofrecía... por eso le injuriaron».

V

El siete de julio de 1857, en Lucerna, delante del hotel Schweizerhof donde habitan hombres ricos, un músico ambulante cantó y tocó la guitarra durante media hora, escuchándole más de cien personas. El cantador pidió tres veces á la gente que le diera algo, y ni uno sólo le dió nada y muchos se burlaron de él.

No es una invención, es un hecho cierto que pueden comprobar los que quieran, mirando en los diarios quiénes eran los extranjeros que ocupaban el hotel el siete de julio.

He aquí un hecho que los historiadores de nuestra época deben escribir en letras indelebles. Este suceso es más serio, más grande, tiene un sentido más profundo que los hechos anotados en los periódicos y en las historias. El hecho de que los ingleses han matado á miles de chinos porque no compran nada y acaparan el oro; que los franceses han matado á miles de kábilas porque el trigo crece mucho en Africa y que la guerra incesante es muy útil para formar las tropas; el hecho de que un judío no pueda ser embajador en Nápoles, ó que el emperador Napoleón se ha paseado á pie en Plombieres y ha afirmado al pueblo que reinaba solamente por la voluntad nacional... todas esas son palabras que ocultan ó muestran lo que conocemos desde hace mucho tiempo; pero el hecho pasado en Lucerna el siete de julio, me parece totalmente

nuevo y extraordinario, no está tan en relación con el lado eternamente malo de la naturaleza humana como con cierto periodo del desarrollo de la sociedad. Es un hecho, no para la historia de los actos humanos, sino para la historia del progreso de la civilización.

Por qué ese acto inhumano, imposible en ninguna ciudad alemana, francesa ó italiana, es posible aquí, donde la civilización, la libertad y la igualdad están más elevadas, donde se reunen los hombres más ilustres de las naciones más civilizadas? Por qué esos hombres inteligentes, generosos, y en generai capaces de toda obra honrada y buena, no tienen sentimientos humanos para una obra de caridad personal? Por qué esos hombres que en las Cámaras, *meetings* y sociedades se preocupan vivamente del estado de los chinos en las Indias, del desenvolvimiento del cristianismo, de la instrucción en Africa, de la formación de sociedades para el mejoramiento de la humanidad, no encuentran en su alma el amor primitivo y simple del hombre para el hombre? ·Ese sentimiento no existe, y su lugar lo ocupan la ambición, la vanidad y la avidez, únicos que dirigen á esos hombres en las Cámaras, *meetings* y sociedades! Es que la extensión de la asociación razonada de los hombres, que llaman civilización, destruye y contradice las necesidades instintivas de la asociación por el amor? Es esta la igualdad por la que se derramó tanta sangre inocente y se cometieron tantos crimenes? El pueblo, como los niños, puede ser feliz con solo la palabra *igualdad?* La igualdad ante la ley! Pero acaso toda la vida de la humanidad se desarrolla en los dominios de la ley? No hay más que una milésima parte de humanidad que esté sometida á las leyes, el resto está fuera de la ley, en el dominio de las costumbres y de la sociedad; y en la sociedad el criado está mejor vestido que el cantor y le insulta impunemente. Yo estoy mejor vestido que el criado, é injurio impunemente al criado. El portero me considera como superior y cree que ei cantor es menos que él. Cuando me vió sentado con el cantor se juzgó igual á nosotros y se volvió grosero; entonces me volví grosero con él y me reconoció superior á él; el criado volvióse grosero con el cantor y éste se le humilló... Este Estado es libre, lo que los hombres llaman positivamente libre, un Estado donde pueden encarcelar á un ciudadano por el solo hecho de no morirse de hambre?

Desdichada, miserable criatura es el hombre con su necesidad de resoluciones siempre positivas y perfectamente determinadas, en medio de ese océano infinito del bien y del mal, de sucesos contradictorios y de consideraciones hijas de la pura convención! Los hombres luchan durante siglos y siglos, trabajando

para impulsar por un lado al bien mientras por otro impulsan al mal. Los siglos pasan y hay un *algo* indiferente á todo que rige la báscula del bien y del mal... y ésta no oscila, y el bien y el mal se equilibran.

Si al menos el hombre aprendiera á no juzgar ni pensar de una manera absoluta, á no dar respuesta á ninguna clase de preguntas, sólo para que estas preguntas siguieran siéndolo; si comprendiera al menos que todo pensamiento es falso y verdadero á la vez. Es falso por la *uniliteralidad*, por la imposibilidad para el hombre de abarcar toda la verdad; y es verdadero, por ser expresión de una de las aspiraciones humanas. Se han hecho sub-divisiones en este caos eterno, móvil, infinito, mezcla del bien y del mal. Se han trazado líneas imaginarias sobre ese mar, esperando que se dividiría así, como si no hubiese un sin fin de otras sub-divisiones de diferente orden. Es cierto que esas nuevas divisiones son la obra de los siglos, pero millares de siglos han pasado y otros pasarán. La civilización es el bien; la barbarie, el mal; la libertad, el bien; la esclavitud, el mal. Y he aquí que su conocimiento imperfecto destruye por completo las necesidades instintivas, las mejores, las primordiales para el bien de la criatura humana. Y, quién me podrá definir lo que es la libertad, lo que es el despotismo, lo que es la civilización, lo que es la barbarie? Acaso se conocen los límites del uno y del otro? En el alma de quien esa medida del bien y del mal es tan cierta que se pueda evaluar por la misma los hechos corrientes y los complejos? En qué hombre el espíritu es tan grande, que pueda, ni aún en el inmóvil pasado, abarcar todos los hechos y pesarlos? Y cuál es el hombre en quien no hayan coexistido el bien y el mal? Y cómo sé yo que veo al uno más claramente que al otro, pues no me encuentro en el punto de mira verdadero? Y quién puede desligarse tan absolutamente de la vida, que pueda examinarla en un momento, con el espíritu, desde un punto de mira muy elevado? No hay en nosotros más que un solo guía impecable y seguro, el espíritu universal que penetra en todos y en cada uno de nosotros, que da á cada uno la aspiración de aquello que le es necesario. Es el mismo espíritu que ordena á la hierba crecer hacia el sol, á la flor dar sus frutos en otoño, y á nosotros aproximarnos inconscientemente los unos á los otros.

Y esta única é impecable voz es la que cubre y domina el ruidoso y activo desenvolvimiento de la civilización.

Quien es más humano ó más bárbaro: el lord que al ver el roído traje del cantor se levanta furioso de la mesa sin darle, por su trabajo, la millonésima parte de su fortuna, y ahora, después de

haber comido suculentamente, sentado en una hermosa y clara habitación, juzga con tranquilidad los asuntos de China y halla justas las muertes que allí se ocasionan; ó el cantor que, exponiéndose á la encarcelación, con unos cuantos céntimos en el bolsillo, vaga sin hacer daño á nadie durante veinte años por las montañas y los valles consolando á los hombres con su canto y á quien han ofendido, casi expulsado hoy, y que, fatigado, hambriento, avergonzado, se ha ido quizás á dormir sobre un montón de paja podrida?

En este momento y en el profundo silencio nocturno de la ciudad, lejos, muy lejos, oí la voz y la guitarra del hombrecillo. No, me dije espontáneamente, tú no tienes el derecho de quejarte ni de indignarte contra el bienestar del lord; quién ha pesado la felicidad interior escondida en el alma de cada uno de esos dos hombres? Ahora debe estar sentado en algún sitio, sobre el fangoso suelo, contemplando la brillante claridad de la luna, y canta alegremente en la tranquila y perfumada noche. En su alma no siente ni pesares, ni cóleras, ni remordimientos; y quién es capaz de averiguar lo que pasa en el alma de los hombres que están detrás de esos altos y ricos muros? Quién sabe si hay en ellos tanta alegría inconsciente y dulce de la vida, tanta afinidad con la naturaleza, como hay en el alma de aquel hombrecillo!

Infinita es la piedad y la bondad de Aquel que ha permitido y ordenado la existencia de todas estas contradicciones!

No es tan sólo para tí, diminuto gusano que, con increíble audacia, tratas de penetrar sus leyes y sus intenciones, no es tan sólo para tí que parecen existir estas contradicciones? El mira dulcemente desde su alta y clara inmensidad, alegrándose de la infinita armonía que existe dónde tú ves solamente contradicciones... En tu orgullo pensabas escapar á las leyes generales; no, y tú también, con tu mezquina indignación contra los criados, tú también has obrado de conformidad con las armoniosas leyes de lo eterno y de lo infinito...

Memorias de Petruchka

1856

haber comido suculentamente, sentado en una hermosa y clara habitación, juzga con tranquilidad los asuntos de China y halla justas las muertes que allí se ocasionan; ó el cantor que, exponiéndose á la encarcelación, con unos cuantos céntimos en el bolsillo, vaga sin hacer daño á nadie durante veinte años por las montañas y los valles consolando á los hombres con su canto y á quien han ofendido, casi expulsado hoy, y que, fatigado, hambriento, avergonzado, se ha ido quizás á dormir sobre un montón de paja podrida?

En este momento y en el profundo silencio nocturno de la ciudad, lejos, muy lejos, oí la voz y la guitarra del hombrecillo. No, me dije espontáneamente, tú no tienes el derecho de quejarte ni de indignarte contra el bienestar del lord; quién ha pesado la felicidad interior escondida en el alma de cada uno de esos dos hombres? Ahora debe estar sentado en algún sitio, sobre el fangoso suelo, contemplando la brillante claridad de la luna, y canta alegremente en la tranquila y perfumada noche. En su alma no siente ni pesares, ni cóleras, ni remordimientos; y quién es capaz de averiguar lo que pasa en el alma de los hombres que están detrás de esos altos y ricos muros? Quién sabe si hay en ellos tanta alegría inconsciente y dulce de la vida, tanta afinidad con la naturaleza, como hay en el alma de aquel hombrecillo!

Infinita es la piedad y la bondad de Aquel que ha permitido y ordenado la existencia de todas estas contradicciones!

No es tan sólo para tí, diminuto gusano que, con increíble audacia, tratas de penetrar sus leyes y sus intenciones, no es tan sólo para tí que parecen existir estas contradicciones? El mira dulcemente desde su alta y clara inmensidad, alegrándose de la infinita armonía que existe dónde tú ves solamente contradicciones... En tu orgullo pensabas escapar á las leyes generales; no, y tú también, con tu mezquina indignación contra los criados, tú también has obrado de conformidad con las armoniosas leyes de lo eterno y de lo infinito...

Memorias de Petruchka

1856





I

ERAN cerca de las tres. Algunos señores estaban jugando; el «cliente grande», así le llamaban, y el príncipe. El del bigote largo estaba sentado con el húsar Oliver, un viejo actor y *Messire;* había bastante gente.

El «grande» jugaba con el príncipe, y yo andaba alrededor del billar señalando con mi contador: 10 y 48, 12 y 48; todos conocen el trabajo del marcador; sin tener un bocado de pan en el estómago y sin haber dormido en dos noches hay que gritar los puntos y retirar las bolas, gritando y contando á la vez. Por la puerta apareció un caballero, dió una mirada á todas partes y se sentó en el diván. «Quién puede ser? Es decir: á qué clase pertenece?» pensé.

Iba muy aseado y elegantemente vestido, conociéndose á primera vista que aquel traje acababa de salir de la sastrería; pantalón de cuadros, chaqueta á la moda muy corta, chaleco de felpa y una cadena de oro con varios dijes; iba vestido con mucho cuidado, pero su misma persona le hacía aun más elegante; delgado, de alta talla, los cabellos de delante rizados á la moda, cara blanca y sonrosada, en una palabra, un buen mozo.

Es sabido que vemos gentes de todas clases, desde lo más encopetado hasta lo más andrajoso... por ese motivo, y apesar de ser marcador, se acostumbra uno á los hombres, es decir, que se entiende algo en política social.

Miré al caballero, y ví que se sentaba tranquilamente, sin saludar á nadie; su traje era nuevo, y pensé: «Sí, es un extranjero, un inglés, ó un conde que acaba de llegar». Apesar de que era joven tenía el aire muy importante; cerca de él estaba Oliver, el cual se separó un poco.

La partida había concluído. El «grande» había perdido y me gritó:

—Tú mientes siempre, cuentas mal y estás muy distraído.

Me injurió, tiró el taco y se fué. Todas las noches juega con el príncipe un partido de cincuenta rublos, y ahora acaba de perder una botella de Macon y se pone fuera de sí. Bah! Es un carácter raro! Sucede amenudo que juega con el príncipe hasta las dos de la madrugada sin poner dinero en la bolsa; yo ya sé que no tienen ni el uno ni el otro, pero así tiran pólvora en salvas, se dan importancia y dicen con aire serio:

—Qué, doblamos hasta 250?

—Bueno.

Y si tengo la desgracia de bostezar ó de no poner bien la bola, porque el hombre no es de hierro, entonces hay que oirles:

—Que no jugamos con tiza, que jugamos con dinero!

Este me odia más que los otros.

En cuanto se fué el «grande», el príncipe se dirigió al caballero que hacía poco había llegado y le dijo:

—Queréis jugar un partido conmigo?

—Con mucho gusto,—contestó.

Estaba sentado tan majestuosamente que parecía ser muy altanero, pero cuando se levantó y se acercó al billar, volvióse tímido... no precisamente tímido, pero se veía que no tenía el espíritu tranquilo. Estaba incómodo con el traje nuevo ó temía que todos le mirasen? Con seguridad no tenía ya tanto aplomo; anduvo de extraña manera, de lado, enganchándose varias veces con las borlas; empezó á frotar el taco con la tiza, dejándola caer. Hasta cuando podía haber hecho una buena carambola volvía la cara y se ruborizaba. No era como el príncipe, éste ya está acostumbrado; se blanquea las manos, se sube las mangas y cuando pega, apesar de tener poca talla, hace balancear las borlas.

Jugaron dos ó tres partidos, ya no me acuerdo. El príncipe dejó el taco y dijo:

—Me permitís que os pregunte vuestro nombre?

—Nekhludov,—dijo.

—Es vuestro padre el que mandaba el ejército?

—Sí.

Pusiéronse á hablar en francés, no pudiendo entender ya nada de lo que decían; sin duda hablaban de su parentesco.

—Hasta la vista,—dijo el príncipe.—Mucho me alegro haberos conocido.

Lavóse las manos y se fué á cenar; el otro quedóse al lado del billar y con el taco empujó las bolas.

Nuestra obligación es sabida; con un cliente nuevo, mientras más grosero es uno, va mucho mejor; yo cogí las bolas y las retiré. El otro se sonrojó y me dijo:

—Se puede jugar aun?

—Ciertamente, el billar está aquí para jugar,—le dije.

Le miré y arreglé los tacos.

—Queréis jugar conmigo?

—Con mucho gusto,—le dije y puse de nuevo las bolas.—Queréis jugar á pasar por debajo?

—Qué significa: á pasar por debajo?—dije.

—Pues, esto! Vos me dais cincuenta kopeks y yo paso por debajo del billar.

Con seguridad que nunca había visto nada, pues esto le pareció extraño y se echó á reir.

—Bueno, vamos, vamos,—dijo.

Entonces le pregunté:

—Cuántos tantos me dais adelantados?

—Juegas, acaso, peor que yo?

—Cómo! Aquí hay pocos jugadores que puedan luchar con vos,—dije, y nos pusimos á jugar.

Se imaginaba verdaderamente ser un maestro; pegaba siempre de lado y *Messire*, que estaba sentado, decía cada vez:

—Bien por la bola! Vaya una jugada!

La jugada verdaderamente no era del todo mala, pero no sabía calcular. Por conveniencia perdí la primera partida, y pasé por debajo del billar gimiendo. Entonces Oliver y *Messire* se levantaron de sus sitios y golpearon con los tacos.

—Bravo! Otra vez, otra vez!—gritaron.

Qué «otra vez!...» sobre todo *Messire*, que por cincuenta kopeks pasaría, no solamente por debajo del billar, sino por debajo del puente azul; y gritó:

—Muy bien! Aun no ha limpiado todo el polvo!

El marcador Petruchka!... yo creo que es conocido de todo el mundo.

No había más que Tarik y Petruchka.

Como es de suponer, yo no jugaba tan bien como sabía y perdí la segunda partida.

—Caballero, es imposible luchar con vos,—dije.

El se echó á reir.

Después, cuando hubo ganado ya tres partidas, él tenía 49 y yo ninguno, puse el taco encima del billar y le dije:

—Queréis jugar el todo?

—Cómo el todo?—dijo.

—Sí, vos me pagaréis tres rublos ó nada,—dije.

—Cómo, acaso juego dinero contigo, imbécil?

Hasta se ruborizó al pronunciar estas palabras. Acabamos y perdió la partida.

—Basta!—gritó.

Sacó una cartera nueva, comprada en el bazar inglés y la abrió. Ya veo que quiere presumir. La cartera estaba llena de dinero, pero todo en billetes de cien rublos.

—No, no hay moneda pequeña,—y del bolsillo sacó tres rublos. —Dos rublos por el tiempo... el resto de propina.

Le dí las más expresivas gracias por todo.

—Ya veo que sois muy generoso, por esta suma ya se puede pasar por debajo... Una sola cosa es de sentir, y es que no queráis jugar dinero; sino yo me aplicaría y os ganaría quizás veinte ó treinta rublos.

Cuando *Messire* vió el dinero, le dijo:

—Queréis jugar una partida conmigo? Jugáis tan bien...—dijo haciéndose el disimulado.

—No, excusadme, no tengo tiempo,—y se fué.

Yo no sé quien era *Messire*. Uno le llamó *Messire* y se le quedó el nombre. Pasaba días enteros sentado en la sala del billar. No le invitaban á ningún juego, y él se sentaba, tomaba su pipa y se ponía á fumar. Pero acaso sabía jugar?

II

Nekhludov vino una segunda vez, una tercera y empezó á venir con frecuencia; muchas veces sucedía que se quedaba todo el día. Aprendió á jugar á carambolas, á la guerra, á la pirámide. Se volvió más atrevido, trabó conocimiento con todos y empezó á jugar bien. Naturalmente, un joven de buena familia, con dinero, todos le estimaban; pero una vez se disputó con el «cliente grande».

La cosa empezó por una tontería.

Jugaban á la guerra el príncipe, el «cliente grande», Nekhludov, Oliver y algún otro. Nekhludov estaba cerca de la chimenea hablando con uno.

Le tocaba jugar al «grande», su bola estaba enfrente de la chimenea, aquel lado era un poco estrecho y á él le gustaba tener mucho sitio.

No vió á Nekhludov ó lo hizo exprofeso? tiró el brazo con fuerza y con el codo dió un fuerte golpe en el pecho de Nekhludov. Pero, qué golpe! Este dijo: «Oh!...» Que tal? vaya un granuja! ni siquiera se excusó! Alejóse sin mirarle y aun murmurando:

—Cómo ahora se paran aquí? eso me impide hacer mi bola; no hay sitio en otra parte?

El otro se acercó pálido y le dijo con calma y cortesía:

—Antes que nada, caballero, debíais haberos excusado...

—No tengo tiempo de excusarme ahora,—dijo.—Yo debía ganar y ahora otro hará mi bola.

Nekhludov repitió de nuevo:
—Deberíais excusaros.
—Apartaos, vaya un pegajoso,—dijo sin perder de vista su bola.
Nekhludov se le acercó más y le cogió por el brazo:
—Sois un insolente,—dijo.
Era delgado, joven, tímido como una niña; pero, sin embargo, tenía mucha presencia, sus ojos brillaban que parecía que iba á tragárselo. El «cliente grande» era un hombre fuerte, alto, en comparación con Nekhludov.
—Cómo! yo un insolente?
Y al mismo tiempo levantó la mano sobre él. Todos los que estaban allí pusiéronse por medio y cogiéndoles del brazo los separaron. En medio de aquel escándalo, Nekhludov dijo:
—Que me dé una satisfacción, pues me ha ofendido.
Y el otro respondió:
—No doy ninguna satisfacción; no es más que un niño; le tiraré de las orejas.
—Si no me dais una satisfacción es que no sois caballero,—dijo Nekhludov, estando casi á punto de llorar.
—Tú eres un niño, y no me ofenden tus palabras,—respondió el otro.
Los separaron como de costumbre, llevándolos á diversas habitaciones. Nekhludov era muy amigo del príncipe.
—En nombre del cielo os suplico que vayáis y le exhortéis...—le dijo.
El príncipe fué y el «grande» le replicó:
—Yo no temo nada; no quiero explicaciones con un niño; no quiero y se acabó.
Después se habló mucho de ello, pero al fin todo quedó en calma.
Pero el «cliente grande» no volvió más.
Respecto al amor propio, Nekhludov era un verdadero gallo... pero en cuanto á lo demás no sabía una palabra.
Recuerdo que una vez dijo el príncipe á Nekhludov:
—Quién vive aquí contigo?
—Nadie.
—Cómo nadie?
—Pues, qué?—dijo Nekhludov.
—Cómo pues qué!
—Yo,—dijo,—hasta el presente he vivido siempre solo; entonces, por qué no puedo seguir así?
—Cómo, que vives solo? No es posible!

Echóse á reir, haciendo lo propio los demás. Se burlaban enteramente de él.
—De modo que nunca?...—le dijo uno.
—Nunca.
Reventaban todos de risa. Entonces, naturalmente, comprendí que se burlaban de él y quedé esperando el resultado.
—Vamos ahora, enseguida, á ver á una...—dijo el príncipe.
—No, de ninguna manera.
—Ah! Basta ya, eso es ridículo...
Y con esto se fueron. Volvieron al cabo de una hora y se pusieron á cenar.
Estaban reunidos muchos y los mejores clientes: Atanov, el príncipe Razine, el conde Chustakh, Mirtzov y todos reían y felicitaban á Nekhludov. En aquel momento me llamaron y ví que estaban muy alegres.
—Felicita á ese señor,—decían.
—De qué?—pregunté.
—Como él ha dicho: *de su conversión... ó conversación;* no me acuerdo bien.
—Tengo el honor de felicitaros,—dije.
Se ruborizó y sin decir nada se sonrió.
Después todos, muy alegres, pasaron á la sala de billar. El se apoyó de codos en la mesa y dijo:
—Para vosotros es gracioso, para mí es triste. Por qué he hecho eso? Ni á tí, príncipe, ni á mí, perdonaré eso en mi vida;—y se puso á gemir y aún á llorar.
Con seguridad que ni él mismo sabía lo que se decía.
El príncipe se acercó á él y se sonrió.
—Basta de tonterías,—dijo.—Vámonos á su casa...
—No quiero ir á ningún sitio,—dijo.—Por qué he hecho eso?
Y continuó llorando; no quería apartarse del billar, eso es todo. He aquí lo que es un hombre joven y sin experiencia...

III

VENÍA muchas veces así. Un día llegaron él, el príncipe y el caballero del gran bigote que siempre venía con el príncipe. Los clientes siempre le llamaban Fedotka; tenía unos grandes pómulos y era muy feo, pero vestía con elegancia y venía siempre en coche.

Por qué aquellos caballeros le querían tanto?

Verdaderamente no lo comprendo. *Fedotka, Fedotka* y ya está: le agasajan, le dan de comer y de beber, pagan por él... Y es un pillo! Cuando pierde no paga, y cuando gana es seguro que... que lo cogerá bien fuerte... y siempre del brazo del príncipe.

—Tú perecerías sin mí,—le dijo un día.

Qué valiente!

Pues bien, al llegar dijeron:

—Juguemos una partida de tres á la guerra?

—Vamos.

Empezaron á jugar á tres rublos la partida. Nekhludov y el príncipe no cesaban de hablar.

—Qué tal?... Tenía buena pierna?—decía el príncipe.

—No,—contestaba el otro,—lo que tenía es una hermosísima trenza...

Creo inútil decir que no ponían cuidado en el juego, y continuaban hablando entre sí. Fedotka sabía lo que convenía, estaba atento y jugaba con seguridad, mientras los otros fallaban ó hacían faltas

muy gordas. Fedotka había ganado ya diez rublos á cada uno. Con el príncipe, sabe Dios las cuentas que se tendrían, porque nunca se pagaban el uno al otro; pero Nekhludov sacó dos billetes y se los alargó.

—No,—dijo.—No quiero tomar tu dinero; juguemos otra partida, y ó doblamos ó quedamos en paz; es decir, ó gano doble ó anulamos la partida.

Yo retiré los billetes; Fedotka jugó el primero, Nekhludov jugó afectando negligencia. Hubo un momento en que pudo ganar la partida, pero dijo:

—No, no quiero, es demasiado fácil.—Fedotka no se distraía, pues había preparado el juego y como por casualidad ganó la partida.

—Vaya,—dijo,—lo jugamos todo?

—Bueno.

Ganó otra vez.

—No,—dijo.—Esto empieza á molestarme, no quiero ganarte mucho; va todo?

—Va.

Cincuenta rublos van en el juego y todavía dice Nekhludov «jugamos el todo!»

Han seguido jugando cada vez más fuerte; por fin le ha ganado doscientos ochenta rublos. Fedotka conoce el sistema: pierde la simple y gana la doble; y el príncipe, que está sentado, ve que la cosa se está poniendo seria.

—Basta, basta,—dijo.

Pero, quiá! Seguían aumentando la apuesta.

Al fin, Nekhludov había perdido quinientos y pico de rublos.

Fedotka soltó el taco y dijo:

—No hay aun bastante? Estoy cansado.

Pero lo cierto es que está dispuesto á jugar hasta el alba con tal que le den dinero. Ya conocemos esa política.

El otro quiso jugar aun más y exclamó:

—Sigamos, sigamos!

—No, te juro que estoy cansado; vamos arriba,—dijo;—allí tomarás la revancha.—Arriba, los clientes juegan á las cartas.

A partir de ese día, Fedotka lo atrajo de tal manera, que siguió viniendo todos los días. Juega dos ó tres partidas y después arriba, siempre arriba. Que pasó entre ellos, Dios lo sabe; pero se ha vuelto otro y siempre con Fedotka. Antes vestía á la moda, limpio, rizado, y ahora... tan sólo por la mañana viene un poco arreglado, pero después, cuando baja, ya no parece el mismo.

Una vez llegó con el príncipe, estaba pálido, sus labios temblaban y discutían los dos.

—Yo,—dijo,—no *le* permitiré que diga que no soy *delicado* ó algo parecido y que *él* no jugará más conmigo. Yo *le* he pagado diez mil... así es que *podría* ser más reservado con los extraños.

—Basta!—dijo el príncipe.—Acaso vale la pena de enfadarse con Fedotka?

—No, yo no lo dejaré así.

—Déjalo, puedes rebajarte hasta el punto de tener una cuestión con Fedotka?

—Pero delante había extraños...

—Cómo, extraños! Pues bien, quieres que al instante le obligue á pedirte perdón?

—No,—dijo.

Y se puso á hablar en francés, no entendiendo nada más de lo que dijeron. Pero, anda, que la misma noche cenaron juntos con Fedotka y su amistad continuó.

Una vez vino solo.

—Eh! que juego bien?—me dijo.

Nuestro trabajo ya se sabe que es adular á todo el mundo. Decimos: «Sí», y Dios sabe si juega bien; pega fuerte pero no sabe apuntar. Desde entonces está liado con Fedotka y juega siempre dinero; antes no le gustaba el juego interesado, ni comidas, ni *champagne*, ni nada. Algunas veces el príncipe decía:

—Vamos á jugarnos una botella de *champagne*.

—No,—exclamaba.—Mejor será que la traigan sin jugar. Eh! trae una botella! Ahora juega siempre dinero, se pasa todo el día aquí, ó bien juega al billar con cualquiera ó se va arriba. Un día pensé: Por qué juega siempre con los otros y no conmigo?

—Qué!—le dije.—Hace mucho tiempo que no habéis jugado conmigo.

Nos pusimos á jugar. Cuando le hube ganado diez veces cincuenta kopeks, le dije:

—Queréis jugar el todo?

El se cayó; no me dijo como la otra vez: *imbécil*. Nos pusimos á jugar para hacer la paz ó doblar, habiéndole ganado aquel día ochenta rublos.

Todos los días venía á jugar conmigo; esperaba siempre el momento en que no hubiera nadie, porque naturalmente le daba vergüenza jugar delante de los otros con el marcador.

Una vez se enfadó no sé por qué, había perdido ya sesenta rublos.

—Quieres el todo?—dijo.

—Bueno,—le contesté.

Gané de nuevo.

—Ciento veinte contra ciento veinte?

—Cómo queráis,—contesté.

Gané otra vez.

—Doscientos cuarenta contra doscientos cuarenta?

—No es demasiado?—pregunté.

Por un momento guardó silencio; jugamos y gané la partida.

—Cuatro cientos ochenta contra cuatro cientos ochenta?

Entonces le dije:

—Por qué derrocháis el dinero? Dadme, si queréis, cien rublos y lo restante dejémoslo.

Entonces él, siempre tan amable, gritó:

—Juegas ó no juegas!

Entonces ví que no había remedio.

Naturalmente, yo quería perder; le dí cuarenta tantos; él tenía 52 y yo 36, apuntó á la amarilla metiéndola en el 18 y mi bola se encontraba en el camino, le dí un golpe para que saltase del billar, pero no lo pude conseguir, la bola dió un golpe doble y gané de nuevo la partida.

—Escucha, Piotre,—no me llamaba nunca Petruchka.—No puedo darte el dinero inmediatamente, pero dentro de dos meses podré pagarte hasta tres mil.

Al decir esto se ruborizó y la voz le temblaba.

—Está bien,—le dije arreglando los tacos.

Empezó á pasearse arriba y abajo, apareciendo su rostro bañado en sudor.

—Piotre, juguemos el todo?—dijo casi llorando.

—Por qué queréis jugar otra vez?—le contesté.

—Anda, te lo ruego.

El mismo me alargó el taco; lo cogí y tiré tan fuerte las bolas sobre el billar que cayeron al suelo. Esto, se comprende, era para hacérselo entender, y dije: «Si queréis!...» Tenía tanta prisa que él mismo recogió las bolas. Yo me dije: «De todas maneras no veré más mis setecientos rublos, así es que si pierdo me es igual». Empecé exprofeso á jugar mal, entonces me dijo: «Por qué juegas mal expresamente?» Sus manos temblaban y cuando la bola rodaba hacia la tronera, entonces crispaba los dedos, torcía la boca é inclinaba la cabeza y los brazos hacia la tronera.

—Eso no os ayudará,—le dije.

Cuando hubo ganado esta partida le dije:

—Me debéis ciento ochenta rublos y ciento cincuenta partidas. Yo me voy á cenar.

Solté el taco y salí, sentándome en una mesita que había delante de la puerta para ver lo que haría. Creyendo, sin duda, que nadie le veía, se paseaba febrilmente; de pronto se detuvo y murmurando no sé qué se tiró de los cabellos. Después de esto, estuvo sin venir por espacio de ocho días. Vino una vez al comedor, estaba muy cabizbajo y no entró en la sala de billar. El príncipe le vió.

—Vamos á jugar?—le dijo.

—Yo no jugaré más.

—Que tontería!... Vamos.

—No, no iré. Para tí no hay ningún interés en que vaya, y para mí es muy expuesto.

IV

DESPUÉS, por espacio de diez días no pareció por allí. Una vez, durante las fiestas, vino vestido de frac; veíase que venía de una visita y se quedó todo el día, el cual se pasó jugando. Volvió al otro día, y al otro... Todo seguía como antes; yo quise jugar otra vez con él.

—No,—me dijo.—No jugaré más contigo, y en cuanto á los ciento ochenta rublos que te debo... ven dentro de un mes á mi casa y te los daré.

Un mes después fuí á su casa.

—Te juro que no tengo dinero,—me dijo.—Pero ven el jueves.

Fuí el jueves. Tenía unas habitaciones magníficas.

—Está en casa?—pregunté.

—Está aun en la cama,—me contestaron.

—Bueno, esperaré.

El criado era uno de los campesinos de sus tierras, un viejo pequeño, simple, sin conocer ninguna clase de trato mundano. Empezamos á hablar...

—Por qué,—dijo,—vinimos aquí con mi señor! Aquí vivimos muriendo y en este Petersburgo no hay para nosotros ni honra ni provecho. Al venir del campo, por el camino, pensábamos: Estará como en tiempos de nuestro antiguo señor, que en el cielo more! Nos visitaremos con los príncipes, los condes, los generales, es-

—Me debéis ciento ochenta rublos y ciento cincuenta partidas. Yo me voy á cenar.

Solté el taco y salí, sentándome en una mesita que había delante de la puerta para ver lo que haría. Creyendo, sin duda, que nadie le veía, se paseaba febrilmente; de pronto se detuvo y murmurando no sé qué se tiró de los cabellos. Después de esto, estuvo sin venir por espacio de ocho días. Vino una vez al comedor, estaba muy cabizbajo y no entró en la sala de billar. El príncipe le vió.

—Vamos á jugar?—le dijo.

—Yo no jugaré más.

—Que tontería!... Vamos.

—No, no iré. Para tí no hay ningún interés en que vaya, y para mí es muy expuesto.

IV

Después, por espacio de diez días no pareció por allí. Una vez, durante las fiestas, vino vestido de frac; veíase que venía de una visita y se quedó todo el día, el cual se pasó jugando. Volvió al otro día, y al otro... Todo seguía como antes; yo quise jugar otra vez con él.

—No,—me dijo.—No jugaré más contigo, y en cuanto á los ciento ochenta rublos que te debo... ven dentro de un mes á mi casa y te los daré.

Un mes después fuí á su casa.

—Te juro que no tengo dinero,—me dijo.—Pero ven el jueves.

Fuí el jueves. Tenía unas habitaciones magníficas.

—Está en casa?—pregunté.

—Está aun en la cama,—me contestaron.

—Bueno, esperaré.

El criado era uno de los campesinos de sus tierras, un viejo pequeño, simple, sin conocer ninguna clase de trato mundano. Empezamos á hablar...

—Por qué,—dijo,—vinimos aquí con mi señor! Aquí vivimos muriendo y en este Petersburgo no hay para nosotros ni honra ni provecho. Al venir del campo, por el camino, pensábamos: Estará como en tiempos de nuestro antiguo señor, que en el cielo more! Nos visitaremos con los príncipes, los condes, los generales, es-

cogeremos una condesa con una buena dote y viviremos como debe hacerlo un caballero; pero en realidad no hemos hecho más que visitar los restauranes. Esto va del todo mal! La princesa Rhistchera es nuestra tía, el príncipe Borontintzer, nuestro padrino. Y qué? Ha ido una sola vez por Navidad, después no ha vuelto... Los criados se burlan ya.

—Qué?—me dicen.—Vuestro señor no es como su padre?

Una vez le dije:

—Señor, por qué no vais á ver á vuestra tía? Está contrariada por no veros hace tanto tiempo...

—Es muy triste su casa, Denmanitch,—me dijo.—No se halla bien sino en la taberna. Si al menos entrara al servicio militar... no se ocupa más que de las cartas... los demás asuntos los deja abandonados... Eh! eh! así pereceremos por cualquier cosa! La señora,—que en cielo esté,—nos dejó un dominio muy rico; más de mil siervos y bosques por más de trescientos mil. Ahora lo ha empeñado ya todo, ha vendido el bosque y ha arruinado el dominio... de todas maneras ya no tiene nada. Ya se sabe que no estando el amo, el gerente manda más que su señor. No mira más que llenar su bolsillo y que se pierda todo. No hace mucho vinieron dos campesinos que traían las quejas de todo el dominio. «Lo ha arruinado todo», decían. Y él... oyó las quejas y les dió diez rublos á cada uno, diciendo: Muy pronto iré yo mismo, recibiré dinero, pagaré las deudas y me iré. Cómo podíamos pagar si constantemente hacíamos nuevas deudas? Poco más, poco menos, hemos gastado este invierno cerca de 80.000 rublos, y ahora no hay ni uno en casa. Y esto siempre por culpa de su bondad; es un señor sencillo y bueno, como no se puede decir. Precisamente se pierde por eso... por nada.

El viejo casi lloraba.

Nekhludov se despertó á las once y me mandó llamar.

—No me han mandado dinero,—dijo.—Pero yo no tengo la culpa. Cierra la puerta.

Después de cumplir su mandato me dijo:

—Mira, toma el reloj ó el alfiler de diamantes y empéñalos, te darán más de ciento ochenta rublos, y cuando reciba el dinero los podré recuperar.

—No, señor,—dije.—Si no tenéis dinero no hacemos nada. Dadme sólo el reloj; por vos únicamente lo puedo hacer,—pues ví que el reloj valía lo menos trescientos rublos.

Empeñé el reloj por cien rublos y le llevé la papeleta.

—Ochenta quedan pendientes, y el reloj vos mismo lo rescataréis,—dije.—Y ahora me debéis ochenta rublos.

. . . .

Después de esto, empezó á venir de nuevo todos los días. No sé qué cuentas tenían entre sí, pero venía todos los días con el príncipe y se iba con Fedotka á jugar arriba. Se llevaban unas cuentas muy raras. El uno daba al otro, éste al tercero, pero quien debía al otro es cosa que no podía entenderlo.

Vinieron casi todos los días, por espacio de dos años; pero había ya cambiado de aspecto; se había despabilado mucho, á veces me pedía prestado un rublo para pagar al cochero y con el príncipe jugaban á cien rublos la partida. Se había puesto amarillo, delgado, estaba siempre triste; tan pronto como llegaba se hacía servir un vaso de absenta, se comía *un canapé* con el tenedor, bebía vino Porto... y así se iba poniendo más alegre. Un día llegó antes de comer, era durante el carnaval, y se puso á jugar con un húsar.

—Queréis jugar una partida de interés?—le dijo.

—Cómo queráis,—respondió el otro.

—Qué jugaremos?

—Una botella de Clos-Vougeot, queréis?

—Bueno.

El húsar ganó y se fueron á comer; se sentaron en la mesa y Nekhludov dijo:

—Simón, una botella de Clos-Vougeot y ten cuidado que esté bien caliente.

Simón salió y trajo los platos, pero no la botella.

—Y el vino?—preguntó.

Simón salió y trajo el asado.

—Trae el vino,—gritó.

Simón se calló.

—Pero, te has vuelto loco? La comida se está acabando y aun no has traído el vino. Quién es el que bebe vino á los postres?

Simón se fué.

—El patrón os llama,—dijo.

Nekhludov se ruborizó y se levantó de la mesa.

—Qué es lo que quiere?

El patrón estaba cerca de la puerta.

—No puedo serviros durante más tiempo si no me pagáis la nota...

—Pero ya he dicho que os pagaré en los primeros días del mes.

—Como queráis,—dijo el patrón;—pero yo no puedo haceros

crédito indefinido... para no cobrar nunca. Con ese sistema voy perdiendo muchos miles.

—Pero, *querido*, á mí se me puede fiar,—dijo.—Mandad la botella y yo trataré de pagaros lo antes posible,—é inmediatamente entró en el comedor.

—Por qué os han llamado?—le preguntó el húsar.

—Por nada, para hacerme una pequeña pregunta.

—Ahora,—dijo el húsar,—vendría muy bien bebernos un vaso de vino caliente.

—Simón!... Qué hacemos?

Simón salió y no trajo el vino. Eso no estaba bien...

Se levantó de la mesa y se vino hacia mí.

—Petruchka, por Dios te pido que me des seis rublos.

En aquel momento, toda expresión de vida se había borrado por completo de su rostro.

—Os juro que no los tengo, y además ya me debéis muchos...

—La semana próxima te daré cuarenta rublos á cuenta de estos seis,—dijo.

—Si los tuviera,—dije,—no osaría negároslos, pero os juro que no los tengo.

Qué le pasó entonces?... Dió un gran salto, rechinó los dientes, apretó los puños, corrió como un loco por el pasillo y de pronto se golpeó la frente.

—Ah! Dios mío!—exclamaba.—Qué es esto?

Ni siquiera entró en el comedor; metióse en el coche y se fué.

Ah! cuánto se rieron de él!

El húsar preguntó:

—Dónde está el caballero que comía conmigo?

—Se ha ido.

—Cómo, se ha ido? Qué órdenes ha dado?

—Ninguna. Se ha metido en el coche y se ha marchado.

—Valiente pillo!—dijo el húsar.

V

Vaya! pensé, después de esta ofensa hecha á su honor no vendrá en muchos días. Pero no; al día siguiente por la noche vino otra vez. Pasó á la sala de billar, llevando en la mano una pequeña caja.

Al entrar quitóse el abrigo.

—Vamos á jugar,—dijo con aire furioso y mirada muy sombría.

Jugamos una partida.

—Basta!—dijo.—Tráeme papel y pluma, pues tengo que escribir una carta.

Sin pensar en nada le llevé el papel y se lo puse encima de la mesa de la salita contigua.

—Allí lo tenéis,—dije.

Se fué á la mesa, se sentó y empezó á escribir, y mientras escribía murmuraba palabras ininteligibles; después se levantó con aire sombrío y me dijo:

—Ve á mirar si el coche ha llegado.

Era el viernes de carnaval y no había ningún cliente, por estar todos en el baile; fuí á mirarlo, pero apenas llegué á la puerta, le oí gritar como si se hubiera espantado de algo:

—Petruchka! Petruchka!

Me volví y... estaba mirándome, de pie, blanco como la nieve.

—Me habéis llamado?—le dije.

No me contestó.

—Qué queréis?

Guardó el mismo silencio.

—Ah! Sí, juguemos otra partida,—y ésta la ganó.

—Cómo!—dije.—Habéis aprendido á jugar?

—Es verdad. Ahora... vuelve á ver si ha llegado el coche.

Y continuaba paseándose por la sala.

Sin pensar tampoco en nada salí á la puerta, miré y al ver que no había ningún coche me volví.

De pronto oí un ruído como si alguien hubiese dado un gran golpe con el taco: entré en la sala de billar, en la cual noté enseguida un olor extraño.

Miré y ví á Nekhludov en el suelo bañado en sangre; á su lado había una pistola. Estaba tan espantado que no pude decir una palabra. El pobre agitaba las piernas y se encogía todo... era el estertor de la agonía, después se estiró horrorosamente y quedó tieso.

Por qué ha cometido este horrendo pecado? Por qué ha perdido para siempre su alma? Dios lo sabe! No ha dejado más que este papel que no me ha sido posible entender. Verdaderamente, pasan unas cosas en este mundo!

«Dios me ha dado todo lo que puede desear el hombre: riqueza, nombre, talento, elevadas aspiraciones. He querido gozar, gozar mucho, y he pisoteado y hundido en el fango todo lo bueno que había en mi sér.

»Ni estoy deshonrado ni soy desgraciado; no he cometido ningún crimen; pero he hecho algo peor: he matado mis sentimientos, mi espíritu, mi juventud.

»Estoy envuelto en una red fangosa, de la que no puedo salir y á la cual no puedo tampoco acostumbrarme. Me siento caer y caigo sin cesar, me doy cuenta de la caída y no puedo pararme».

«Qué es lo que ha causado mi perdición?

»Sentía en mí alguna honda pasión que me excusara? No.

»Qué recuerdos los míos!

»Un horrible momento de extravío, que no olvidaré jamás, me hizo volver en mí. Quedé espantado al ver el abismo infranqueable que me separaba de lo que yo quería ser, sin poderlo ser. Las

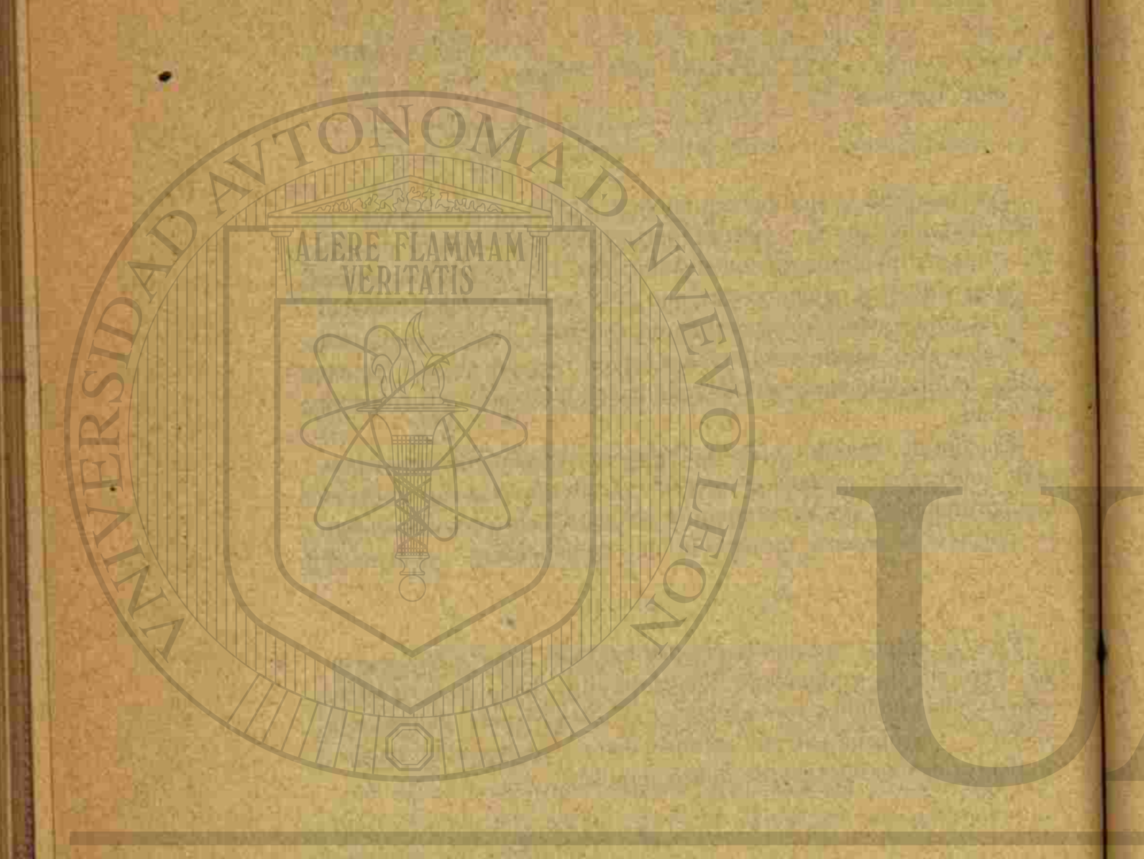
esperanzas, los sueños y las ilusiones de mi juventud, aparecieron entonces todas ante mi imaginación.

»Dónde están ya aquellas ideas sobre la vida, sobre la eternidad, sobre Dios, que con tanta claridad y tanta fuerza llenaban mi alma? Dónde está la fuerza del amor verdadero que, con su dulce calor, templaba mi corazón?...»

«Ah! qué feliz y que bueno hubiera podido ser, si hubiese seguido el camino que á mi entrada en la vida me señalaba mi espíritu y mis sentimientos juveniles y sinceros! He intentado infinidad de veces volver al camino recto, huir del círculo en donde se revolcaba mi vida; empleé en ello toda mi voluntad y no pude. Cuando estaba solo, sentía vergüenza y espanto de mí mismo; cuando estaba con los demás ya no oía aquella voz interior y caía cada vez más hondo.

»En fin, he llegado á esa horrible convicción de que ya no puedo levantarme; cesaba de pensar, lo quería olvidar todo, pero el remordimiento sin esperanza me turbaba cada vez más; entonces, por la vez primera, me vino la idea del suicidio».

«Yo creí alguna vez que la proximidad de la muerte elevaría mi alma; pero me he equivocado. Dentro de un cuarto de hora ya no existiré y mis opiniones son las mismas... Veo, espero y pienso en lo mismo... La misma extraña inconsecuencia, la misma insana excitación, la misma ligereza de pensamientos...»



ÍNDICE

LA INVASIÓN

LA TALA DEL BOSQUE

POLIKUCHKA

UN ENCUENTRO

TRES MUERTOS

EL MÚSICO ALBERTO

PÁGINAS DE UN DIARIO

MEMORIAS DE PETRUCHKA